



Noa Pascual

LOS IRWIN

Desafíos por amor

LOS IRWIN

Desafíos por amor

Título: Los Irwin: Desafíos por amor

Autora: Noa Pascual

Ilustradora: Verónica GM

Correctora: Mimi Romanz

Copyright ©2015 Noa Pascual

Todos los derechos reservados

Editorial: Createspace

ISBN-13: 978-1519500434

ISBN-10: 1519500432

Página oficial de la autora creada por las lectoras: Novelas románticas de Noa Pascual

Panter@s Incomprendid@s

<https://www.facebook.com/groups/40>

Índice

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulos 37

Avance de la tercera y
última entrega de la saga

BIBLIOGRAFÍA

Agradecimientos

A Susana Martín, por mostrarme tu gran corazón. El mundo necesita más gente como tú. Gracias por inspirarme a crear un personaje.

A mis panteras incomprendidas. No existen palabras suficientes de agradecimiento. Porque vuestro apoyo... cariño... constancia... palabras de ánimo y vuestra colaboración constante, no tiene precio.

A M^a Carmen Ayús, Eva Marín Rueda, Sonia López Ortiz, Isa Arráez Córdoba, Toñi Martínez Gómez, Elisa Fernández, Luisa Martínez Moragues,

Carmen Barranco Ortiz, Nuria Pazos, Feli Jiménez Delgado, Rosana Del Río, Pepi Tarín, Patricia Navas Ortega, Gema Pomares Quesada, Cristina Lao, Eva Gil Soriano, Pili Doria, Lorena López Pérez, María Del Río Fresnada, Mirella Patiño, Teresa Castro, Encarna Cobo, Marci Rubio, Rocío Arenas, María Moreno Maldonado, Alexandra Vale, Rita Obando, Merche Albert Marín, Joaquina Gómez Pidal, María Del Mar Santos, María Pascual, Alicia Martínez y Cristina M Navarro, por haberme permitido entrar en vuestras vidas y dejarme disfrutar de vuestra compañía en las quedadas, además por estar desde el principio en esta locura y acompañarme en cada proyecto nuevo.

Gracias.

No puedo olvidarme de Anais Abarca, Abby Mújica, Aída García Balsera, Almudena Barea Jaca, Amparo Raya Martínez, Ana Fernández Casado, Arantxa Cañuelo Muñoz, Elizabeht Gómez Palmioli, Eva Nicolás Cuevas, Inés Mouta Pires, Isita Real Amaya, Ma José Galán Muñoz, Jossy Loes, Lucía López Clemente, Luz Alvarenga Rojas, Macarena Osses, Mari Carmen González, Maryssa Cortavitarde Cruz, Mery Gallego Rius, Micky Pineda Olvera, Nieves Díaz Castilla, Noe C Tejada, Patricia Cano, Rocío Gómez Blanco, Roxy González, Sandra García, Susi Freire, Tania Gómez, M^a Inmaculada Vacas Campos y Jessica

García Font, por vuestra generosidad y participación en la elección de una futura protagonista. Sois increíbles.

Y en especial, a Encarni Barragán Jabalera, por convertirse en la imagen de nuestra portada. Gracias a ti esta novela siempre tendrá un hueco en mi corazón, porque eres la representación de nuestras panteras.

La vida es todo un

**desafío, pero los
mejores... son por
amor.**

Capítulo 1

Un gran favor

Mediados de diciembre. Rebeca, la hermana pequeña de la familia Irwin, se encontraba en la habitación de un hotel con Jaime.

Era miércoles, y habían preferido saltarse la comida para verse a solas. Las normas del gran nido, la casa familiar, impedían que ellos consumaran su amor.

Sonó el móvil de Rebeca.

—¡Cómo se te ocurra cogerlo, te vas a enterar! —amenazó Jaime con voz excitada, porque tenía a Rebeca totalmente desnuda ante él.

—¿Y si es importante? —preguntó solo por tocar un poco la moral a Jaime, pues ella estaba más excitada que él.

—Esto es mucho más importante —dijo él señalando con un dedo su erección.

Rebeca se mordió el labio y dijo:

—Tienes razón, pero vas a tener que compensarme.

Jaime sonrió, y tanto que la iba a recompensar, de momento, y para que supiese que iba a dejarla muy contenta, le lamió un pezón, pasó al otro y le dio un pequeño mordisco con la fuerza justa

para no hacerle daño y la necesaria para que ella soltara un gemido de excitación plena.

Y así lo hizo ella, entregándose a la pasión, olvidando por completo que alguien estaba llamando.

En el gran nido sólo se encontraba Dallas, que atendió una llamada.

—*Dallas, tengo que pedirte un favor, es urgente* —dijo Javier, el hermano mayor de los Irwin, con premura.

—¿Qué ocurre?

—*Amanda ha perdido el tren, no llegará a Valencia hasta las siete y media de la tarde. Yo estoy en Madrid, necesitamos que recojas a Nerea de la guardería.*

Dallas agrandó los ojos. Los hermanos Irwin no eran precisamente muy dados a cuidar niños.

—¿Yo?! Llama a Rebeca.

—*Ya lo he hecho y no doy con ella, así que, por favor, ve a recoger a la niña, no puedo acudir a nadie más.*

Dallas respiró con fuerza.

—Está bien, pero me debes una muy gorda.

—*Sí, muy gorda, pero no tardes.*

Javier le dio la dirección de la guardería para ir a por ella. Amanda informaría que Dallas recogería a su hija para que no tuviese problemas.

Veinte minutos más tarde, Dallas se encontraba en la puerta de la guardería, rodeado de un montón de madres que no

dejaban de mirarlo. Se sintió incómodo.

Dallas se mantuvo a la espera, viendo salir hasta el último niño, y al no ver a Nerea, fue a preguntar a la encargada de la puerta.

—Disculpa, he venido a recoger a Nerea.

La chica lo miró y preguntó:

—¿Es usted un familiar? Porque según mis datos, a Nerea solo la puede recoger su madre.

Dallas comprendía las normas, hasta le pareció perfecto que tuviesen tanto cuidado a la hora de entregar a un niño al ir a recogerlo.

—Lo sé, pero me han comentado que su madre había llamado para dar parte.

—Ah, un momento, entonces hablaré

con la profesora de Nerea, será ella quien estará al tanto.

—De acuerdo.

Dos minutos tardaron en salir Nerea y la muchacha con la que había hablado.

Cuando la niña lo miró, se quedó quieta, aunque lo conocía de haberlo visto unas cuantas veces, como era lógico en una niña tan pequeña, se sentía asustada, pues Dallas no le había dado confianza.

Ahora, que si la niña se sintió paralizada, Dallas todavía más, ¿qué se suponía que tenía que hacer?

—Hola —fue lo único que acertó a decir.

La niña ni respondió, miró a su alrededor buscando a su madre.

—Tu mamá no ha podido venir —dijo con voz tranquila y cariñosa.

No se había dado cuenta de un detalle, estaba tan nervioso de cómo actuar ante la pequeña, que le pasó desapercibido que un par de ojos lo observaban: la profesora de Nerea.

La mujer tomó la iniciativa por el bien de su alumna.

—Vaya, Nerea, ha venido Dallas a buscarte, estoy segura que lo pasarás muy bien con él.

Dallas miró a la mujer y se le agrandaron los ojos.

«¡Estrella!», bramó interiormente.

Una joven rubia que conoció en verano; bueno, conocer no era exactamente el término adecuado. Esa

mujer arrolló su vehículo y luego tuvieron un rifirrafe tanto en su despacho como en una discoteca.

La niña, por instinto, buscó la mano de su profesora.

Dallas hizo algo parecido, solo que no buscó su mano, sino su mirada pidiendo auxilio.

Estrella lo entendió y apiadándose de la pequeña, y para qué mentir, para estar cerca de Dallas, que desde que lo conoció, no se lo había sacado de la cabeza; sonrió. Se agachó y habló mirando directamente a Nerea.

—Vamos a hacer una cosa, nos vamos las dos con Dallas, y él nos invita a merendar, ¿de acuerdo?

La niña miró a Dallas, luego a la

profesora y asintió sin decir una sola palabra.

Estrella se puso en pie, y él le dio las gracias con un gesto de cabeza.

—Y, ¿dónde queréis que os invite? — preguntó Dallas mientras sostenía la puerta para hacerlas pasar delante.

En esta ocasión, la niña sí habló.

—En el restaurante de las bolas.

Dallas levantó una ceja, y Estrella se carcajeó al ver su expresión.

—Es un local para niños donde pueden pasar la tarde jugando.

Dallas hizo una mueca, se sentía estúpido por no saber esas cosas, sobre todo delante de Estrella.

La chica le informó que no era necesario coger el coche, el local estaba

muy cerca; además, él no llevaba la silla reglamentaria.

Una vez la niña merendó, se metió en el interior a jugar. Dallas y Estrella se quedaron sentados en una mesa.

—Así que trabajas en una guardería, ¿eh? —preguntó estudiándola con la mirada.

Estaba preciosa; en las otras ocasiones, ella llevaba ropa muy retro y, hoy, con esos vaqueros y una camiseta roja con el muñeco de Mickey Mouse junto al logo de la guardería, se le antojaba perfecta. No era lógico que una mujer sin maquillar, sin ir ataviada y con un peinado de lo más sencillo le llamase la atención, pero no podía dejar de mirarla y fantasear; desde luego, algo

extraño le estaba sucediendo, porque se estaba excitando solo con mirarla. Si esto continuaba así, tendría que hacerse mirar por un especialista.

—Pues sí —acertó ella a decir.

La presencia de Dallas siempre la ponía nerviosa, acababa diciendo cosas que no sentía y se ponía a la defensiva. Intentaba por todos los medios permanecer callada, porque no quería que él siguiera teniendo una mala impresión de ella.

Por asombroso que pareciese, pasó la tarde volando. Cuando Amanda lo llamó para ir a por su hija, hasta se sintió apenado.

La conversación con Estrella había sido divertida; esa mujer era una caja de

sorpresas, y lo más alucinante, no habían discutido en tres horas.

En un acto de galantería, la acercó con su vehículo hasta su casa; una vez frente a su portal, mientras se despedían, Dallas se quedó mirando sus labios. Ella lo notó y sonrió.

—¿Vas a besarme? —preguntó, consiguiendo que Dallas se sorprendiera.

«Me encantaría».

—No —respondió en contra de lo que verdaderamente deseaba.

—Pero te gustaría hacerlo, ¿verdad?

«No te imaginas cuánto».

—No.

Estrella se sintió defraudada, había sido una idiota al asegurar que él quería

hacerlo. ¿Cómo había entendido mal las señales? Se suponía que, si un hombre te miraba los labios, te desnudaba con la mirada, era que deseaba besarlos, ¿no? Se sintió tan avergonzada y ridícula que no dijo nada más, se limitó a abrir la puerta y salir del coche sin mirar atrás ni decir una sola palabra.

Mientras estaba en el portal intentando atinar con la llave, Dallas la miraba desde dentro de su Audi y le vino una pregunta:

«¿Vas a dejar que se marche sin besarla?...».

Estrella entró en el portal; mientras esperaba el ascensor, miró al exterior y sonrió, Dallas estaba todavía en su vehículo, dándose un par de cabezazos

contra el volante. Eso consiguió alegrarla, no estaba todo perdido. Era imposible que las señales que había recibido por parte de él fuesen equívocas.

Después de cinco minutos en los que Dallas estuvo lamentándose haber sido un necio, por fin consiguió centrarse, arrancó el motor y se dirigió al *gran nido*. Estrella era una mujer muy peligrosa para él, era mejor alejarse por mucho que la deseara.

Capítulo 2

Compañeras de piso

Víctor Irwin, el hermano seductor, estaba contento, a punto de llamar al timbre de la mujer que hacía meses conoció de forma fortuita y poco agradable. Lorena, morena de pelo largo y ojos verde claros, con rasgos muy exóticos, que el mismo día que se vieron por primera vez, consiguió que Víctor se sintiera de una manera inexplicable, lo más parecido a lo que todo el mundo decía que era un flechazo.

En el mes de junio, su hermana

pequeña Rebeca, había roto con su novio Felipe. El susodicho, que no era muy apreciado por ninguno de los hermanos Irwin, tuvo la desfachatez de acudir al restaurante de Neill acompañado por esta mujer. Víctor, que no dudó ni un segundo en sacarlo de allí para que su hermana no se sintiese ofendida, se encontró con Lorena, que era la acompañante del majadero que un día tuvo su hermana por novio. Y allí, sin esperarlo, cuando sus ojos conectaron con los de Lorena, sintió algo especial. El destino quiso que dos semanas atrás se volvieresen a encontrar en una discoteca; no lo pensó y fue directo a por ella, una gran elección, pues gracias a eso habían acordado una

cita para esa misma noche.

En el apartamento de Lorena, su compañera de piso estaba frente al ordenador, revisando las ofertas de trabajo que había en la web.

—Susana, esta noche tengo una cita —informó Lorena.

La muchacha levantó la cabeza para mirarla, luego puso los ojos en blanco. Estaba cansada de compartir hogar con una mujer que se pasaba la vida trayendo hombres a casa. Necesitaba su espacio, su tranquilidad y, sobre todo, su intimidad.

—¿Otra vez? —preguntó con deje acusador.

—¡Este es especial! —gritó eufórica.

Susana respiró resignada, todos eran especiales para Lorena. No entendía como una mujer tan bonita como ella podía liarse siempre con los más mentecatos del planeta. Claro que su compañera de piso tampoco es que fuese una lumbreras. Aun así, estaba convencida que podría optar a hombres con más sentido común, porque, hasta la fecha, y eso eran ocho meses de convivencia juntas, ni un solo hombre de los que habían pasado por ese apartamento, uniendo todos sus cerebros, llegarían a uno normal.

—Si tú lo dices —fue lo único que acertó a decir.

Sonó el timbre, y Lorena, que estaba sin arreglar todavía, gritó:

—¡Ay, ya está aquí! Entretenlo, que tengo que ir a ducharme.

Susana la fulminó con la mirada. Siempre hacía lo mismo. Habían tenido unas cuantas discusiones al respecto, pues parecía que Lorena no entendía que si quedabas con alguien a una hora, era para que estuvieses preparada, no que se metiese en la ducha justo en ese momento. Además, ¿por qué tenía ella siempre que entretener a esos hombres? Y mucho menos cuando era imposible mantener una conversación coherente con ellos.

—¡Ni hablar! —protestó, aunque fue inútil, pues Lorena sin hacerle caso se metió en el cuarto de baño.

Susana, totalmente enfadada y

frustrada porque su compañera de piso la hiciese de nuevo ser la tonta de turno, se levantó y fue a dejar pasar al afortunado del día.

Al abrir, se encontró con un atractivo hombre de pelo castaño oscuro, con ojos marrones muy claros donde unas motitas verdes los realzaban. Era alto y de cuerpo atlético, se notaba que hacía deporte. Y con una encantadora sonrisa la saludó.

—Hola.

Susana no quería ser descortés, al fin y al cabo, era su compañera quien no tenía modales ni puntualidad. Lo observó con detenimiento y dijo en su interior: «Desde luego, qué suerte tienen algunas».

—Hola, pasa, no te quedes en la puerta... por cierto, ponte cómodo, Lorena acaba de meterse en la ducha.

Víctor miró su reloj e hizo un gesto que a Susana le pareció cómico. Consiguió de ese modo hacerla sonreír, era el primer hombre de los que habían pasado por allí que expresara inconformidad. Una novedad.

Víctor, mientras seguía a la joven, la estudió con detenimiento, «mmm... buen culo, sí señor», pensó sin quitarle ojo a su retaguardia.

Tomaron asiento, ella en el sofá, y él en un sillón justo al lado, así podían conversar.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Víctor al ver que la rubia no quitaba ojo

del ordenador.

—Ofertas de trabajo —respondió escueta.

—Por cierto, me llamo Víctor —comunicó por si a la rubia le interesaba conocer su nombre.

Susana levantó la cabeza y lo miró fijamente.

—Yo soy Susana —comentó sin más, puesto que no tenía intención de dar más detalles de su vida, al fin y al cabo, no era ella la que tenía una cita con él.

Víctor, al ver el poco interés que la chica mostraba en él, algo que no solía ser habitual, consiguió que le pareciese más interesante, y como tampoco tenía nada mejor que hacer hasta que Lorena estuviese lista, intentó averiguar más

cosas de Susana.

—¿Y qué tipo de ofertas de trabajo estás buscando?

Susana, sin apartar la mirada del portátil, respondió alicaída:

—Ahora mismo, cualquier oferta de empleo; por desgracia, no hay mucho dónde elegir.

El tono de voz utilizado no le pasó desapercibido a Víctor, así que insistió.

—Y de poder elegir, ¿qué te gustaría encontrar?

Al escuchar la pregunta, Susana se dio cuenta que el guaperas, que estaba sentado cerca de ella, estaba intentando ser amable, o por lo menos eso parecía. Levantó de nuevo la cabeza y miró a Víctor.

—De poder elegir, sin lugar a dudas, me gustaría poder encontrar un trabajo de lo mío.

—¿Y eso es? —preguntó totalmente curioso.

—Interiorismo, soy interiorista.

Víctor alzó las cejas, y ese pequeño gesto confundió a Susana, no sabía si se había sorprendido porque pensaba que ella era igual que su compañera de piso, o porque su coeficiente no llegaba a asimilar qué era un interiorista.

—Vamos, para que me entiendas; diseño y decoro casas para dejarlas más bonitas —explicó como si él fuese poco menos que un lerdo sin dos dedos de frente.

A Víctor le molestó que Susana, sin

conocerlo de nada, ya lo hubiese catalogado como el *tonto*.

—¿Y no encuentras ofertas de interiorista? —preguntó intentando olvidarse de la forma en que ella lo veía.

—No, no hay muchas ofertas ahora mismo. De hecho, estoy planteándome marcharme al extranjero.

Víctor apretó los labios, se notaba que ella no quería hacer tal cosa, pero la situación laboral en España, por desgracia, estaba bastante mal.

—¿Sabes idiomas? —preguntó de nuevo Víctor.

—Sí, hablo inglés e italiano, por eso es posible que me marche a Italia a probar suerte.

—¡Guauu, inglés e italiano! —se expresó sonriente para halagarla.

—Sí, ya ves, aunque para lo que me sirve —comentó ella con cierta derrota. Víctor, por su parte, tuvo una idea; sacó su móvil y mandó un *whatsapp*.

Susana observó a Víctor con detenimiento mientras este tecleaba, desde luego Lorena tenía mucha suerte. Atractivo a rabiar, con una sonrisa capaz de hacer temblar a cualquier mujer y, por desgracia, parecía más sensato que el resto de hombres que habían circulado por ese apartamento. Además, se notaba en él una seguridad arrolladora que jamás había percibido en ningún otro hombre.

Cuando terminó de mandar el

mensaje, volvió a centrar su atención en Susana.

—Supongo que con dos idiomas y una carrera no tendrás muchos problemas de encontrar lo que buscas, estoy seguro que en cuanto reciban tu currículum te llamarán enseguida.

Susana sonrió de medio lado, agradeciendo sus palabras de ánimo.

—¿Y tú, a qué te dedicas? —preguntó muy curiosa.

—Soy monitor de deportes de alto riesgo.

Susana agrandó los ojos.

—¿Y eso no es muy peligroso?

Víctor soltó una carcajada, lo había preguntado tan preocupada que le pareció un encanto de mujer.

—No, suena más peligroso de lo que es.

—Yo sería incapaz, no tengo mucho espíritu aventurero...

—Todo es cuestión de intentarlo, quién sabe, igual un día te animas y practicas alguno conmigo —adujo totalmente convencido. Sin saber por qué, le encantaría practicar unos cuantos deportes con ella, de hecho, hasta su imaginación estaba ahora mismo trabajando en ello. Se imaginaba a Susana cogida a él, a punto de saltar al vacío en parapente. Y al ver la forma en que ella se medio tapaba la cara, asustada solo de imaginar lo que él había comentado, lo hizo sonreír; esa joven rubia, que lo había tomado por

idiota en un principio, acababa de conseguir que algo dentro de él se removiera. Le hubiese encantado acercarse y agarrar las manos de ella, apartarlas de su angelical rostro y, por increíble que pareciese, ya que se suponía que estaba ahí para tener una cita con otra mujer... besarla hasta dejarla sin aliento.

La voz de Lorena a lo lejos consiguió que regresara a la realidad.

—¡Cinco minutos y nos vamos! — gritó desde su dormitorio.

Susana miró a Víctor y le hizo una mueca.

—Me gustaría pedirte un favor — comentó Susana un tanto avergonzada, un gesto que anotó Víctor en su

memoria. Esa mujer era todo un descubrimiento para él.

—¿Cuál? —preguntó mirándola sin perderse detalle de sus mejillas sonrojadas.

—Si eres de esos tíos que les gusta desayunar en la cocina sin ropa, por favor, intenta por lo menos ponerte unos calzoncillos.

Víctor la miró fijamente al ver que ella desviaba la mirada totalmente avergonzada por lo que acababa de decir; sonrió embelesado, esa mujer, sin proponérselo, había tocado alguna tecla en el interior de él, pues de nuevo, si se dejaba llevar por su instinto, volvería a sujetar la cara de ella y besarla con pasión.

—¿No te gustaría verme desnudo? — preguntó con mofa para que ella no se sintiera más violenta de lo que ya parecía estar.

«¡Ya lo creo que me gustaría!», bramó interiormente Susana.

—No es agradable ver desnudos a todos los hombres que pasan por esta casa —respondió sin pensar, cerró los ojos y supo que había metido la pata. No tenía mucha amistad con Lorena, pero tampoco estaba bien que hubiese dejado entender que cada dos por tres habían hombres desnudos allí.

Víctor, al ver que Susana se tapó la boca en un arrebato, volvió a sonreír.

—Escucha, no quería decir...

—Sé lo que querías decir...

—No, estás equivocado, yo lo que intento decir... es... bueno... que... — tartamudeaba por los nervios.

—Que intente no salir desnudo — sentenció Víctor para que ella se quedara tranquila, sin darle importancia al comentario anterior.

—Sí, eso es lo que quiero decir — comentó con una sonrisa cariñosa, agradeciendo de ese modo que él no la hubiese hecho sentirse más estúpida de lo que se sentía en ese mismo momento.

Lorena llegó hasta ellos y sin ningún miramiento besó a Víctor, dejándolos a los dos casi sin respiración.

Susana desvió la mirada, no era agradable ver como su compañera de piso metía la lengua hasta la campanilla

a un hombre. Y, además, se dio cuenta de un detalle, le molestaba demasiado; era una estupidez, pues estaba claro que Víctor había venido para salir con Lorena, pero dentro de ella, y por primera vez en mucho tiempo, sintió algo parecido a los *celos*.

El móvil de Víctor avisó que había recibido un mensaje, Lorena se despegó de él y fue a buscar su bolso.

—Ha sido un placer conocerte — comentó Víctor para llamar la atención de Susana, que estaba de nuevo con la vista clavada en la pantalla de su portátil.

Susana, por una décima de segundo y con intención de no volver a fijarse en el hombre que estaba ahora delante de ella,

respondió:

—Lo mismo digo.

Víctor se sintió idiota de nuevo, ¿qué le estaba pasando?, ¿por qué se molestaba tanto porque Susana apenas le prestase atención?

Lorena nuevamente se situó junto a él y avisó a su compañera de piso que se quedaba a solas.

—Nos vamos, espero que pases buena noche.

—Gracias, lo mismo digo — respondió sin mirarlos y sin muchas ganas.

Víctor dio dos pasos siguiendo a Lorena, estaba a punto de salir cuando se dio la vuelta y comentó en inglés.

—Por cierto Susana, ¿conoces la

Galería Irwin?

Susana se quedó perpleja, primero porque Víctor supiese hablar en inglés, segundo por la pregunta.

—Sí, claro que la conozco.

—Mañana a la once y media de la mañana te esperan para una entrevista.

Y sin más, desapareció, dejando a Susana descolocada y nerviosa.

Capítulo 3

Primera impresión

A las once y veinte, Javier y Jaime estaban reunidos en el despacho de la galería, tratando un tema que traía de cabeza a ambos.

Avisaron que Susana Martín estaba allí, y Javier pidió a su secretaria que la hiciese pasar.

La joven entró, y Javier le pidió que tomase asiento mientras terminaba de atender a Jaime.

Susana así lo hizo y se fijó en el plano que tenía extendido en la mesa mientras

los hombres hablaban.

—Jaime, esto es lo que pediste — comentó Javier, mirando al hombre que pronto compartiría casa con su hermana pequeña.

—Sí, pero he pensado mucho... — Hizo una pequeña pausa, no sabía cómo explicar lo que le traía de cabeza—. Verás, esto era lo que quería, pero ahora me he dado cuenta que necesito cambiar algunas cosas. Si Beca pretende continuar con sus planes de regresar al mundo de la moda, y conociéndola, sé que se volcará y triunfará como lo hizo en su momento, la buhardilla se quedará pequeña y entonces tendrá que buscar un local...

—Pues le buscaremos uno —

interrumpió Javier.

—Ese es el problema.

—No sé por qué es un problema — razonó Javier, sin entender a qué venían sus dudas, con respecto al proyecto de casa que tenían sobre la mesa.

Jaime respiró hondo, tenía que hablar en voz alta de lo que realmente le preocupaba y no sabía cómo plantearlo.

—El problema es que, conociendo a Beca, cuando tengamos familia —Javier levantó una ceja—, sé que no querrá estar lejos del bebé. Y acabará sintiéndose culpable por no atenderlo.

Javier se quedó helado, no había pensado en ningún momento en la posibilidad de que su hermana pequeña fuese a ser madre. Pero el hombre que

estaba delante de él, además de amar a su hermana por encima de todo, estaba claro que la conocía a la perfección, pues Beca, tal y como Jaime había dicho, a la hora de tener un hijo no querría dejarlo a cargo de nadie.

—Uff... pues no sé cómo lo vamos a hacer —comentó mirando de nuevo los planos.

Susana, que había permanecido callada, interrumpió.

—Perdón... —La miraron—. No he podido evitar escuchar —se disculpó por entrometerse, se puso en pie y señaló con un dedo el plano—. Si lo que necesitan es un espacio más amplio, haciendo unas modificaciones, podrían conseguir lo que están buscando.

Javier escuchó atento, y Jaime preguntó rápido.

—¿En serio?

—Sí.

—Si eres tan amable —dijo Javier, sorprendido de que esa mujer, con tan solo haber mirado el plano de la casa, estuviese tan convencida.

—Haciendo una redistribución del espacio. —Se detuvo un instante y respiró profundamente, esta era la oportunidad de demostrarles lo capacitada que estaba para que le dieran ese puesto de trabajo—. Se podría comenzar por eliminar la pared que une las dos habitaciones de aquí, para unificarlas —señaló con el dedo—, y aprovecharían una parte del jardín. La

intención de introducir el exterior en el interior es para ganar la amplitud que desean conseguir para la estancia y, al mismo tiempo, todo quedaría inundado de luz natural, a la vez que disfrutaría de las magníficas vistas. En esta parte — prosiguió señalando para que se hiciesen a la idea—, quedaría el estudio.

—Pero... ¿Y el jardín? —interrumpió Jaime un poco confuso ante la idea de tener que privarse de esa zona verde tan preciada por él y donde pensaba organizar barbacoas en familia.

—Solo utilizarían esta parte. — Volvió a señalar sobre el plano—. Es una extensión muy amplia, eso les ayudaría a realizar lo que necesitan sin

privarle de su maravilloso jardín, ya que la piscina queda al otro extremo, y la parte trasera sigue teniendo zona verde y un cenador.

Los dos se miraron al ver el ímpetu que arrojaba en sus palabras.

—Además, aquí podrían incluir un espacio de juegos para los niños. — Marcó con su uña un pequeño apartado —. Para ello, realizarían el cierre utilizando tabiques de cristal, donde les haría una doble función: aprovechar al máximo la luz natural, algo esencial para un lugar de trabajo, y, al mismo tiempo, unir visualmente las estancias, pero sin perder la independencia. De esa forma, podrá vigilarlos incluso mientras trabaja. Se accedería a través de unas

puertas correderas que las pondrían justo aquí. —Punteó varias veces con el dedo el sitio exacto y al ver que estaban casi convencidos, remató—. Y por suerte, desde este mismo lugar, puede controlar la parte de la piscina, por si los niños juegan fuera.

Jaime, que visualizó en su cabeza a su chica y sus futuros hijos, sonrió pletórico.

—De acuerdo —sentenció, miró a Javier y comentó—: Lo dejo en vuestras manos, pero con una condición.

—Tranquilo, que Beca no se enterará de nada —respondió Javier.

—No es eso... lo necesito lo antes posible, me da igual el coste que eso suponga, pero lo quiero para ayer,

porque mi felicidad depende de ello. Beca querrá matarme por hacer obras y retrasar nuestra mudanza... Y más aún, porque no va a estar al tanto del motivo.

Javier sonrió; conociendo a su hermana, Jaime iba a vivir un infierno cuando se enterase.

—No te preocupes, haremos lo posible para que esté en el menor tiempo posible.

—Bien, entonces no hay más que hablar. —Se dio la vuelta y miró a Susana—. Por favor, esto es totalmente confidencial.

La joven asintió, les había dado la idea, pero no sabía si estaba contratada todavía.

—Por supuesto.

Jaime se marchó, y Javier le pidió a Susana que tomase nuevamente asiento.

—Bienvenida a la Galería Irwin — dijo con una sonrisa.

—¿Eso significa que me ha contratado? —preguntó nerviosa.

—Eso es, y por supuesto, ya tienes tu primer encargo.

Susana no sabía si dar saltos de alegría, reír o llorar.

—Gracias, señor Irwin, gracias, gracias...

Javier se carcajeó, notaba a la chica pletórica.

—Javier, no me llames señor Irwin, porque ese es mi padre.

La joven asintió sonriente. Durante un buen rato, Susana lo puso al corriente de

su trayectoria profesional, y hablaron largo y tendido de cómo se iban a desarrollar las cosas con respecto al encargo que tenían entre manos.

Javier la llevó al que iba a ser su despacho, estaba totalmente equipado, y Susana se sintió más tranquila.

—Tengo una curiosidad —dijo Javier, mirando fijamente a Susana.

—¿Cuál?

—¿De qué conoces a Víctor?

La joven agrandó los ojos, qué responder a eso, porque conocerlo no lo conocía de nada y, además, era muy posible que pensarán que era un ligue de él.

—Tenemos una conocida en común.

Javier estudió el rostro de la chica y

asintió.

—Pues es una suerte que gracias a esa conocida estés aquí.

—¿Y de qué conoces tú a Víctor? — preguntó sin pensar, y al segundo se había arrepentido, no era bueno que su jefe se diese cuenta que ella estaba muy interesada en saber más de Víctor, podía hacerse una idea equivocada.

«Mentirosa, estás loca por saber más de él y en todos los aspectos», se dijo a sí misma, pues había pasado toda la noche pensando en ese hombre.

—Que es mi hermano.

—Ahh...

Javier sonrió, porque la cara de la muchacha era todo un poema. La dejó allí poniéndose al día de su nuevo lugar

de trabajo y se marchó a su despacho.

Cinco minutos habían pasado cuando la hermana pequeña de los Irwin hizo acto de presencia.

—Hola —saludó, afable, Beca.

—Hola.

Rebeca acababa de enterarse por Jaime que su futuro hogar iba a ser modificado, algo que no le gustó lo más mínimo, pues ella había soñado con esa estancia durante muchos años. En vista de que Jaime no estaba por la labor de soltar prenda con respecto a los cambios, aprovechó para sonsacar información a la que parecía se iba a hacer cargo de ello.

—Soy Rebeca, me han comentado que vas a trabajar con nosotros.

—Sí, eso parece —respondió Susana sonriente.

—Fantástico... y por lo que se ve, ya tienes tu primer trabajo, ¿cierto?

Susana cayó en la cuenta, Rebeca era la mujer que no podía enterarse de nada, Jaime y Javier se lo dejaron muy claro.

—Sí.

—Estupendo, veamos qué tienes previsto —dijo acercándose a Susana, quien se puso nerviosa, muy nerviosa. Y como suele ser habitual en una persona que está atacada de los nervios, se bloqueó.

—Lo siento, pero el encargo es confidencial —argumentó esperando que Rebeca lo entendiera, pero esa respuesta molestó más a la hermana pequeña

Irwin.

—Me parece bien, pero teniendo en cuenta que soy tu jefa, no hay confidencialidad que valga —adujo con un tono de voz seco.

Susana tragó con dificultad, era una situación incómoda, comprendía que era su jefa, pero también sabía que Javier y Jaime habían recalcado que Rebeca no podía enterarse de los cambios. Así que con los nervios a flor piel, bloqueada y muy agobiada, respondió algo que ofendió a Beca, no era su intención, pero ya se sabe que cuando una persona está entre la espada y la pared, no tiene tiempo en buscar una respuesta correcta.

—Por lo que yo sé, el único jefe aquí es Javier.

Y dicho esto, justo en el mismo momento, el hermano mayor entraba. Rebeca que había agrandado los ojos, por la respuesta osada de la rubia que tenía delante, fijó su mirada en su hermano.

—Javier... —utilizó un tono de voz que puso en alerta a este—, ¿podrías explicarme por qué esta mujer da por hecho que aquí el único jefe eres tú? —preguntó muy molesta.

Javier miró a Susana y se apiadó de ella, se la veía compungida.

—Porque en lo que respecta al trabajo que Susana va a realizar, su único jefe soy yo.

Rebeca ladeó el cuello, un gesto muy de ella que avisaba que estaba a la

defensiva.

—¿En serio? —preguntó de nuevo, pero esta vez su deje era muy soberbio.

—Muy en serio —respondió tajante.

—Para empezar, el que esta mujer esté contratada o no, todavía no está claro —dijo sin apartar la mirada de su hermano.

Susana tembló al escucharla. De los nervios, aguantó la respiración sin darse cuenta.

—Ese asunto ya está aclarado, Susana es la nueva incorporación de la empresa.

—¿Eso quién lo dice? —comentó bastante enfadada.

—Lo digo yo —sentenció Javier, confirmando que no aceptaba réplica.

—Pues te informo que para que se incorpore a la empresa, debo dar mi aprobación —rebatíó con el mismo tono de voz que había usado su hermano.

Era cierto, llevaban tiempo buscando un interiorista, porque ambos tenían que estar de acuerdo y, hasta la fecha, no lo habían conseguido. Los que para Javier eran buenos, para Beca, no, y viceversa.

—Pues en esta ocasión, lo lamento, pero Susana ya está contratada.

—De eso nada, todavía tengo voz y voto en esta empresa, así que olvídate...

—Javier la interrumpió, su hermana no estaba siendo profesional. El cabreo de haberse enterado de que su futura casa iba a estar en obras, aplazando así su mudanza, la estaba cegando.

—¡Está contratada y no hay más que hablar! —exclamó con frialdad.

—¿Acaso mi opinión no cuenta?!

—En este momento, no.

Susana, que seguía allí callada, y por desgracia aguantando la respiración, sin poderlo remediar, soltó el aire de golpe, consiguiendo de esta manera que Beca sintiera de manera equívoca que su suspiro dejaba claro que allí el único mandamás era Javier.

Rebeca giró el cuello con tanta velocidad que por poco se lesiona, la atravesó con la mirada y volvió a mirar a su hermano Javier.

—¡Muy bien! Ya que mi opinión no cuenta, y además los nuevos empleados ya no me tienen ningún respeto, no voy a

perder un segundo más.

Se dio media vuelta y salió dando un portazo. Susana se tapó la boca. Javier suspiró con resignación y le dijo a la joven que no se preocupara, que su hermana entraría en razón en cuanto se le pasase el cabreo.

Al regresar a su despacho, Javier pensó en todo y se dio cuenta de que se podían haber hecho las cosas de otra manera. Haber hablado con su hermana a solas, comentar con tranquilidad el motivo de haber contratado a Susana sin su consentimiento, porque de esta forma, parecía que había quitado toda autoridad a Rebeca.

Volvió a suspirar y fue a buscarla, debía aclarar con su hermana pequeña

las cosas. Pero no la localizó, le informaron que Beca se había marchado sin decir adónde.

Sacó su móvil y la llamó, pero su teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Esto consiguió que Javier se cabrease, su hermana era capaz de sacarlo de sus casillas cuando se lo proponía. Ahora, que lo iba a escuchar a la hora de la comida, porque sus arrebatos de niña malcriada lo sacaban de quicio.

Capítulo 4

Merecen un escarmiento

Javier llegó al *gran nido*, la casa familiar, donde estaban todos los hermanos preparando la mesa para comer.

—¿Dónde está Rebeca? —preguntó Javier nada más entrar.

—Pensábamos que vendría contigo —respondió Víctor, ya que, últimamente, ambos hermanos iban juntos a la hora de comer.

—Pues más vale que aparezca y

pronto —sentenció muy cabreado. Eso alertó al resto de hermanos. Y Neill que hoy no había acudido a su restaurante porque se había quedado en casa, buscando esa tranquilidad para ir preparando nuevas recetas, se sorprendió al escuchar a su hermano mayor.

—¿Qué ocurre? —preguntó serio.

—Que esa maldita cabezota se ha marchado de la galería sin avisar.

Jaime cerró los ojos, sin saber la historia, y conociendo mejor que nadie a Rebeca, estaba seguro que había discutido con su hermano por guardarle el secreto, y eso lo cabreó, pues al fin y al cabo era para darle a ella la mayor sorpresa de su vida.

Javier narró, sin dejarse nada en el tintero, toda la historia. Los hermanos comprendían a su hermano mayor, Beca cuando se alteraba, no entraba en razón.

El cabreo fue en aumento por parte de todos, porque los que tenían turno partido, tenían que regresar de nuevo al trabajo, y su hermana no aparecía.

Rebeca, cuando se marchó de la galería, con el cabreo monumental que llevaba, sin pensarlo dos veces, se dirigió a su casa. Entró justo en el momento en que su hermano Neill acababa de salir a hacer unas compras, subió directa a la buhardilla y se sentó delante de su mesa de trabajo. Respiró hondo y trató de tranquilizarse, su

hermano mayor no la respetaba, y eso le llegó al alma.

Se colocó los auriculares y se puso a crear, su pasión por la moda seguía latente en ella. Desde que regresó de Portree, había dejado aparcada su nueva meta de futuro, porque lo primero era instalarse con Jaime en la casa de sus sueños y, una vez todo organizado, volcarse de nuevo en su profesión; diseñar y lanzarse otra vez al mundo de la moda.

Y como era habitual en ella, cuando se ponía a crear, todo desaparecía a su alrededor, y en ese momento, bien por el enfado o por sentirse dolida con su hermano mayor, se había volcado con ímpetu, sin ser consciente que, en la

planta baja de la casa, ocho hombres estaban buscándola y, además, estaban muy enfadados con ella.

Al sentir que su estómago rugía, miró la hora de su reloj y dio un brinco, bajó las escaleras corriendo y se encontró allí a todos ellos.

—¿Se puede saber dónde estabas?!
—preguntó Javier, alterado.

—Para empezar, no me grites —respondió mientras se acercaba a la encimera para ver qué había de comer.

—Si te comportases como una adulta, no te gritaría.

Rebeca levantó una ceja y si pensaba que el día estaba siendo desesperante, al ver que el resto de hermanos y el propio Jaime se posicionaban junto a su

hermano mayor, se le encendió la sangre.

—No se te ocurra llamarme niñata o la vamos a tener —amenazó, consciente de que iban a tener bronca.

Los hermanos, conocedores del carácter de su hermana, también supieron que iba a arder Troya, pero había que dejarle las cosas claras a Rebeca.

—¡Mueve tu culo, come rápido y vamos a la galería! —ordenó Javier con un tono de voz muy elevado.

—A mí, no me hables así, puede que en la galería te creas el todopoderoso, pero aquí, en casa, no se te ocurra darme una orden más —puntualizó Rebeca para que su hermano no se creyese que podía

ordenarle como si ella no tuviese ni voz ni voto en su propia casa.

—Beca, te estás pasando —intervino Víctor. Su hermana lo miró y, cabreada como estaba, tenía palabras para todos ellos. Ya era hora que ella hiciese lo que le viniese en gana.

—¡Tú, mejor cállate! —dijo amenazante y con voz elevada.

—A mí, no me hables así...

—¿Yo no puedo hablarte así, y Javier sí puede hacérmelo a mí? —preguntó ofendida, puesto que Víctor le había llamado la atención a ella y no lo había oído recriminar a Javier por gritarle a ella.

David, viendo cómo se estaba poniendo de caldeado el ambiente, se

acercó a su hermana pequeña y con voz neutral, intervino.

—Beca, sabemos que estás cabreada, pero no puedes faltar a tu trabajo por un arrebató.

Esa fue la gotita que colmó el vaso, el único hermano que podía apoyarla se había posicionado, desde luego, no a su lado, más bien al de Javier.

—¿Cabreada? —Negó con la cabeza y se mordió los labios antes de continuar —: No estoy cabreada, estoy ofendida... ¡Muy ofendida!

—Ofendido estoy yo, desapareces sin avisar a nadie —repuso Javier—. ¿Dónde has estado?

La pregunta, desde luego, ya era el colmo de los colmos para Rebeca, y así

se lo hizo saber a sus hermanos.

—No creo que tenga que responder a eso, estoy cansada de dar explicaciones.

—Y tanto que sí, las darás cuando se te pidan —intervino Víctor de nuevo. Y para rematar, Javier también hizo un comentario.

—Rebeca, darás todo tipo de explicaciones mientras vivas en esta casa.

Y así, con esa frase, a Beca se le encendió una luz en su cabeza; había llegado a una conclusión, sus hermanos y Jaime merecían un escarmiento, porque unos pensaban que podían controlarla y mangonear su vida, y el otro, hacía lo que le daba la gana sin contar con ella.

Jaime, que era casi capaz de leer su mente, la observó, el gesto de ella anunciaba que estaba urdiendo algo, esa cabecita estaba maquinando a toda velocidad, ahora, la pregunta era, ¿qué estaba tramando?

Beca con un plan en mente, para que esos metomentodo la dejaran en paz, se irguió y, con un tono de voz tranquilo, sorprendió a sus hermanos, pues nadie esperaba que Rebeca pasara de estar a la defensiva a hablar con total normalidad, y mucho menos, sin presentar batalla.

—Está bien, para ver si me ha quedado claro... —Se acercó a Javier—. En la empresa, tú puedes hacer lo que te da la gana sin contar conmigo,

dejando claro que allí solo mandas tú, quitándome autoridad delante de los empleados y sin valorar mi trabajo. — Javier iba a protestar, pero ella fue tajante levantando la mano—. Y aquí en casa, si no fuese suficiente con saber que en la galería soy un cero a la izquierda, tengo que dar explicaciones a todos, tanto si me apetece, como si no. Y si a eso le sumamos que de siete hermanos, ninguno es capaz de apoyarme, dejando claro que vuelvo a ser un cero a la izquierda, porque mi opinión a todos os la trae al fresco... — respiró hondo—. Según vosotros, no debo sentirme ofendida, que me comporte como una adulta y, por supuesto —se entristeció—, no levantar

la voz ni protestar, aunque a mí se me falte el respeto.

Jaime tragó saliva, percibir a Beca tan afectada, viendo como aguantaba el tipo y con los ojos brillantes, por estar reteniendo las lágrimas, lo estaba matando.

—Pues bien, ya me ha quedado claro. A partir de hoy, me voy a comportar como una adulta. —Miró a Javier—. Como mujer responsable y adulta, te aviso con quince días de adelanto que voy a dejar mi puesto de trabajo.

—Beca... —pronunció Dallas, pero su hermana no le hizo ni caso.

—En cuanto a los demás, como han dicho Javier y Víctor, mientras viva en esta casa, os daré las explicaciones que

tan ansiosos estáis esperando: al salir de la galería, me vine directa a casa, subí a la buhardilla y se me pasó el tiempo sin apenas darme cuenta...

—Beca, por favor, no sigas, no es necesario —interrumpió Dallas, porque él tampoco quería ver a su hermana tan abatida y dolida.

—Claro que lo es —le tembló la voz, porque estaba a punto de llorar—, así es como lo queréis... así son vuestras normas... y así estaréis tranquilos.

Se dio la vuelta y se encaminó a la salida.

—¿Dónde vas? —preguntó Javier, con pesar, porque su hermana no merecía sentirse derrotada. Para nada ella era un cero a la izquierda, todo lo

contrario.

—A la galería...

—Primero come —indicó Neill, también apenado de ver a su hermana pequeña pasando un mal rato.

—No, como adulta y responsable, debo cumplir con mis obligaciones, y hasta dentro de quince días, todavía trabajo en la galería... —sentenció en un hilo de voz—. Aunque no se me valore.

Salió de la casa, dejando a todos callados y con un nudo en el estómago.

Capítulo 5

Reunión urgente

Jaime regresó a la casa nada más terminar su jornada laboral, no perdió un segundo, necesitaba ver a Beca. Al llegar, Rubén le informó que todavía no había regresado.

Se dio una ducha rápida y esperó impaciente. Cuando vio a través de la ventana que su chica llegaba con su coche, respiró y bajó para recibirla.

Rebeca, por primera vez desde que había regresado de Portree, no lo besó

con el afecto habitual, más bien fue un simple roce, más por compromiso que por gusto.

—Beca, debemos hablar.

—Tú dirás —respondió ella con total indiferencia.

—Lamento lo que ha pasado esta mañana, no es culpa de Javier, fui yo quien les pidió tanto a él como a Susana... —Rebeca lo interrumpió.

—Lo que tú pidieras o dejases de pedir, no le da ningún derecho a Javier a tratarme sin respeto; en cuanto a Susana, sigo siendo su jefa... bueno, eso creía yo, pero mi hermano dejó muy claro que ella tenía razón, allí solo manda él, por lo tanto, da lo mismo.

—Eso no es cierto, sabes de sobra...

—Más vale que no se te ocurra decir que me valoran, porque ha quedado muy claro que yo no pinto nada, ni allí ni aquí, así que mejor cállate, porque la vamos a tener, y ya he tenido suficiente por hoy.

Jaime estaba cansado de que no se diera cuenta que sus hermanos estaban siempre pendientes de ella por una única razón, porque la querían con locura. Para ellos, estar al tanto de todo cuanto hacía Beca era primordial, porque siempre habían basado su cariño en la protección; puede que fuesen muy estrictos y controladores, pero porque, para ellos, su hermana pequeña era lo más importante. Sí, puede que Beca tuviese razón y estuviese cansada de

tanto control, pero así eran ellos y no sabían expresar su cariño de otra manera.

—¡No digas más tonterías! Comprendo que estés enfadada, y que el cabreo te haya llevado a sacar las cosas de quicio, pero no digas que no significas nada para tus hermanos, porque está claro que siempre te han demostrado cuánto te quieren.

Rebeca torció el cuello a un lado, se puso frente a Jaime, ¿qué se había creído?

—Por hoy ya he aguantado suficientes gritos, tú no vas a venir a decirme que me calle, ya sería el colmo... y mejor apártate de mi camino —extendió el brazo y lo hizo a un lado para alejarse

—, porque tú también me estás decepcionando y mucho.

Y sin más, se alejó, subió las escaleras para ir a su dormitorio, cambiarse de ropa y salir a correr. Así terminaría de trazar su plan; mientras hiciese ejercicio, daría vueltas al asunto. Sí, conociendo a sus hermanos y a Jaime, mañana aprenderían la lección todos ellos.

Jaime apretó los labios, prefirió no decir nada, porque de hacerlo, iban a acabar discutiendo y, la verdad, prefería dejar a Beca tranquilizarse; cuando se serenara, hablarían con calma, y entonces le diría un par de cositas, porque acababa de hacerle daño escuchar de su boca «me estás

decepcionando y mucho».

Javier estaba sentado en el sofá, en la casa de Amanda, con la mente perdida, cuando Nerea, la hija de su chica, lo sacó de sus pensamientos.

—¿Mañana veré a la tía Beca?

Rebeca y la pequeña tenían una relación muy especial, la niña sentía adoración por su hermana, y esta tanto de lo mismo por ella.

Estaba a punto de responder cuando recibió un mensaje del grupo de *whatsapp* de sus hermanos.

Mañana a primera hora, reunión familiar urgente.

Teniendo en cuenta que en ese grupo era el único en el que no estaba su hermana, el tema a tratar era Rebeca. Por lo tanto, suspiró resignado. Esa misma tarde había intentado un acercamiento con su hermana, pero no había servido de nada, ella se había cerrado en banda.

Amanda, que estaba justo a su lado, miró el reloj e informó a su hija.

—Dale un beso de buenas noches a Javier, ya es hora de marcharse a la cama.

La pequeña intentó remolonear, no le apetecía irse a dormir tan pronto, pero su madre fue muy tajante.

Cuando la pequeña se quedó dormida, Amanda regresó al salón y se acurrucó

en el regazo de Javier.

—¿Qué te tiene tan preocupado? — preguntó a la vez que le acariciaba la mejilla.

Javi sonrió, era agradable que su chica estuviese pendiente de él.

—Beca —respondió escueto.

Amanda sonrió, le dio un beso tierno en los labios y dejó su cabeza apoyada en su hombro, consciente de que Javier la pondría al día de lo que lo estaba torturando. Lo escuchó sin interrumpir y cuando terminó, se incorporó, fue por un vaso de agua y al regresar se sentó al lado de Javi para hablar con él.

—Javier, tu hermana se siente ofendida... —Iba a interrumpirla y Amanda le tapó la boca con la mano—.

Sí, muy ofendida, porque lo que vosotros llamáis protección, ella lo llama frustración.

—¿Frustración? Lo que me faltaba por escuchar.

—Vale, te lo explicaré de otra manera... —Buscó las palabras correctas—. Verás, sois ocho hermanos, y no veo que entre vosotros os pidáis explicaciones de nada, a la única que se las pedís es a Beca, y perdona que te diga esto Javi, pero se las pedís por todo, y no es una niña. Debe estar cansada y agobiada de vuestro control.

—Beca no puede ir por ahí sin que sepamos dónde se encuentra...

—¿Por qué? —preguntó rápida.

—Porque no.

Amanda sonrió, esa no era una respuesta, quería la verdad.

—No me vale esa contestación.

Javier se llevó las manos a la cabeza, se apretó las sienes y suspiró, fijó sus ojos en los de Amanda y respondió.

—Porque siempre ha necesitado ser controlada, la única vez que no estuvimos pendientes de ella —se mordió los labios con frustración al recordar el pasado—, ya viste lo que sucedió.

Amanda asintió y alargó sus manos para coger las de él y mientras las acariciaba, habló con mucha dulzura.

—El pasado no se puede borrar, y no fue por no estar pendientes de ella; simplemente, tu hermana, saturada por el

ritmo frenético de su trabajo, su ruptura con Jaime y su obsesión por superar toda expectativa puesta en ella, fue el fruto de una crisis nerviosa.

—Si nosotros hubiésemos estado más pendientes de Beca, es posible... — comentó con agonía, por sentirse todos ellos culpables.

Amanda lo interrumpió.

—Es posible que hubiese sufrido la misma crisis nerviosa. —Se puso seria—. Javier, ella no es una niña, ha demostrado que está muy capacitada para superar cualquier obstáculo y lleva ocho años demostrando día a día que aquello fue un caso aislado, y se lo estáis poniendo muy difícil. Porque aunque no lo creas, estáis consiguiendo

que ella cada día se levante con la sensación de que no está a vuestra altura...

—¿Cómo?! —preguntó alterado, eso era una majadería.

—Ella no recibe el mismo trato entre vosotros...

—¡Porque es nuestra pequeña! —sentenció ofendido porque Amanda pensase que ellos no trataban a Beca como merecía.

Amanda sonrió, era bonito ver que a pesar de que todos ellos eran adultos, seguían tratando a su hermana como la muchachita que los tenía enamorados desde pequeños. Podrían pasar cien años y seguirían viéndola como la niña de sus ojos.

—Lo es, pero tenéis que aprender a tratar a Beca como a la mujer en la que se ha convertido.

—Pero...

—Pero nada, Javi, Beca merece vuestro respeto, no puede pasarse la vida sintiéndose inferior, tratando de superarse para que la tratéis como a una mujer, no lo merece, porque ella ya es esa mujer adulta. Y lamento decirte esto, pero lo que ha pasado hoy, estoy convencida que has defraudado a tu hermana como nunca, has hecho las cosas mal, y luego tus hermanos también.

Javier levantó las cejas, sabía que su hermana estaba enfadada, pero haberla decepcionado ya era mucho decir.

—¿Defraudado?

—Sí, lo habéis hecho mal desde el principio, *todos*, incluyo a Jaime en el lote. Para empezar, él tenía que haberle dicho que iban a haber cambios y que su decisión estaba tomada para darle una sorpresa.

—Si se lo dice, no sería una sorpresa —adujo con toda lógica.

—La sorpresa será ver los cambios, saberlo no quita el hecho de recibirla. Porque lo que ha conseguido Jaime ocultando esto sin hablarlo con ella, solo lleva a una conclusión para Rebeca...

—¿Cuál? —preguntó muy curioso.

—Que Jaime no la tiene en consideración para tomar decisiones con

respecto a su futuro hogar.

—Jaime siempre hace las cosas por y para ella —sentenció para apoyar al muchacho.

—Sí, me consta, pero esta vez ha hecho las cosas mal, y tú las has empeorado. Tenías que haber hablado con tu hermana también antes de tomar partido y aceleraros, porque la has dejado en evidencia delante de una empleada, con o sin razón... lo has hecho mal, Javier, y al igual que estará pensando que Jaime no la tiene en consideración, también estará pensando que tú, su hermano mayor, no siente ningún respeto hacia ella, y que, además, ocho años de entrega plena en la empresa familiar no han valido para

nada.

Javier se llevó las manos a la cara, se la frotó agobiado, ¿cómo podía su hermana pensar algo así, cuando todos sabían que Beca era un pilar enorme, tanto en la empresa como en la casa?

—Pero si para nosotros... —se quedó callado, no encontraba las palabras. Era tanta la adoración por su hermana, que no existían léxicos suficientes.

Amanda sonrió, entendía lo que le pasaba a Javier. Era admirable y muy envidiable la unión de la familia Irwin. Bien lo sabía ella que, por desgracia, había sido huérfana. Fue una bendición que el destino la llevase hasta el hombre que tenía al lado. Cuando entró en su vida, por primera vez sintió lo que era

el amor, el afecto, el respeto, la amabilidad, la sensatez y, sobre todo, la pasión. Y lo más importante, Javier le abrió un mundo desconocido, un lugar mágico: *el gran nido*. Conoció en primera persona lo que era un verdadero hogar. Fue recibida por toda la familia con los brazos abiertos. La integraron como una más, consiguiendo, durante doce años, los mismos con los que mantuvo una relación sentimental con Javier, que ella fuese completamente feliz, permitieron que olvidara el dolor y la pena de haberse sentido vacía, sola y rechazada. Cuando Javier decidió poner fin a aquella relación, su vida fue un infierno, ya nada fue igual; por muchos hombres que conociese, no

podían llenar el vacío que había en ella, pues no solo perdió al hombre que amaba por encima de todo, sino que también desapareció aquella sensación placentera de sentirse parte de una gran familia.

De nuevo el destino quería brindarle la oportunidad de recuperar todo lo perdido, y ella haría lo posible por aferrarse a la felicidad, porque tener a su hija, estar con Javier y volver a formar parte de la vida de la familia Irwin, era para ella la felicidad plena. Más cuando su niña, que a pesar de tratar a los hermanos de Javi, cohibida cuando se encontraba con ellos, al llegar a casa y estar ellas solas, o con el mismo Javier, los había adoptado ya

como sus *tíos*, pues así los llamaba cuando no estaban ellos presentes.

Una vez más, la familia Irwin aportaba a su vida todo cuanto necesitaba, su cariño... su aceptación... su protección... y nuevamente le entregaban lo que era para ella un verdadero hogar.

Levantó la mano y acarició la mejilla de Javier.

—Y Beca, a pesar de todo, no sabe vivir sin vosotros. —Al ver que Javier ladeaba la boca, aclaró—. Mi amor, ¿acaso no te das cuenta que se va a vivir justo enfrente?

—Porque siempre ha sido la casa de sus sueños.

—Sí, pero lo ha sido por un único

motivo, esa casa está cerca de vosotros, ella no quiere ni puede alejarse de sus hermanos mayores.

—No lo tengo tan claro si es capaz de pensar lo que has dicho —pronunció decaído.

—Beca sería capaz de vivir bajo un puente con tal de estar con Jaime, pero eligió esa casa, porque allí, teniendo al hombre que ama, también os tiene a vosotros.

Por fin Javi asimiló cada palabra de Amanda, las mujeres eran más intuitivas que ellos; para muestra de eso, su hermana pequeña siempre veía las cosas que ellos no eran capaces de ver.

—Ojalá sea así.

—Pero tenéis que empezar a tratarla

como una adulta, porque sin quererlo, vosotros mismos vais a conseguir que ella se aleje.

—Eso no lo voy a permitir, ni yo ni mis hermanos —sentenció totalmente convencido.

Amanda volvió a sonreír y sabiendo que Javier ya tenía claro que había hecho las cosas mal, quiso verlo sonreír, así que intervino.

—Mejor, porque conozco a una pequeña de tres añitos que sería capaz de mataros a todos por permitir que su *tía Beca* —imitó el tono de su hija—, se aleje de nosotros.

Javier por fin sonrió pleno. Esa pequeñaja se había metido en su corazón sin avisar y sin pedir permiso. Y sabía

que acabaría robando el corazón de toda su familia, tal y como lo había hecho con su hermana y con él mismo.

—En ese caso, doy fe que no sucederá, no estoy dispuesto a morir, todavía me quedan muchos años para poder disfrutar de su madre.

Amanda se carcajeó y acercó sus labios a los de él, y ambos se entregaron. Cuando el deseo aumentó, Javier se separó un palmo para hablar.

—¿Seguro que está dormida? — preguntó jadeante.

—Sí, muy segura.

Y sin perder un segundo, la cogió en brazos, se alzó y se dirigió al dormitorio. A pesar de que la pequeña Nerea los veía juntos muy a menudo,

querían ir despacio delante de ella. Todavía no sabían si estaba preparada para verlos dormir juntos.

Al regresar Rebeca de su habitual carrera diaria de una hora, fue directa a ducharse. Y luego cenaron todos juntos.

Al terminar, como era viernes y ninguno tenía que madrugar, sus hermanos y Jaime decidieron jugar en el salón a la *Play Station*, ya que Beca no estaba muy dispuesta esa noche a mantener una conversación con ninguno.

Y ella, con su plan en marcha de darles una lección, se fue directa a la cocina con su ordenador portátil.

David se despidió, había quedado con el gran amor de su vida, Tamara. Su

relación cada día era más fuerte y más estable. Algo que alegraba a todos los hermanos, puesto que a la chica ya la consideraban parte de la familia.

Jaime, que estaba algo cansado y, además, enfadado, se retiró a su dormitorio, mañana hablaría con Beca, así los dos estarían más serenos para mantener una conversación.

Rubén fue a la cocina para coger un vaso de agua y vio a su hermana allí sentada en un taburete, con el portátil encima de la encimera, muy concentrada en la pantalla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó curioso.

—Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo —respondió sin apenas

desviar la mirada.

Rubén, sorprendido tanto por el tono de voz, como por ver su concentración, preguntó de nuevo.

—¿Y eso es?...

—Buscar un piso de alquiler.

Rubén no estaba preparado para esa respuesta, se quedó paralizado, su hermana había perdido el juicio por completo.

—Estás de broma, ¿no?

Rebeca por fin levantó la mirada del portátil y miró fijamente a su hermano.

—No, te aseguro que no estoy bromeando, queréis que sea adulta, pues esta es mi primera decisión como tal. A partir de ahora, podré hacer lo que me dé la real gana sin tener que dar

explicaciones a nadie.

Se levantó y, sin dar la oportunidad a su hermano a protestar, se dirigió a las escaleras para subir a su dormitorio.

—Buenas noches —dijo seria, y desapareció.

Rubén se acercó al portátil que había dejado su hermana allí encendido, y comprobó que no había mentido.

Sacó su móvil del bolsillo del pantalón y mandó un *whatsapp* a sus hermanos, ya que Neill, Víctor y Javier no estaban en la casa.

Capítulo 6

Un plan perfecto

A las ocho en punto de la mañana, todos los hermanos Irwin, hombres, estaban sentados frente a la mesa que tenían en la parte trasera del jardín, una zona que tenían cerrada para el invierno.

Jaime, que había escuchado voces, se levantó y bajó a la cocina, al ver la puerta trasera abierta y a todos allí, se sorprendió.

—¿Ocurre algo? —preguntó, y Neill respondió rápido.

—Sí, sí ocurre, que Beca está buscando un piso de alquiler.

Jaime no podía dar crédito, debía haber escuchado mal.

—¿Qué?! —preguntó ofuscado, pero no recibió respuesta, porque Beca hizo acto de presencia.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó sin dar los buenos días siquiera. Y Jaime dejó a todos helados.

—¿Estás buscando un alquiler sin contar conmigo?! —exclamó con tal fuerza y cabreo, que todos los Irwin se tensaron, aquello no pintaba bien.

«¿Acaso su hermana se había vuelto loca otra vez?», se preguntaron los hermanos.

Beca lo fulminó con la mirada, y

Jaime, al ver que ella torcía el cuello ligeramente a la derecha, supo la respuesta sin siquiera escucharla de su boca. Así que dio un golpe en la mesa, levantó la mano y con el dedo índice, como si quisiera acusarla, empezó a moverlo, pero era tal el cabreo y la frustración, que, al final, sin soltar una palabra por su boca, se dio media vuelta y desapareció cerrando la puerta con un portazo, dejando a los ocho hermanos allí solos.

Rebeca se mantuvo en la misma posición, sin demostrar a nadie la angustia que tenía, pero contaba con ello, su plan ya estaba en marcha y como había pensado, su hermano Rubén había pasado parte a todos. No esperaba que

Jaime se hubiese enterado antes de hablar con él, pero era una posibilidad que también había barajado mientras la tarde anterior corría.

—¿Se puede saber qué es eso de que estás buscando un piso de alquiler? —preguntó Neill sin demorar un segundo más.

Rebeca miró a Rubén fijamente, y este, ni se inmutó, no se avergonzó, porque todo lo que tenía que ver con ella, era asunto de todos.

—No es que esté buscando, es que ya lo he encontrado —respondió sin alterar su tono de voz.

—Pues ya lo puedes ir olvidando —pronunció tajante Malcom.

Rebeca permaneció en pie, cruzó los

brazos y respondió con una tranquilidad terminante, que descuadró a todos, porque ella, siempre que presentaba batalla, se alteraba.

—¿Sabéis? Esta es una de las razones por las que he decidido independizarme; por suerte, es muy posible que sea la última vez que yo os tenga que dar una explicación de nada.

—Tú darás siempre explicaciones...
—repuso Víctor, y Beca lo interrumpió, no pensaba dejarlo hablar más.

—Daré las mismas que das tú.

—¡Rebeca...!

—Por mucho que grites, la respuesta será la misma, nunca has estado sordo, y yo tampoco, así que no hay necesidad de que me alces la voz —dijo a su hermano

Víctor, que había intentado amedrentarla al pronunciar su nombre con el tono de voz demasiado elevado.

—No estás siendo nada razonable...
—se pronunció David, y Beca, decidida a darles a todos de su propia medicina para que aprendiesen la lección, tampoco lo dejó terminar. Hoy estaba dispuesta a callarlos a los siete, apenas había dormido pensando con la cabeza fría, para llegados a este punto, estar a la altura de lidiar con siete hombres testarudos.

—La razón depende del ojo que mira, y está claro que el vuestro y el mío es totalmente opuesto, y por ello, en mi propia casa, por fin solo se verán las cosas de una única manera.

—¿Y qué pasa con Jaime? —preguntó David con la esperanza que su hermana reaccionara, que entrara en razón.

—No pasa nada con él, podrá venirse a vivir conmigo... —hizo un corto silencio para recalcar lo que diría a continuación—: Si es que quiere, claro.

Javier había permanecido callado, porque él después de la conversación que había mantenido con Amanda, sabía que Beca y ellos no veían las cosas igual. Pero al comprender que su hermana estaba dando a entender que Jaime parecía pasar de ella, intervino.

—Jaime no se merece esa insinuación...

—Eso es algo que también tiene dos puntos de vista, y el mío lo tengo claro.

—Beca, ayer, las cosas no salieron como... —volvió a cortar a Javier, estaba cansada de todo.

—Ayer, por fin abrí los ojos, vosotros vivís vuestra vida como os da la gana, y yo tengo que vivir la mía según os parezca a todos.

—Eso no es cierto —interrumpió Dallas, que desde que había aparecido su hermana, no dejaba de observarla.

—¡Y tanto que sí! —exclamó tajante, y por fin era el primer arrebató de ella desde que había empezado la reunión. Tanto Dallas como Beca se dieron cuenta de ese detalle, y mientras él pensaba que por fin iba a salir su carácter habitual, ella se recriminaba interiormente por no ser capaz de

autocontrolarse. Por lo tanto, respiró fuerte y trató de volver a llevar los mandos sin permitir que sus hermanos ganasen la batalla.

—Nadie intenta dirigir tu vida — insistió Dallas.

—¿No? —preguntó irónica—. Es increíble que tengas el valor de decir algo así cuando tú has sido capaz de *obligarme* —recalcó la palabra—, a cambiarme de ropa, porque hasta en eso tenéis que dar vosotros la aprobación.

Y aunque todos sabían que su hermana no mentía, puesto que en más de una ocasión había sucedido, ellos no lo veían como ella. Para los hermanos era una forma de estar más tranquilos, que nadie la mirase como una mujer

sexy, más bien como a una muchacha sin llamar la atención.

David tenía claro que la única manera de que su hermana recapacitase era Jaime, y de nuevo lo sacó a colación, pero no estaba preparado ni él, ni el resto, a escuchar la respuesta aplastante de su hermana.

—¿Te das cuenta que puedes perder a Jaime?, ¿estás dispuesta a eso?

—Estoy dispuesta a perderlo todo a cambio de obtener mi libertad.

Si en ese momento pinchaban a alguno de ellos, no saldría ni gota de sangre, los había dejado helados. Y Neill estalló.

—¡Realmente te has vuelto loca, Rebeca!

Y ella volvió a perder el autocontrol.

—¡Tampoco sería la primera vez!

—¡Basta, hasta aquí hemos llegado!

—intervino Malcom. Sacar el pasado no era beneficioso para ninguno, mucho menos cuando se hermana estaba dispuesta a abandonar *el gran nido*, consiguiendo con ello que todos se preocupasen todavía más por ella.

—Eso digo yo, hasta aquí hemos llegado, por eso, con o sin vuestra aprobación, me voy a marchar de esta casa.

—¡Tú no irás a ninguna parte! Ya tienes una casa con Jaime, que es a la única a la que irás cuando salgas de esta —reprochó Víctor, porque parecía que su hermana se había olvidado de que ya

habían hecho planes de futuro ella y él.

—¿También vas a decirme dónde vivir y planear mi futuro? —preguntó ya cabreada, porque era ofensivo que metiesen al hombre que amaba para salirse con la suya.

Dallas vio que era el momento de intervenir, su hermana ya había dejado de controlarse, algo que le había costado mucho, y ahora con su genio habitual presente, todo podría desmadrarse mucho más.

—Vale, tranquilicémonos, respiremos un momento y busquemos una solución.

—La única solución es marcharme de esta casa... —dijo muy alterada, y ya sin control en su persona, salió por su boca de todo y para todos—. ¡Además,

no sé a qué viene tanto numerito, si está claro que os importo bien poco!

Neill se levantó como un resorte y alargó el brazo para acusarla.

—¡Cómo se te ocurra volver a insinuar una estupidez semejante, te juro, Beca, que te voy a dar la azotaina que nunca te he dado!

—Rebeca, más vale que te vayas quitando de la cabeza esa barbaridad, porque nos estás ofendiendo a todos — comentó Javier.

Rebeca se rió con cinismo, aquello se le había ido de las manos, no sabía si reír o llorar, y la primera opción salió por su boca, totalmente nerviosa.

—¡Esta sí que es buena! ¿Qué yo os ofendo?

—¡Sí, y mucho además! —respondió fusilándola con la mirada.

La risa nerviosa de Rebeca desapareció, y dio paso a una mujer de carácter, agobiada, contundente y triste.

—Me he pasado ocho años de mi vida dejándome la piel en la galería, aguantando varios años a una mujer que llegó a estar más valorada que yo ante tus ojos —dijo refiriéndose a su ex cuñada Alicia—. He trabajado incluso enferma, con fiebre, sin que saliera de mi boca una sola queja. No me disteis la opción de elegir si quería o no trabajar allí; simplemente, lo decidisteis, y yo tuve que acatar vuestra decisión y no creo que me hayáis escuchado protestar —dijo del tirón, y sus ojos se

empañaron, aunque acostumbrada a aguantar las lágrimas para que sus hermanos no la viesen llorar, las supo retener.

Escuchar aquello no lo esperaba nadie, desde luego, en ese mismo momento, allí se podía cortar el aire. Y Dallas tragó con dificultad, nunca había escuchado a su hermana hablar así, con ese deje de pena, angustia y dolor.

—Y tú, ayer, fuiste capaz de anularme totalmente, sin miramiento, sin valorarme —Javier sintió una presión en el pecho—. Y luego, vosotros —los señaló a todos con el dedo—, hicisteis lo mismo aquí, ¡en mi propia casa!, dejando claro, una vez más, que mi opinión, mi trabajo y mi vida la vais a

dirigir vosotros, sin tenerme en consideración... lo que yo piense o necesite, no lo habéis preguntado, porque lo que Beca necesite no importa, ya que vosotros pensaréis y decidiréis por mí.

Ya no pudo retener las lágrimas, y sus siete hermanos se quedaron paralizados y bloqueados.

«¿Cuántas veces habían visto llorar a su hermana?», una pregunta que se hacían la mayoría de ellos, y la respuesta era muy sencilla; nunca. Con ese dolor y pena, nunca.

—Pues bien, os informo a todos, por primera vez en mi vida, la decisión la tomo yo.

Se dio media vuelta y salió corriendo,

no soportaba un segundo más allí, viendo como sus hermanos la escrutaban con la mirada por verla llorar.

Atónitos, así los dejó a todos.

Javier se llevó las manos a la cabeza, de nuevo tenía que apretar las sienes para aclararse.

Neill se sentó de golpe, ni en años luz hubiese imaginado ver tanta angustia en su hermana.

Víctor apoyó la cabeza en la mesa.

Dallas cerró los ojos, intentando borrar la última imagen de su hermana.

Rubén suspiró agobiado por la situación.

David sintió que el corazón se le partía en dos.

Y Malcom se quedó con la mirada

clavada en la puerta, como si esperase que todo hubiese sido un mal sueño y su hermana apareciese con su habitual sonrisa y alegría.

El silencio de aquella estancia daba pánico. Pero siete hermanos, que siempre habían permanecido unidos para afrontar los problemas, por primera vez se sentían inútiles... rotos... y fracasados.

—Beca no puede marcharse de esta casa, y menos viendo lo que está pensando de todos nosotros —se pronunció Dallas.

En eso estaban todos de acuerdo, ahora faltaba encontrar la clave para que ella cambiara de opinión.

Mientras los hermanos en la parte

baja estaban tratando de encontrar la solución, Rebeca estaba en su dormitorio, intentando tranquilizarse. Sabía que esos siete hombres la querían y que su plan no había salido como ella lo había planificado. Solo quería darles un escarmiento para que la dejaran respirar. Sí, estaba dolida, porque el día anterior, su hermano Javier la había decepcionado, pero no quería haber llegado tan lejos.

Suspiró derrotada, ahora sí iba a tener que marcharse *del gran nido*, lo malo era que lo haría con mucho pesar, pues aunque había sacado a la luz una parte de su interior que llevaba guardada muchos años, nunca protestó, y no lo hizo porque sabía que las decisiones de

sus hermanos con respecto a ella siempre eran acertadas, pues nadie mejor que ellos la conocían y cuidaban.

Alguien llamó con los nudillos a su puerta, un gesto que no era habitual, ya que sus hermanos entraban sin avisar.

—Adelante.

La puerta se abrió, y Javier apareció; con voz cordial, informó a su hermana.

—Nos gustaría hablar contigo.

Beca asintió, le pidió un minuto, y mientras Javier bajaba las escaleras para regresar con el resto de hermanos, ella fue al baño a limpiarse la cara.

Una vez con las mejillas sin rastro de lágrimas y con los ojos rojizos, delatando que había llorado, se reunió con los siete hombres que, junto a Jaime,

eran lo más importante de su vida.

Esta vez sí se sentó, prefería estar tranquila y escucharlos, seguramente estarían enfadados y se lo iban a hacer saber.

Dallas fue el encargado de hablar por boca de todos.

—Beca, en primer lugar, queremos pedirte perdón.

Ella agrandó los ojos, eso sí que no lo esperaba.

—En segundo lugar, necesitamos que comprendas que nunca hemos hecho las cosas con mala intención —dijo sincero—. Siempre que hemos tomado una decisión, ha sido con la total convicción de que sería beneficiosa para ti... está claro que nos equivocamos.

—Dallas... —quiso interrumpir, pero su hermano levantó la mano, tenían mucho que decirle.

—Sí, nos equivocamos. El que tú pienses que no te respetamos... que no nos importas... que te controlamos... que no te queremos... nos hace llegar a la conclusión que en algo hemos fallado, porque precisamente es todo lo contrario.

A Rebeca se le volvieron a iluminar los ojos, sus hermanos estaban demostrando que la querían, y aunque ella era consciente de ello, nunca se lo habían dicho a las bravas.

—Nunca hemos sido hombres de palabras bonitas ni de derrochar cariño abiertamente... —Era cierto, pero ella

los quería así, tal cual—. Pensábamos que con protegerte, te estábamos demostrando el cariño que te tenemos. Otro gran error por nuestra parte, pues tú no has llegado a verlo por tus propios ojos.

—De verdad, Dallas...

—Déjalo continuar —interrumpió Neill.

—Lo que estamos tratando de decirte, Beca, es que para todos nosotros, tú eres lo más importante. Hemos sido siempre una familia unida, pero tú eres nuestro sostén.

A Rebeca le salió una lágrima, la misma que su hermano Víctor, paró con el dedo pulgar, al inclinarse y alargar su mano, para regresar de nuevo a su

posición.

—Necesitamos que entiendas que para todos nosotros eres nuestra niña pequeña, sí, ya sé que eres una mujer, pero nosotros no podemos verte así. Pasarán mil años, y allá donde estemos, si es que hay otro mundo esperándonos... estaremos contigo, a tu lado, porque seguiremos sintiendo que nuestra pequeña nos necesita.

Esta vez no fue una lágrima aislada, salieron unas cuantas que ella misma limpió con el dorso de su mano derecha.

—Por eso, perdónanos por no haber sido capaces de hacerte ver que te queremos... que te admiramos... que te valoramos... y, sobre todo, que te necesitamos.

Desde luego, la decisión tomada parecía ser la acertada. Habían llegado a la conclusión de que su hermana tenía que entender la auténtica realidad, que la querían con locura, y para ello solo había una forma de demostrárselo, como siempre hacían, con sinceridad y honestidad.

—¿Nos perdonas? —preguntó en un hilo de voz, porque era emotivo ver a su hermana tan sentida, aunque por una vez, parecía que era por emoción.

Rebeca se levantó y, sin dudarlo, se abrazó a su hermano Dallas, que había permanecido en pie todo el rato.

Capítulo 7

Saber perdonar

Rebeca llevaba toda la tarde esperando a Jaime, había salido perfecto su plan con respecto a sus hermanos. Más que eso, estaba casi en una nube, porque aquellos metomentodos la adoraban. Pero sentía una opresión en el estómago, los nervios se apoderaban de ella, y la causa era el hombre que amaba por encima de todo.

Escuchó el sonido inconfundible de la moto de Jaime. Así que sin esperar un segundo más, fue al garaje a buscarlo.

Jaime, al verla allí frente a él, no

esperó un segundo, llevaba todo el día pensando en que Beca había sido capaz de hacer planes de futuro sin contar con él.

—Te agradecería que te apartaras —dijo sin vacilar, porque ella le obstaculizaba el paso.

—Me gustaría hablar contigo.

—Pues no veo por qué. ¿Acaso, lo que quieres decirme es tu nueva dirección? —preguntó con desdén.

—No...

—Pues cuando la tengas, me dejas una nota o que tus hermanos se encarguen de hacerlo.

Rebeca suspiró, comprendía su enfado, pero también ella lo estaba, ¿acaso él no había hecho planes sin

ella?

—Si es eso lo que quieres... —dijo con voz apagada.

Jaime pasó haciéndola a un lado, como ella había hecho el día anterior, y cuando estaba a punto de abandonar el garaje, para entrar en la casa por la puerta que daba a la cocina, estalló, se dio la vuelta para encararse a Rebeca.

—¿Qué si es lo que quiero?! Ahora, lo único que deseo es matarte. Haces lo que te da la gana sin contar conmigo, sin pensar en mí, sin avisarme de nada...

Beca agrandó los ojos, qué ironía de la vida, había urdido un plan con una única meta, que tanto sus hermanos como él aprendieran que a ella nunca la tenían en consideración. Y, ahora,

estaba echándole en cara lo contrario.

—Tampoco es que tú lo hagas — reprochó y consiguió que Jaime se quedase callado.

Ninguno de los dos dio un paso, estaban a metro y medio de distancia, cada uno con un pensamiento y a la vez con una única conclusión: no iban a pedir perdón sin escucharlo al otro primero.

—¿Sabes?, cada paso que he dado, cada cosa que he hecho, siempre ha sido para estar cerca de ti —comentó Jaime, sin comprender que ella hubiese hecho las cosas sin contar con él.

Y con esa frase, Rebeca sintió que se le abría la oportunidad de hacerle comprender que ella estaba dolida

también.

—Pues para querer estar cerca de mí, parece que pones mucho empeño en atrasar el poder empezar una vida juntos.

—¿Es eso lo que piensas?

—Es lo que me estás demostrando.

Jaime respiró con intensidad, que la mujer que amaba más que a su propia vida creyese algo así, lo dejó bloqueado.

Beca, al ver que él no decía nada, tomó de nuevo el mando.

—Te has marchado, esta mañana, totalmente convencido de que te he dejado de lado, que no he contado contigo... ¿Y tú?, ¿contaste conmigo para tomar una decisión? Simplemente,

me dijiste... —Jaime la interrumpió.

—¿Alguna vez he hecho algo en esta vida sin pensar en ti? —dijo con dolor, pues que ella no lo tuviese claro le partía el alma en dos—, dime una sola vez en la que yo te haya fallado. Si tomé la decisión, fue por y para ti, porque tú siempre eres lo primero en mi mente. Pensé que a estas alturas, después de todo lo que hemos vivido, tú ya lo sabrías.

Beca tragó con dificultad. ¡Claro que lo sabía! Como que no podía vivir sin ese hombre.

—Me sentí desplazada —reconoció con tal honestidad, que Jaime sintió un pinchazo en el pecho.

—Y yo me he sentido abandonado —

declaró también, sincero. Porque al escuchar decir a los hermanos que Beca buscaba un piso de alquiler, lo abordó una sensación de abandono que no pudo soportar.

Y, por fin, Beca dio un paso adelante mientras hacía una pregunta.

—¿Me perdonas?

Jaime quiso hacerlo, pero todavía sentía dolor dentro.

—No me lo pidas ahora, necesito pensar en todo esto.

Y se dio la vuelta, abrió la puerta y entró en la casa, dejando a Rebeca allí, con mil pensamientos en su interior.

A las diez de la noche, Jaime se retiró a su dormitorio, necesitaba aclarar su mente. Beca quiso darle su espacio y su

tiempo. Así que no se acercó a él, a pesar de que se moría por abrazarlo.

Dallas, que no había salido de fiesta, observó en silencio, sin entrometerse, aunque apenado de que esos dos locos enamorados no estuviesen disfrutando de una noche de sábado.

Y sonrió de medio lado y con desgana, él tampoco lo estaba haciendo. Podía haber salido con su hermano Rubén o con algún amigo, pero no, estaba en casa, porque una *rubia loca* estaba en su pensamiento. Y eso no era bueno, siempre había huido de todo aquello que crease dependencia, porque las adicciones eran tóxicas para el ser humano, o, por lo menos, para él. Y estaba claro que *el amor* implicaba esa

toxicidad que él no estaba dispuesto a sufrir.

«Amor».

Apartó de sus pensamientos la palabra, ya que no entraba en su vocabulario, y sí agregó dos que estaba seguro que eran las adecuadas cuando se trataba de pensar en Estrella: *desafío* y *deseo*.

Sin poderlo evitar, se carcajeó, esas dos palabras juntas eran una muy mala combinación.

Rebeca, a la una de la madrugada, seguía dando vueltas en la cama. Necesitaba saber si Jaime la había perdonado. Ella sabía perdonar, y después del pasado que ambos habían

sufrido, también estaba convencida que él sabía hacerlo.

Alargó la mano y cogió su móvil. Respiró fuerte y mando un *whatsapp*.

¿Me has perdonado?

A los dos segundos, vio que Jaime leía su mensaje, era suerte que hubiese un chivato instalado. Y sonrió al ver que escribía y borraba, escribía y borraba, eso era buena señal.

No.

¿Ni siquiera si te digo que lo siento mucho, mucho, mucho...?

No.

¿Ni siquiera si te digo que te amo?

No.

El que Jaime estuviese respondiendo ya le daba pistas que estaba enfadado, pero que la había perdonado.

¿Ni siquiera si te digo que necesito abrazarte, besarte, y sentirte dentro de mí hasta el amanecer?

Sonrió nuevamente, porque él volvió a escribir y borrar, pero de pronto leyó que había dejado de estar en línea. Suspiró, un poco entristecida, a pesar de

estar convencida que él la había perdonado. Dejó el móvil en la mesita y cerró los ojos.

La puerta se abrió de golpe, Jaime entró sin vacilar, fue directo al armario de Beca, y mientras ella, sorprendida, lo miraba, él ordenó:

—¡Ponte unas zapatillas y la chaqueta!

Era diciembre y hacía frío, pero Beca, sin preguntar, lo hizo.

Jaime sacó dos sacos de dormir sin decir una palabra más, se giró rápido, cogió la mano de ella y salió de la habitación llevándosela con él. Bajaron las escaleras, salieron de la casa y fueron directo al que pronto sería su nuevo hogar. «El de ellos».

Podía abrir con llave, eran los propietarios, pero saltaron la valla, y sin soltarla de la mano, la llevó hasta el cenador, el lugar favorito de Rebeca. Soltó los dos sacos de dormir al suelo, se puso frente a ella y sin dejar de mirarla a los ojos, habló.

—Puede que no eligiese las palabras adecuadas, incluso voy a reconocer que podría haberte dado alguna explicación al respecto —se estaba refiriendo a las obras que había contratado—. Pero que tú, conociéndome como me conoces, me creyeres capaz de dejarte a un lado... me mata.

Al ver que Rebeca se avergonzaba y se le iluminaba la mirada, fue suficiente. Desde que le dio el primer beso a

Rebeca, con dieciséis años, no había soportado verla llorar.

—Reconozco que también he actuado mal, pero me sentí... —Rebeca tuvo que tomar aire—. ¿Podrás perdonarme?

—Depende —respondió, aunque ya la había perdonado, y ella lo sintió al escucharlo, porque ese *depende* había sido pronunciado con voz acaramelada y con deje seductor. Y cuando él llevó su mano a la mejilla de ella y la acarició, estaba convencida.

—¿De qué?

—De que me abracés, me beses y... me sientas dentro de ti hasta el amanecer.

Y ella lo abrazó con fuerza, sintiéndose plena, porque ese efecto de

plenitud solo lo conseguía cuando estaba entre los brazos de él.

A pesar de que era una noche fría, a través de cientos de besos y caricias que se entregaban el uno al otro con total desesperación, fueron desprendiéndose de la ropa.

Jaime agarró uno de los sacos de dormir, lo abrió y lo utilizó de colchón, y el otro, después de haber hecho el amor, lo utilizó de manta para protegerse del frío, pues había prometido estar dentro de ella hasta el amanecer, y él siempre cumplía sus promesas.

—Te amo —susurró Beca.

—Bien, porque yo a ti también.

Los dos sonrieron, se besaron con

amor puro, se miraron a los ojos y de nuevo hicieron el amor.

Capítulo 8

Comida familiar

El domingo, Jaime y Rebeca regresaron radiantes al *gran nido*. Eran las once de la mañana, a las siete se quedaron dormidos por el agotamiento.

Estaban todos los hermanos Irwin, además de Tamara, Amanda y la pequeña Nerea, que habían quedado para comer todos en familia.

La niña, al ver a Rebeca, se lanzó a sus brazos.

—¡Tía Becaaaaa! —se expresó llena

de júbilo.

—¡Mi niña! —respondió Rebeca con mucho entusiasmo.

Después de un buen abrazo y besos, la pequeña la miró extrañada.

—¿Vas en pijama? —preguntó curiosa.

Y el resto de la familia esperaba la respuesta, una suerte que Nerea hubiese planteado la pregunta.

—Sí.

—¿Por qué?

Rebeca buscó con la mirada a Jaime, y los dos sonrieron cómplices.

—Porque el tío Jaime me raptó.

El acusado soltó una carcajada, los hermanos, interiormente, sintieron tranquilidad. Y la niña miró a Jaime.

—Si se entera Javier —este, al escuchar su nombre, permaneció callado; la niña no lo veía, estaba justo detrás de ella—, te va a castigar.

Todos rieron, esa mocosa conocía perfectamente a la familia Irwin.

—Entonces, tendrás que guardarme el secreto.

—No puedo —respondió la niña, mirando fijamente a Jaime.

—¿Por qué? —preguntó risueño, y la respuesta dejó a todos anonadados.

—Porque la tía Beca es su pequeña, y si alguien le hace algo, todos *mis tíos* lo castigarán.

El termino *tíos* ya les pareció extraño, porque no la habían oído pronunciarse así antes, pero ya decir «mis», por

alguna razón, de una manera u otra, a cada uno de los miembros de la familia Irwin les removi6 algo por dentro.

—Entonces, haremos un trato —dijo Jaime aguantando la risa. Esa muchachita acababa de demostrar que sabía que cualquier Irwin mataría a quien se metiese en el camino de Beca con intención de hacerle daño.

La niña escuchó atenta.

«No puede negar que es hija de su madre», pensó Javier, muy orgulloso, tanto de la pequeña, como de la mujer que estaba de nuevo en su vida y en su corazón.

—Como he vuelto a traer a la tía Beca a casa, y ella está bien —Nerea miró a Rebeca, y esta asintió—, me

guardarás el secreto, y yo te regalaré una bolsa enorme de golosinas.

La pequeña torció el labio, pensando en ello, ¿quién diría que esa renacuaja tenía casi cuatro años? Parecía más mayor y madura que las niñas de su edad.

—Vale —Jaime sonrió—, pero, al final, Javier y mis tíos se enterarán y te castigarán.

—No lo harán.

—Sí, porque los Irwin no tienen secretos.

Y, una vez más, Nerea los dejaba atónitos.

Rebeca sonrió orgullosa, su hermano mayor ya estaba inculcando los valores de la familia a la pequeña.

«Protección y sin secretos», se dijo a sí misma, una frase que Javier había utilizado muchas veces, durante muchos años, para inculcar que los Irwin siempre estarían unidos.

Neill se acercó y quiso saber si la pequeña mantendría el secreto y también cerciorarse de que iban a darle una gran lección, Javier le había inculcado que en esa familia no había secretos y, por lo tanto, tenían que enseñarle esa pequeña lección, conocedor de que su hermana Rebeca lo ayudaría en tal propósito.

—¿Se puede saber por qué vas en pijama? —preguntó mirando directamente a su hermana. Ambos se entendieron con la mirada.

La pequeña Nerea miró a Jaime y sí,

fue capaz de guardar el secreto.

—Porque Jaime me raptó —
respondió Beca, intentando no reírse y
colaborar con el propósito de Neill.

—¿Ahh, sí? —miró a Jaime—. Pues
estás castigado —sentenció—. Hoy no
vas a tener postre.

La niña hizo un gesto cómico, y todos
aguantaron la risa. Alargó la mano y
acarició la mejilla de Jaime. Este, por
su parte, se acercó a ella al ver que
trataba de decirle algo sin ser
escuchados.

—No te preocupes, tío Jaime, yo te
daré chuches —susurró.

Jaime, que estaba casi pegado a
Rebeca, porque mantenía a la niña en
brazos, sonrió.

Beca notó un brillo en la mirada de él. Esa pequeñaja había tocado la fibra de Jaime.

—Gracias, princesa —respondió él al tiempo que le daba un tierno beso en la mejilla.

Jaime sintió algo extraño, al no haber tenido hermanos, el perder a su familia, la única persona que realmente había llegado a tocar su corazoncito interior era Rebeca, pero la dulzura, el cariño y esa inocencia de Nerea había conseguido, sin pretenderlo, que se sintiera querido, muy querido y protegido.

—Bueno, tenemos que ir a ducharnos —anunció Beca, dejando a la niña en el suelo.

Subieron las escaleras Jaime y ella.

—Me han castigado por tu culpa —
bromeó, haciéndose el ofendido.

—Eso te pasa por secuestrarme.

Jaime, con un movimiento rápido, se pegó a ella, dejando sus frentes juntas. Ronroneó con su nariz pegada a la de Beca, un gesto muy de ellos.

—Entonces, me quedaré sin postres muchos días, porque tengo intención de raptarte en más de una ocasión.

Y se besaron con sentimiento, con amor y adoración.

En la parte baja de la casa, Nerea miraba una fotografía, y sus ojos iban de la foto a cada uno de los hombres de esa familia. Su madre, que la observaba tan

concentrada, se acercó a ella.

—¿Qué estás mirando?

—Llevan falda como las niñas —
respondió con voz acusadora.

Amanda no pudo contener su risa, y Tamara que la había escuchado tampoco. La fotografía en cuestión, estaba tomada en Escocia. Los siete hermanos Irwin, llevaban kilts; la típica prenda escocesa, aunque ellos posaron sin camisa, para darle un toque sugerente.

—Sí, llevan faldas, pero no son faldas de niñas... —intentó razonar Amanda.

—Sí, sí lo son —sentenció Nerea.

—Cariño, donde viven los papás de Javier, los hombres llevan estas faldas.

A pesar de que su hija era más inteligente que una niña de su edad, ciertas cosas eran imposibles de explicar todavía.

Nerea miró a su madre, luego a Tamara y preguntó:

—¿Entonces, donde viven los papás de Javier, nadie tiene pantalones?

Y volvieron a reírse

Rubén se acercó a Javier, observando como miraba con adoración a Amanda y su hija.

—Esa niña es tan lista como la madre.

—Sí, ya lo puedes jurar —respondió Javier.

—Y esta nueva moda de dejarte una barba tan cuidada, ¿a qué se debe? —

preguntó curioso, porque Javier no era hombre de dejarse barba, y mucho menos tener que estar retocándosela. Y, por lo visto, se la cuidaba mucho.

—Porque una niña llamada Nerea ha decidido, cuando se va a dormir, acariciar mi barbilla. —Se encogió de hombros—. Y no me pude negar a esos ojitos cuando me lo pidió.

Hacía un par de semanas que la pequeña le confesó que le gustaba su barba, y él desde entonces se la cuidaba para que la niña, al acariciarla, no se pinchara.

Rubén le dio una palmadita en el hombro, dando a entender que había caído en la marmita del amor y, además, no de una, sino de dos mujeres.

Estaban todos sentados a la mesa comiendo en armonía. Excepto la pequeña, que lo había hecho una hora antes, y ahora se encontraba plácidamente durmiendo en la habitación de Rebeca.

—¿Qué tal van las clases de baile? — preguntó Amanda.

—Bien, cada día se nos da mejor — respondió Tamara.

En el mes de junio, por error, se apuntaron a una terapia de parejas basada en el baile, las clases de *Dance Therapy*. Como a David y Tamara les gustó el baile, se apuntaron a un nuevo curso en septiembre, pero esta vez en una academia normal, nada de terapias de por medio. Y cuando Beca regresó de

Portree, Jaime y ella hicieron lo mismo también.

—Si queréis apuntaros Javier y tú, son los martes y jueves —comentó Tamara.

Javier se atragantó, no tenía intención de inscribirse a clases de baile. Y sus hermanos rieron.

—Ya me gustaría, pero no tengo tiempo —comentó Amanda. El trabajo la mantenía fuera de casa mucho tiempo, no podía dejar a su hija cuando podía disfrutar de ella.

—¡Ay, se me había olvidado! —expresó, alterada, Rebeca.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jaime.

—El martes he quedado con Estrella. Olvidé por completo que tenemos clase.

Al escuchar el nombre de la chica en cuestión, a Dallas le despertó un repentino interés. Pero no quería que sus hermanos fuesen conscientes de ese detalle, así que se mantuvo en silencio, esperando que alguien preguntase, y, como era de esperar, entre tanta gente, Amanda hizo la pregunta por él.

—¿Con Estrella, la profesora de Nerea?

—Sí, el miércoles, cuando fui a recogerla a la guardería, estuvimos hablando. Está buscando un vestido para Noche Vieja. Y le pedí que viniese aquí, porque terminé uno precioso el otro día, y como ella es una gran admiradora de mi trabajo, me gustaría que lo tuviese ella.

«¿Estrella va a venir a mi casa? ¿Cuándo?», se preguntaba Dallas.

—Y has quedado con ella el día que vas a clase de baile.

—Sí, pero la llamaré luego, igual puede venir mañana por la tarde.

Dallas sintió una excitación, no es que fuera a verlo a él, pero bueno, si acudía a la casa, cabía la posibilidad de tropezar con ella.

Rubén, que sí estaba pendiente de las reacciones de su hermano Dallas, sonrió, desde que coincidieron meses atrás en una discoteca con esa muchacha, su hermano estaba siempre pendiente del móvil. Y, desde luego, esa rubia había tocado algo dentro de él, porque se notaba a leguas.

—Es una chica preciosa —comentó con la intención de ver si su hermano saltaba.

—Sí, lo es —respondieron las tres mujeres que estaban sentadas a la mesa.

Dallas se limitó a tragar la comida que llevaba en la boca, intentando mantenerse frío y distante, como si no le afectara lo que pudiese su hermano decir de Estrella.

—Además, tiene un gran sentido del humor —continuó, porque quería hacer rabiar al que parecía pasar de todo—. Y me encantará verla, estoy seguro que a Dallas también.

—¿Yo? A mí me da lo mismo —respondió rápido, aunque interiormente decía otra cosa. «¿Encantarme? Estoy

deseando verla hoy mismo».

—¿En serio? Pensé que os llevabais muy bien. Por lo menos es lo que me pareció cuando pasasteis la tarde juntos —informó Amanda, consiguiendo que ese comentario despertase la curiosidad del resto de hermanos.

—¿Habéis pasado la tarde juntos? —preguntó Rebeca alegre.

A Dallas, que le gustaba muy poco mostrar sus sentimientos, y aún menos dar detalles de su vida social, fue tajante.

—Más bien me vi obligado a pasar la tarde con ella. Tuve que recoger a Nerea.

Rubén alzó una ceja, no había mejor pasatiempo en el mundo que mosquear a

sus hermanos.

—Hombre, obligado... obligado...
—ironizó.

—Sí, obligado, no te creas que es agradable tener que pasar la tarde en un restaurante repleto de mocosos gritando y saltando. Tenía muchas cosas mejores que hacer —comentó molesto.

—¿Mejor que estar sentado con una mujer bonita y graciosa? —preguntó Rubén, dando énfasis en la palabra «bonita».

A Dallas no le pasó desapercibido el tonito de su hermano y menos el que recalcará lo que era muy evidente, puesto que, para él, no había ninguna mujer más bonita.

—¿Se puede saber qué te traes tú con

Estrella? —preguntó contundente, y eso sorprendió al resto.

—Nada, pero según dijo ella, no había ningún hombre esperándola en casa...

—¡Por algo será! Así que déjala tranquila.

Rubén sonrió, y eso mosqueó mucho a Dallas, estaba cayendo en la trampa de su hermano y quiso poner fin a tanta tontería.

—Esa mujer está loca, así que aléjate de ella por tu propio bien.

Incluso a él le molestó haber utilizado ese término; sí, tenía una locura especial, pero que la convertía en una mujer fascinante.

—Cualquiera diría que te interesa la

muchacha —comentó Víctor.

—No digas tonterías, esa mujer destrozó mi coche, luego mi camisa y... —«consiguió despertar un deseo en mí incontrolable»—... y ya basta de hablar de ella.

Todos entendieron que era mejor cambiar de tema, Dallas era un hombre muy tranquilo, el que saltara así solo significaba que se estaba poniendo nervioso.

«Hermanito, no me equivocaba, esa chica te tiene loco», dijo interiormente Rubén.

El resto de la comida fue divertida, algo que Dallas agradeció, porque se sentía un estúpido. Primero, por caer en la trampa de Rubén. Segundo, porque lo

que había dicho de Estrella no era cierto. Por último, porque ni él mismo se entendía, esa muchachita estaba trastocando su interior.

Cuando terminaron de comer, la doctora Miranda, la novia de Malcom, llegó y se unió a la familia. Como era de esperar, aprovecharon para pasar el rato como tanto les gustaba, unidos y jugando a las cartas.

La pequeña los sorprendió a todos. Se había despertado y bajó las escaleras sola. Con su ciempiés favorito en una mano y portando otro objeto en la otra.

—Tía Beca, ¿puedo jugar con tu juguete?

A Rebeca se le demudó el rostro, los demás se quedaron atónitos. Nerea

llevaba el vibrador que su amiga Tamara le regaló hacía meses. Y aunque no lo había usado, lo tenía guardado en su cajón. El mismo que la pequeña había abierto.

—Cariño... no es... —se levantó rápida.

—¡Por el amor de Dios, quítale eso de las manos! —bramó Neill.

Rebeca se giró y acribilló a su hermano, no era necesario montar un numerito.

—Es que tu juguete se mueve más que el mío —comentó la niña, tocando el botón que ponía en movimiento el pene de goma.

Víctor se tapó la cara con las dos manos.

—Lo siento, cariño, pero no puedo dejártelo.

Javier mantenía la respiración, no sabía si reír o gritar.

Amanda se mordía los labios, ver a Beca con las mejillas ardiendo, intentando hacer comprender a su hija que eso no era un juguete para ella, no tenía precio.

Para colmo, la niña se lo acercó a la boca; al ser negro, para ella, parecía de chocolate.

—¡Apártale ese maldito trasto de la boca! —volvió a bramar Neill.

Rebeca se lo arrebató, se giró y, con el dichoso juguete sexual en una mano, todavía vibrante, dijo:

—Está limpio. —Como si con esa

aclaración sus hermanos entendieran que no lo había usado. Pero lo único que consiguió fue miradas furibundas por parte de todos ellos.

Jaime no pudo evitarlo, estalló en risas, seguido de Miranda.

—Tía Becaaa... —protestó la niña—. Yo quiero jugar con él.

Amanda prefirió tomar partido, porque bastante avergonzada estaba Rebeca ya.

—Cariño, tú tienes a Peter —informó, señalando el ciempiés.

—Pero él no se mueve tanto.

—No, por eso es un ciempiés, porque son lentos.

—Pues yo quiero el de la tía...

Rebeca se escabulló y fue a dejar el

dichoso vibrador a su dormitorio, esta vez lo metió en lo alto del armario.

Jaime la siguió y la observó, se tocaba las mejillas para enfriarlas.

—Eso te pasa por no deshacerte de él cuando te lo dije —comentó bromista.

—¡Cállate! —respondió molesta, porque estaba avergonzada, más cuando tenía que volver a bajar y afrontar las miradas recriminatorias y de burla de sus hermanos.

—Todavía no sé por qué lo tienes...

—Porque el día que tú me falles, tendré quien me sacie —balbuceó, porque estaba molesta de ver que Jaime se estaba burlando de ella.

Jaime volvió a reír, Beca era única, la adoraba.

—Cuando eso suceda, ese trasto ya estará caducado —gorjeó, consiguiendo que por fin Beca se relajase y sonriera.

—¿Estás seguro? —preguntó acercándose muy mimosa.

—Muy seguro —afirmó, agarrándola de la cintura y besándola.

Estaba siendo un día redondo, Javier observaba a todos, apoyado desde la puerta, con Nerea en brazos, y sonrió. Su familia estaba *unida* y feliz. Podía dar gracias a la vida por ello. Y lo más importante, poco a poco, iba creciendo esa pequeña gran familia.

Capítulo 9

Se ha ganado su libertad

El lunes, a primera hora de la mañana, Rebeca entraba en la galería. Vio pasar a la nueva interiorista, y cuando entró en su despacho y cerró la puerta, supo que tenía que hablar con ella.

Se dirigió sin titubear, llamó a la puerta, y Susana se sorprendió al verla. Teniendo en cuenta que el viernes no tuvieron un buen comienzo, no sabía si venía a despedirla o, por el contrario, a

dejarle claro que seguía siendo su jefa. Algo que ella sabía, pero que sus palabras, por culpa de los nervios, dejaron en entredicho esa cuestión.

—Buenos días —saludó, afable, Rebeca.

—Buenos días.

—Tengo que hablar contigo.

Susana tembló, pero antes debía decir algo, porque se sentía culpable.

—Si me lo permites, quería disculparme... —No pudo terminar la frase, Rebeca levantó la mano tajante.

—No, no he venido por eso, además, no hay nada por lo que debas pedir disculpas.

Susana notó sinceridad, así que prestó atención.

—Aunque sé que no puedes comentarme nada con respecto al encargo que te han hecho —Susana asintió—, necesito que hagas unos cambios.

—No sé si eso será posible —replicó honesta, porque Rebeca igual pedía hacerlo justamente en las habitaciones que ella había sugerido derruir para ampliar el futuro taller de ella.

—Bueno, verás. —Se acercó y se sentó delante de Susana—. En la buhardilla, había pensado que podrías encargarte de crear un espacio de ocio para Jaime.

Susana respiró tranquila. Era una parte de la casa que ahora mismo no suponía una complicación.

—¿Tienes pensado algo en concreto?

—Lo único que tengo en mente es que esté diseñado con una temática.

—¿Cuál?

—La fórmula 1.

Susana maquinó rápidamente en su interior y mientras asimilaba la información, se dio cuenta de un detalle. A esa pareja no la conocía, pero estaba claro que ambos deseaban hacer feliz al otro. El que ella estuviese ahí, pidiendo en secreto ese cambio, lo demostraba.

¿Alguna vez alguien se interesaría por ella lo suficiente como para intentar hacerla feliz?

—Creo que tengo una idea, pero prefiero hacer unos bocetos primero antes de comentarla.

Rebeca asintió, ella también lo prefería, porque no era lo mismo visualizar mentalmente que viéndolo plasmado.

—De acuerdo, ya me avisarás.

Se levantó y se dirigió a la puerta, estaba a punto de salir cuando una pregunta de Susana la paró.

—Es bonito, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó sin comprender.

—Querer hacer feliz a alguien.

Rebeca sonrió y asintió.

—Sí, es bonito querer y ser querido.

Ahí estaba la clave de la felicidad de ella, que Jaime siempre había demostrado quererla, y a pesar de que el pasado les hizo perder diez años de sus

vidas separados, la plena felicidad era que, ahora, ella podía amarlo libremente, y por suerte, él también le correspondía.

Susana se quedó pensativa, ¿cuándo fue la última vez que ella había sido querida? Tenía mala suerte, pocos hombres habían demostrado amarla. Por un momento recordó, que ella se había dejado la piel en conseguir que sus relaciones sobrevivieran al fracaso, mientras que ellos, lo único que buscaban era compañía, porque la ley del mínimo esfuerzo, para mantener su relación a flote, era lo único que ella recibía.

Suspiró resignada, era mejor no ahondar en su pasado sentimental,

porque acabaría deprimiéndose y ahora debía estar contenta. Tenía un trabajo que realizar, uno que la llenaba, y si todo iba bien, por fin tendría un gran futuro prometedor, puesto que la Galería Irwin, estaba en plena expansión.

Rebeca llevaba dos horas trabajando, concentrada plenamente, cuando su hermano Javier llamó por el número interno y le pidió que acudiese a su despacho.

—Dime —dijo nada más tomar asiento frente a él.

—Estás despedida —anunció tajante.

Rebeca podía esperar muchas cosas, pero, precisamente, esa no.

—¿Cómo dices? —preguntó arqueando una ceja.

Javier aguantó la risa, había sorprendido a su hermana.

El sábado, mientras todos buscaban la solución de hacer entender a su hermana que la querían, llegaron a otra conclusión; debían permitir que Rebeca volara, se había ganado su libertad. Cuando escucharon la confesión de ella, jamás imaginaron que guardaba en su interior ese secreto, el que quedó descubierto allí, delante de todos. Ochos años trabajando en un lugar que ni ella había elegido ni quería. Pero al que acudía cada día, porque así ellos lo habían decidido.

—Que estás despedida —repitió con la misma entonación.

—No soy sorda, pero me gustaría una

explicación.

—Es muy sencilla. Dentro de poco querrás montar tu nuevo negocio, y hemos pensado que lo mejor es despedirte, para darte las alas que necesitas, y emprender ese futuro que tanto ansías.

Rebeca analizó la frase. Sus hermanos de nuevo habían decidido por ella. Y, como siempre, por y para su bien. Estaban ofreciéndole un finiquito, una cantidad de dinero nada desdeñable, para que ella no tuviese que tocar sus ahorros.

—Entiendo...

—Pero tenemos que pedirte un gran favor.

Rebeca miró a los ojos de su

hermano, haría lo que fuera por ellos, ya que hablaba por boca de todos.

—¿Cuál?

—Que continúes en la galería hasta que tu casa esté terminada y pongas al corriente a la persona que va a sustituirte.

Ella hubiera aceptado de inmediato, pero entendió mal. Pensó que se lo pedían para que no se embarcase de pleno en su proyecto, pensando que sería agobiante hacer un traslado al mismo tiempo.

Claro que ella no sabía que si Javier lo había pedido así, era porque Jaime había pensado en ese futuro. Y de no hacerlo, Rebeca estaría buscando pronto un lugar para montar su taller propio.

—De acuerdo.

Javier se puso en pie, rodeó la mesa y cuando Beca se alzó para estar a su altura, él le tendió su mano.

—¿Trato hecho?

—Sí.

Y cuando sus manos se juntaron, Javier la atrajo con fuerza, no quería un apretón de manos, quería un abrazo de la que seguiría siendo *su pequeña*.

Y allí, los dos hermanos abrazados, Rebeca susurró.

—Os quiero.

Javier cerró los ojos, embriagándose de esas dos palabras. Los quería, a pesar de que ellos habían obligado a su hermana —sin ser conscientes de la realidad—, a trabajar durante tanto

tiempo en algo que no la llenaba. Impidiendo que volara por su cuenta.

El día pasó rápido, y a las cinco de la tarde, Rebeca llamó a Estrella, avisándole que pasaría a recogerla a las seis y media.

Al colgar, se sorprendió, pues su hermano Víctor hacía acto de presencia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó rápida. De todos los hermanos, era el único que pocas veces pisaba la galería.

—¿Es que uno no puede interesarse por ver a su hermana?

Rebeca levantó una ceja, ese gesto tan de la familia Irwin.

—Supongo que sí, pero me parece raro.

—¿Por qué?

Y justo cuando ella iba a responder, Susana salía de su despacho, y los ojos de Víctor la localizaron al instante.

Beca siguió la mirada de su hermano y sonrió, ahora entendía el motivo de su visita.

Permaneció callada, expectante.

Susana regresó a su despacho, sin percatarse de que un par de ojos la seguían sin apenas pestañear.

Cuando la puerta de la interiorista se cerró, Beca, con mucha mofa, habló.

—Vaya... vaya... vaya... ochos años acudiendo a mi trabajo, esperando que mi hermano me haga una visita —Víctor se sintió pillado—, y resulta que la única vez que lo hace, es porque una rubia, joven y guapa mujer ha empezado

a trabajar aquí.

—No digas tonterías —comentó haciéndose el despistado.

—Para empezar, vino recomendada por ti. No veo nada extraño en que te interese saber cómo le ha ido.

Acababa de echarle un capote, porque sabía que Víctor, a pesar de ser el más lanzado de todos los hermanos, no encontraba una excusa para acercarse a Susana.

Miró cómplice a Rebeca y le guiñó un ojo, agradeciéndole que lo hubiese comprendido.

Se dirigió al despacho de Susana ahora que ya tenía un motivo para ir a hablar con ella.

Cuando ella lo invitó a entrar, dio un

paso adelante, y Susana se sorprendió.

—Hola.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó la chica con una gran sonrisa.

—Por lo que veo, la entrevista fue un éxito.

Susana asintió enérgica y estuvo tentada en darle un beso de gratitud. Pero en el último segundo se quedó parada.

Víctor reconoció el gesto y, aunque para ser honesto consigo mismo, le hubiese encantado ese detalle, imaginó que se había enterado que él también era propietario.

—Sí, muchas gracias, de no ser por ti no estaría tan contenta.

—¿Entonces, estás contenta?

—¡Mucho! —respondió enérgica.

Víctor se carcajeó, esa espontaneidad no la esperaba. Pero le gustó. Y su mente dibujó una escena, ella tumbada en una cama, dejándose llevar por la pasión, con él.

«Conmigo».

Desechó esa idea, esa noche tenía una cita con Lorena.

Se acercó y tomó asiento delante de la mesa de ella, cruzó los brazos y esperó a que Susana hiciese lo mismo.

La chica, como si le leyese la mente, tomó asiento. Claro que si de verdad la hubiese leído, estaría sentada en su regazo.

Tomo aire para despejar esos pensamientos.

—Y por lo que tengo entendido, con un proyecto importante.

Susana agrandó los ojos. Víctor estaba al tanto de todo, ella pensaba que al no trabajar allí, no se enteraría de nada.

—Sí —respondió algo avergonzada.

Víctor cayó en la cuenta, su entrada en la empresa había tenido un comienzo memorable. Quiso sacarla de ese error, puesto que él solo quería comentar el proyecto del futuro hogar de su hermana.

—Y tanto que sí, está en tus manos la casa de los sueños de mi hermana.

Ella levantó las cejas, y él sonrió.

—Entonces, imagino que conoces a Jaime.

—Sí, lo conozco.

—Igual puedes ayudarme —comentó sin apartar la mirada.

—Si está en mi mano...

—¿Qué es lo que más le gusta?

—Mi hermana —respondió, rápido, conciso y sincero.

Susana soltó una pequeña risita.

—¿Y aparte de tu hermana?

Víctor levantó una ceja, intentando pensar. Susana se fijó en ese gesto, se lo había visto hacer a Javier y Rebeca.

—Pues, aparte de mi hermana —matizó guiñándole un ojo—, los coches.

—Así que su gran pasión son los coches...

—Su gran pasión es mi hermana, lo siguiente que le apasiona son los coches.

—Te cae bien por lo que veo.

—Sí, digamos que lo considero un hermano más. Pero si se le ocurre hacerle daño a mi hermana pequeña, por muy bien que me caiga, te aseguro que lo mataré.

Susana sonrió.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Tu vena mafiosa —respondió bromista.

—No es mafiosa, es mi vena de hermano. Cualquier hermano haría lo mismo que yo.

—No, no lo creo —comentó convencida.

—¿No? —preguntó incrédulo. ¿Qué hermano no protegería a su hermana pequeña?

—Créeme, no todos los hermanos son

protectores.

Víctor, al escuchar la respuesta, sintió curiosidad, ¿lo sabría por experiencia propia?

—¿Tienes hermanos?

—Sí, una hermana mayor... nos llevamos dos años.

Sonrió ofreciéndole una imagen de chico pícaro.

—Así que tú eres la mimada.

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta, las hermanas pequeñas siempre lo sois.

Y ambos sonrieron, porque no iba a rebatir una verdad universal.

—No tengo queja, adoro a mi hermana mayor —sentenció con tal sinceridad, que incluso Víctor llegó a

reconocer ese orgullo que sentía por esa mujer.

—Te creo, yo tampoco tengo queja de los míos.

Susana sintió en ese momento algo especial. Habían compartido, con una pequeña conversación, su intimidad. Pocas veces hablas a la gente de tu familia. Y ese hombre lo había hecho con ella. ¿Lorena habría compartido algo tan íntimo?

—Tengo que irme —anunció, mirando su reloj.

—Muy bien, muchas gracias por todo, de veras, te estoy muy agradecida.

Víctor asintió, se notaba sinceridad en sus palabras.

—Pues nos vemos esta noche.

—¿Esta noche? —preguntó un tanto alarmada. ¿Estaba pidiéndole una cita?

—Sí... bueno, si estás en el apartamento cuando vaya a recoger a Lorena.

Susana sintió un pinchazo al mismo tiempo que la abordaba la sensación de desilusión.

—Claro, pero recuerda, si has quedado con ella a las nueve, llega una hora antes o volveréis a salir tarde.

Víctor hizo un gesto cómico, puesto que Lorena siempre era muy impuntual.

—Si estás tú, no me importará esperar.

Y salió, dejando a Susana con una sensación de mil mariposas en el estómago.

«Eres tonta, no va a ir por ti, es Lorena quién le gusta».

Capítulo 10

Confesión

El lunes a las siete y media de la tarde, Estrella estaba en el gran nido. Había quedado con Rebeca. Estaba mirando la fotografía que el día anterior tanto había llamado la atención a Nerea.

Dallas salía de su despacho, necesitaba un café urgente, y se quedó parado, semi escondido, al ver a la joven allí. La observó detenidamente, volvía a llevar pantalones vaqueros, un suéter de lana color blanco y su pelo

recogido en una coleta alta.

«Está preciosa».

Estrella sonrió y se mordió el labio, ver a esos hombres tan guapos y con unos cuerpos tan fibrosos la hizo suspirar. Un detalle que a Dallas le gustó mucho.

Sin darse cuenta, con su dedo índice trazó todo el contorno de Dallas, y aunque él no podía ver con exactitud lo que estaba haciendo, sí lo intuyó.

Justo cuando estaba a punto de interrumpirla, apareció Rebeca.

—Perdona, ya estoy aquí —se excusó, porque tuvo que atender una llamada de teléfono.

Estrella hizo un gesto con la cabeza, disculpándola, y sin dejar la fotografía

en su sitio, mirando a Rebeca, dijo:

—Esto no es normal.

—¿El qué? —preguntó Beca sin entenderla.

—Que estos hombres estén tan buenos —sentenció con comicidad.

Rebeca rio, y Dallas, al escucharla, sonrió triunfante. Aunque había hablado en plural, estaba convencido que al único que había acariciado en ese retrato era a él.

—Debo reconocer que tengo unos hermanos guapos.

—Yo diría más que eso... —se sonrojó al notar la mirada de Beca clavada en ella—. Sí, muy guapos, sí.

Dejó la fotografía de nuevo en su lugar, pero antes de alejarse, miró de

nuevo, quería memorizar las abdominales de cierto abogado que, desde que se conocieron, la había hecho fantasear tanto despierta como durmiendo.

Rebeca y Estrella subieron a la buhardilla, y cuando le enseñó el vestido, la cara se le iluminó.

—¡Es precioso, Beca! —dijo con mucha alegría.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta!

—Entonces, Pruébatelo.

La chica no lo dudó, se desnudó con rapidez, y una vez puesto, mirándose en el espejo, dio un grito de excitación y júbilo.

Beca se carcajeó, era una sensación

única ver que alguien podía disfrutar tanto de su trabajo.

Siempre que diseñaba utilizaba las mismas medidas, para que fuese de la talla treinta y ocho. Y estaba claro que Estrella usaba esa, porque le sentaba a la perfección.

—Por lo que veo, no hay que hacer ningún retoque.

Estrella sonrió plena, así podía tenerlo para Noche Vieja, ya que Rebeca, por lo que le había contado, viajaba con toda la familia a Escocia para pasar las Navidades allí.

Mientras Estrella se cambiaba de ropa otra vez, Rebeca, mirándola, preguntó:

—Quería preguntarte algo.

—Dime.

—Tienes muchos de mis diseños y, sin embargo, estoy muy lejos de diseñar la ropa que sueles usar, ¿por qué?

Estrella se sentó antes de ponerse los zapatos, miró a Rebeca y algo en su interior le avisó de que podía confiar plenamente en Beca para contar una parte de su vida que solo su amiga Ariadna conocía.

Dallas, que se sentía un tonto por no haberla saludado, quiso hacerlo, y gracias a que el destino quiso colaborar, cuando al salir al jardín, para echar unos rastrojos que había visto, en el bidón que usaban para tal fin, se engancho la camisa y se desgarró . Así que aprovechó y fue directo a donde las dos

mujeres estaban hablando. Sin embargo, se quedó parado, apoyado en la pared para que no lo viesen, sin terminar de subir los pocos peldaños que le quedaban, cuando escuchó la pregunta de su hermana. A él también le interesaba saber por qué vestía con ropa tan estrafalaria, cuando estaba claro que los diseños de su hermana eran todo lo contrario.

—Si te soy sincera, aborrezco muchas de las cosas que me pongo —se sinceró.

Beca la miró con intensidad y curiosidad, porque el tono de voz empleado sonaba triste.

—¿Y por qué los llevas?

Estrella respiró hondo, se mordió los labios y por fin respondió:

—Porque quería dejar de ser invisible.

—No sé si entiendo bien lo que quieres decir —comentó Beca con una ligera idea de lo que esa mujer daba a entender.

—Verás, tú tienes siete hermanos, os he visto en la discoteca, y debo admitir que sentí envidia —suspiró—. Eres muy afortunada, Beca. Yo tengo tres hermanos mayores, y con el más pequeño me llevo diecisiete años.

Rebeca permaneció callada, la voz de Estrella era de lástima.

—Tanta diferencia de edad no es buena, aún menos si para tu familia, nacer mujer no es precisamente una bendición.

—Querían otro chico...

—No, en realidad, no querían nada. Mis padres ya eran mayores, mi madre estaba menopaúsica y yo fui un gran error.

—Lo más fácil hubiese sido abortar, pero mis padres son católicos.

Rebeca se quedó helada, ¿cómo podía esa muchacha tan divertida y llena de alegría pensar que lo mejor era no haber nacido?

—No digas eso...

—Es la verdad. Para mis padres fui una carga que no deseaban; para mis hermanos, un... una... —No encontraba las palabras—. Un objeto más de decoración.

—No lo creo, tus hermanos... —

intentó razonar, pero Estrella la cortó.

—Créeme, no les he importado nunca. Por más que lo intenté todo, jamás me prestaron atención. Así que un día pensé, ¿por qué no llamas la atención? —dijo con tanta lástima, que incluso Beca sintió dolor—. Y empecé a vestir de forma llamativa. Cuanto más escandalosa, mejor. Pero no sirvió de nada, ellos seguían viviendo su vida, sin importarles que yo... —se quedó callada. Pocas veces había hablado de ello.

Beca le cogió las manos y las acarició.

—Así que seguí vistiendo así, porque aunque en casa siguiese siendo la mujer invisible, en la calle fue todo lo

contrario. La gente me miraba. —Le salió una lágrima—. Puede que para burlarse de mí, seguramente, pero era más reconfortante saber que te criticaban, que seguir sintiéndote indiferente.

—Por eso elegí una profesión donde sentirme plena. Los niños son muy agradecidos, no importa cómo vayas vestida, ellos siempre te ven.

Rebeca se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Un pequeño gesto de cariño, pero una gran sorpresa para Estrella que no estaba acostumbrada a recibir esas muestras de afecto.

—¿Sabes lo más triste de todo? —preguntó casi hablando para sí misma—. Dejé de ser invisible para mi familia

cuando mi madre enfermó. Ahí sí recordaron que existía, que como hija tenía la obligación de cuidarla.

—No me importó, de alguna manera, me sentí importante. Mi madre no había sido muy dada a darme cariño. Solo le importaban sus tres hijos, nunca me habían considerado parte de ellos, hasta que me necesitaron... —se quedó callada, limpiándose las lágrimas—. Y de nuevo volví a ser invisible cuando ella murió.

—Pero no lo eres, te aseguro que no lo eres —dijo, honesta, Rebeca.

—No, no lo soy, me ha costado muchos años llegar a esta conclusión —dijo intentando sonreír—. Por eso creo que ha llegado el momento de dejar

atrás esa ropa que odio y que me recuerda el motivo de porqué la llevaba.

Rebeca sonrió, esa mujer era increíble.

—Pues este vestido —señaló el que acababa de probarse—, conseguirá que todos te miren, demostrándote que no hay nada invisible en ti.

Las dos se rieron, porque era un vestido realmente provocativo, femenino y muy sexy. De color perla, ceñido, resaltaban sus pechos, y con toda la espalda descubierta. Largo, como todo vestido de noche que se precie, y con un corte delantero por el que sus piernas quedaban expuestas al caminar.

—Mejor, así empezaré bien el Año Nuevo.

Dallas que había permanecido en silencio, todo el tiempo que duró la conversación de las chicas, frunció el ceño, ¿qué quería decir todo eso? Esa mujer podría ser muchas cosas, pero invisible, nunca. Tragó con dificultad, no le gustó escuchar ese dolor que mostró su voz. Llegó a una conclusión: sí, estaba loca, porque indiferencia era un término que jamás podría usarse cuando se trataba de Estrella. Tenía un don especial, una magia extraordinaria para conseguir que cualquier ser humano se rindiese a sus pies.

Odió a la familia de Estrella. Entendía que habían actuado por egoísmo, sin pensar en ella en toda una vida, hasta que a ellos les convino. Y

cuando escuchó que su hermana le decía a ella que no era invisible, él bramó interiormente: «¡Y tanto que no!».

Las pisadas de Víctor subiendo las escaleras, hicieron reaccionar a Dallas. Solo le faltaba que su hermano lo pillara allí, para echarle en cara que estaba cotilleando. Así que, con un movimiento rápido, se metió en su habitación, y cuando Víctor estaba en mitad del pasillo, salió.

—¿Sabes si está Rebeca?

—Sí, en la buhardilla.

Las chicas lo escucharon, porque no habían cerrado la puerta.

Dallas subió, haciéndose el despistado.

—Beca, necesito... —se hizo el

sorprendido—. ¡Ahh... hola!

Estrella saludó con la cabeza.

Rebeca tonta no era, y ese «ahh...» no sonó tan convincente para ella, porque conocía a su hermano Dallas a la perfección. Estaba convencida que había subido al enterarse que Estrella estaba allí con ella.

—¿Qué quieres? —preguntó sin dejar de mirarlo.

—Se me ha desgarrado la camisa.

Beca se acercó y pensó en que Estrella merecía una recompensa por haberse sincerado con ella.

—Quítatela.

Dallas se iba a marchar para cambiarse, pero Beca no lo permitió.

—No seas tímido, no creo que a

Estrella le vaya a molestar verte sin camisa.

Estrella sonrió, comprendió al instante que Rebeca lo hacía por ella, ya que en una ocasión le confesó que Dallas le gustaba mucho.

—No, no creo que me asuste — comentó con una sonrisa plena.

Dallas las miró a las dos e, interiormente, también sonrió. Ahora iba a mostrarle al natural lo que había halagado en una fotografía.

Se desprendió de la camisa y comprobó que Estrella miró directamente sus abdominales marcados. Y, por desgracia, se mordió el labio, un gesto que Dallas adoraba, porque desde que la vio hacerlo la primera vez, se le

había quedado grabado a fuego en la mente.

—Vaya, vaya... *abogaducho*, si un día te quedas sin trabajo, podrías dedicarte a ser un *boy* —comentó burlona. Cuando estaba cerca de ese hombre, todo su sentido común desaparecía.

—No creo que haya dinero suficiente para comprar este cuerpo —respondió bromista.

Los dos se miraron a la cara, y Estrella se sonrojó de inmediato. Ella hubiese atracado un banco si con ello podía permitirse el lujo de pasar una noche con él.

Dallas torció el labio, porque ese sonrojo la delataba, seguramente, estaba

pensando en algo sexual y, por suerte, con él.

—Siempre tan prepotente —indicó Estrella al sentirse molesta porque él hubiese notado sus mejillas encarnadas.

—Siempre con tan buen concepto de mí —alegó, porque ella cada vez que se encontraban, parecía tener una mala impresión de él.

Rebeca, distante, permaneció callada, le gustaba ver a su hermano irritarse porque Estrella no lo halagara como él quería.

—Simplemente, resalto lo obvio.

Dallas respiró con profundidad, ¿qué había en esa mujer que lo sacara tanto de sus casillas? No podía con ella. Unas veces pensaba que Estrella se sentía

atraída por él, pero luego sus comentarios hacían entender todo lo contrario.

Y mientras, él pensaba, equívocamente, que Estrella tenía un mal concepto de su persona. Ella sintió un escalofrío al notar como los pechos del guapo abogado se tensaron al respirar. Se quedó tan concentrada en aquellos pectorales, que incluso él se miró por si los llevaba manchados.

—¿Ocurre algo? —preguntó curioso.

«Que no sé si podré dormir esta noche pensando en tu cuerpo».

—Nada —respondió tajante.

Y Dallas volvió a sonreír, estaba convencido de que estaba memorizando su cuerpo. Estaría bien, ya que él había

memorizado su cara y se pasaba muchas horas pensando en ella. Más de las que debería y más de las que desearía admitir.

Rebeca, que sintió lástima por Estrella porque había admitido que al estar cerca de Dallas se bloqueaba, tomó partido.

—Bueno, si no necesitas nada más, mañana tendrás la camisa.

Dallas miró a su hermana y la hubiese asesinado, porque con ese comentario lo estaba echando de allí. Y la verdad, le apetecía seguir mirando a aquella rubia que lo traía de cabeza.

Estrella bajó la mirada, eso sí, a los abdominales que tan gustosamente le estaban alegrando la vista, era muy

posible que fuese la última vez que los viese.

Dallas se dio la vuelta, y Estrella no pudo reprimir un suspiro, porque si su pecho era goloso, su espalda se acababa de convertir en una obsesión.

En cuanto Dallas desapareció, Estrella se dio la vuelta y, con los ojos casi en blanco, dijo suspirando.

—Beca, tu hermano me mata. —Y se llevó las manos al corazón.

Rebeca se carcajeó, esa chica estaba totalmente colada por Dallas, y él era un tonto por no admitir que sentía lo mismo que ella.

Dallas, pasó por su dormitorio a ponerse otra camisa. Al bajar a la cocina, se encontró con Rubén.

—He oído que Estrella está con Beca en la buhardilla.

—Sí, eso parece.

Rubén se sentó en el taburete que enfrentaba a Dallas y apoyó sus manos en la encimera.

—¿No vas a subir a saludarla? —preguntó sin ninguna burla en su voz. A ver si su hermano era capaz de mostrar algún sentimiento.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Porque es Estrella —adujo sin más.

Dallas, que esas tonterías de casamentero por parte de su hermano no le gustaban, quiso dejar las cosas claras.

—Me parece que te has hecho una idea equivocada. Y si piensas que por intentar hablarme de ella, voy a cambiar

de opinión, estás muy equivocado... además, hasta hoy, el papel de casamentera siempre ha sido de Beca, no te pega mucho a ti hacer tal cosa.

Rubén se rio, pero a pesar de que tenía razón, que él no era el casamentero de la familia, pues para eso estaba su hermana pequeña, quiso comprobar si de verdad pasaba de la chica o simplemente estaba tratando de escabullirse. Y en cuanto Estrella bajase, lo descubriría.

Y como si la hubiese invocado, allí apareció la muchacha para despedirse.

—¿La acercas a casa, Dallas? — preguntó con la esperanza de descubrir la verdad.

Dallas, que estaba deseando

comportarse como un caballero, más que nada por estar un rato más con ella, sintió que quería matar a su hermano. Le hubiese gustado ofrecerse él, y ahora, para que Rubén lo dejase tranquilo, tuvo que responder algo que no deseaba.

—¿Yo?, ¿y por qué no la llevas tú?

Estrella sintió desilusión, aun así, con una sonrisa en los labios, para no demostrar su estado de ánimo, interrumpió.

—No es necesario que me acompañe nadie. Puedo llamar a un taxi.

—¡Ni hablar! —sentenció Rubén—. Yo te llevaré, así, de paso, aprovecho y te invito a cenar —dijo para molestar a Dallas por ser un testarudo—. No todos los días se puede cenar acompañado de

una mujer *bonita*.

—Con halago semejante, una mujer no puede negarse a aceptar la invitación — respondió tan coqueta como había sido Rubén.

Los dos rieron, y Dallas estuvo tentado de darle un buen derechazo a su hermano.

Rebeca también se carcajeó, Rubén siempre tenía gracia, sobre todo cuando quería dar un escarmiento a uno de sus hermanos.

Dallas no podía creer que de verdad estuviese tonteando delante de él, y para más recochineo, parecía que Estrella estaba encantada de recibir tales atenciones.

Se despidieron con un «hasta luego» y

se marcharon.

Rebeca ocupó el asiento que había dejado Rubén libre. Miró a Dallas, que mantenía la mirada clavada en la puerta, como si por ello fuesen a entrar de nuevo.

—No hacen mala pareja.

—¡No digas tonterías! —explotó; por primera vez en su vida, había hablado sin pensar en las palabras. Salieron sin más.

—Es una buena chica, y Rubén...

—¡Y Rubén es un idiota!, eso es lo que es.

Se levantó y se dirigió a su despacho, era mejor mantener la mente ocupada en el trabajo, porque si seguía un segundo más allí, su hermana empezaría a

comerle la cabeza, y ahora la tenía demasiado ocupada pensando en mil maneras de como matar a Rubén.

Tres horas más tarde, Dallas decidió irse a la cama. Estaba cabreado, y ahora ya no solo con Rubén, también consigo mismo.

¿Cómo podía estar en esa tesitura? No iba a permitir que Estrella ocupase su mente un segundo más. Él era un hombre libre, sin ataduras, sin querer perder su cordura. Y esa mujer, lo estaba consiguiendo. Así que la decisión estaba tomada; no volvería a pensar en ella...

«¿Qué cojones estará haciendo con Rubén?», se preguntó media hora después de haber tomado la decisión de no pensar en ella.

Capítulo 11

Locura

El martes comenzaba la mañana como era habitual en el *gran nido*, todos desayunando juntos en la cocina. Pero faltaba uno de los hermanos.

—¿Dónde está Rubén? —preguntó Neill.

—No ha venido a dormir —informó Víctor sonriente.

—¡Es un descerebrado! —sentenció Dallas. Y sin más, se levantó y se marchó. Hoy no había empezado bien el

día para él, bueno ni tan poco la noche acabó como quería. Porque al compartir dormitorio con Rubén, estuvo pendiente de su regreso, porque quería decirle un par de cosas.

Hoy ya no tenía ganas de hablar con él, pues estaba claro que su hermano había pasado la noche en casa de Estrella.

«Juntos».

Justo cuando iba a montar en su coche, la puerta del garaje se abría, su hermano Rubén estaba a punto de estacionar su vehículo. Dallas, con cara de pocos amigos, esperó paciente a que se apease del vehículo.

—Buenos días —saludó con una ligera sonrisa.

—Rubén, ve borrando esa sonrisa de tu estúpida cara.

—¿Por qué? —preguntó estudiando el cabreo de Dallas.

—Porque lo digo yo y punto —respondió tan tajante, que Rubén se sorprendió.

—Fuiste tú quien la dejó escapar —argumentó, porque no iba a disimular. Dallas estaba alterado por saber que él había pasado la noche en casa de Estrella.

Dallas apretó el puño, jamás imaginó que podría alterarse tanto por una mujer, y menos aún, por una que no tenía nada con él.

—Esa muchacha no es para ti.

—Yo no he dicho que la quiera para

mí —comentó con mucha tranquilidad Rubén.

—¿Entonces, qué cojones hiciste pasando la noche con ella? —preguntó con más alteración de la que quería mostrar.

—Bueno, no creo que deba responder a algo así —dijo asombrado por la pregunta—. Y tampoco entiendo tu interés, ayer dejaste claro que Estrella no te interesaba.

—Eso da igual, aléjate de ella, no es una mujer para ti.

Rubén vio rabia en los ojos de Dallas y le gustó, ahora tocaba dar la estocada final.

—Es la segunda vez que lo dices en menos de un minuto, así que dime, ¿por

qué no es una mujer para mí?

—Porque vas a hacerle daño —
sentenció.

Bien, esa respuesta le gustó, se preocupaba por ella, ya era un paso por parte de Dallas reconocer que sentía preocupación por una mujer. Así que decidió darle algo de esperanzas a su hermano y, de paso, abrirle los ojos.

—Una cena no creo que dañe a nadie... —Alzó la mano para evitar que lo interrumpiera—. He dormido en su casa, eso sí, en el sofá. Me sentó algo mal la comida, y Estrella no me permitió marcharme.

Dallas sintió un gran alivio, su hermano no era una persona que se inventaría algo así.

—Pero te diré algo, Dallas, esa muchacha tiene algo especial —lo fusiló con la mirada—. Igual que lo he visto yo, cualquier otro hombre lo verá, y ten por seguro que no perderá el tiempo en intentar negar lo que siente por ella. Y creo que tú acabarás maldiciendo una y otra vez tu estupidez.

Dallas prefirió no continuar la conversación, abrió de malas maneras la puerta de su coche y se dirigió al juzgado, hoy tenía un juicio a primera hora.

Mientras conducía, pensó con más calma. Su hermano tenía razón, si no lograba sacarse a esa mujer de la cabeza, llegaría el día que lo lamentaría.

Y de nuevo, su única solución era

alejara de sus pensamientos. No cabía otra posibilidad.

Tamara y David estaban tumbados en la cama. Habían ido a clases de baile; al llegar, cenaron y terminaron haciendo el amor.

Escucharon un ruido y se sobresaltaron, al mirar por la ventana, Tamara gritó.

—¡Mi padre!

David y ella se miraron, no lo esperaban. El padre de Tamy vivía en el extranjero desde hacía años y nunca regresaba sin avisar.

—¡David, tienes que esconderte! — dijo muy alterada mientras se ponía a toda prisa un pijama.

—No digas tonterías...

Se había vuelto loca, no tenía necesidad de esconderse, con treinta años.

Se puso los calzoncillos y los pantalones con celeridad.

Tamara escuchó la puerta de la casa y se giró para encararse a David.

—Está bien, te lo explicaré de esta manera...

—No voy a esconderme, somos adultos...

—Piensa que soy Beca, y que el hombre que está subiendo las escaleras es tu padre.

David agrandó los ojos y, maldiciendo, se metió debajo de la cama.

Maldita la gracia, claro que si su padre, o él mismo, encontraran a su hermana en la cama con un hombre, dudaba que el sujeto saliese ileso de la habitación.

«¡Tiene cojones la cosa!», se dijo a sí mismo. Que distinto se veía todo cuando lo mirabas desde otro punto de vista.

Tamara salió de su dormitorio para saludar a su padre. Hacía mucho tiempo que no se veían y estaba encantada de tenerlo en casa.

Mientras padre e hija se ponían al día, David acabó durmiendo en el suelo.

A las ocho de la mañana, Tamy lo despertaba.

—¡Joder! —exclamó por golpearse la cabeza al despertar.

—Shuhhh, no grites, mi padre se acaba de acostar.

David salió a regañadientes, con dolor en los huesos por haber permanecido allí tantas horas.

—Esta tarde no pases a por mí. He quedado con mi padre para ir juntos a un par de sitios.

—Está bien, llámame.

Y se despidieron con un ardiente beso.

Mientras regresaba a su casa, pensó en lo afortunado que era. Y comprendía que Jaime y Rebeca estuviesen deseando tener su propio hogar. Y una pregunta le vino a la mente: «¿Cuánto tiempo se quedará el padre de Tamara?».

Esa misma tarde, Dallas regresaba del gimnasio, saludó a su hermano Neill, que estaba en la cocina.

—Dallas, en España, el allanamiento de morada es delito, ¿verdad?

—Sí —respondió sin dar mayor importancia a la pregunta.

—Y el secuestro de una mascota supongo que también, ¿no?

—¿De una mascota? —preguntó frunciendo el ceño. ¿A qué venían esas preguntas tan raras?

—Si es un secuestro, sí, también es delito.

—Eso imaginaba, así que intenta tener tu móvil conectado y accesible —comentó Neill, despertando mucha curiosidad en Dallas.

—¿Por qué?

—No, por nada —intentó hacerse el despistado—, porque nuestra hermana y Estrella han decidido secuestrar un gato.

Dallas agrandó los ojos.

—¿Cómo dices?

Y entonces Neill puso en antecedentes a Dallas de la estupidez más grande que se le había ocurrido a su hermana.

—Por lo visto, un cliente tuyo tiene intención de matar a su gato. Y las dos llegaron a la conclusión de que había que ir a salvar a ese animal.

—¿Y tú lo has permitido? —preguntó, colérico, Dallas.

—Sí, porque ahora ya tengo la excusa de poder entrometerme en la vida de nuestra hermana sin sentirme culpable.

Porque está claro que sin nosotros, solo puede acabar metiéndose en un lío.

Dallas se echó el pelo hacia atrás. Sin pensarlo, fue raudo a su despacho, cogió su agenda y marcó el número de su cliente. No había que ser un lince, para saber a quién le iban a raptar el felino. Y mientras daba el primer tono, empezó a sentirse angustiado.

«¡Esto es una locura, una auténtica locura!».

Además, qué se suponía que iba a decirle, su mente empezó a trabajar a la carrera, y en el cuarto tono contestaron a la llamada.

—Hola, ¿ocurre algo, abogado? — preguntó el cliente, sorprendido por la llamada.

—No, no, verás... —«piensa Dallas, piensa»—. Bueno... es que... —no sabía qué decir, y de pronto se le encendió la luz, había dicho Neill que iba a matar a ese animal—. Recuerdo que conseguiste la custodia del gato.

—Sí.

—Y estoy interesado en comprar uno, porque quiero regalarlo, pero como no entiendo de felinos, por si podías aconsejarme —argumentó muy convincente.

—Pues si te interesa uno, te vendo el mío.

Dallas levantó las cejas, ese sujeto pensaba sacar partido incluso cuando estaba a punto de matarlo.

—No, no, prefiero uno recién nacido,

pagar por uno que ya está mayor... —
Aguantó la respiración, al final, para salvar el culo a esas dos locas tendría que gastarse el dinero. Claro que ya se encargaría de que Beca y Estrella se hiciesen cargo de la cuota.

—Mira, es que estoy intentando deshacerme de él.

A Dallas se le revolvió el estómago. Habían ido a juicio por un condenado *gato*. Y, ahora, el muy miserable quería matarlo.

—Con lo que luchaste por él, ¿cómo es posible? —preguntó con calma, fingiendo no saber que estaba al tanto.

—A mi novia no le gustan los gatos y me ha dicho que o me deshago de él o no entra en esta casa, y compréndeme, esta

mujer es una fiera en la cama, está cachonda todos los días... vamos, que es una guarrilla en toda regla, y con ella follo como un jabato.

Dallas cerró los ojos. Ese tío era miserable hasta la saciedad. Hablar así de la novia, contando esas intimidades, no era muy de hombres, por lo menos bajo su punto de vista.

—Ya —dijo de mala gana—, si quieres, yo me lo quedo, eso sí, no voy a pagar por un gato viejo.

Esperó la contestación, se hizo eterno, incluso miró el móvil por si se había cortado la llamada.

—De acuerdo, está bien. Eso sí, vienes a por él hoy mismo.

«¡Bendito sea Dios!».

—Sí, salgo ahora mismo.

—Bien, te espero, no tardes mucho, que tengo que ir a recoger a mi guarrilla particular —dijo y se rio como si ese comentario fuese gracioso.

Dallas no respondió, prefirió colgar la llamada y encaminarse a por el maldito gato.

Al llegar a la dirección donde lo estaban esperando, dos personas que estaban escondidas se miraron.

—¿Qué hace mi hermano aquí?

—No tengo ni idea.

Pero les llegó la respuesta a través de un mensaje de Neill.

Beca, regresa a casa. Dallas ha conseguido que le regalen el gato. Eso

sí, a partir de hoy, volveremos a estar pendientes de ti. Has demostrado tener muy poco juicio. GRACIAS POR PONÉRNOSLO TAN FÁCIL.

Rebeca maldijo una y otra vez. ¿Cómo se habían enterado? Y lo peor de todo, se lo iban a echar en cara una eternidad.

Vieron salir a Dallas con una gatera en la mano.

—No entiendo cómo han podido pillarnos.

—Yo tampoco, a veces pienso que mis hermanos tienen la casa llena de cámaras y micrófonos.

Y esta vez no se equivocaba, Neill dejó su móvil grabando en la cocina,

porque acababa de inventar una nueva receta y quería comprobar cuánto tiempo tardaba en deshincharse el nuevo soufflé para poder servirlo.

—Déjame aquí mismo, que antes de subir a mi casa, tengo que comprar algo —sugirió Estrella.

Rebeca paró en la esquina y continuó su camino.

Estrella entró en la farmacia, necesitaba urgentemente un par de cosas.

Mientras caminaba de regreso a su casa, vio a Dallas apoyado en su portal con los brazos cruzados, cara de enfadado y una jaula con Gladiator dentro.

En cuanto estuvo frente a él, Dallas se expresó, dejando constancia de su

enorme cabreo.

—¡Sois unas locas! En mi vida he conocido a dos descerebradas igual. Y pensé que conocía a mi hermana, pero lo de hoy... es que hoy... ¡Podíais estar ahora detenidas!

—No hace falta que te alteres —dijo con mucha tranquilidad, ciñéndose el gorro de lana blanco que llevaba en la cabeza.

—¿¿Tienes idea del lío en el que podías estar metida?!

—Pero no lo estoy —respondió, mirando directamente a los ojos de Dallas. Este sintió más cabreo, porque la tranquilidad de ella, le encendía la sangre.

—¡Podías haber ido a la cárcel! ¿Y se

te ocurre...?

—Las cosas no son tan negras. No ha pasado nada...

—No ha pasado nada porque yo he llegado a tiempo.

Estrella sonrió sin ser consciente de que ese gesto enfureció más a Dallas; que ella se lo tomara todo a la ligera, no se lo podía creer.

Y esa sonrisa no es que Estrella quisiera mostrarla, era debida a los nervios. Era una risa nerviosa. Porque comprendía a Dallas, y, ahora, pensándolo con más calma, él tenía razón. Pero como siempre que estaba cerca de ese hombre, sus nervios le pasaban factura. Y para variar, se expresó mal.

—Vale, además de abogaducho, pijo, petulante, rencoroso y prepotente — Dallas se quedó perplejo—, ahora tenemos que añadir *héroe*.

El abogado se llevó las dos manos a la cara, se la frotó con resignación.

«La mataría, ¿cómo he podido perder horas pensando en esta mujer?».

Estrella permaneció quieta, esperando su reacción y, de pronto, cuando pensaba que explotaría y le diría unas cuantas cosas, lo único que hizo fue doblar las rodillas, coger la jaula y extenderla para que ella la cogiera.

Estrella se echó hacia atrás, sorprendiendo a Dallas por el gran salto que había dado.

—¡No me lo acerques! —gritó,

dejando todavía más curioso a Dallas.

—¿Cómo dices? —preguntó escrutándola con la mirada.

—Soy alérgica a los gatos, así que, por favor, aléjalo de mí.

Dallas levantó una ceja. Debía estar de coña.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Crees que bromearía con mi propia salud? —respondió muy molesta porque él pensara que sería capaz de hacer tal cosa.

Dallas volvió a dejar la gatera en el suelo, miró a Estrella fijamente y habló intentando controlar la calma. Algo que le costaba mucho siempre que Estrella estaba cerca.

—¿Me estás diciendo —se notaba su

tono cínico— que pretendías raptarlo sabiendo que eres alérgica?

Estrella asintió con la cabeza.

—Te juro, Estrella, que no sé si eres una descerebrada o, simplemente, estás tan loca que haces las cosas sin pensar.

—No suena muy bien ninguna de las dos opciones —respondió, y su sonrisa nerviosa volvió a aparecer en su rostro.

—¡Yo no le veo la maldita gracia! —sentenció muy enojado, pensando que se estaba burlando de él.

—Yo tampoco. —Y de pronto, sabiendo que tenía que hacer algo para dejar esa conversación, o los dos acabarían discutiendo, soltó sin pensar —. ¿Dónde está tu coche?

Dallas que se quedó descolocado,

señaló con la cabeza.

—Vale, necesito que me hagas un favor.

—¿Yo? —preguntó incrédulo.

—Sí, tú, no hay nadie más aquí, ¿verdad?

No se lo podía creer, esa mujer de nuevo lo estaba vacilando. Pero antes de responder, vio que ella abría su bolso y sacaba una mascarilla y unos guantes de látex.

—¿Qué haces?

—Cómo te he dicho, soy alérgica a los gatos y montar en tu coche, que es un espacio reducido, me provocaría una gran urticaria, además de problemas respiratorios.

Dallas no sabía qué hacer con esa

mujer. Hacía un segundo estaban discutiendo, y ahora ella estaba en plena calle, con una mascarilla, dando la nota, y sin el menor resquicio de vergüenza por su parte. Y no solo porque la gente que pasaba la mirase con lástima pensando que estaba enferma, no, sino porque no se avergonzaba de nada de lo que había hecho esa tarde. Ni siquiera había pedido perdón o había dado muestras de arrepentimiento.

—No me lo puedo creer... —dijo en voz alta mientras ella se encaminaba al coche de él. Y como un tonto, la siguió, metiendo de nuevo la jaula en los asientos traseros.

Y mientras se dirigían a la dirección que Estrella le había indicado, Dallas

comentaba en voz alta sus propios pensamientos sin darse cuenta que Estrella lo estaba escuchando.

—La tía es alérgica y se le ocurre raptar al puto gato... está loca... totalmente loca... ¿y qué demonios estoy haciendo yo?

Al escuchar la última frase, Estrella interrumpió sus pensamientos y consiguió hacerlo sonreír.

—Ayudar a esta loca que a partir de hoy siempre te va a mirar como a un héroe.

Lo dijo tan convencida, tan graciosa y tan sincera, que Dallas por fin sintió que el enfado que llevaba dentro desde hacía rato se desvanecía.

—Estrella.

—¿Sí?

—Estás muy loca.

—Puede, pero siempre han dicho que hay que tener una pizca de locura para no ser una persona insulsa.

Dallas volvió a sonreír y agradeció en silencio que ella tuviese esa locura, porque conseguía convertir un día normal en toda una aventura.

Habían dejado a Gladiator con su verdadera propietaria. Quedó claro que no podía enterarse nunca su ex pareja. Podían comprometer a Dallas por ello. Ariadna, la mejor amiga de Estrella y ex pareja de su cliente, juró y perjuró que no habría problema. Y el abrazo que recibió de esa mujer, Dallas no lo olvidaría nunca.

De regreso, Estrella iba muy callada.

—¿Por qué no te quitas ya la mascarilla?

—Porque no quiero arriesgarme, hace muy poco que estaba Gladiator en este coche.

Dallas lo comprendió.

—¿Por qué te has arriesgado tanto?

Estrella se mordió los labios, aunque Dallas no pudo ver ese gesto, ya que le cubría la mascarilla.

—Ariadna no puede tener hijos — confesó con lástima—. Es una gran mujer. Y lo creas o no, para ella, Gladiator es más que un gato.

Dallas la miró intensamente, porque la tristeza en su voz consiguió llegarle al alma. Lo malo fue que Estrella lo

entendió mal, imaginaba que lo había hecho por pensar que exageraba.

—Oye, ya sé que estás convencido de que estoy loca de remate. Puedes pensar de mí lo que quieras, estás en tu derecho. Pero no te atrevas a juzgar a una mujer que ha encontrado consuelo y cariño en un gato, cuando le dieron la noticia de que nunca podría engendrar un hijo.

—Yo no he dicho...

—Da lo mismo, ambos sabemos lo que opinas de mí, pero no quiero que pienses que estoy mintiendo o exagerando sobre los sentimientos de la mujer que más quiero en el mundo.

Dallas frenó justo delante de su portal.

—No la he juzgado. Y, sí, para tu información, estoy completamente seguro que tu amiga adora a ese gato como si fuese alguien de su familia. — Estrella lo miró—. Y creo que estás muy equivocada en cuanto a lo que pienso de ti.

Estrella, sin pretenderlo, recordó en ese mismo momento un par de situaciones que había vivido con Dallas y en las que ella acabó sintiéndose ridícula e incómoda. Una de ellas no hacía mucho, unos días atrás, cuando lo incitó a que la besara. La otra, en el despacho del bufete donde trabajaba, cuando comentó que si la conociese un poco más, acabaría gustándole. Y él fue tajante; «es una suerte que eso no vaya a

suceder».

Así que prefirió salir del coche sin más, porque debía parecer una excéntrica con esa mascarilla puesta.

—Gracias por todo. Lamento mucho que te hayas visto envuelto en todo este jaleo.

A Dallas se le removió algo dentro. Otra vez esa vulnerabilidad, que dejaba expuesta Estrella con su voz afligida, se convertía en algo especial. Conseguía que él quisiera protegerla, abrazarla, besarla y no separarse de ella hasta que volviese a ser la chica chispeante que lo fascinó la primera vez que se vieron.

—Yo no lo lamento, gracias a verme envuelto en esto, hoy he pasado de *abogaducho* a *héroe* a ojos de alguien.

Estrella lo miró y sonrió; a pesar de que no podía ver esa sonrisa que tanto le gustaba, la reconoció.

—Gracias de todas formas.

Y salió del coche sin dar tiempo a reaccionar a Dallas, que hoy sí estaba dispuesto a besarla, porque algo dentro de él lo estaba pidiendo a gritos.

Cuando ella entró en su portal, Dallas arrancó y se marchó con rumbo a su casa. Y aunque la noche anterior había llegado a una conclusión, esa misma mañana optó por lo mismo. Una vez más tenía a Estrella en su cabeza sin poder —y seguramente sin querer— dejar de pensar en ella.

Capítulo 12

Decisiones que tomar

El viernes a mediodía, Javier confirmaba las reservas de sus vuelos desde el despacho de la galería. Como todas las Navidades, las pasarían en Portree.

Este año no solo acudirían los ocho hermanos y Jaime. Se habían sumado a la fiesta navideña, Amanda y su hija Nerea, además de Tamara y la doctora Miranda.

El padre de Tamy estaba sentado delante de David. Lo habían invitado a comer.

—Me alegra ver que mi hija, cuando no estoy, está en buenas manos.

—Gracias —respondió David.

—Por desgracia, tengo que regresar mañana. Y si os he reunido a los dos, es por un motivo.

Tamara y David se miraron.

—¿Cuál? —preguntó Tamara.

—Los negocios, con la crisis, no han ido tan bien como esperaba. Y lamentándolo mucho —se notaba consternado—, tengo que desprenderme de algunos de mis bienes para poder hacer frente a ciertos pagos.

Tamara agrandó los ojos.

—¿Cuáles? —curioso se alarmada.

—Aparte de una propiedad que tenemos en Mallorca —Tamara asintió, había pasado muchas vacaciones en ese chalet cuando era una cría—, me veo obligado a vender la casa.

Tamara sintió que se mareaba.

—Por eso quería hablar con vosotros, porque tengo un comprador. Y quiero saber si vas a quedarte a vivir aquí o te trasladarás conmigo.

Tamara no estaba para cavilar. Desde luego no pensaba marcharse, podría alquilar un piso, nunca sería lo mismo, pero con lo que ganaba en la peluquería podría vivir tranquilamente.

El dolor era otro, había vivido ahí desde que nació. Todos sus recuerdos

estaban en esa casa. Y no quería perderlos.

David no tenía intención de dejar marchar a la mujer de su vida. Y viendo la tristeza en su rostro, tomó partido en la conversación. En la vida había que tomar decisiones, y hoy era uno de esos momentos.

—¿Ha llegado a un acuerdo con ese comprador?

—No, todavía no, pero me temo que pronto tendré que hacerlo.

—Pues espero que no lo llegue a hacer, porque su hija y yo le compramos la casa.

Tamara agrandó los ojos, ¿qué estaba diciendo David?

El padre se quedó tan sorprendido

como la hija.

—David, muchacho, no estamos hablando de...

Lo interrumpió, sabía de qué cantidad trataban, su hermana llevaba años intentando comprar la que hoy ya les pertenecía a Jaime y ella. Y esa era la más cara de la urbanización, por tener más terreno y dar a un lago.

Él siempre había sido ahorrador, su taller no tenía ya ninguna carga pendiente, todo lo contrario. Si a lo que ganaba con su negocio como socio de su amigo, sumaba el dinero que todos los meses se ingresaba en su cuenta por los beneficios de la galería, podía permitirse embarcarse en una hipoteca. Ya que una cosa tenía muy clara: Tamy y

él no iban a vivir separados, y su chica no sufriría por tener que abandonar su hogar.

—Sé de lo que estamos hablando. Solo le pido unos pocos días para poder negociar con el banco.

—David, no puedes hacerlo — pronunció Tamy con cautela.

Este, sin importarle que estuviese delante el padre de Tamara, se centró en ella y habló con el corazón en la mano.

—Tamy, no somos unos niños. Antes o después tendremos que dar el paso. Sabes que no podría a hacerlo con otra mujer. Así que es hora de que tú y yo empecemos un futuro juntos, sin tener que separarnos.

A Tamara le brillaron los ojos. Eso

era toda una declaración.

El padre se sintió orgulloso del muchacho y más de su hija. Había encontrado un buen hombre y se notaba que ambos se amaban con locura.

Cuando Tamara besó a David, y una lágrima rodó por su mejilla, el padre quiso poner un toque de humor para que no se les ocurriese a esos dos enamorados olvidarse de que él estaba presente y se fundieran en un beso abrasador.

—Mejor, porque así no tendrá este muchacho que salir a hurtadillas para que yo no lo acabe matando.

David y Tamara lo miraron rápido.

—Yo también he sido joven — argumentó, y los tres acabaron riendo

por el comentario, y más por haberse sentido pillados.

A las diez de la noche, Javier, que había entregado a sus hermanos sus reservas, tenía que comentarles algo más.

—El martes por la tarde, Nerea actúa en la obra navideña de la guardería. A Amanda y a la pequeña les haría ilusión que acudieseis.

Excepto Beca, el resto de hermanos se desentendió del tema. Javier los observó y comprendía que no tuviesen el menor interés, puesto que él, por no ser que la pequeña lo tenía loco, tampoco acudiría a un evento así.

Rebeca también se percató del poco

interés que mostraban sus hermanos.

—¿A qué hora? —preguntó con una sonrisa.

—A las cinco.

—Muy bien, ahí estaremos.

Javier asintió con la cabeza y agradeció que Beca sí estuviese interesada. Seguro que Nerea se alegraría al verla.

Cuando el hermano mayor se marchó, Rebeca permaneció igual de observadora. Su mente empezó a maquinarse, desde luego sus hermanos tenían el *d o n* de exasperarla sin quererlo.

Subió las escaleras y fue directa a la habitación que compartían David y Jaime, aprovechó que su hermano no

estaba.

—Tenemos que hablar —anunció sin más.

Jaime, que estaba leyendo una revista de coches, prestó atención. De tratarse de otra mujer, o de estar en otra situación, esa frase no hubiese anunciado nada bueno.

Rebeca fue directa hasta dónde él se encontraba, se sentó encima de la cama y dobló las piernas.

—El martes, el avión sale a las diez de la noche, pero teniendo en cuenta que a las cinco tenemos una cita... —informó sin apartar la mirada.

—¿Una cita? —preguntó sin comprenderla.

—Sí, Nerea tiene una función en la

guardería.

Jaime levantó las dos cejas y sonrió de medio lado.

—¿Pretendes que vaya...?

—No lo pretendo, te estoy informando que tienes que tener la maleta preparada, porque el día veintidós, a las cinco de la tarde, estaremos aplaudiendo a Nerea.

—¿Y tus hermanos saben de este plan? —preguntó aguantando la risa, porque conociendo a los Irwin, no estarían por la labor.

—Lo sabrán mañana —sentenció.

Jaime hizo una mueca, y Beca entrecerró los ojos.

—No estoy bromeando —comunicó molesta, porque pensaba que Jaime

estaba tomándose a broma sus palabras.

—Te creo, simplemente, estoy pensando... ¿cómo vas a conseguir que tus hermanos acudan a esa cita?

Rebeca torció el labio, meditó bien lo que iba a hacer para que esos cabezotas, el martes, acudiesen sin falta.

—Eso ya lo verás mañana. Pero ten por seguro que el martes acudiremos todos a ver a actuar a Nerea.

Jaime no puso en duda su palabra, buena era *su chica* para que sus hermanos quisiesen llevarle la contraria. Por lo visto, ella ya lo tenía decidido, solo tocaba esperar a ver cómo iba a convencerlos.

—Muy bien, pues el martes acudiremos todos.

Rebeca sonrió, Jaime la conocía a la perfección. Se acercó y lo besó con ganas. El beso fue tomando mayor intensidad; para cuando quisieron darse cuenta, ella estaba tumbada encima de él.

—¡Beca, mueve ese culo y vete a la cama! —gritó David, que acababa de entrar.

La pareja se sobresaltó, pues no lo esperaban.

—Desde luego, David, siempre tan inoportuno —se quejó Rebeca.

—Ya puedes dar gracias que he entrado yo, porque de haberlo hecho Neill o Víctor, hoy Jaime iba a dormir con un buen moratón en la cara.

Rebeca llevó las manos al cielo, sus

hermanos podían con ella. Y lo peor de todo, conociéndolos, era muy seguro que Jaime hubiese acabado como había dicho.

Se puso en pie, se inclinó lo justo para robarle un último beso al hombre que amaba y se dirigió a su dormitorio.

Cuando Jaime y David se quedaron a solas, el hermano de Beca se pronunció.

—Y tú podías cortarte un poco, ¿no? Si no llego a aparecer, os lo acabáis montando.

—Y eso me lo reprochas tú, que vienes de montártelo con tu novia — respondió con cierta ironía.

—Pues no, porque hoy estaba su padre.

Los dos se miraron, se entendieron

con la mirada, y acabaron riéndose.

—Mañana tengo que hablar con Susana.

—¿Qué Susana? —preguntó David mientras se quitaba la ropa para meterse en la cama.

—La interiorista. Necesito que acaben esas obras cuanto antes.

David, al escuchar la premura en su voz, sonrió. Comprendía perfectamente a su amigo.

—Sí, por el bien de todos, yo también espero que se hagan las cosas con brevedad.

Por primera vez, Rebeca había sido la primera en levantarse, estaba sentada esperando que todos sus hermanos

hiciesen acto de presencia en la cocina. Y mientras uno a uno iba tomando su asiento para el desayuno, permaneció callada. En cuanto estuvieron todos reunidos, por fin habló.

—Recordad que el martes a las cinco tenemos que ir a la función de Nerea.

—Yo no puedo —comentó Neill.

—A mí no me mires, estaré preparando la maleta —comunicó Dallas.

—Imposible, no me gustan las obras de teatro —dijo Víctor mientras vertía el café en la taza.

—Uff... no, yo tampoco, no me veo aguantando algo así —informó Malcom.

—Yo paso, conmigo no cuentas —alegó David.

—Creo que a esa hora tengo algo —
se disculpó Rubén, intentando
escaquearse.

Rebeca escuchó a todos, tomó aire y
con voz firme se pronunció.

—¡Ya lo creo que vais a ir! —Neill
iba a protestar, y ella alzó la mano
tajante—. ¡Iréis! Porque resulta que
Nerea es la hija de Amanda —comentó
como si hablase para alguien falto de
entendederas—. Lo que quiere decir que
es la mujer que está con nuestro hermano
Javier.

Jaime sonrió, ahí estaba *su chica*, una
vez más, abriendo los ojos a sus
hermanos.

—Y por si no os ha quedado bastante
claro, eso significa que en un futuro no

muy lejano, nuestro hermano querrá afianzar esa relación casándose de nuevo.

Ninguno de los que estaba allí presente había pensado en ello.

—Por lo tanto, esa niña será *nuestra* sobrina —recalcó la palabra para que la entendieran mejor—. Y me parece que siempre hemos dicho que a un Irwin jamás se le da la espalda. Así que el martes, a las cinco en punto, estaremos todos en la guardería para ver la función de Nerea. Al lado de Amanda —prosiguió mientras miraba uno a uno a la cara—: Y así, una vez más, demostraremos que apoyamos a nuestro hermano mayor, porque así es como esta familia siempre ha actuado.

Y dicho esto, se bajó del taburete en el que estaba sentada y respondió a cada uno de sus hermanos conforme a las respuestas que ellos habían dado.

—Neill, ahora sí puedes... Dallas, la maleta la tendrás preparada mucho antes... Víctor, creo que esta obra de teatro te va a encantar... Malcom, te aseguro que aguantarás... David, contamos contigo... Y Rubén, mira bien tu agenda, porque sea lo que sea lo que tengas que hacer ese día, tendrás que cambiarlo.

Y sin más, giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta, y antes de salir, volvió a mirarlos.

—Que tengáis un buen día.

Los siete hombres se quedaron

callados, su hermana podía sacarlos de sus casillas, pero una vez más, los había dejado sin habla, porque jamás hubiesen pensando que acabarían acudiendo a la función de una guardería.

Capítulo 13

Función navideña

Javier y Amanda estaban en la guardería, rodeados de otros padres, haciendo fotos y hablando animadamente.

La pequeña Nerea estaba con otra niña, ambas vestidas de pastorcillas.

—A mí me van a aplaudir mucho más, porque han venido mis papás, mis abuelos y mi tía Carmen.

Nerea miró a los susodichos y se quedó pensativa; al darse la vuelta, vio

a su madre y a Javier. Se encaminó hacia ellos muy decidida.

—Mami, mami —la llamó mientras tiraba de su jersey.

—Dime, mi vida —respondió Amanda.

—¿Va a venir la tía Beca?

Amanda no sabía qué responder, era muy posible que no acudiese. Sin darse cuenta, buscó con la mirada a Javier, necesitaba ayuda.

Nerea también lo miró, y cuando este estaba a punto de responder, la niña salió corriendo a voz en grito, porque había visto entrar a la persona que buscaba. Cuando llegó a ella, se lanzó a sus brazos para que Rebeca la aupara.

—¡Tíaaaa Becaaaaa! —gritó llena de

júbilo.

—Mi niña, qué guapa estás de pastorcilla, ¿a que sí, Jaime? —preguntó con una gran sonrisa por recibir un abrazo tan fuerte de Nerea.

—Sí, nunca había visto una pastorcilla tan bonita.

Nerea correspondió al halago con una sonrisa que a Jaime le llenó el alma.

—¿Entonces, vais a aplaudirme mucho? —preguntó nerviosa.

—Mucho... muchísimo. Los tíos y yo vamos a aplaudirte muy fuerte —comentó Rebeca.

—¿Los tíos? —se interesó la pequeña.

—Sí —respondió Beca mientras miraba hacia la entrada, justo cuando

sus hermanos, Tamara y Miranda entraban por la puerta—. Mira, ahí están.

La niña agrandó los ojos y buscó a su amiga, ahora se sentía especial, a ella también la aplaudirían.

Uno a uno saludó a la pequeña, justo cuando su profesora Estrella fue a buscarla.

Dallas, al verla, sintió que algo dentro de él se removía. Era extraño, porque nunca le había pasado antes, pero tampoco le molestaba, no era una sensación mala, más bien, todo lo contrario.

Amanda, al ver la felicidad estampada en la cara de su hija, se emocionó e intentó disimularlo. No

quería llorar delante de todos. Aunque fuesen lágrimas de felicidad. Por lo tanto, se disculpó y se encaminó al baño. Una vez sola, suspiró con intensidad. Siempre había estado tan sola, que ahora lo único que deseaba era que su hija tuviese una infancia plena, llena de cariño y ternura, todo lo contrario a lo que ella había tenido. Una vez más, la familia Irwin la sorprendía.

Respiró con fuerza y asumió que la felicidad había que disfrutarla, y la suya, ahora, estaba allí fuera; una hija, un hombre al que amaba y una familia que, aunque no era la suya, demostraba que estaba para ellas.

Mientras Amanda permanecía en el baño, Javier sonreía. Ver a sus

hermanos allí era lo mejor que le había pasado en la vida. Y algo tenía claro, su hermana pequeña había sido la encargada de que hoy estuviese allí toda su familia.

Cuando Neill llegó hasta él, le dio un toque en el hombro, un gesto que a la vista de otros no podía significar nada, pero que para Javier era un lenguaje muy de ellos: «Aquí nos tienes para lo que haga falta», ese era el mensaje.

Javier asintió y dijo:

—Gracias.

La función comenzó y todos aplaudieron. Cada niño se sentía especial, y los familiares, como es normal en estos eventos, demostraron que los niños eran lo único importante.

Al terminar, Nerea fue corriendo a su madre y se lanzó a sus brazos, contenta y feliz porque había escuchado muchos aplausos.

Mientras los niños tomaban chocolate con churros para merendar y compensar el esfuerzo que habían hecho, los adultos charlaban.

Dallas y Estrella, en un momento dado, acabaron uno frente al otro.

—Hola, nunca imaginé que te vería aquí —comentó, sincera, Estrella.

—Yo tampoco lo imaginaba, pero tengo una hermana muy persistente —razonó Dallas, consiguiendo que Estrella se carcajeara. Y memorizó ese momento, porque la naturalidad de su risa lo hechizó.

Un padre interesado en hablar con Estrella los interrumpió, y Dallas, por primera vez en su vida, sintió la necesidad de golpear a alguien. Acababa de robarle una visión y un momento único.

Estrella se disculpó y se alejó con el padre de su alumno. Pero antes de hacerlo, dijo algo:

—Que tengas un buen viaje y disfrutes de las Navidades.

—Gracias, igualmente. —Fue lo único que atinó a decir, porque seguía rabioso de que aquel entrometido la alejara de su lado.

Una hora más tarde, se encaminaron al *gran nido*, allí pasaría a recogerlos un minibús para llevarlos al aeropuerto.

La pequeña estaba eufórica, había sido el centro de atención de todos los presentes.

—Esta noche no duerme —comunicó Amanda, de forma confidencial, a Javier en el oído.

—Lo hará en cuanto el avión despegue.

Amanda se carcajeó, qué iluso era Javier, su hija hoy estaba con la adrenalina al mil por mil. Y si encima sumaban que era la primera vez que iba a montar en un avión...

—Ya me lo dirás cuando aterricemos y estemos agotados de escucharla.

Ahora, el que se carcajeó fue Javier. Esa pequeñaja de normal era muy habladora; cuando estaba nerviosa o

eufórica, como en ese mismo momento, era como tener a una muñeca con pilas alcalinas.

Capítulo 14

Navidades en Portree

El matrimonio Irwin lo tenía todo preparado para la llegada de sus hijos.

Amparo estaba radiante, su marido la miraba desde la puerta de la cocina, observando como su mujer sonreía y tarareaba una canción, un síntoma de que estaba contenta y feliz.

—Deberíamos irnos a la cama. Mañana a primera hora llegarán los chicos —anunció Corey.

—¿Te das cuenta de que van a ser

unas Navidades muy especiales?

—¿Especiales? —repitió sin entender a su mujer.

—Sí, son las primeras en las que nuestros hijos vienen acompañados.

Corey miró a su mujer y sonrió.

—Me parece que tu memoria empieza a fallar. Amanda ha estado aquí muchas Navidades, y Jaime, tanto de lo mismo.

—Sí, pero cuando Javier se casó con Alicia, no volvimos a imaginar que nuestro hijo regresaría algún día con Amanda. Además —levantó una ceja—, con una hija. Y ten en cuenta que Malcom es la primera novia formal que tiene.

—Sí, eso sí me ha sorprendido —señaló contento. Porque Malcom era un

hombre tímido y nunca había hablado de que le interesase una mujer en especial. Bueno, en realidad, no era del todo cierto, sí había una persona que conocía cualquier sentimiento oculto de Malcom, su melliza. Entre ellos existía una conexión especial.

—A mí no me ha sorprendido, todo lo contrario. Sabía que en cuanto nuestro hijo se decidiese a tener pareja estable, nos la presentaría.

Corey asintió encantado, su mujer conocía a todos sus hijos a la perfección.

—Sí, está claro que va en serio con esa mujer.

—Y David, ¡cuánto me alegro que por fin se lanzara a conquistar a Tamara! —

celebró, porque su hijo hubiese tenido el valor.

—Más bien, yo diría que fue la muchacha la que conquistó a nuestro hijo —hizo un gesto con las cejas, y su mujer rió—. ¡Ya era hora! Porque pensé que acabaría lamentando haber dejado escapar la oportunidad.

Amparó asintió, su esposo también conocía perfectamente a sus hijos. Ambos sabían que David suspiraba por Tamara desde siempre. No habían conocido a ninguna otra mujer que le hiciese brillar la mirada a su hijo, excepto esa joven.

—¡Y por fin, Beca y Jaime juntos! —sentenció Amparo a la vez que suspiraba llena de dicha.

—Siempre pensé que odiaría al hombre que quisiese robarme a mi niña.
—Amparo sonrió al escucharlo—. Pero con Jaime no puedo, porque dudo que otro hombre sea capaz de amarla y hacerla tan feliz como lo hace él.

—Entonces, tendrás que reconocer que hice bien —dijo Amparo, dejando descolocado a su marido.

—¿A qué te refieres?

—Hace un año, pusiste el grito en el cielo porque quise ampliar la casa.

Corey torció el labio, al final tenía que darle la razón a su mujer. Amparo, con vistas de futuro, pidió ampliar la planta baja, añadiendo cuatro habitaciones más.

—Y serán las últimas —sentenció

para no darle la razón.

—Eso ya lo veremos...

—¿Cómo que ya lo veremos? — preguntó alarmado.

Amparo sonrió satisfecha, por mucho que su esposo le hiciese creer que no estaba conforme, en el fondo era el más feliz de todos. Su familia crecía, y esa había sido su gran meta en la vida.

—Sí, ya veremos, porque si los niños —hablaban como si todavía fuesen hombres pequeños— deciden tener familia numerosa como nosotros...

Corey se carcajeó, su mujer siempre pensando en todo. Ojalá Dios les concediese a sus hijos lo que él había tenido. Porque el mayor dolor de su vida fue cuando les confirmaron que su hijo

Javier jamás podría tener hijos.

Como padre de familia numerosa, no se podía imaginar la vida sin hijos. Y esa pena, de que su hijo mayor, por una enfermedad, lo privara de ese don de la naturaleza, lo abordó durante muchos años. Hasta que con el tiempo, poco a poco, al ver que su hijo lo había asumido, le fue restando importancia.

—¿Imaginas a Beca con muchos hijos? —bromeó.

—Y tanto que la imagino. Jaime siempre ha querido tener hijos, y Beca no querrá uno solo. De eso puedes estar seguro.

Corey se quedó pensativo, ver a su pequeña embarazada fue una imagen que le llenó el alma.

Al ver a Amparo mirándolo con adoración, se acercó a ella, puso sus manos en la cadera de su mujer y, con picardía, dijo:

—Igual hay que aprovechar el tiempo, por si pronto nos hacen abuelos.

Amparo se rió, Corey era muy seductor; a pesar de los años, seguía teniendo un atractivo especial, una mirada ladina cuando se lo proponía y una vitalidad admirable.

—¿Tú crees? —respondió coqueta.

—Lo creo, lo creo.

—Sí, yo también lo creo, puede que pronto ya no tengas esos instintos salvajes que siempre has tenido — comentó risueña, intentando dar a entender que los años no pasaban en

balde.

—Preciosa, de momento, voy a hacerte gozar como siempre. —Amparo levantó una ceja—. Y cuando mi cuerpo no tenga fuerzas, la ciencia, que siempre piensa en todo, ha creado unas pastillas azules que estoy seguro que conseguirán que mi mujer siga disfrutando durante muchos años más.

Y se fundieron en un beso, de los que sabían que era el preludio de un momento de pasión, donde los cuerpos acabarían sudados y agotados.

A las siete en punto de la mañana, la familia Irwin y acompañantes llegaban a Portree.

La pequeña Nerea había pasado la

noche despierta y justo fue a dormirse cuando montaron en el ferry.

Amanda no se había equivocado, la pequeña estaba tan excitada por el viaje, que estuvo todo el trayecto despierta y activa.

Corey y Amparo salieron a su encuentro, Beca fue rápida, los abrazó con fuerza.

Uno a uno dio besos y abrazos a sus progenitores. Cuando le tocó el turno a Amanda, al sentirse entre los brazos de Amparo, cerró los ojos.

La última vez que se vieron, se despidieron con un abrazo igual que el que estaba recibiendo. Cuando la madre se enteró de la ruptura, sin pensarlo, fue a buscarla a su casa, y después de una

charla necesaria, que para ella fue emotiva, pues esa mujer, a pesar de ser la madre del hombre que había roto la relación, le ofreció su cariño y su casa. Siempre sería bien recibida.

Y a pesar de que estuvo tentada en muchas ocasiones en acudir *al gran nido*, jamás lo hizo, hasta que el destino, y gracias a la exposición de un buen amigo, la puso de nuevo en el camino del hombre que amaba.

El último en saludar fue Javier, que llevaba en los brazos a Nerea.

—¿Y esta preciosidad? —preguntó Corey.

—Es Nerea, la hija de Amanda.

Amparo sonrió, ver a su hijo con una niña en brazos era una imagen digna de

ser grabada en la memoria.

—Tan bonita como la madre — comentó Amparo.

—Gracias —respondió Amanda.

—No te dejes engañar, mamá, esa niña es todo un torbellino —murmuró Rubén para dar un toque de humor y, de paso, no despertar a la niña.

Corey se carcajeó, Amparo le dio un codazo para que no dijese tonterías, y Javier susurró.

—¿Dónde la llevo?

Amparo le hizo una seña para que la siguiera. Iban a estrenar una de las habitaciones nuevas.

Cuando dejaron a la pequeña, bien tapada y con las barreras de seguridad puestas, salieron al comedor.

Mientras Amanda salía, Javier sujetó a su madre por el codo. Al darse esta la vuelta, la abrazó con fuerza, y susurrante, antes de darle un fuerte beso en la mejilla, comentó:

—Gracias por pensar en todo.

Amparo asintió. Su hijo le estaba dando las gracias por haber pensado en la pequeña. Esa habitación estaba preparada para una niña de casi cuatro años; el que hubiesen instalado unas barreras protectoras en la cama ya lo decía todo.

Miranda sonrió, Malcom había descrito la casa a la perfección. Estaba toda revestida de piedra, algo muy típico por esas tierras y situada en un paraje privilegiado, puesto que podías

disfrutar de las maravillosas vistas de los acantilados a través de sus enormes ventanales. El mobiliario rústico componía la decoración y donde la majestuosa chimenea que presidia el salón, era sin lugar a dudas, el lugar de reunión favorito de la familia.

Se sentaron y desayunaron. Su madre tenía preparado un chocolate bien caliente, porque el día era muy frío.

Había llovido una semana seguida, todo estaba bastante embarrado.

—Es una lástima que aquí no nieve lo suficiente para que cuaje —dijo Miranda.

—Algún que otro año sí ha nevado con fuerza. Pero estamos muy cerca del mar —informó Corey.

A pesar del cansancio, porque no habían pegado ojo, ninguno se tumbó. Les gustaba estar allí reunidos escuchando a sus padres, que siempre tenían mil cosas que contar.

Parecía mentira, pero incluso viviendo alejados de la civilización, tenían un don especial para que cualquier cosa, por pequeña que pareciese, acabara siendo una gran anécdota que narrar.

Al medio día, la pequeña se despertó, y todos la observaron. ¿Dónde estaba la niña vivaracha que había pasado la noche de un lado a otro? La respuesta era sencilla. No conocía a los padres y se sentía tan cohibida como el día que los conoció a ellos.

—¿Te gustan los animales? — preguntó Corey, consciente que a todos los niños les encantaban.

Nerea asintió con la cabecita.

—Si me acompañas, te enseñaré muchos.

La pequeña no estaba muy segura, Amanda iba a intervenir, pero Beca se adelantó. La cogió en brazos y dijo.

—Claro que sí, nos vamos a ver a los animalitos.

El padre sonrió, pues la cría, al ver a Rebeca animada, asintió con entusiasmo.

Y se dirigieron a la entrada, se pusieron las cazadoras, los gorros y los guantes. Una vez preparadas, Corey le tendió la mano, y la niña, al ver que Beca le hacía una seña, por fin alargó la

suya y se la sujetó.

Los tres salieron al exterior, rodearon la casa y se dirigieron al establo.

Amanda y Javier, en un segundo plano, los siguieron, dejando que así la pequeña empezase a sentirse más cómoda con Corey. Ninguno de los dos quería perderse la reacción de Nerea al ver los animales de la granja.

Cuando Nerea vio los caballos, agrandó los ojos. Javier estuvo rápido, le sacó una foto captando el momento.

Rebeca sonrió, y Corey le hizo una seña. Continuaron y llegaron a la zona que estaba seguro que sería una de las favoritas de Nerea durante mucho tiempo. Habían vacas pastando.

La niña miró a Rebeca, señaló a los

animales y se tapó la boca.

—Hay muchas vacas, tía Beca — alabó muy contenta. No podía dejar de mirarlas. Pestañeaba rápido, nunca había visto los animales de cerca. Hasta el día de hoy, solo por fotografías, dibujos y cuentos.

Amanda, con la sonrisa estampada en la cara, se apoyó en el hombro de Javier. Este la rodeó con un brazo y la besó en la cabeza, consciente de que estaba más feliz que su hija.

—Dentro de tres meses, tienen planeada una visita a la granja escuela —dijo sin cambiar la posición y sin apartar la mirada de su hija, que era la viva imagen de la felicidad.

—Pues no sé si después de estar aquí,

le va a parecer tan especial.

Amanda se rió, tenía razón. Aquí iba a disfrutar unos cuantos días; allí, solo unas horas.

Cuando Corey le acercó un conejo blanco, pequeño, la niña no sabía si tocarlo, pero cuando el hombre le quitó uno de los guantes y llevó su manita, junto a la suya, para que acariciase al animal, Nerea volvió a agrandar los ojos, pasó de mirar al conejillo a Corey, así durante un rato.

—¡Es muy suaveeee! —gritó emocionada.

Corey asintió.

—¿Te gusta?

—Sí, mucho... mucho...
muchísimo...

Todos rieron, porque la niña estaba pletórica. Por fin se sintió relajada, y sin pensarlo, alargó la manita y cogió la de Corey.

—¿Qué animalitos más hay?

Javier se carcajeó, esa pequeña era más lista que el hambre. Ya los había hecho a un lado a todos; ahora, el único que le importaba era su padre, puesto que era el que tenía los animales.

Hicieron la visita a las ovejas, las gallinas y unos pequeños corderos.

Beca no paraba de reír, su padre y la niña se habían hecho aliados.

Era la hora de la comida, y la niña miraba a todos, frunció el ceño y dijo:

—¡Mami, me has mentido!

Amanda no entendía a su hija, y todos

permanecieron callados, no comprendían el enfado que estaba demostrando en ese momento Nerea.

—Mi vida, mami no miente —replicó Amanda.

—Sí, sí mientes —respondió muy enojada y se cruzó de brazos.

—¿Por qué dices eso, cariño? —preguntó con tranquilidad Amanda.

—Porque el papá de Javier sí lleva pantalones.

Todos aguantaron la risa, y Corey participó en la conversación, consiguiendo que al final todos estallasen.

—¡Pero bueno, tú, qué le has dicho a la niña!

Llamaron a la puerta y se

sorprendieron, un telegrama urgente para Neill.

Cuando vio que lo mandaban del restaurante, se asustó.

De pronto, se quedó paralizado con el mensaje en las manos sin poder articular palabra.

Víctor, que tenía muy poca paciencia, se acercó raudo, le arrebató de las manos el telegrama y agrandó los ojos.

—¡Joder, le han concedido una segunda estrella *Michelin*!

La algarabía fue tremenda, todos felicitaron a Neill. Su madre incluso lloró de la emoción. Su hijo siempre se había desvivido por su trabajo. Cuando decidió embarcarse en el mundo culinario, fue criticado por muchos

conocidos. No parecía una profesión importante, y una vez más, todos sus hijos demostraron que les importaba muy poco lo que la gente pensara. Lo único importante era lo que su hermano Neill deseaba, mostrándole su apoyo incondicional.

—¿Qué pasa, mami? —preguntó la pequeña, sorprendida por la efusividad de todos los adultos que la rodeaban.

Amanda se agachó y cogió a su pequeña en brazos, explicar a una niña de casi cuatro años, aquello no lo comprendería, pero buscó las palabras apropiadas para que entendiera a su manera la alegría.

—Al tío Neill le han dado el premio al mejor cocinero.

—¿Del mundo mundial? —preguntó agrandando los ojos.

—Sí, mi vida, del mundo mundial.

La niña soltó un «ohhh...» como si comprendiera la situación, todos sonrieron, y más cuando, con una naturalidad arrolladora, dejó a todos atónitos.

—¡Ya lo sabía!

—¿Lo sabías? —preguntó Rubén risueño, porque esa niña parecía una adulta.

—Sí, el tío Neill es el único que hace tartas de Lacasitos.

Rieron por la respuesta, parecía tan convencida que era gracioso. Desde que él le hizo una tarta de chocolate con Lacasitos para ella, pasó a ser su tío

favorito.

—Te das cuenta que mi hija está enamorada de Neill, ¿verdad?
—confesó, susurrante, Amanda a Javier.

Era algo que ya se había dado cuenta este, porque Nerea, en cuanto lo veía, siempre preguntaba por Neill.

—Sí, me he dado cuenta —respondió contento, sin apartar la mirada de la niña.

—Tío Neill, yo también te doy el premio —sentenció, consiguiendo que Neill se acercara a ella, la robara de los brazos de su madre y preguntara con cariño:

—¿Y qué premio me das?

La niña, sin pensarlo, le entregó un beso en la mejilla, que supo a gloria

bendita al hombre que la tenía en sus brazos.

Amparo sintió un latigazo, ver a sus hijos acogiendo a esa niña en su familia era hermoso. Porque si todo iba bien, con el tiempo, su hijo mayor, conociéndolo, daría un paso importante. Amanda pertenecería a esa familia, como todos pensaron que ocurriría hace años, y, además, en esta ocasión, aportando una niña que acabaría llevando el apellido Irwin.

Capítulo 15

Reencuentro

Al terminar la comida, decidieron echarse una siesta. Algunos de ellos, a las cinco, habían quedado para encontrarse en el pueblo con algunas amistades a las que solo veían por estas fechas.

Rebeca, Jaime, Neill, David, Tamara, Malcom, Miranda y Rubén entraban en Dunfy, una taberna muy conocida.

Empezaron a saludar, y Neill miraba en todas direcciones. Sabía que Tara

Campbell estaría allí. Se lo había confirmado su hermana. Pero no la localizaba.

Miranda y Tamara se sentaron; con una pinta de cerveza en las manos, hablaron.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Tamy al ver que la doctora estaba más callada de lo habitual.

—No... bueno, sí —respondió indecisa.

—¿Qué pasa? —se interesó Tamara al ver su indecisión.

—No sé, es que me he sentido un poco desplazada —alegó mirando a Malcom, que estaba con un par de amigos riendo.

—¿Desplazada? —preguntó sin

comprender.

—Es que os veo a todos hablando en gaélico, y bueno...

Tamara sonrió, lo comprendía. Sin querer, cuando estaban todos juntos, siempre hablaban en gaélico, y aunque hoy, por respeto a Miranda y la pequeña Nerea, hablaban en español, de vez en cuando, sin darse cuenta, acababan charlando en ese idioma.

—No lo han hecho adrede —intentó disculpar a la familia Irwin.

—No, no, si conmigo han hablado en castellano. Pero cuando los he visto conversar con sus padres... no sé... es una tontería.

No se entendía ni ella misma. Porque en realidad habían hecho todo lo posible

porque ella estuviese a gusto. Y no podía reprochar nada a ninguno. El problema era que se sentía inferior al ver que tanto Amanda como Tamara podían hablar en gaélico, y ella no.

Tamy la observaba, imaginó lo que estaba pensando.

—Verás —dijo, consiguiendo que le prestase atención—. Estudié en el mismo colegio que los Irwin. Y aunque era bilingüe, español e inglés, a los catorce años, cuando Beca empezó a salir con Jaime —Miranda agrandó los ojos, no sabía ese dato—, yo me sentí como te sientes ahora tú.

Miranda negó con la cabeza. Y Tamara le cogió una mano.

—Sí, me sentí algo desplazada,

porque hasta ese momento, Beca y yo éramos inseparables. Y la verdad, no te voy a mentir, yo ya estaba coladita por David.

Las dos rieron cómplices por la confidencia.

—Pensé que igual si aprendía gaélico, tendría más posibilidades con él. Y me vinieron bien esas clases, porque ya no veía tanto a Beca. Así que...

—¿Me estás diciendo que me apunte a clases de gaélico?

—Te estoy diciendo que si vas a sentirte más integrada, que lo hagas. No tienes ninguna necesidad, porque ellos te quieren igual. A Malcom le trae al paio que tú sepas o no hablarlo.

Miranda sonrió, eso era cierto.

—Sí, eso es verdad.

—A Beca tampoco le importaba que yo supiese o no, pero fui yo quien quería tener con todos los Irwin esa compenetración. Poder estar con ellos hablando en español, en inglés o en gaélico. No sé si me estoy explicando...

—Sí, lo estás haciendo. No son ellos los que nos hacen sentirnos desplazados, somos nosotras las que queremos tener lo que ellos tienen.

Las dos se miraron, estaban siendo muy sinceras.

Ahí estaba la respuesta que ella buscaba y no sabía cuál era. Amaba a Malcom, adoraba a todos los Irwin y deseaba que ellos se sintiesen cómodos

y plenos con su compañía.

—¿Sabes? Voy a apuntarme a esas clases.

Las dos brindaron chocando las jarras.

Había pasado media hora, y aunque saludar a sus amistades, siempre era agradable, Neill se sentía impaciente. Su hermana llevaba casi un cuarto de hora hablando con una mujer. No quería molestar, pero necesitaba saber si Tara, por algún motivo, no acudiría como en un principio dijo.

Justo cuando se puso al lado de su hermana, la mujer que conversaba con ella lo sorprendió.

—¡Vaya, el súper chef!

Neill la miró fijamente, entrecerró los

ojos y tragó saliva con dificultad.

«¡Dios Santo, Tara!».

Se saludaron con dos besos amigables. Y Neill, sin pensar, habló:

—¿Por qué no me habías dicho que estabas enferma? —preguntó muy preocupado.

Beca agrandó los ojos.

Tara lo fulminó con la mirada.

—¿Quién dice que lo estoy? —respondió un tanto incrédula por la pregunta.

A Neill no le dio tiempo a responder, un conocido llegó y los interrumpió.

—¡Madre mía! Tara Campbell, estás preciosa.

Neill levantó una ceja, ¿qué estaba diciendo aquel idiota?, ¿preciosa? Sí,

claro, esa mujer era preciosa, pero ahora mismo, esa delgadez y esa peluca confirmaban que estaba mal de salud.

—Gracias, Tom, tú siempre tan amable —comentó con una sonrisa.

Un gesto que a Neill no le gustó. ¿Por qué sonreía a aquel y a él lo había acribillado con la mirada?

—Me ha costado mucho reconocerte —reconoció Tom.

—Bueno, eso es porque he adelgazo diez kilos.

—Pues te han sentado de maravilla, estás espectacular.

Neill, cansado del tonto de aquel tipo, se dio media vuelta y se alejó. Además, estaba bastante enfadado, no se podía creer que Tara hubiese hecho

régimen. Perder diez kilos era una barbaridad. Esa mujer no necesitaba hacer dieta, era preciosa tal cual.

Se reunió con sus dos cuñadas, prefería alejarse de Tara, porque, por alguna extraña razón, se sentía engañado.

Tara observó por el rabillo del ojo. Y aunque Tom era un hombre agradable, y muy guapo, se sintió decepcionada. Llevaba meses deseando reencontrarse con Neill, y resulta que este, además de hacer un comentario estúpido, la dejaba ahí como si no le importase nada.

Se sintió idiota, ¿por qué iba a sentir algo por ella? Aunque unos meses atrás, tuvieron una velada muy agradable y digna de recordar, él no había mostrado

más interés. Cuando se despidieron en el hotel, no hizo nada por intentar subir a la habitación con ella. Y eso le dolió, llegando a una conclusión: a Neill debían gustarle las mujeres más delgadas y provocativas.

Beca no podía creer lo estúpido que demostraba ser su hermano. Así que fingiendo una sonrisa, se disculpó, tenía que hablar con Neill urgentemente.

Se acercó hasta él, lo cogió del brazo y lo sacó del local. Una vez fuera, a pesar del frío que hacía en el exterior, estaba tan cabreada que ni lo sintió.

—¿Cómo se te ocurre insinuar que está enferma?! —preguntó indignada.

—¿Acaso no la has visto! Está... está... —No le salían las palabras—.

Está delgadísima, además, lleva peluca...

—¡Extensiones! Se llaman extensiones, Neill, y muchas mujeres las llevan.

—Pues cuando yo la conocí, tenía el pelo muy corto... —informó como si eso lo aclarase todo.

Rebeca se llevó la mano a la cara, se apretó el puente de la nariz, intentando tranquilizarse, porque tanto su hermano como ella estaban alterados. Y conociendo el temperamento de Neill, acabaría toda la taberna enterándose de su conversación.

Bajó la mano y habló con tranquilidad.

—La conociste en verano, estamos a

diciembre, el cabello crece y, ahora, además, se ha puesto extensiones. Y por lo que veo, parece que eso ha gustado a algunos hombres —comentó, por si a él le había pasado desapercibido ese detalle.

—Idiotas hay en todas partes.

—Sí, ya lo puedes jurar, ahora mismo tengo a uno delante.

Neill levantó una ceja.

—¿Me estás llamando idiota? —preguntó un tanto molesto.

—Sí, sordo no eres.

—No me lo puedo creer...

—Lo que yo no me puedo creer es que Tara llevase tiempo esperando con ganas vuestro encuentro —dijo sin apartar la mirada de su hermano—, y tú

hayas tenido el valor de insultarla.

—¿Yo la he insultado?

—Sí, ya lo creo que lo has hecho.

Neill suspiró con fuerza, estaba enfadado, todavía no entendía por qué exactamente, pero lo estaba y para no explotar, intentó meditar las palabras antes de hablar.

—Simplemente, he hecho una pregunta.

—Dando a entender que estaba enferma...

Neill no pudo más, estalló.

—¡Joder! Hace meses me encontré con una mujer preciosa... chispeante... risueña... atractiva... graciosa... ¡Prácticamente perfecta! —sentenció—. Y hoy resulta que me encuentro a otra.

¿Qué se suponía que iba a pensar?
¿Cómo iba a imaginar que perdería kilos
por voluntad propia? ¡Es que no tiene
ningún sentido!

Beca, interiormente, sonrió, aunque
por fuera se mostró inmóvil.

—¿Quieres saber por qué Tara ha
perdido esos kilos?

Él asintió con la cabeza, le gustaría
saberlo, porque realmente no
comprendía que esa mujer hubiese hecho
tal barbaridad.

—Porque está cansada de que
hombres como tú no sean capaces de
admitir que una mujer como ella es
perfecta. ¿De qué le ha servido que tú
pienses eso, si has sido incapaz de
reconocerlo?

—¿Acaso ella no era consciente de eso? —preguntó incrédulo de que Tara no supiese que estaba estupenda.

—¿Acaso tú se lo has dicho?

Neill negó con la cabeza.

—Ahí tienes la respuesta. Tú la considerabas *prácticamente perfecta*, pero no has hecho nada para hacérselo saber. Y es más —señaló con el dedo acusador—, de poco serviría que se lo dijese, puesto que no quieres una relación con ella.

Neill tragó saliva.

—Eso da igual...

—No, Neill, no, no da igual. Porque justo el hombre que la ve perfecta no quiere nada con ella. Y ahí está, intentando que el amor llame a su puerta,

y para ello, por culpa de que tengo un hermano *idiota* incapaz de reconocer que ha encontrado una mujer que le ha tocado el corazón, se ve obligada a perder unos kilos... ponerse extensiones... vestir más sexy... para cualquier otro hombre que tenga más agallas que mi hermano, y sentirse una mujer especial para alguien. Porque tú no has sido capaz de reconocer que ella te gusta tal y como es. Por lo tanto, deja que esa mujer encuentre un hombre que la quiera como pareja.

—¿Fingiendo ser una mujer que no es?

—Intentando cambiar en su cuerpo lo que hasta hoy parece que no ha gustado a nadie.

Neill se echó el pelo hacia atrás con fuerza. Estaba exasperado, ¿por qué tenía que cambiar nada? ¿Por qué aquel idiota tonteaba con ella? ¿Por qué tenía que soportar que Tom intentase ligar con *su Tara*?

«¿*Mi Tara*?», se preguntó. Algo dentro de él se removió. Nunca había pensado en una mujer como para sentir tal posesión. Y, sin embargo, en ese momento, como si una bombilla se iluminase en su cabeza y enfocase de pleno un nombre: TARA, descubrió lo que sentía por esa mujer desde hacía mucho tiempo.

Beca, observadora, parecía leer la mente de aquel cabezota. Levantó una ceja y, con una sonrisa ladina, torció el

labio a un lado.

—Es agradable sentir, por primera vez, que *el amor* llama a tu puerta, ¿verdad? —dijo con mofa, antes de darse la vuelta y dejar a su hermano sumido en sus pensamientos.

Neill permaneció un rato más allí, necesitaba poner su mente en orden.

Al entrar de nuevo en la taberna, sin pretenderlo, sus ojos buscaron a cierta muchacha que, como había dicho su hermana, estaba llamando a la puerta de su corazón; igual ya estaba dentro y él no se había dado cuenta.

Apretó la mandíbula cuando vio a Tom llevarle un mechón de pelo tras la oreja.

Jaime estaba justo a su lado,

observando lo mismo. Negó ligeramente con la cabeza. Rebeca llevaba tiempo pensando que Neill suspiraba por Tara. Y, ahora, teniéndolo al lado, supo que ese pensamiento era cierto.

—Por mucho que ese tío intente ligar con Tara, no tiene nada que hacer. Siempre le van a faltar dos cosas que tú tienes —aseguró, consiguiendo que Neill le prestase atención.

—¿Cuáles? —preguntó sin negar que la chica le interesaba.

«Eso ya es todo un logro», pensó Jaime.

—Una hermana —los dos sonrieron—, que ha sabido ensalzarte, consiguiendo que pocos hombres tengan casi oportunidad de llegar a tu nivel.

Conociendo a Beca, y conscientes de que estaba convencida que Tara le gustaba a Neill, habría hablado maravillas de él.

—¿Y la otra?

Jaime se puso frente a él y lo miró directamente a los ojos para que supiese que no estaba mintiendo.

—Que a Tara solo le brilla la mirada cuando tú estás delante.

Neill volvió a fijar su vista en Tara, se encontró con los ojos de ella y se odió, porque al hacerlo, la muchacha los apartó, impidiendo que él disfrutara de ese brillo. Y la culpa era de él.

Le dio un toque en el hombro a Jaime y se dirigió con paso decidido a por Tara.

Al llegar a su altura, hizo a un lado al hombre que se interponía entre ellos.

—Me gustaría hablar contigo —dijo sin importarle que el otro individuo protestara por haberlo apartado.

—Claro.

Y sin darle tiempo a cambiar de opinión, cogió su mano con fuerza, llevándola a una zona más apartada y no ser molestados.

—Creo que te debo una disculpa —afirmó sin soltarla.

Tara estudió su rostro, parecía nervioso. Igual era ella, que por sentir el tacto de Neill se sentía alterada.

—Me parece que esto se está convirtiendo en una costumbre —respondió regalándole una sonrisa.

Neill también sonrió y se sintió más tranquilo. Esa mujer siempre conseguía ese efecto en él. De nuevo le daba facilidades para disculparse. Y, además, esa sonrisa, que vio por primera vez hacía cinco meses, consiguió cautivarlo de nuevo.

«¡Estoy jodido, me estoy enamorado!» confirmó en su interior.

—Lo lamento.

Tara asintió, y de nuevo algo ocurrió entre ellos. Porque volvió a surgir esa conexión que sentían cuando estaban juntos. Era algo intangible que revoloteaba en el ambiente, pero en cuanto sus ojos conectaron, ambos lo sintieron.

—¿Por qué te has enfadado? —

preguntó curiosa.

Neill seguía sin darse cuenta que tenía la mano de Tara sujeta. Y, además, con su dedo pulgar, estaba acariciándola.

—No lo sé, me sentí engañado —
respondió honesto.

—¿Por qué?

—Porque... yo... —no encontraba las palabras—. Es mejor que no diga nada, porque no sé explicarme y estoy convencido de que acabaré metiendo la pata.

Tara sonrió de medio lado, levantó la mano que tenía libre sin pensarlo, simple y llanamente, porque sintió que Neill intentaba decirle algo y no se atrevía a hacerlo. Por lo tanto, la llevó directa a la mejilla de él. Este, por su

parte, al sentir esa caricia, dobló la cabeza para sentir más su contacto.

Ese gesto conmovió a Tara. No lo esperaba, lo deseaba, pero no imaginaba que él fuese a tener esa reacción.

Se quedaron mirándose a los ojos.

—Porque cuando te conocí, encontré a una mujer casi perfecta —se sinceró, sin esperarlo, sin pretenderlo—, y hoy casi no te he reconocido.

A Tara se le aceleró el corazón, ¿había escuchado bien?, ¿Neill acababa de decir «casi perfecta»?; tragó saliva y se mojó los labios con la lengua.

Neill se quedó embobado siguiendo el recorrido que ella hacía, desde un extremo del labio al otro.

—¿Casi perfecta? —preguntó con ese

tono irónico habitual entre ellos.

Neill asintió sonriente, se inclinó para susurrarle al oído.

—Sí, casi, para que llegases a serlo del todo, te faltaba una cosa.

Un escalofrío recorrió su cuerpo de arriba abajo.

—¿Qué cosa?

—Manejar los cuchillos con habilidad.

Tara se carcajeó, y cuando Neill escuchó esa risa, no lo dudó, esa mujer había entrado en su corazón derribando la puerta. Por lo tanto, no iba a perder el tiempo. ¡Que Dios lo asistiera!, porque iba a dar el paso más temido de su vida: abrirle su corazón, a la mujer que tenía delante.

Llevó sus manos a la nuca de Tara, la miró a los ojos, necesitaba ver su reacción. Y al ver ese brillo que Jaime había asegurado, acercó sus labios y, cuando estaban a punto de rozarse sus bocas, dijo:

—Estoy dispuesto a convertirte en la mujer perfecta, ¿te quieres arriesgar?

Tara se tensó, esa pregunta implicaba mucho más. La forma en que la miraba, la manera en que la pronunció... estaba dejando en su poder la elección de arriesgarse a estar con él.

La respuesta era evidente, debía estar loco ese hombre si no se había dado cuenta que estaba coladita por él.

Asintió lentamente, rozando sus labios, y fue ella quien se lanzó,

besándolo con auténtica pasión.

Beca, que estaba pendiente de aquella pareja, se tapó la boca para no gritar, y la otra mano se la llevó al corazón. Miró a Jaime y sonrió.

—Te lo dije, Neill se quedó prendado de Tara. Es la única mujer que ha conseguido que se le quemase la comida.

Ambos rieron, era cierto; un día, Beca le pasó el teléfono a su hermano. Y una hora más tarde, estaba Neill maldiciendo una y otra vez, porque Rubén se burlaba de que Tara había conseguido que él se olvidase de lo que tenía en el horno.

—Sí, tenías razón —respondió Jaime risueño.

Cuando Neill y Tara notaron que apenas podían respirar, se separaron lo justo para tomar un poco de aire.

—Por favor, dime que esta rata que llevas colgando se puede quitar — pronunció mientras tocaba las extensiones.

—¿No te gustan?

—Te prefiero natural.

Tara se sintió plena con esa respuesta tan directa. Neill se había fijado en ella mucho antes de su cambio.

—Pensé que no te gustaba —se sinceró—. Cuando nos despedimos, no intentaste siquiera besarme.

Neill hizo una mueca, lamentando no haber aprovechado aquella oportunidad.

—No quería hacerte daño.

—¿Y ahora? —preguntó estudiando su rostro.

—Ahora, negar lo evidente —se refería a lo que sentía por ella—, sería hacernos daño a los dos.

—¿Estás completamente seguro? —preguntó preocupada, porque no podría soportar que solo se tratase de una simple aventura navideña.

—Si lo que estás esperando es que diga algo romántico para aclarar tus dudas, debo advertirte: no soy hombre de palabras bonitas. Así que lo único que te puedo garantizar es que soy una persona muy leal. Puede que cometa muchos errores, porque nunca he tenido una novia formal. Pero te aseguro, Tara,

que si estoy aquí, sincerándome contigo, es porque no quiero volverte a perder. Me guste o no, has conseguido que lleve cinco meses sin sacarte de mi pensamiento. Y si hoy no llego a dar este paso, estoy convencido que lo hubiese lamentado —sus ojos se desviaron y vieron a Tom—. Y puede que otro hubiese acabado con un ojo morado.

Tara sonrió plena. ¿Que no era un hombre de palabras bonitas? Pues a ella le había parecido todo lo contrario.

—¿Volverme a perder? —preguntó risueña—. No se pierde lo que no se ha tenido.

—Exacto, y por mi estupidez perdí la oportunidad de tenerte como te tengo

ahora... entre mis brazos.

Tara lo abrazó con fuerza. Si era un sueño, no quería despertar. Neill debió imaginar lo que estaba pensando.

—Puedes estar tranquila, no me voy a marchar.

Y volvieron a besarse.

—¿Estás seguro que no te quieres marchar? —comentó con coquetería.

—¿En qué estás pensando?
—preguntó entrecerrando los ojos, porque estaba mostrando una sensualidad que no hubiese imaginado nunca ver en ella.

—No sé... en ir a mi casa...

Neill sonrió, contento de que ella lo tuviese muy claro.

—Entonces... —volvió a coger su

mano con fuerza—. ¡Nos vamos! —sentenció, consiguiendo que Tara se carcajeara por el ímpetu que demostró en su afirmación.

Neill, sin importarle el resto del mundo, excepto la mujer que llevaba a su lado, con paso firme y decidido, caminaron abrazados por delante de Tom, dejando constancia así que allí se habían acabado los tonteos.

Se pusieron los abrigos y se despidieron de Beca.

Al salir al exterior, Tara le hizo una seña, señalando su vehículo.

—Estás de coña, ¿no? —se expresó, mirando fijamente el auto.

—No, ese es mi coche,

—¡Eso es una caja de cerillas! Estás

loca si piensas que voy a montar en eso... —señaló el *Smart* de dos plazas.

—Neill... —pronunció con súplica.

—Mido un metro noventa, ¿crees que puedo meterme ahí dentro? Te recuerdo que soy chef, no contorsionista —dijo sin poder apartar la mirada del vehículo.

Tara se carcajeó con ganas, porque Neill lo decía convencido y muy preocupado.

Se acercó, puso sus manos en el pecho de él, no podía parar de reír, porque la cara de Neill era todo un poema.

—Por favor, confía en mí.

Utilizó un tono tan suplicante, que no le quedó más remedio que ceder.

Una vez dentro del *Smart*, la miró y

mientras se ponía el cinturón de seguridad, dijo:

—Tara.

—¿Sí?

—Espero que este coche vuele, porque se me va a encoger... *todo*.

Tara estalló en risas, la verdad que verlo tan encogido en el asiento era lo más gracioso que había visto en mucho tiempo.

Y pensando en el significado de esas palabras, asintió.

—Voy a batir la velocidad del sonido.

Y ahora fue Neill quien rió, porque ella acababa de confesar que estaba tan necesitada como él de estar a solas y hacer el amor.

Lo cierto fue que no mintió, Neill no daba crédito, Tara había infligido varias normas de circulación; además de encogido, estaba con las dos manos alzadas en la agarradera.

En cuanto frenó, Neill saltó del vehículo, no fuese cosa que a Tara se le ocurriese volver a arrancar. Fue raudo hasta el otro extremo, abrió la puerta de ella y la sorprendió, ya que apenas Tara puso los dos pies en el suelo, Neill ya la había levantado y se encaminaba a la casa.

—En vista de tu rapidez, no tenemos tiempo que perder —dijo Neill antes de entregarle un beso.

Tara se sentía en una nube, llevaba tiempo soñando con él, pero ni en sus

mejores sueños imaginó que Neill llegase a ser tan maravilloso.

Al entrar, él la cerró con la pierna, sin soltarla, sin permitir que ella se bajara. Quería mantenerla así, entre sus brazos.

—¿Cama o sofá? —preguntó Neill, porque estaba tan necesitado de esa mujer, que no iba a perder un segundo más.

—Al final del pasillo está el dormitorio.

Se dirigió sin titubear, sin entretenerse en mirar, ya tendría tiempo después. Ahora, su única meta era llevarla a la cama y hacerla suya.

«Mía», segunda vez que usaba el mismo posesivo. Y no iba a negarlo,

estaba encantado de haber llegado a esa conclusión. Tara era la única mujer que había conseguido que él estuviese perdiendo la razón.

Sin perder un segundo, se desnudaron. Al quedar expuestos los senos de Tara, Neill sin ni siquiera tocarla, consiguió con su mirada ávida que sintiera la caricia. Fue tal la sensación, que sus pezones se endurecieron. Claro que la conexión entre ellos era innegable, pues a la reacción de ella, el miembro de él respondió del mismo modo.

—Espero que lo tengas claro...

—pronunció muy excitado.

—¿El qué?

—Que no va a ser un aquí te pillo...
aquí te mato —respondió mientras sus

manos se deslizaban por el interior de los suaves muslos de Tara.

—Ni por un momento lo había dudado —alegó, soltado un pequeño gemido, puesto que Neill había alcanzado con una mano su zona más delicada.

Introdujo un dedo y observó el rostro de Tara, la forma en que ella respondió mordiéndose el labio. Sonrió pleno, porque la humedad que estaba sintiendo en sus dedos, ya que había introducido un segundo, confirmaban que él provocaba ese calor interior de ella.

Sacó los dedos, y Tara se extrañó por dejar de sentir ese contacto. Apoyó los codos para incorporarse, lo vio contemplándola; se miraron directamente a los ojos.

Sin apartar un ápice la mirada, cogió las piernas de ella y las separó. Era una visión perfecta, Tara tumbada, con las piernas dobladas y abierta para él.

—Como buen chef... —dijo con la voz más ronca y varonil que jamás había utilizado—, mi obligación es probar antes de servir un plato.

Y sin más, metió la cabeza entre sus piernas, directo al lugar más sagrado, arrancando un gemido de placer por parte de ella, y un gruñido de satisfacción por la suya, porque era el mejor manjar que jamás había probado.

Consiguió arrancarle unos cuantos gritos de satisfacción, estaba encantado y algo en su interior bramaba.

«Mía, totalmente mía».

Tara se repuso y antes de que él por fin entrara en su interior, quiso dejar algo claro.

—Te recuerdo que la crítica soy yo, por lo tanto —dijo al mismo tiempo que con un movimiento rápido dejó a Neill tumbado y expuesto a su merced—, si alguien tiene que probar y poner valoración... soy yo.

Y sin más, llevó su boca a la dura erección.

Neill cerró los ojos, puede que no fuese la primera vez que una mujer le hacía una felación, pero sí era la primera que conseguía que él se sintiese pleno. No había duda alguna, estaba enamorado, porque ahora solo tenía una cosa en mente; satisfacer a esa mujer

como nunca lo había hecho a ninguna otra.

Después de una buena sesión de sexo, donde ambos se dejaron llevar sin reservas, se quedaron tumbados, abrazados y pensativos.

Neill escuchó un suspiro de derrota, eso no le gustó. Algo le decía que ella estaba pensando totalmente distinto a lo que él llevaba un rato dando vueltas. Lo mejor era aclararlo.

Por lo tanto, besó la cabeza de ella y preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Que va a ser muy complicado —se sinceró.

Neill, sin moverse, continuó acariciando con suavidad el brazo de

Tara mientras ella permanecía con su cabeza recostada en su pecho.

—Si ambos ponemos interés, no habrá ninguna complicación.

Tara sonrió con tristeza, estaba claro que Neill no pensaba como ella.

—Vivimos a miles de kilómetros, mi profesión me obliga a viajar constantemente... —razonó para que él comprendiera sus miedos. Pero Neill la interrumpió.

—Tara, no hay límites si nosotros no los ponemos.

Ella se movió, se incorporó, quedando sentada para mirarlo bien a los ojos.

—Pero... —Neill la acalló poniéndole un dedo en sus labios.

—Escúchame, acabamos de hacer el amor. No quiero que nada nuble este momento. Somos adultos, ambos hemos decidido comenzar una relación. —Tara asintió—. Sé que viajas, sé que no estaremos juntos tanto como desearíamos, pero también sé que no voy a permitir que la distancia nos aleje.

Tara escuchaba atenta, él lo tenía muy claro. Su corazón se aceleró, ese hombre se acababa de convertir en todo su mundo.

—He trabajado muy duro para conseguir un prestigio. Me he dejado la piel para llegar a donde estoy —habló serio y convencido—. Y me he ganado el derecho a vivir la vida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó

curiosa.

—Que si tú quieres, si estás dispuesta a luchar por esta relación, sacaremos tiempo para vernos, pasar horas juntos, demostrarnos que si queremos, podemos. Y eso solo se consigue si ambos ponemos de nuestra parte.

Tara lo abrazó, era su forma de responder que estaba dispuesta a todo.

Neill sonrió, y su pecho se agitó. Había sido un ignorante todo el tiempo, porque estaba claro que el amor era una sensación placentera, incomparable a nada que hubiese sentido antes.

El simple hecho de un abrazo se acaba de convertir en la experiencia más placentera de su vida. La felicidad de Tara era todo cuanto necesitaba en ese

momento.

—Entonces, te puedo asegurar que esta relación será duradera —susurró Tara al oído de Neill.

—Mejor, porque no estoy dispuesto a perderte.

Tara, sin soltarlo y con los sentimientos a flor de piel, dejó su cabeza apoyada en el hombro de él.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —preguntó con una sonrisa bobalicona. Le daba vergüenza reconocerlo, por eso no quería que Neill la mirase.

—De ti lo quiero saber todo.

—Antes de saber quién eras, ya me gustabas.

Neill echó un poco la cabeza atrás, quería mirarla, no comprendía esa frase.

Al ver las mejillas sonrojadas de Tara, sintió todavía más curiosidad.

—¿Cómo dices?

Tara lo soltó, bajó la mirada y se retorció las manos.

—Cuando conocí a Beca, hablaba de vosotros. Y siempre sentí curiosidad por ti. Es raro, porque no me había pasado nunca —Neill hizo que levantara la cabeza; con sumo cuidado, alzó su barbilla con dos dedos—. No sé explicarme, pero cada vez que contaba algo de ti, quería saber más y más.

Se miraron a los ojos y, con valentía, reconoció algo que llevaba años guardando en su interior.

—Creo que sin conocerte... me enamoré de ti.

El corazón de Neill se disparó a un ritmo vertiginoso.

«Dios, gracias por ponerla en mi camino», agradeció en silencio.

—Y cuando descubriste que era el hermano de Beca, te decepcioné, ¿no? —preguntó dolido. Porque en el pasado, él había hablado mal de esa mujer.

Una crítica que ella había hecho del restaurante de su amigo fue la causante de aquellas palabras cargadas de rencor hacia Tara. Ya se había disculpado por ello, consiguiendo que ese mismo día, mientras pedía perdón, se fijara en la mujer que estaba, ahora, sentada desnuda y encarnada frente a él.

—No, no —respondió rápida mientras llevaba sus manos a las

mejillas de él—. Me dolió que tú pensaras todo aquello de mí.

—Yo... —pronunció con pesar. Tara lo interrumpió.

—Tú conseguiste, con aquella disculpa, que me diese cuenta de que eras el hombre que Beca describía a la perfección. Y supe, ese mismo día, que me enamoré de ti antes de conocerte y acabé rendida después de hacerlo.

Neill, ante aquella sinceridad, reaccionó besándola con adoración.

—Espero no decepcionarte, porque, ya que estamos sincerándonos —Tara lo miró sorprendida, porque él parecía conmovido—, ese mismo día, tú entraste directamente aquí —señaló su pecho—. Y por mucho que he intentado negarlo,

ver por primera vez tu sonrisa me enamoró perdidamente.

—Neill... —pronunció su nombre emocionada.

—Sí, Tara, enamorado perdido de ti.

Y ya no hubo más confesiones, se fundieron sus bocas, entregándose a la pasión.

Capítulo 16

Son como niños

Los Irwin eran una familia católica, se habían criado en la fe cristiana. Salían de misa y esperaban al padre Conrad, que prácticamente era considerado un miembro más de la familia. Había sido el mejor amigo del patriarca durante su infancia. Y por supuesto, fue el encargado de officiar los bautizos y comuniones de los ocho hijos del matrimonio.

Después de las saluciones, mientras

los jóvenes hablaban entre ellos o saludaban a otros feligreses conocidos, el padre Conrad se acercó al matrimonio Irwin.

—Da gusto ver a los muchachos siempre tan unidos —halagó con una sonrisa.

—Sí, hay que dar gracias a Dios por la unión de esta familia —respondió Amparo.

—Me he fijado que pronto aumentará el seno familiar.

Los tres miraron en la misma dirección, era obvio, la familia crecía.

—Eso parece —comentó Corey sin apartar la mirada de las mujeres que acompañaban a sus hijos—. Solo deseo que sean felices.

Conrad, que por la amistad que tenía con Corey, sabiendo que había sufrido por la separación de su hijo mayor, llevó su mano al hombro de este.

—Nunca pensé que diría esto, pero fue una suerte que Javier no tomase sus votos en mi iglesia.

Amparo y Corey lo miraron. Ciertamente fue que cuando su hijo anunció que se casaba, se sorprendieron y le recriminaron por no hacerlo por la iglesia. Fue una ceremonia civil, y aunque al principio no gustó a su familia, ahora también se alegraban de que tomase aquella decisión.

Corey miró a Javier, al ver que este portaba en sus hombros a la pequeña Nerea, sonrió. Y aunque nunca guardaba

secretos con su esposa, tenía claro que se marcharía a la tumba con uno.

Cuando su hijo y Alicia se separaron, los padres de esta llamaron para pedir una explicación: «¿Qué clase de hombre abandona a una mujer en estado?». Una respuesta concisa y directa dio el padre de Javier: «La clase de hombre que jamás podrá fecundar a una mujer».

Sus consuegros entendieron, sin necesidad de más preguntas ni aclaraciones, que su hija estaba embarazada de otro hombre.

Por respeto a su hijo, ya que él no había contado a la familia tal hazaña por parte de la que fue su esposa, él tampoco diría nada.

—Con suerte, en un futuro no lejano,

oficiaremos una boda —comunicó Conrad con el deseo de que así fuese.

—Ojalá, Conrad, ojalá —respondió, anhelante, Amparo. Nada la haría más feliz que ir casando uno a uno a sus hijos.

Se despidieron, y mientras unos iban de vuelta a la granja, Víctor, Rubén, Dallas y Amparo se acercaron al pueblo. La madre necesitaba hacer unas últimas compras.

En el corto trayecto, Víctor y Rubén charlaban animadamente; su madre, que prefirió ir sentada en la parte trasera, observaba a Dallas, parecía que tenía la mente en otra parte. Iba a preguntar, cuando el sonido de los móviles los sorprendió. Acaban de recibir mensajes,

eso significaba que ya estaban en la civilización, donde la cobertura era buena.

Dallas, que estaba pensando en Estrella, porque su último encuentro no había sido lo que él hubiese deseado, sacó su móvil del bolsillo de mala gana. No le apetecía responder a las dichas felicitaciones navideñas que se empeñaban en mandarles sus contactos.

Abrió para echar un vistazo y maldijo el día que alguien inventó las postales virtuales. ¿Es que todo el mundo tenía que mandar las mismas tonterías? No pensaba responder a ninguna, porque se negaba a pasarse una hora respondiendo. Y justo cuando iba a apagar, le llegó un *whatsapp* de Estrella. Sin pensarlo lo

abrió.

Feliz Navidad, abogadocho.

Sonrió como un tonto, y su madre observó ese cambio inesperado.

Hola, preciosa.

¿A estas horas ya vas bebido?

¿Bebido?

Sí, porque me has dicho preciosa.

Dallas sonrió, la verdad que estaba tan contento de haber recibido su mensaje, que no se dio cuenta de que

respondió sin pensar.

*Nunca he dicho que no lo
fueses.*

¿Piensas que soy preciosa?

Dallas negó con la cabeza, esa mujer era increíble, pero tampoco quería que ella creyese más de lo que estaba dispuesto a admitir.

*En realidad, es algo que digo para
saludar a las mujeres normalmente.*

*Vaya, qué desilusión. Aunque ya me
extrañaba... Por cierto, pensé que no
tenías cobertura en Portree.*

Y si lo pensabas, ¿por qué me has mandado un whatsapp?

Porque soy una persona educada.

Educada...

¿Es que no lo soy?

Yo no he dicho lo contrario.

Pero lo piensas.

Mejor no te digo lo que estoy pensando.

Vale, ya me ha quedado claro.

¿Qué te ha quedado claro?

Que tienes muy mal concepto de mí.

*No me puedo creer que tú estés
diciendo eso.*

*Y yo no me puedo creer que seas tan
remilgado incluso en Navidades.*

*¡Vale, se acabó! Si vas a seguir
criticándome, no quiero seguir
perdiendo el tiempo.*

*¡Como si tuvieses algo mejor que
hacer!*

Cualquier cosa antes que escucharte.

Más bien, sería leerme, letrado, pero no te preocupes, no es mi intención acaparar tu preciado tiempo. Seguro que tendrás a mil preciosas más esperando.

Y sin más, Estrella dejó de estar en línea.

Dallas se quedó mirando la pantalla, totalmente perplejo, y dijo casi para sí mismo, aunque su madre lo escuchó perfectamente.

—¡Está loca!

Volvió a releer la conversación, empezó a negar con la cabeza.

«¿De verdad hemos discutido *por nada?*», se preguntó incrédulo total. Y se dio cuenta de un pequeño detalle, así que volvió a mandar un mensaje.

Feliz Navidad a ti también, preciosa.

Y como respuesta, recibió dos emoticonos, uno lanzando un beso, y el otro guiñando un ojo.

Dallas sonrió y volvió a negar, esa mujer podía con él, pero tenía que reconocerlo, acababa de alegrarle el día. Y de nuevo habló en voz alta sin darse cuenta que su madre estaba a su lado.

—Está loca —pronunció con cariño. Era más una afirmación halagadora que

otra cosa.

En la granja, Rebeca se acercó a Amanda, estaba dispuesta a mantener a la niña entretenida.

—¿Has traído la ropa que te pedí?
—preguntó con una sonrisa, sabiendo que Nerea iba a disfrutar a lo grande.

—Sí, ¿quieres que se la ponga ahora?

—Sí, voy a buscar algo viejo que pueda usar yo también.

Amanda cambiaba de ropa a su hija, ya que para acudir a la iglesia, la había vestido elegante y, ahora Beca, quería todo lo contrario. Antes de hacer la maleta, la llamó por teléfono, pidiéndole que llevase ropa que no necesitara, que luego pudiesen tirar sin problema. Y así

lo hizo, metió unos pantalones y un jersey de lana gordo que ya estaban viejos.

Cuando Beca apareció en el comedor con ropa de hace años, una cazadora que estaba rota y unos guantes de látex en las manos, la miraron.

En ese mismo instante, su madre y sus hermanos entraban por la puerta.

—¿De qué vas disfrazada?
—preguntó Rubén.

Rebeca no pensaba responder y le vino bien que Nerea saliera de su dormitorio y fuese corriendo hasta ella.

—¡Tía Beca, ya estoy!

—Muy bien, cariño, ven, que te voy a poner guantes.

Dallas, de pronto, tuvo una visión,

sonrió y exclamó:

—¡No me lo puedo creer! ¡Vais a hacer un muñeco de barro!

Al escucharlo, Nerea agrandó los ojos, mirando a Beca con inquietud.

—Sí, ¿te apuntas? —preguntó muy sonriente.

Dallas se carcajeó, ¿cuántos años habían pasado desde que hizo uno con su hermana?

—No, no, paso...

—Tú te lo pierdes, porque Nerea y yo vamos a hacer el muñeco de barro más grande de la historia —comentó, consiguiendo ilusionar a la pequeña.

—El más grande del mundo mundial —replicó la niña, dando palmaditas. Ya estaba encantada, quería salir corriendo

al exterior.

Todos rieron, no se sabía quién era más infantil, si Nerea o Beca, que estaba tan ilusionada como la pequeña.

Una hora después, se escuchaban las risas de Amanda y Miranda, que estaban mirando a través de la ventana. La imagen de Beca pringada de barro hasta las pestañas era para grabar. Y eso era exactamente lo que estaba haciendo Javier, que salió al exterior para guardar en su cámara aquel momento. Nerea ya había perdido los guantes, pero le daba igual, estaba eufórica, un muñeco de barro era una gran ilusión. Como cualquier niño de su edad, poder hacer un muñeco de nieve tenía un gran aliciente, pero poder a hacerlo de

barro... era mágico.

Tamara se unió a sus cuñadas mientras David la observaba desde la distancia y sonreía embelesado de ver a su novia reír.

La madre, de vez en cuando, también salía de la cocina para recrearse; ver a su hija pequeña en el jardín, llena de barro, era revivir el pasado. Corey para que no la molestasen mientras preparaba la cena de Noche Buena, solía encargarse de que sus hijos hiciesen esos muñecos de barro.

Poco a poco, uno a uno, contagiados por las risas de su hermana y la pequeña, fueron saliendo al exterior.

Y la gran sorpresa fue por parte de Rubén, que cansado de ver divertirse a

aquellas dos, subió a su dormitorio y buscó ropa vieja. Y sin pensarlo dos veces, ya estaba de lleno con barro en todo el cuerpo y muerto de risa.

Los únicos que continuaban en el interior eran los padres, que miraban la escena, sonrientes. Corey rodeó a su esposa con un brazo por el hombro, la acercó a él y le depositó un beso en la cabeza.

—Gracias —dijo en un hilo de voz.

Amparo ladeó la cabeza para mirarlo.

—¿Por qué?

—Por darme una familia tan especial.

Amparo lo besó, se notaba que su esposo estaba emocionado por ver a sus hijos juntos... felices... fuertes... y unidos.

Y se sobresaltaron cuando Víctor, tan enérgico como siempre, entró en la casa con celeridad; dos minutos después bajaba las escaleras casi de cuatro en cuatro y salía de nuevo, solo que como el muñeco ya estaba casi terminado, cogió barro y se lo lanzó a Rubén. Y, por supuesto, la reacción de este no se hizo esperar, había llegado el momento de la guerra de barro. Una que ya hacía muchos años que no formaba parte de sus Navidades, pero que cuando eran críos, era vital para todos ellos.

Y como un vendaval, el resto de hermanos entraron también en la casa, todos tenían prisa por cambiarse y unirse a la batalla.

—Amparo, dudo que nos vayan a

hacer abuelos —comentó intentando aguantar la risa.

—¿Por qué? —preguntó alarmada.

—Porque todavía son niños.

Y los dos rieron al mismo tiempo, mientras observaban a sus hijos, esos hombres adultos que habían criado, salir al exterior para pringarse de barro como si no fuesen hombres hechos y derechos.

Las mujeres entraron corriendo, esos brutos casi las embadurnan. Se asomaron a las ventanas y continuaron sus risas. Aquello era increíble, todos los Irwin jugando como niños. Y la única niña, en medio de aquellos hombres, lanzando barro como si le fuese la vida en ello.

Amanda suspiró, miró a Amparo con

los ojos brillantes.

—Creo que hoy es el día más feliz en la vida de mi hija.

Amparó sonrió, miró a la pequeña y observó sus risas, su vitalidad y su entusiasmo; era muy posible que Amanda tuviese razón.

—Esperemos que sea el primero de muchos.

Y Amanda besó con gratitud a Amparo por esa respuesta. Ella también lo deseaba con todas sus fuerzas.

Capítulo 17

Navidad

Estaban a punto de irse a la cama, el día había sido maravilloso, la noche, perfecta, y ahora tocaba descansar.

Víctor se acercó a la chimenea para meter más leña y que, así, la casa se mantuviese caliente.

—¡Tío Víctor, noooo! —berreó Nerea.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado.

—Tienes que apagar el fuego, ¡Papá Noel entra por la chimenea! —aseveró

la niña muy enfadada porque Víctor pusiese leña.

Este miró a Amanda, buscando ayuda.

—Mi vida, Papá Noel entra por muchos sitios...

—¡No!

Javier se arrodilló delante de ella para que lo escuchase.

—Cuando hace frío, Papá Noel sabe que la gente tiene la chimenea encendida, y por eso... —la niña, que tenía la mirada amenazante clavada en Víctor, al escuchar el tono tan tranquilo de Javier, desvió la vista— se deja la puerta de la cocina abierta.

Nerea no las tenía todas consigo, frunció el ceño, y Javier aguantó la risa.

—Ven, vamos juntos, pondremos

comida a los renos y algo para Papá Noel, así sabremos que cuando entren, podrán comer y beber.

Le tendió la mano, y la niña se aferró a ella. Se dirigieron a la cocina, y Javier abrió la puerta, entornándola un poco para que la niña se quedase tranquila.

Amanda fue con ellos para asegurarse de que su hija se quedaba tranquila con la explicación de Javier. Y en caso contrario, apoyarlo.

Y en cuanto desaparecieron por la puerta, todos tenían algo que comentar. Y el primero en expresarse fue Neill.

—¡Mierda! No me acordaba...

—¡Ni yo! —aseguró Dallas con pesar. Porque entre hermanos se celebraba los Reyes Magos, los únicos

que recibían regalos eran sus padres.

Amparo los entendió, negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Desde luego sus hijos...

—No pasa nada... —comentó Amparo, pero Rubén la interrumpió.

—¡Claro que pasa, mamá! Esa niña espera a Papá Noel.

—Sí, pero vuestra hermana ya se ha encargado de eso.

Todas las miradas fueron a parar a Rebeca, y ella asintió para que se quedasen tranquilos.

Cuando Javier confirmó que este año, Amanda y la pequeña viajaban con ellos, Beca fue a la juguetería, compró regalos y los mandó por mensajería para que su madre los tuviese a buen recaudo

cuando ellos llegasen y la niña no los encontrase.

David, que estaba justo al lado de ella, la besó en la mejilla, para agradecerle que, una vez más, los sacase de un apuro.

Una vez todos acostados, Javier cerró de nuevo la puerta, Nerea ya estaba dormida.

Un trueno despertó a la pequeña, que se puso a llorar. Amanda intentó tranquilizarla, pero la niña seguía asustada. Javier, que regresaba a su dormitorio, al escuchar el llanto, llamó a la puerta.

—Javi, tengo miedooo —berreó Nerea, poniéndose en pie y tendiendo sus bracitos para que este la cogiera.

Sin dudarle, el mayor de los Irwin fue directo hacia ella, la abrazó y la tranquilizó.

—No pasa nada, son truenos...

—No quiero truenos —seguía llorando, aferrada al cuello de Javier con todas sus fuerzas.

—¿Quieres que me quede hasta que pase la tormenta? —preguntó con voz dulce mientras miraba a Amanda.

Nerea asintió enérgica, su madre sonrió y le hizo una seña a Javier para que se tumbase junto a ellas.

La cama que usaba Amanda era de matrimonio, por lo tanto, no tenían problemas. Javier se acercó, puso con cuidado a Nerea en el centro y se tumbaron alrededor de ella.

La pequeña, al escuchar otro trueno, se pegó a Javier, puso su mano en el cuello de él para tenerlo sujeto y que no se alejara de su lado.

—Duerme tranquila, pequeña, yo cuidaré de vosotras.

La niña lo miró y, algo más tranquila, porque se sentía protegida, cerró los ojos y poco a poco concilió el sueño.

Amanda y Javier se miraron a los ojos, ella hizo un gesto con la cabeza, y él sonrió. Era la primera vez que dormían juntos, delante de la niña.

Y sin usar la voz, Amanda dijo dos palabras:

—Te amo.

Javier, henchido de amor y satisfacción, alargó su brazo con

cuidado, para no despertar a la niña, y acarició la mejilla de la mujer que había vuelto a robarle el corazón.

Por la mañana, Amparo fue la primera en despertarse, bajó a preparar el desayuno y vio la puerta abierta del dormitorio que había designado para Amanda y su hija.

Se llevó una mano al corazón; ver a esas tres personas allí, dormidas y tranquilas, era una bendición. Mucho más cuando la manita de Nerea estaba en la cara de su hijo como si quisiera acariciarlo.

Cerró con sumo cuidado y se dirigió a la cocina, eso sí, con una gran sonrisa en los labios.

Poco a poco fueron uniéndose todos,

y Nerea, al salir, se encontró junto al árbol adornado con un montón de regalos.

Todos los Irwin disfrutaron de la alegría contagiosa de la pequeña. Su hermana Rebeca había dado en el clavo.

Mientras la niña se entretenía con sus nuevos juguetes, los adultos permanecieron alrededor de la mesa charlando.

—Tenemos que comunicaros algo —anunció David, cogiendo de la mano a Tamara.

Los padres se miraron cómplices, era posible que anunciaran una boda o un futuro bautizo.

—Tamara y yo nos vamos a vivir juntos.

Neill le dio un toque en el hombro a su hermano.

Ambos contaron que tenían previsto comprar la casa al padre de Tamara.

Beca dio un grito, y Tamy, tanto de lo mismo, las dos se pusieron a dar saltitos de alegría abrazadas. Era una maravillosa noticia, seguirían viviendo cerca la una de la otra.

Los hermanos negaban con la cabeza, esas dos locas no tenían apañío.

—Mamá, ahora que ya sabes que vamos a vivir juntos, ¿no podemos compartir ya la misma habitación? —comentó David, con la esperanza de que cediera, ya que ella les había dejado muy claro que en su casa, de momento, las chicas dormirían en los dormitorios

nuevos.

—No, en esta casa no se comparte lecho hasta que se pase por vicaría —adujo Amparo sin apartar la mirada de su hijo.

—¿Y si no me caso? —preguntó con una ceja levantada.

—Cuando viváis juntos, ya veremos, de momento, cada uno por separado —respondió la madre, a sabiendas que en la próxima visita, su hijo y Tamara compartirían cama.

—Beca, estos días podrías aprovechar y aprender a cocinar —dijo Neill, mirando a su hermana.

—¿Yo?, ¿por qué tendría que hacerlo? —preguntó sin comprender lo que quería decir Neill.

—Porque tú también te vas a ir a vivir con Jaime, imagino que no vais a vivir del aire —respondió con lógica.

—Neill... Neill... Neill... me voy a vivir a cien metros del *gran nido* —informó como si su hermano no estuviese al tanto—. Lo que significa que podré comer y cenar con vosotros... O también puedo llevar algunas fiambreras y...

—¡Qué morro tienes! —exclamó Malcom.

—¡Oye, listillo! Tú tampoco cocinas, así que cierra el pico —dijo tajante.

Todos rieron, y Beca, mosqueada porque siempre intentasen tomarle el pelo, sentenció.

—Además, ¿por qué tengo que

aprender a cocinar yo y no Jaime?

El aludido levantó las cejas, una cosa tenía clara, si cocinaba él, acabarían en urgencias.

—Porque si te enveneno, tus hermanos querrán matarme —respondió bromista.

Sonó el teléfono, y Víctor atendió la llamada.

—Neill, es para ti... Tara.

Fue escuchar ese nombre y sonreír como un tonto, un detalle que no pasó desapercibido para nadie.

Cinco minutos después, al incorporarse a la conversación, informó a todos.

—Mañana me han invitado a comer en casa de los padres de Tara.

Y con esa información, Amparo supo que su hijo Neill por fin había abandonado esa idea estúpida de no querer tener una mujer a su lado.

—¿Vas a conocer a los suegros?
—bromeó Víctor.

—Eso parece.

Y la respuesta sorprendió a todos, porque no negó que Tara y él ya eran una pareja.

—¿Hablas en serio? —repitió Víctor, que no se lo acababa de creer.

Neill, que imaginó que la noticia los había pillado a algunos por sorpresa, se encogió de hombros.

—En fin, me hago mayor, va siendo hora de sentar la cabeza.

Beca, orgullosa de su hermano, le dio

un beso en la mejilla.

—Me alegro mucho por los dos, Tara es una buena chica.

—La mejor —sentenció Neill, sin importarle dejar al descubierto sus sentimientos delante de toda su familia.

Capítulo 18

Noche Vieja

Rubén y Dallas regresaron el día veintisiete a Valencia, uno porque tenía que corregir los exámenes, el otro, para preparar un juicio muy importante para el día dos de enero.

Era Noche Vieja, y Rubén había convencido a Dallas para ir de fiesta con él y un amigo. Estaban a punto de entrar en el local.

Rubén tenía una sonrisa pícaro, sabía de sobra que en ese lugar se

encontrarían con Estrella, porque la noche que cenaron juntos, ella se lo había dicho. Y, de pronto, la vio justo delante.

A Dallas se le agrandaron los ojos, estaba preciosa, más que eso... se le aceleró el pulso. El vestido que llevaba marcaba cada centímetro de su cuerpo. Y una visión le vino a la mente: Estrella desnuda entre sus brazos.

—¡No me lo puedo creer, las chicas más guapas de toda Valencia!
—exclamó Rubén, refiriéndose a Estrella y sus dos amigas.

—¡Holaaaaa! —exclamó con júbilo Estrella.

Se saludaron los seis con amabilidad. Pero Dallas no podía quitar ojo a

Estrella. Incluso ella lo notó.

—¿Me concederás el honor de darme el primer beso del año? —bromeó Rubén, a ver si así su hermano se dejaba de tonterías y reaccionaba.

—¿Quieres que te dé mi primer beso?

—Sería un honor, preciosa.

Dallas se mordió los labios, porque estuvo a punto de mandar a su hermano muy lejos.

Estrella fijó su mirada en Dallas; al ver que él no decía nada, se encogió de hombros y respondió resignada, puesto que ella solo quería besar a uno.

—Será un placer, pocos hombres desean mis besos de principio de año.

Dallas, al escuchar la respuesta, se dio la vuelta y se dirigió a la barra,

necesitaba beber con urgencia.

Con una copa en la mano, desde la distancia, volvió a fijar su mirada en Estrella. Observó cómo un hombre se acercaba a ella. Dio un trago, porque maldita la hora que decidió ir a esa sala de fiesta.

Estrella hizo una seña a su amiga Ariadna, se dirigía también por bebida, y justo cuando estaba a punto de llegar a la barra, la gente empezó a cantar la cuenta atrás de las campanadas.

—Diez... nueve... ocho...

Dallas dejó la copa en la barra, estaba cansado de estar como espectador. No pensaba permitir que su hermano, o cualquier otro, la besara. Si alguien iba a darle ese primer beso de

año nuevo, iba a ser él.

—Cuatro... tres...

Estrella se dio la vuelta como si sintiese la energía del hombre que se dirigía hacia ella. Y lo vio, con la mirada penetrante, el semblante serio, una seguridad aplastante, a punto de alcanzarla.

—Uno... Cerooooo. ¡Feliz Año Nuevo!

Gritó la gente justo cuando las dos manos de Dallas rodeaban el cuello de Estrella y su boca se juntaba a la de ella.

A Estrella se le cayó la copa que llevaba. Subió sus manos a la cabeza de Dallas y se entregó a aquel beso sin pensar en nada, excepto en entregar la misma pasión que estaba recibiendo.

Dallas, con un brazo, la rodeó por completo a la altura de la cintura; con el otro, mientras su lengua disfrutaba de la sensación placentera de bailar con la de Estrella, empezó a acariciarle el cuello.

Suerte que él la sujetaba con fuerza, porque le fallaron las piernas. Sus rodillas se doblaron, nadie la había besado de esa manera. Sintió un calor interno como nunca antes había sentido. Sin poderlo evitar, salió de su garganta un pequeño gemido de excitación.

Dallas lo atrapó y se sintió triunfador. Por fin había hecho lo que tanto tiempo llevaba deseando. Y si ella se sentía plena, él sintió pánico, porque no había sentido nada igual con ninguna otra mujer, y solo era un beso.

Se separó de golpe, dejando a Estrella descolocada.

—Feliz Año Nuevo —atinó a decir y la soltó, dejándola sola en medio de la sala.

Estrella permaneció inmóvil durante unos minutos, no podía creer que la hubiese dejado tirada.

Tragó saliva y se dirigió al baño, se miró al espejo y negó con la cabeza. Estaba loca, realmente loca por pensar que ese hombre podría enamorarse de ella.

Su amiga Ariadna, que la había seguido, se puso frente a ella.

—Estrella, no te agobies.

—Es que... él... yo... —no podía ni hablar, no sabía si seguía excitada o, por

el contrario, la rabia se había apoderado de ella.

—Lo sé —comentó Ariadna. Sabía lo que su amiga sentía por ese hombre.

—No me puedo creer que me haya besado de esa manera, y luego... —dejó la frase en el aire para llevarse las manos a la cara.

—Escúchame, tienes que tener clara una cosa.

Estrella bajó los brazos para escuchar a su amiga.

—¿Cuál?

—Dallas no quiere una relación, pero está claro que le atraes más de lo que pensábamos.

—¿Y de qué me sirve eso?
—preguntó más bien con derrota.

—De que puedes desafiarlo —comunicó, despertando curiosidad a Estrella.

—¿Desafiarlo?

—Sí, desafíale, ofrécele lo que él quiere, y puede que acabe rendido a tus pies.

Estrella se quedó pensativa, ambas sabían a qué clase de desafío se refería, la pregunta era: ¿Dallas aceptaría?

—¿Y si no acepta?

—¿Después de ver cómo te ha besado? —ironizó Ariadna, que no se había perdido detalle, porque buscaba a su amiga para felicitarla.

—Ari, tengo miedo —se sinceró—. Dallas me gusta más de lo que imaginaba. Cuando me ha besado... no

sé si podré soportar que... —se notaba afligida, y Ariadna la interrumpió.

—Estrella, cualquier persona con dos dedos de frente acabaría enamorándose de ti.

—Eso lo dices porque me quieres.

—Lo digo porque es cierto. Y sé que Dallas acabará rendido a tus pies. Además, ha sido él quien ha ido a besarte, ¿no? Nadie lo ha obligado.

—Sí, eso es cierto.

—Entonces, desafíalo, estoy segura que lo aceptará encantado, y tú podrás enamorarlo.

Estrella besó en la mejilla a Ariadna. Se miró de nuevo en el espejo, cerró los ojos e inspiró con fuerza. Ella no era una mujer de mantener relaciones

sexuales esporádicas. Solo lo había hecho con sus dos ex parejas. Con uno duró tres años; con el otro, dos y medio. Y, la verdad, llevaba tiempo sin sexo, tampoco perdía nada, más bien todo lo contrario si con ello conseguía hacer el amor con el hombre que llevaba meses ocupando su mente.

—Está bien, el abogado quiere sexo, pues eso le voy a ofrecer.

Ariadna sonrió, estaba convencida que Estrella acabaría enamorando a Dallas. Era una buena chica, con un corazón enorme, ¿qué hombre no querría tenerla a su lado?

Salieron del baño y buscaron a Rubén para ver si conocía el paradero de Dallas.

Por lo visto, había salido al exterior a tomar el aire.

Estrella, con un objetivo en mente, salió sin importarle el frío que hacía en la calle. Pero su cuerpo sí reaccionó, porque su piel se puso de gallina, y sus pezones, duros.

Y con esa visión se plantó delante del abogado, este reaccionó rápido, se quitó su chaqueta y se la ofreció, ayudándole a ponérsela él mismo.

—¡No me puedo creer lo que has hecho! —confesó enfadada.

—Estrella...

—¡No! No puedes darme un beso con esa intensidad, ponerme cardíaca y desaparecer.

Dallas, en el fondo, se alegró, ella

estaba tan excitada como él, lo confirmaba su afirmación. Pero debía ser honesto.

—Estrella, lamento haberte besado... bueno, no es cierto —sonrió con tristeza—. No lo lamento, pero no soy la clase de hombre que estás buscando.

—¿Y qué sabrás tú la clase de hombre que busco? —dijo indignada.

—Vamos, Estrella, por favor, eres una buena chica...

—¿Y tú eres malo?

—Para ti, sí.

Estrella estudió su rostro, había llegado el momento.

«Ahora o nunca», se dijo.

—No sé por qué te has hecho una idea equivocada de mí. Algo me dice que das

por hecho que quiero un novio.

—¿Y no es así? —preguntó curioso.

—No, *abogaducho*. Lo único que quiero es pasar un buen rato. No voy a mentirte, me gustas —Dallas levantó una ceja—. Sí, no me mires así, me gustas mucho. Pero está claro que tú y yo somos muy distintos.

—¿Y qué tratas de decirme con eso? —preguntó, porque no entendía a las mujeres.

—Que lo único que quiero de ti es sexo.

Dallas se quedó petrificado, en la vida una mujer había sido tan directa.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero sexo contigo? —preguntó con una sonrisa y acercándose a ella.

—La forma en que me has besado.

Se quedaron muy pegados, Estrella levantó la cabeza para mirarlo bien a los ojos.

—Vale, no lo voy a negar. Sí, yo también quiero acostarme contigo. Pero creo que no vamos a hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó sin amilanarse a pesar de que estaba nerviosa, pues tenía miedo de que él no aceptase su desafío.

—Porque sé lo que pasará, tú querrás más, y yo no soy de los que dan más que sexo.

—Siempre tan engreído.

—¿Ya empezamos?

—Te lo he dicho, tú y yo somos muy distintos. Tú no quieres a alguien como

yo a tu lado, y yo te aseguro que no quiero a un tipo tan remilgado.

A Dallas le sentó como una patada en los mismísimos que ella afirmara, con tanta convicción, que no querría una relación con él.

Estrella esperó una respuesta, que se le hizo eterna.

—Dejemos las cosas claras —anunció Dallas bastante serio—. Por lo que has dicho, no buscas pareja y, para ser más exactos, quieres acostarte conmigo.

—Sí, eso he dicho.

—Bien, yo también quiero acostarme contigo. Pero sin ningún tipo de reproches o ataduras por tu parte. Sexo es sexo.

—Me parece justo. Con una condición.

Dallas levantó una ceja, todavía no se habían acostado y ya quería poner sus reglas.

—Ves, ya estás...

—¡Cállate, quieres! —bramó, porque estaba nerviosa. Ahora llegaba el desafío—. Solo te pido *exclusividad*.

Dallas levantó de nuevo una ceja.

—Oye, no me mires así. Si follamos juntos, no habrá ningún otro por parte de ninguno. En el momento que quieras acostarte con otra persona, me lo dices y tan amigos.

Dallas asimiló la información con rapidez. En el fondo, era perfecto, porque imaginar a Estrella retozando

con otro no le hacía ninguna gracia. De hecho, lo encolerizaba. No tenía sentido, puesto que él no quería nada serio con ella.

—Está bien, *exclusividad* por parte de ambos. —Estrella sonrió—. Pero que queden bien claras las condiciones.

—¿Cuáles? —preguntó sin comprender a Dallas.

—Yo acepto la exclusividad, pero tú tienes que prometerme que entiendes bien que entre nosotros no va a existir nada excepto sexo. Que no tengo obligación de cenas ni cines ni tonterías de ningún tipo. Nada de numeritos histéricos de celos ni nada por el estilo.

Estrella no sabía si sería capaz de soportar algo así. Porque ella estaba

enamorada de ese hombre. Y sí, estaba jugando a un juego muy peligroso, porque estaba desafiándolo con la esperanza de que, al hacerlo, él acabase también enamorado.

—Acepto.

Una respuesta que consiguió que Dallas no perdiese ni un segundo. Fue tan rápido al besarla, que a Estrella no le dio tiempo ni a reaccionar. Eso sí, lo acogió con gusto.

Estaban tan entregados, que la fría noche no parecía molestarles.

Las manos de Dallas parecían tener vida propia, no podían parar de tocar el cuerpo de Estrella. Claro que ella tampoco estaba quieta. Y la calentura de sus cuerpos iba en aumento.

Dallas, bastante jadeante, se despegó de los labios de Estrella, necesitaba con urgencia llevarla a una cama.

—Tengo que llamar.

—¿Ahora? —preguntó Estrella perpleja. Porque no entendía que él prefiriese hacer una llamada que seguir besándola.

—Sí, necesitamos una habitación —respondió, buscando en la agenda de su móvil el hotel donde solía ir, ya que en el *gran nido*, las conquistas estaban prohibidas.

Estrella lo comprendió y le arrebató el teléfono de las manos.

—Dallas, tengo una habitación preciosa.

Este cerró los ojos, sintiéndose un

estúpido. Estaba tan necesitado de esa mujer que era imposible razonar con lógica.

Estrella, al ver ese gesto, se mordió el labio inferior para aguantar la risa. Y Dallas, al abrir los ojos y encontrarse con esa visión, notó de nuevo que su pulso se aceleraba. Ver a Estrella sonriente, siempre le provocaba esa sensación. Así que la sujetó por la cintura, la aupó sin el mínimo esfuerzo y la besó con ganas y posesión.

Llegaron al apartamento de Estrella. Nada más cruzar el umbral, Dallas volvió a pegarla a su cuerpo, al auparla la pegó a la pared. Ella rodeó su cintura, y se devoraron las bocas con tanto ardor, que incluso les llegaba a doler,

pero un dolor placentero, porque ninguno de los dos bajaba la intensidad.

—*Abogaducho*, no pensaba que serías tan ardiente —bromeó Estrella, porque necesitaba tomar aire.

—Tú tampoco parecías tan fiera —dijo jadeante, pegado a su oreja.

Y mientras bromeaban, fueron desprendiéndose de la ropa, allí, en la misma entrada de la casa. No tenían paciencia, tal era la necesidad, que en cuanto Dallas la vio totalmente desnuda...

—Es tu última oportunidad —advirtió Dallas, porque si se pensaba echar atrás, era el momento.

Estrella sonrió con picardía, rasgó con la boca el precinto del condón que

Dallas le había entregado y se lo colocó con maestría.

La volvió a levantar, agarrándola por las duras nalgas. La empotró contra la pared y se miraron a los ojos. Y sin comprobar si estaba preparada, insertó su pene de una embestida.

Estrella, al sentirlo, gritó, no por dolor, más bien por placer. Cerró los ojos, nunca había sentido nada igual. Sus dos ex novios no habían sido tan pasionales. No es que no hubiese disfrutado del sexo, pero desde luego, ese ímpetu, esa garra, esa fuerza salvaje de Dallas estaba muy lejos de lo que había conocido. ¡Y por Dios que le gustaba! Ahora, cuando viese una película o leyese una novela sabría que

sí existían esas escenas.

Dallas no bajó el ritmo, todo lo contrario, la intensidad de sus embistes iban en aumento. Sabía que le faltaba poco para llegar, y por los movimientos y gritos de Estrella, a ella tampoco le faltaba mucho.

—Vamos, preciosa, dime que estás a punto —dijo casi sin voz por el esfuerzo que estaba haciendo.

—Sí... casi...

Dallas atrapó uno de sus pezones y lo lamió y succionó como si quisiera sacar de él el alma de ella.

Esa fue la tecla justa para que Estrella se dejase llevar, y él la alcanzara en dos embistes más.

A las once de la mañana, Estrella, con una sonrisa en los labios, estaba en la cocina preparando café, acababan de ducharse juntos. Cuando Dallas llegó hasta ella, la rodeó por detrás, llevó sus manos a los pechos y los empezó a masajear. Esta soltó una risita, que Dallas memorizó automáticamente en su cerebro.

—*Abogaducho* —bromeó—, si continuas así, nos tendremos que volver a duchar.

—¿Y no ha sido una ducha perfecta? —preguntó con mofa, porque lo que había pasado allí dentro también era digno de recordar.

Y, de pronto, Dallas paró en seco y dijo casi para sí mismo.

—¿Qué... demonios?

Estrella se sorprendió, tanto del tono utilizado como de la rapidez con la que la soltó.

Se dio la vuelta para mirarlo, y este fue directo a por una fotografía que tenía ella colgada en la puerta de la nevera, sujeta por un imán.

Cerró los ojos, no se acordaba de eso, y parecía que a Dallas no le había hecho ninguna gracia.

—¿Me puedes explicar esto? —dijo bastante molesto, agarrando la fotografía, que no era otra que la misma que él tenía en su casa, vestido de escocés y sin camisa.

—Verás...

—¡Déjalo! —pronunció al mismo

tiempo que se alejó hasta el dormitorio para vestirse y marcharse cuanto antes de allí.

Estrella lo siguió, se merecía una aclaración, pero parecía que no quería escucharla.

—Por favor, no te enfades... solo es.

—No sigas, está claro que esto acabaría mal —adujo sin mirar a la cara a Estrella, porque se estaba poniendo los zapatos.

—No es lo que crees.

—Sí lo es, Estrella. Tienes una fotografía mía colgada en tu nevera. No me digas que no es lo que parece, porque está claro que tú... —se quedó callado.

—¿Yo, qué? —preguntó ya nerviosa.

Dallas se puso en pie, la miró a los ojos y dijo:

—Tú sientes más de lo que me quisiste hacer creer anoche.

—No seas tan engreído —afirmó con fuerza—. Vale, sí, lo reconozco, vi esa foto en tu casa y le hice una con mi móvil. Pero no por sentir algo especial por ti, solo porque me gusta tu cuerpo. ¿Acaso es un delito? No te mentí anoche, me gustas, tienes un físico perfecto, ¡pero nada más!

Dallas negó con la cabeza, no sabía si sentía rabia porque ella no quisiera más de él o por todo lo contrario.

«Me estoy volviendo loco», se dijo, porque no tenía ningún sentido. Estaba recriminándole que ella tuviese

sentimientos hacia él, cuando en realidad era lo que deseaba.

Sin decir nada, porque era muy posible que dijese algo de lo que lamentarse luego, se marchó.

Estrella se dejó caer en la cama, se tapó la cara con la almohada y gritó de frustración.

Capítulo 19

Amores del pasado

El lunes once de enero, Malcom estaba en la cafetería esperando a Miranda. Estaba contento, había conseguido cambiarle la guardia que tenía el viernes siguiente, a un compañero. Quería darle una sorpresa a su novia. Iban a hacer seis meses juntos.

Dos colegas se acercaron y mantuvieron una charla.

—El nuevo ginecólogo está revolucionando a todas las mujeres del

hospital —comentó el doctor Miralles.

—Eso he oído —respondió Malcom, porque no se hablaba de otra cosa por los pasillos.

—Es un engreído de tomo y lomo —informó el doctor Gallardo.

—Mira, hablando del rey de Roma... —señaló con la cabeza al hombre que entraba.

—Buenas tardes —saludó el ginecólogo—. Soy Pedro Jiménez, el nuevo jefe de ginecología —informó con aire de superioridad.

—He oído que ya eras el jefe de ginecología en tu antiguo hospital, ¿qué te ha hecho tomar la decisión de venir a este? —preguntó Miralles.

—La mujer más hermosa—respondió

sin dar un nombre.

Y justo en ese momento, se escuchó la voz de Miranda.

—¿Pedro? —preguntó un tanto incrédula.

El nuevo ginecólogo se dio la vuelta y sonrió, ofreciendo una sonrisa blanca y de triunfo.

Se dieron un abrazo efusivo, y Malcom sintió un mal presentimiento. Ese hombre acababa de confesar que estaba ahí por una hermosa mujer.

—¡No me puedo creer que estés aquí!
—comunicó Miranda muy contenta.

Miralles y Jiménez miraron a Malcom, ambos pensaron lo mismo, la doctora se había olvidado por completo de que allí estaba su novio.

—Pues aquí me tienes, preciosa.

—Si no es mucha molestia —interrumpió Malcom, cansado de aquel tonto—, tenemos algo de prisa.

Miranda miró a Malcom, pero a diferencia de otros días, no lo besó nada más verlo.

—Sí, es verdad —se disculpó ante Pedro—. Tenemos que ponernos al día de muchas cosas, ya nos veremos.

Pedro asintió y volvió a regalarle una sonrisa, la típica que anunciaba que estaba deseando ese encuentro.

—Por supuesto.

Se marcharon Malcom y Miranda, dejando allí a los otros doctores, y Miralles, que siempre había tenido buena amistad con Malcom, hizo un

comentario.

—Como habrás observado, la doctora Miranda ya tiene novio.

Pedro, con una socarronería sin igual, hizo un gesto despectivo.

—En el amor y en la guerra, todo vale.

Y después de soltar la frase, se marchó sin dar opción a una réplica.

En el *gran nido* acababan de comer. Dallas se dirigió al salón, se sentó en un sofá y se puso cómodo. Y para variar, su mente la ocupó cierta rubia alocada que desde el día uno de enero no había vuelto a ver.

Rebeca estaba a punto de marcharse a la galería, pronto dejaría de trabajar allí

y estaba preparando a su sustituto para cuando llegase el día.

—¡Ay, casi me olvido! —exclamó dándose la vuelta y acercándose a su hermano Dallas—. Toma, esto es para ti.

Sacó de su bolso un sobre.

—¿Para mí? —preguntó curioso.

—Sí, me lo dio ayer Estrella.

Al escuchar el nombre, se removió en el asiento. Se incorporó para alargar la mano y coger el sobre que le tendía su hermana.

—Por cierto, ¿podrías hacerme un favor? —preguntó Rebeca, mirando a Dallas.

—Dime.

—Le prometí a Amanda que hoy

recogería a Nerea, pero voy muy mal de tiempo, he quedado para ver unas telas.

Dallas en un principio iba a negarse, pero pensándolo mejor, era la oportunidad perfecta para ver a Estrella de nuevo. Y la verdad, estaba deseándolo.

—Está bien, iré a recoger a la pequeña.

Rebeca sonrió encantada, incluso se inclinó y le dio un beso en la cabeza a su hermano.

—¡Gracias, eres el mejor!

Al quedarse a solas, abrió el sobre, quería saber qué le había mandado Estrella.

La fotografía de la discordia apareció ante sus ojos, y apretó los labios. Intuyó

que si le daba la vuelta, encontraría un mensaje de ella, y así fue.

Trabajo con niños pequeños, y tú estás comportándote más infantil que ellos.

Te devuelvo la foto. A partir de hoy, colgaré la de cualquier otro.

Estrella.

A Dallas le sentó como un puñetazo en el estómago, en primer lugar, ¿lo estaba llamando inmaduro?; en segundo, ¿qué quería decir que iba a colgar la fotografía de otro tío?

Respiró con resignación, Estrella, una vez más, conseguía enloquecerlo. Por una parte, fue él quien se enfadó porque

ella tuviese esa fotografía. Y por otra, no quería que mirase a ningún otro hombre.

«Esto no es bueno para mi salud», se dijo, pensando en que se contradecía una y otra vez. No tenía sentido, y él siempre había sido un hombre cuerdo.

Se dirigió a la entrada, cogió la foto original, con el marco incluido, y sonrió al darse cuenta que allí estaban todos sus hermanos en una foto grupal, y luego cada uno. Estrella podía haber sacado una copia de cualquiera de ellos, pero solo lo había elegido a él.

Entró en su despacho y escribió una nota, la colocó enganchada al marco y la metió en un sobre acolchado.

Estaba en la puerta de la guardería,

había esperado con paciencia a que recogiesen a los niños, así se aseguraba que nadie lo molestaría al ver a Estrella.

Y no falló, al tocar el timbre, la rubia que trastocaba su sentido común abrió la puerta.

—Hola, vengo a buscar a Nerea.

—Muy bien, enseguida sale —respondió Estrella sin regalarle una sonrisa. Estaba a punto de darse la vuelta para ir a buscar a la pequeña cuando Dallas la sorprendió.

—Por cierto, esto es para ti.

Le entregó el sobre y se apoyó en la pared de la entrada. Estrella lo cogió, lo miró, luego a él y optó por no decir nada ni ver qué le había dado.

Dallas esperó paciente, sabía que la

curiosidad podría con ella, antes de sacar a Nerea, estaba convencido que abriría el sobre.

Y así fue, nada más cerrar la puerta, Estrella quiso ver qué contenía el interior. Al sacar la fotografía con el marco, que ella bien conocía, sonrió de oreja a oreja al leer la nota.

Nunca te conformes con una copia cuando puedes tener el original.

Dallas

Se llevó el objeto al pecho y suspiró ilusionada, igual no estaba todo perdido.

Al salir de nuevo para llevar a Nerea a Dallas, ambos se miraron a los ojos.

«¡Cuánto he echado de menos esa

sonrisa!»), confesó para sí mismo al ver a Estrella sonreír.

—¡Tío Dallas! —se expresó, contenta, Nerea y se lanzó a sus brazos.

Desde Navidades, la pequeña ya no se sentía cohibida con ninguno de los hermanos Irwin. Todo lo contrario, era dichosa y lo demostraba en cuanto los veía.

Dallas tampoco necesitó esta vez ayuda, aupó a la niña y le dio un beso en la mejilla.

—Pequeñaja, cada día estás más grande.

Estrella, con el pulso acelerado, antes de que Dallas desapareciera, quiso averiguar si entre ellos seguía en pie lo que pactaron a principio de año.

—Entonces, ¿todavía hay *exclusividad*? —preguntó nerviosa y se mordió el labio en espera de la respuesta.

Dallas la miró intensamente, una pena tener a una niña en sus brazos, porque al verla morderse el labio, le vino a la mente que ese gesto, ella lo hacía cuando estaba a punto de tener un orgasmo. Y le hubiese encantado besarla en ese mismo instante hasta dejarla sin aliento.

—No recuerdo que dijese lo contrario, ¿verdad? —respondió, dando a entender que aunque se marchó de allí, no dijo que se había acabado el trato.

Estrella le regaló la sonrisa que él tanto necesitaba, y en respuesta le guiñó

un ojo.

—¿A las nueve? —preguntó Dallas sin dar más explicaciones, aunque Estrella sabía perfectamente de qué estaba hablando.

—Perfecto.

—¡Ay, Dios mío, Dallas Irwin!
—exclamó una mujer justo detrás de él.

—¡Beatriz Martínez! —se expresó Dallas al ver quien lo había nombrado.

La mujer miró a la niña que llevaba en sus brazos y preguntó diligente.

—¿Es tu hija?

—No —respondió muy rápido.

—No me digas más, es tu sobrina.

¿Hija de Javier?

Nerea miró a Dallas y luego a la otra mujer.

Dallas quiso cambiar de tema, porque qué se podía responder a esa pregunta sin entrometer a la niña. Javier todavía no había dado ese paso, y Nerea era muy pequeña para entender ciertas cosas.

—¿Y qué haces tú por aquí?

—Vengo a recoger a mi sobrino.

Estrella hizo un gesto y fue a buscar a su alumno. Además, ver cómo aquella mujer había cogido del brazo a Dallas con tanta confianza, tampoco era que le gustase mucho.

Y ojalá hubiese tardado más en sacarlo, porque llegó justo en un momento de la conversación de aquellos dos que hubiese preferido evitar escuchar.

—Me dijeron que te habías casado.

—La culpa fue tuya, no debiste dejarme el corazón roto. —Los dos rieron, y Estrella tragó saliva—. Pero me separé, dejaste el listón muy alto... Por cierto, tenemos que quedar, ahora soy una mujer libre.

—Muy bien, llámame un día de estos.

Estrella se sintió estúpida. «Se acabó la exclusividad», pensó al escuchar la respuesta de Dallas.

A las nueve en punto, Dallas llamaba a la puerta del apartamento de Estrella. Y en cuanto ella abrió, no le dio tiempo si quiera a saludar. Él atrapó su cara con las manos, se acercó y la besó hasta dejarla sin aliento. Llevaba horas deseando hacerlo, y una vez delante no

pudo resistirse.

—Ahora voy a demostrarte lo infantil que soy —alegó, haciéndose el ofendido por la nota que ella había escrito.

Y empezó a lamer sus labios con ansia, a la vez que la levantaba y la dejaba sentada en el mueble que tenía en la entrada.

Mientras volvía a besarla con ardor, sus manos se metieron por debajo de la falda que llevaba, acariciando la parte interna de sus muslos. Y en cuanto llegó a su tanga, sin pedir permiso, lo desgarró en dos pedazos.

—Vaya, ahora me toca añadirte otro adjetivo —pronunció casi sin aliento—: *Salvaje*.

Dallas sonrió de medio lado, atrapó

esa boca que tanto le gustaba y, al separar sus labios, comentó con voz varonil.

—No te imaginas cuánto.

Y se arrodilló, cogió las piernas de Estrella, las colocó sobre sus hombros, y enterró su cabeza en la parte más deseada del cuerpo de esa mujer que conseguía quitarle la razón.

En el primer lamido, Estrella se agarró con fuerza al borde del mueble. Ese hombre pretendía llevarla al cielo.

Y así fue. Dallas consiguió que ella se corriera gritando sin control, solo utilizando su lengua.

—Y, ahora, más vale que busques nuevos adjetivos —dijo Dallas bromista mientras la llevaba en brazos al

dormitorio—. Porque vas a pagar el haberme tenido diez días sin follar.

Estrella sonrió y le mordió el cuello, contenta y satisfecha por saber que él, en esos días que no se habían visto ni hablado, no había estado con ninguna otra mujer.

Capítulo 20

Decepciones

Susana, el viernes, a las siete de la mañana, se levantó de mala gana. Su compañera de piso había disfrutado, una noche más, sin importarle que ella no pudiese pegar ojo por culpa de sus arrebatos orgásmicos. Y, para colmo, parecía que Víctor era de los que disfrutaban también gritando.

Fue a la cocina para preparar un café bien cargado antes de meterse en la ducha. Se llevó las manos a la cara en

cuanto entró, ¿qué parte de «por favor, intenta no ir desnudo» no había entendido ese hombre? Y tragó saliva. Aunque, la verdad, hubiese preferido no verlo, porque desnudo, agachado, mostrando sus nalgas, desmejoraba mucho. Se había imaginado el cuerpo de Víctor mucho más...

«¡Ay, madre, qué asco!».

Si ya era molesto encontrarse a los amantes de su compañera de piso desnudos, ver delante de sus narices como aquel hombre se rascaba el culo sin pudor y con brío, le revolvió el estómago.

—¡Por favor, vístete y sal de la cocina! —sentenció, porque aquello era repulsivo.

La interiorista buscó el interruptor de la luz y al darse la vuelta, se le agrandaron los ojos. «¡No es Víctor!».

—Hola, tú debes de ser la compañera de piso de Lorena —dijo el hombre que estaba desnudo.

—Sí —respondió escueta.

—Yo soy Ricky, la nueva promesa del rock. —Y tendió su mano para presentarse.

Susana dio un salto hacia atrás, ¿no pretendería que se la estrechara sin habérsela lavado, verdad?

—Por favor —pronunció suplicante y con asco—, lávate las manos.

—Rubia, cientos de mujeres darían lo que fuera por lamer estas manos —comentó con ese desdén de típico

machito arrogante.

—¡Te has rascado el culo! —bramó, porque aquello ya la superaba. Además de insolente, un cerdo engreído.

Lorena se unió a ellos, con el pelo revuelto y también desnuda.

—¿Por qué dais gritos?

Susana, cansada del poco decoro que mostraban aquellos dos, se alejó.

—Voy a ducharme. Cuando salga, procurad id vestidos.

Lorena puso los ojos en blanco, no entendía esa mojigatería de su compañera de piso. Se acercó a Ricky y lo besó.

—Nena, esta tía es muy rara.

—No te imaginas cuánto.

Y se besaron de nuevo como si no les

importase que Susana saliese del baño y los encontrase de aquella guisa. Aunque Lorena tuvo un poco más de conocimiento, al ver que Ricky se empalmaba, lo cogió de la mano y lo llevó de nuevo a su cama.

Susana ya estaba preparada para empezar un día de trabajo duro. Al llegar a la galería, vio a Víctor, intentó pasar desapercibida, porque igual acababa despotricando de la nochedita que le había dado Lorena y no sabía si él ya había pasado a la historia con ella.

—¿Estás intentando evitarme?

—preguntó Víctor justo detrás de ella.

—¿Yo? No, ¿por qué habría de hacerlo? —intentó disimular su nerviosismo.

—No lo sé, dímelo tú.

Javier llegó y salvó a Susana de dar una respuesta.

—Toma, aquí está el listado.

Susana aprovechó para llegar hasta su despacho y encerrarse allí. Encendió el ordenador y se sentó, intentando olvidar su encuentro con Víctor. Aunque fue imposible, porque este llamó a la puerta y entró.

—Su, ¿qué ocurre? —preguntó estudiándola con la mirada.

«¿Su?», le gustaba que él utilizase ese diminutivo, porque poca gente la llamaba así, solo su familia y amigos más allegados.

—Nada, ¿Por qué piensas que pasa algo? —comentó sin mirarlo a los ojos.

Un síntoma que a Víctor lo hizo sospechar. En todas las ocasiones que se habían visto, ella no había desviado la mirada.

—Para empezar, al verme, has intentado esconderte —argumentó serio—. Además, estás evitando mirarme a los ojos.

Susana por fin lo miró directamente, con pesar de no poder ser sincera.

—Por favor, créeme, no es nada —dijo suplicante.

—Está bien, me decepciona que no confíes en mí —adujo con sinceridad, porque desde que se conocieron, siempre había reinado entre ellos una conexión, y si era sincero consigo mismo, cada día se sentía más atraído

por ella. Y ya no era por su físico, que no lo iba a negar, esa mujer era hermosa, pero era la complicidad que sentían cada vez que estaban juntos. Y, ahora, ella lo decepcionaba. Porque no confiaba en él.

Iba a responder, pero Víctor no le dio opción, salió sin despedirse ni mirarla a la cara.

Susana resopló, frustrada totalmente. Cuando llegase al apartamento, Lorena iba a tener que contarle unas cuantas cosas.

Rebeca estaba sentada en la cama de su mellizo, ayudándole a escoger la ropa que iba a ponerse esa noche.

—Malcom, creo que estás sacando

conclusiones sin ton ni son.

—Te digo, Beca, que desde el lunes, Miranda apenas saca tiempo para que los dos estemos juntos. Y por el contrario, he oído que ha desayunado unas cuantas veces con ese tal Pedro —informó a su hermana, porque estaba con la mosca tras la oreja.

Beca se levantó, cogió una camisa del armario y se la tendió.

—Vamos a ver... Pedro es su ex, ella misma te lo contó hace tiempo. Ese hombre la dejó tirada porque quería vivir la vida sin cargas ni complicaciones —argumentó intentando hacer razonar a Malcom—. Miranda no es tonta, no va a jugarse una relación con un hombre que la quiere con locura,

por un tipo que prefirió dejarla para disfrutar de muchas más mujeres.

Malcom, mientras se ponía la camisa que su melliza había elegido, respondió:

—Pues parece que ella se ha olvidado de eso. La vi muy contenta cuando se encontraron, de hecho, fue ella la que pidió ponerse al día de sus vidas.

Beca sonrió de medio lado, se veía a su hermano molesto, más bien celoso.

—No seas tonto, ¿qué mujer querría dejar escapar al Irwin más maravilloso?

—comentó burlona, consiguiendo que Malcom por fin sonriera.

Media hora más tarde, Malcom entraba en el domicilio de Miranda, se escuchaba música de fondo.

Llegó al comedor y se quedó parado, observándolo todo. Estaba la mesa preparada para dos personas, con velas y vino descorchado. Y esperó con un aguante infinito, hasta que ya no pudo más y reaccionó. Se acercó al equipo de música y lo apagó.

Y allí, las dos personas que se encontraban bailando y besándose, se sorprendieron.

Miranda tragó con dificultad, ver a Malcom, con un ramo de flores en la mano, mientras ella se besaba con otro, no era lo que hubiese deseado.

—Malcom... —pronunció con súplica. Este levantó la mano tajante, lanzó el ramo al suelo y dándose la vuelta, pronunció con cinismo.

—Feliz aniversario.

Se dirigió al *gran nido* con rabia y asco por haber visto a la mujer de su vida besándose y en brazos de otro.

Al entrar, pegó un portazo. Dallas, Rubén, Jaime y Beca se sobresaltaron. Lo siguieron con la mirada, y este fue incapaz de nada, excepto de subir a su dormitorio y encerrarse allí, buscando algo de tranquilidad.

Beca miró a sus hermanos, hizo un gesto, y todos lo comprendieron. No había mucho que pensar, había salido con una sonrisa y un ramo de flores, con la intención de dar una sorpresa a Miranda; verlo llegar de esa guisa...

—Voy a hablar con él.

—No sé si querrá hablar ahora

—comentó Jaime.

—Bueno, pues lo intentaré por lo menos. Es mejor que se desahogue

—replicó Beca.

Dio un par de golpes y esperó a que la invitase a entrar.

—Pasa.

Al ver el rostro de su mellizo, no necesitó más, se abrazó a él y esperó que este quisiera liberar su carga.

—¿Es eso lo que quieren las mujeres, Beca? ¿Que las traten como a una mierda? —preguntó sin separarse de su hermana, con voz rota.

—Ella se lo pierde —dijo intentando aliviar la pena de Malcom.

—Ya, sí, eso es muy bonito decirlo. Pero... ¿qué pasa conmigo?, ¿acaso no

merezco un respeto?, ¿cuándo he hecho algo mal para merecer esta puñalada?, ¿no podía haber cortado conmigo primero? —preguntaba con dolor. Porque él no merecía esa humillación.

—Malcom... —pronunció con cariño al tiempo que se separaba para mirarle a los ojos—. No te lo merecías, y todavía no entiendo qué ha pasado por su cabeza para hacerte algo así. Pero te aseguro que no se acaba el mundo.

—Lo sé, pero sí se ha acabado el amor para mí...

—No digas eso...

—¡Y tanto que sí! El amor es cruel y dañino. Te aseguro que no habrá ninguna otra mujer —sentenció con rabia.

—Mírame —exigió Beca—. ¡Claro

que la habrá! Una y mil si hace falta. Porque encontrarás la mujer que de verdad mereces.

—¿Para que me rompa el corazón de nuevo? ¿Para que se ría en mi cara? ¿Para que me humille y se burle sin pensar en mis sentimientos? ¡No! ¡Ni hablar! Fui un estúpido al creer que existía el amor verdadero. Dallas siempre ha tenido razón, él es más listo. *El amor solo puede dañar.*

Beca tragó saliva, ahora era difícil hacer entender a su hermano que Dallas estaba equivocado.

—Dallas se enamorará... si es que ya no lo está. Y tendrá que admitir que solo ha dicho tonterías.

—¿Tonterías? ¡Es la única verdad!

—exclamó llevándose la mano al corazón—. ¿Crees que no me duele?... Pues sí, Beca, duele mucho, así que Dallas tiene razón: *El amor solo puede dañar*.

Una hora más tarde, Miranda llamaba al timbre de la puerta del *gran nido*. Rubén abrió y se quedaron mirándose fijamente.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz tajante Rubén.

—Vengo a hablar con Malcom.

—Pues mi hermano no quiere hablar contigo —comentó con rotundidad.

—Por favor, Rubén... —suplicó.

Malcom, que en un principio se negó a verla, cuando avisaron que Miranda estaba allí, bajó las escaleras, puso su

mano en el hombro de su hermano y habló:

—Gracias, Rubén, ya me encargo yo.

Este miró por última vez con desprecio a Miranda, se dio la vuelta y asintió con la cabeza. Se alejó y se dirigió al salón.

—¿Qué quieres? —preguntó sin permitir que ella entrara en su casa.

—Quería pedirte perdón...

—Un poco tarde para eso —lamentó, sin apartar la mirada de Miranda.

A la doctora se le agolparon las lágrimas en los ojos.

—Tiene narices la cosa —se burló—, me pones los cuernos y vienes a llorar... ¿qué clase de mujer retorcida eres?

A Miranda le dolieron las palabras,

lo había hecho mal, desde luego que sí, pero que él pensara que no había significado nada para ella dolía.

—Malcom, no merezco...

—¿Que no lo mereces? ¿Y yo?

—preguntó fuera de sí— ¿Merecía que te burlases de mí? Dime, Miranda, ¿qué he hecho para merecerlo?

La doctora sintió que el estómago se le revolvía, Malcom era un gran hombre. Ni siquiera ella sabía por qué había actuado así.

—No sé qué me ha pasado...

—No lo sabes, ¿eh? Muy bien, Miranda, pues vuelve por dónde has venido. Termina lo que estabas haciendo, porque tú y yo no volveremos a tener nada en el futuro.

Las lágrimas salieron sin control, acababa de perder a Malcom.

—Malcom, te juro que yo te quiero...

—¡Cállate! —bramó—. Cuando se quiere a alguien, no se le daña. Está claro que tú nunca me has querido. Esa es la diferencia entre tú y yo, Miranda. He sido tan estúpido, que me había enamorado hasta el punto de entregarte mi vida si hiciese falta. Y tú, lo único que me has entregado es una patada en el culo.

Y con la rabia instalada en su ser, agarró la puerta y pegó un portazo, poniendo fin a una relación que Miranda había destrozado.

Dallas inspiró fuerte, ver a su hermano tan jodido le dolía. Y pensó en

Estrella. Lo mejor era seguir con el pacto, porque él no sería tan fuerte, estaba convencido que si llegaba a enamorarse, estaría totalmente perdido.

Se levantó y se marchó a su dormitorio, era mejor acostarse y dormir, porque no quería seguir pensando en Estrella, ya que, últimamente, acaparaba su pensamiento a diario.

Miranda montó en su vehículo y se puso a llorar. ¿Qué había hecho? La tarde anterior, tomando café con Pedro, él consiguió, hablando del pasado, hacerle revivir los mejores momentos juntos. Sin darse cuenta, se despertó en la cama de su ex, sintiéndose culpable. Pero una vez más, esa misma tarde,

pensando que Malcom tenía guardia, aceptó ver de nuevo a Pedro, quería aclarar las cosas. No pensó que él, con su labia, su juego sucio, porque conocía los puntos débiles de ella, la convenciera de que lo había entendido y que no volvería a entrometerse, que guardaría el secreto de lo que había sucedido entre ellos la tarde anterior. Y tendiéndole su mano como un gran amigo, la convenció de cenar juntos. Mientras ella preparaba la cena, él ya había convertido una simple cena en una velada romántica, y, por desgracia, acabó bailando y besándolo, llegando a destrozar, lo que para ella, hasta ese momento, había sido la mejor relación que había tenido.

Susana estaba de pie frente a Lorena, llevaba toda la mañana con ganas de aclarar las cosas.

—¿Ya no estás con Víctor?

—¡Claro que sí! —respondió tajante.

—¿Entonces, quién era el mamarracho de esta mañana?

—preguntó bastante enfadada.

—Ricky.

—No lo entiendo, Lorena. Estás jugando con dos hombres...

—Yo no juego con nadie. Ricky es...

—se quedó pensativa—. Fue mi primer amor —comentó con nostalgia.

Susana entrecerró los ojos, no había escuchado ese tono de voz a Lorena nunca.

—No sé qué me pasa, Susana, pero cuando él me llama, algo en mí se remueve, pierdo la razón. Soy incapaz de negarle nada —se sinceró—. Si nos hubieses visto hace años...

Susana tomó asiento, no esperaba escuchar una confesión así. Se la veía muy afectada.

—Éramos inseparables, parecía que podíamos con todo y con todos. Ricky era tan... ¡Dios, era tan cariñoso!

Susana levantó las cejas, no podía creerlo, el hombre arrogante de esa mañana no podía ser el mismo del que Lorena hablaba.

—Todo era demasiado perfecto. Él solo tenía ojos para mí, se volvía loco de celos... celos de los buenos —matizó

para que Susana entendiera el significado, esta asintió, y ella continuó—: Incluso me pidió matrimonio. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Susana, preocupada por verla tan conmovida.

—Presentó una maqueta a una discográfica. Tuvieron la suerte de poder meterse de pleno en el mundillo del rock, y su representante... —se limpió las lágrimas—. Bueno, que no era un buen momento para casarse. Las fans no miran igual a un casado que a un soltero, por lo menos hasta que hayas triunfado.

—Pero ahora ya ha triunfado ¿no?

—preguntó, aunque más bien era una afirmación.

Lorena asintió tajante; sí, ya era una estrella.

—Sí, pero... —se quedó sin habla.

Susana se levantó y se sentó junto a Lorena, la rodeó con un brazo, no era agradable verla llorar con tanto dolor.

—Supongo que ahora puede tener a cualquier mujer. Yo solo soy una más.

—Y rompió en llanto fuerte.

—Lorena, no puedes sufrir por alguien que...

—Lo sé, Susana, lo sé. Te juro que intento no caer de nuevo, pero cada vez que lo tengo delante, mi cabeza no atiende a razón alguna. Es como si él poseyera mi voluntad. Desearía poder

odiarlo, alejarlo de mí... pero no puedo... no puedo.

Susana besó en la cabeza a su compañera. No eran amigas, pero tampoco le deseaba ningún mal. Y verla tan derrotada era doloroso.

—He estado con muchos hombres desde entonces. —Susana asintió, ya lo sabía bien ella—. Y ninguno ha llegado a entrar aquí. —Se señaló el corazón—. Y necesito que alguien entre, que lo atrape, que me haga sentir lo que solo Ricky ha conseguido. Porque quiero sentirme plena de nuevo. —Inspiró fuerte—. Y creo que Víctor es un gran candidato.

Susana sintió un pinchazo, estaba convencida de que ese hombre era un

gran candidato para cualquier mujer.

—¿Y qué ocurrirá si Víctor se entera de que te estás viendo con Ricky?

—Bueno —suspiró y continuó algo más relajada—, de momento, no tenemos esa clase de relación... todavía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó curiosa.

—Nos vemos, pero no tenemos nada serio, ninguno de los dos ha dicho nada al respecto de ver a otras personas. Supongo que él estará acostándose con otras.

A Susana se le encogió el estómago. Ya le amargaba la existencia saber que se acostaba con su compañera de piso, pero ahora estar al corriente de que

habría otras la remató.

—Ya...

—Pero voy a hacer lo posible para que eso cambie pronto.

—¿A qué te refieres? —sospechó la respuesta, pero prefería escucharla.

—A que Víctor es un hombre que no se puede dejar escapar. Está hecho de una pasta especial —aseveró—. ¿Sabes a lo que me refiero? Es amable, cariñoso, atento, galante, sensual... ¡Y uff... muy sexual! —exclamó haciéndose aire con las manos, porque de pensar lo que ese hombre hacía en la cama le produjo un calor repentino.

—Vale, vale, no quiero saber más.

«Mentirosa, quieres saberlo todo».

Y justo en ese momento, Víctor

llamaba a la puerta.

—¡Joder, ya está aquí! Voy corriendo a ducharme.

Y Susana, una vez más, tuvo que encargarse de abrir la puerta. Claro que hoy, Víctor, precisamente, no la saludó tan cordial como siempre. Ni dos besos ni un hola. Entró haciendo un movimiento de cabeza y se dirigió al sillón de costumbre.

Susana se sentó en el sofá, lo miró fijamente y preguntó:

—¿No piensas hablarme?

—¿Acaso importa que lo haga?

—respondió molesto, porque ella, esa mañana, lo había decepcionado.

—A mí sí me importa.

—¿Por qué? Si luego no confías en

mí.

—Eso no es cierto.

—¿No lo es?

—¡No, no lo es! Y que tú pienses eso de mí me duele —respondió alterada, consiguiendo que Víctor se inclinase hacia delante y dejase su cara a un palmo de ella.

—Pues ya somos dos... no me pidas una razón, pero me he sentido decepcionado y estúpido. Porque pensé que entre tú y yo existía... —se quedó callado.

«¿Estás loco? Cállate», se dijo a sí mismo, porque estuvo a punto de decir: «que entre tú y yo existía algo especial».

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nada, olvídalo.

Susana tembló; primero, por la voz de derrota de él, segundo, por la mirada intensa de este. Y entonces, fue ella quien terminó la frase.

—Y la hay, existe una conexión especial entre los dos, por eso no quiero que pienses que te oculto nada. Simplemente, no quise comentarte algo que pensé que te podría dañar.

A Víctor, esa sinceridad lo hechizó, esos ojos azules grisáceos mirándolo con vigor consiguieron que su decepción se evaporara.

Alargó la mano y le llevó un mechón de pelo tras la oreja.

Y sí, era tal la conexión entre ellos, que Víctor supo entender sus palabras, al igual que el motivo por el que no

quiso contarlo.

—Y ahora que ya sabes que no soy el único... —pronunció seductor—, ¿te gustaría tener una cita conmigo?

A Susana se le agrandaron los ojos, consiguiendo que Víctor sonriera.

—No, a mí no me gusta ser segundo plato.

—Su, no hay un segundo, cuando no hay un primero —comentó intentando hacerla entender que no había una mujer en su vida tan importante como para considerarla más especial que otras.

—Bueno, pues me gusta ser el primer y último plato.

Víctor asintió, comprendía que ella quisiera lo que toda la vida se había definido como novio.

—Es una pena, porque yo te sabría dar un buen postre —afirmó guiñándole un ojo, consiguiendo que Susana se relajara y sonriera.

—Estoy segura, pero yo quiero el menú completo.

Capítulo 21

Sorpresas que llegan al alma

Finales de febrero.

Jaime recibía una llamada. Al colgar, se puso a gritar y lanzar los brazos al aire en señal de victoria.

—¿Qué coño te pasa?! —preguntó David, que se había llevado un susto grande.

Jaime, que estaba eufórico, abrazó a su amigo, lo soltó y exclamó:

—¡Ya han terminado las obras!

David, al entenderlo, se carcajeó, negó con la cabeza y se imaginó a su hermana tan radiante y vital como su amigo.

Jaime miró el reloj, faltaba una hora para cerrar, pero le importó bien poco, ahora solo tenía una cosa en mente. Ir a por su chica y darle la sorpresa de su vida.

—¡Te lo voy a descontar del sueldo!
—bromeó David al ver que Jaime se había cambiado con celeridad y salía dispuesto a marcharse.

Rebeca tenía previsto dejar su puesto de trabajo la próxima semana, ya había hablado con Javier; su sustituto estaba preparado. Pero tenía que aclarar unas cuantas cosas antes de marcharse,

porque había observado estas últimas semanas a todos, y ciertas actitudes de algunos empleados no pensaba pasarlas por alto; lo primero era hablar con la interiorista.

—Susana, necesito comentarte algo.

—Claro, por favor, pasa.

—Estamos muy contentos con tu trabajo —anunció, porque era cierto.

—Gracias.

—Pero hay algo en lo que estás fallando.

A Susana casi se le corta la respiración, ¿qué estaba haciendo mal? Porque se estaba dejando la piel en los proyectos.

—No sé qué decir.

—Pues di no. Así de fácil.

Susana no entendía nada, ¿decir no?

—No te comprendo.

Rebeca asintió lentamente, la miró fijamente a los ojos. Vio que la interiorista estaba descolocada y nerviosa, y no era lo que ella pretendía.

—He visto que algunos de tus compañeros, se aprovechan de tu buena voluntad.

Susana tragó saliva, era cierto, no sabía decir que no a la gente. Y ella también se había dado cuenta de que algunos abusaban de buena fe.

—Es que yo...

—Susana, eso tiene que cambiar —aseveró categórica—. Tú eres la jefa de este departamento. Tú tienes la responsabilidad de mandar a tu equipo y

no puedes permitir que te tomen el pelo.

—Lo sé —comentó con lástima.

—Nadie pone en entredicho tu profesionalidad y, muchísimo menos, tu gran corazón, pero ser buena no significa ser tonta. Y debes demostrarles que aquí la única que manda eres tú, y que las obras de caridad no son en el trabajo.

Rebeca había observado que un par de empleados se estaban aprovechando de la bondad de Susana, inventando reuniones en el colegio de sus hijos. O dolores de cabeza y estómago. Y ya el colmo, cuando una de ellas le pidió casi llorando poder marcharse antes, porque era el único día que podía pedir cita para hacerse un tatuaje. Y era la propia

Susana, quien acababa terminado el trabajo de esta gente aprovechada.

Susana comprendió que era por su propio bien; Rebeca tenía razón. Había llegado el momento de sacar la *pantera* que llevaba dentro; porque toda mujer siempre lleva una fiera en su interior para no dejarse avasallar.

—Gracias, Rebeca.

Beca asintió y le guiñó un ojo. Se levantó y salió del despacho de la interiorista. Se dirigió al de su hermano y justo cuando cerró la puerta, esta se abrió con brío, el mismo que llevaba Jaime en su interior.

—Javier, lo lamento, pero voy a raptarte a tu hermana —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Rebeca apenas pudo reaccionar, Jaime la cogió como si fuese un saco de patatas y se la cargó al hombro.

Javier, muerto de risa, negaba con la cabeza, sabía dónde la llevaba, pues él había sido el encargado de darle la noticia, sus palabras fueron: «Vuestra casa ya está terminada».

Los trabajadores aplaudieron y silbaron, aquello parecía sacado de una película.

Susana, que acababa de salir a por unos documentos, sonrió, y Javier, que no quiso perderse el numerito, se situó justo al lado de la interiorista y dijo:

—Acabas de conseguir la plena felicidad de esa loca pareja.

Se miraron y acabaron riendo.

Al llegar a la urbanización, Jaime paró delante de su nuevo hogar. Rebeca bajó de la moto y lo miró a los ojos.

Se entendieron a la perfección.

—¿¡En serio!?! —se expresó sin acabar de creérselo.

—Y tan en serio —respondió mientras doblaba sus rodillas para coger en brazos a la mujer de su vida y entrar como tanto tiempo llevaba soñando.

En el mismo umbral, antes de dar el paso definitivo, se besaron.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —pronunció Jaime con alegría.

Entró sin soltarla y una vez dentro, después de unos cuantos besos llenos de ternura, alegría y amor, la dejó de nuevo en el suelo.

Cogidos de la mano, fueron directos a la cocina, la habían dejado preciosa, tal y como Beca había elegido. Continuaron hasta llegar al salón. Sonrieron como tontos al mirar los grandes sofás, donde estaban seguros que harían el amor en más de una ocasión.

Y entonces, Jaime sujetó con fuerza la mano de Rebeca, iba a abrir la puerta del lugar que había permanecido en secreto, y retrasado su traslado.

Sin apartar la mirada de ella, bajó la manilla y vio como los ojos de Rebeca se llenaban de lágrimas a la vez que daba un grito.

Jaime no podía apartar su mirada, ver a su chica tan radiante, tan emocionada, era lo que necesitaba para sentirse

pleno. Había merecido la pena.

Rebeca no daba crédito, aquello era más que un sueño. Jaime había pensado en ella como siempre. La decoración era perfecta, no faltaba el mínimo detalle. Un taller espectacular. Hasta habían pensado en tener una gran variedad de textiles, incluso estaban colocadas las telas, ordenadas por colores, de claros a oscuros.

Estaba conmocionada, ni en sus mejores sueños...

Jaime la sacó de su letargo, la besó con dulzura y, susurrante, porque no quería romper la magia del momento, dijo:

—Y aquí —abrió las puertas correderas—, está el cuarto de juegos

de nuestros futuros hijos.

Rebeca se abrazó a Jaime y lloró sin reprimirse... las lágrimas de felicidad no podían esconderse.

La sorpresa le había llegado al alma, ahora sí estaba plena. Jaime era el único que podía llenarla de tal manera.

Después de un concienzudo repaso, decidieron continuar investigando. Subieron las escaleras y miraron todos los dormitorios. Y al llegar al principal, la sonrisa pícara de Jaime anunciaba que iban a estrenar cama.

Beca negó con la cabeza y, muy seductora, comentó:

—Todavía no hemos terminado...

—Yo creo que sí —dijo, tajante, Jaime, porque le importaba un bledo el

resto del mundo, solo quería a Beca en la cama que tenían delante.

Pero Rebeca se hizo atrás y, con una gran maestría, consiguió que Jaime la siguiera.

Subió el último tramo de escaleras, que llevaban directamente a la buhardilla, y se quedó de espaldas pegada a la puerta, permitiendo que Jaime la sujetara con las dos manos de la cintura.

—Esta habitación podría esperar...
—protestó Jaime.

—A mí me parece que no
—respondió torciendo el labio, y abrió sin cambiar de posición, así vería el rostro de Jaime antes que el interior.

Cuando a Jaime se le demudó el

rostro, Beca supo, incluso sin mirar, que aquel lugar acaba de llegarle al alma.

Jaime entró con los ojos agrandados, casi sin respiración. Su chica acababa de darle la sorpresa de su vida, pues esa habitación, pensada para él, demostraba que Beca y él estaban hechos el uno para el otro, porque cada uno de ellos siempre tenía en mente poder hacer feliz al otro.

Rebeca siguió a Jaime, este no paraba de mirar todo totalmente atónito.

Habían dos sofás, con forma de coche, justo enfrente, una televisión de plasma de sesenta pulgadas. Rodeada de todo tipo de detalles, parecía estar en los boxes de la escudería *Ferrari*. Con varios cascós, daba la sensación de

estar en contacto con los pilotos. Al fondo, una nevera bien provisionada de bebidas, para que no se tuviese que molestar en bajar a la cocina. Justo al lado, dos asientos preparados, con volante y pedales, encarados a otra televisión, para jugar directamente a la consola. Aquello era extraordinario.

—Está perfecto, ¿verdad? —preguntó Beca sin dejar de mirar el entorno.

—No —respondió Jaime muy tajante. Beca giró la cabeza rápido para mirarlo. ¿Acaso no le gustaba?

—¿No?

Jaime negó con la cabeza, se acercó lentamente a ella, llevó una mano a su mejilla y dijo:

—Para estar perfecto le falta un

detalle.

—¿Cuál? —preguntó curiosa.

—Tú... desnuda.

Y ya no hablaron más, se besaron, se desnudaron e hicieron el amor en uno de los sofás con forma de auto.

Al terminar, mientras Beca se quedaba pegada al pecho de él, y este la sujetaba con fuerza, en un suspiro, habló Jaime.

—El día que este sofá se rompa, lo guardaremos en el trastero.

—¿Por?

—Porque es el primer lugar donde hemos hecho el amor en nuestra nueva casa. Y te aseguro que no pienso olvidarlo.

Rebeca lo miró sorprendida, Jaime no

era un hombre de decir cosas bonitas, y ese detalle la conmovió.

—Esta casa es muy grande para dos —afirmó Beca, porque estaba acostumbrada a compartir casa con sus hermanos.

—Entonces, tendremos que llenarla de niños —aseveró Jaime totalmente soñador. Porque él había sido hijo único y tenía muy claro que le encantaría ser padre, a ser posible, no solo de uno.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Beca sin apartar la mirada de los ojos de Jaime.

—Beca, ya no somos niños. Tenemos la edad perfecta, por mi parte, podemos ponernos a ello ahora mismo.

Ella contuvo el aliento, sabía que

Jaime quería tener hijos, era algo que habían hablado, y ella también deseaba tenerlos, pero no pensaba que ese día, esa conversación tan especial, se fuese a dar justo cuando estrenaban su nuevo hogar.

Jaime ronroneó con su nariz en la de ella.

—Si no estás preparada, esperaremos...

—No, no eso... es que... no sé...

—Beca, nos amamos, eso es lo más importante. Nos faltaba una casa, ya la tenemos. Ahora, solo nos queda vivir la vida y disfrutarla, todo lo que venga, será bienvenido.

Rebeca se estremeció, Jaime siempre tan sereno... tan atento... tan maduro...

tan comprensivo. Una vez más, dejaba en sus manos que ella tomase la decisión. Él estaba dispuesto a buscar esa familia que anhelaba, pero estaba preparado a que Rebeca decidiese si quería buscarla ahora o esperar más tiempo.

Tenía razón, lo más importante ya lo habían conseguido, que era estar juntos. Ahora, solo tocaba empezar a vivir esa nueva etapa de sus vidas y, además, con la misma meta en mente: ser padres en un futuro.

—Jaime —pronunció emocionada.

—¿Sí?

—Cállate y hazme un hijo.

Y se besaron, pues los dos querían lo mismo.

A las once de la noche, Rebeca reía, estaban sus hermanos, con cara de bobos, en la buhardilla de su nueva casa.

—¡Joder, ya sé dónde vamos a ver las carreras los domingos! —exclamó David, porque él y Jaime siempre intentaban no perderse ninguna de la *Formula 1*.

—Beca, me da que nos vas a tener mucho tiempo por aquí... —comentó Víctor, sentándose en uno de los asientos, preparado para jugar una partida con Rubén a la *Play Station*.

Jaime observó a todos. Y sí, la felicidad plena había llamado a su puerta y no pensaba dejarla escapar.

Capítulo 22

Los celos llaman a la puerta

Dallas había quedado con dos amigos, estaban en el mismo local que meses atrás había acudido con sus hermanos. Y donde cierta rubia alocada se tropezó con él.

—Me parece raro, Dallas no ha intentado ligar con ninguna tía —comentó uno de los amigos.

—Estará cansado —argumentó el otro.

—No sé, lleva un tiempo muy

extraño.

Dallas, que regresaba del baño, al llegar junto a sus amigos, se dio cuenta que hablaban de él, pues callaron en el acto.

—¿Qué ocurre? —preguntó curioso.

—Nada, comentábamos que últimamente estás algo raro... no sé, ya no eres el pica flor de siempre.

Dallas levantó una ceja.

—¿Ahora cotilleáis como las mujeres? —preguntó, incrédulo de que sus amigos estuviesen comentando algo así.

Los dos amigos se encogieron de hombros y acabaron los tres riendo.

Una hora más tarde, sus dos amigos habían ligado y estaban despidiéndose,

Dallas, que estaba a punto de marcharse también, vio a Estrella y decidió quedarse.

La observó durante un rato, verla sonreír y bailar era toda una diversión para Dallas. Claro que cuando un hombre, moreno, alto y demasiado atractivo para el gusto de Dallas, esa diversión se evaporó.

Resopló un par de veces, maldita la hora que no se apuntó con su hermana Beca a las clases de baile. Porque ahora no estaría ahí, viendo cómo otro sujetaba a Estrella por la cintura mientras bailaban un merengue... o lo que fuese. Porque no entendía de bailes latinos, pero sí entendía de lo que era restregarse. Y aquel sujeto llevaba toda

la maldita canción haciéndolo.

Sacó su móvil, porque se dio cuenta que Estrella llevaba el suyo en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero. Con suerte, lo llevaría en vibración, porque las veces que se habían visto, ella así lo tenía. También quería averiguar si ella era realmente de fiar. Porque él había aceptado la exclusividad y, hasta ahora, no había desconfiado de ella. Pero verla bailar con ese elemento ya no lo tenía tan claro.

¿Qué tal tu noche de sábado?

Sonrió al ver el gesto de Estrella, que se llevó la mano al trasero, seguramente,

al notar la vibración. Pero la sonrisa desapareció, porque ella no lo cogió de inmediato, esperó hasta terminar la canción.

Divertida.

¿Qué, estás con tus amigas?

Sí.

¿Solas?

*No, nosotras y unas cien personas
más.*

*¿Y en esas cien personas, también
hay hombres?*

A ver... déjame mirar... sí, unos cuantos, sí.

Dallas sonrió, de momento era sincera y, además, al observarla, pudo ver como miraba por todo el local, tal como había puesto en el mensaje.

«Eres única».

El hombre que había bailado con Estrella se acercó de nuevo a ella, la cogió de una mano y tiró de ella para que se uniese a él de nuevo y bailar.

Dallas, que seguía observando, se sintió molesto... muy, muy molesto. ¿Quién era ese tipejo? Le jodía que se entrometieran entre ellos. Y con los celos instalados en su ser, sin querer

admitirlo ni ser consciente de ello, mandó un nuevo mensaje.

Dile a ese idiota que no moleste o acabará con un ojo morado.

Estrella se sorprendió. «¡Está aquí, y está celoso!», fue lo primero que le vino a la mente.

Dally... Dally... Dally... eres abogado, no puedes ir dando golpes a la gente. Además, no te va el papel de chico malo.

A Dallas le gustó que ella usase su diminutivo, solo dos personas lo llamaban así, su hermana y su madre.

Pero no estaba para tonterías, porque aquel idiota se puso delante de ella, privándole a él de mirarla.

Guardó su móvil y se dirigió hacia allí sin pensar. Al llegar donde Estrella se encontraba, justo por detrás, de un tirón, la hizo girarse, juntó su frente a la cara de ella y siseó.

—¿Estás segura?

—Mmm... no, pero ha merecido la pena comprobarlo.

Y Dallas la besó con posesión, dejando claro que él estaba allí y el otro podía irse a tomar viento.

—¿Qué hubiese pasado si no llego a aparecer? —preguntó escrutándola con la mirada.

—Que habría bailado un par de

canciones y me hubiese marchado a mi casa.

—¿Sola?

La pregunta en parte gustó a Estrella, porque daba a entender que Dallas estaba celoso. Pero, por otra, era una pregunta molesta, porque él no se fiaba de ella.

—¡La duda ofende! —respondió enojada.

—¿En serio? —insistió él también molesto.

—¡Pues sí! Se supone que tenemos un trato. Si tú decides acostarte con otra mujer, se acabó el trato...

—Pero no soy yo el que estaba restregándose con otra mujer, eras tú la que lo hacía con *uno* —replicó,

pronunciando con desprecio al idiota que había bailado con ella.

—¿Restregándome? ¡Por favor, solo estábamos bailando! —No se podía creer que Dallas lo pensara.

—¿Ahora se llama bailar a eso? —pronunció muy alterado.

Estrella lo miró con desafío y se puso a reír, descolocando a Dallas por completo.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—De ti —respondió risueña, consiguiendo que el abogado se relajara.

—¿Y eso por qué? —preguntó con un tono de voz bajo.

—Porque no sabes bailar —sentenció y llevó sus manos hasta los hombros de él—. Pero sé de primera mano que eres

fantástico haciendo otras cosas.

Dallas por fin sonrió, esa muchacha podía con él. Igual estaban discutiendo, que, de pronto, solo quería besarla.

Y como la segunda opción le gustaba más que la primera, acercó sus labios a los de Estrella y volvió a besarla de esa manera tan pasional y ardiente que solo él era capaz de hacer. Y sin perder tiempo, salieron de allí, para dirigirse al apartamento de ella.

De nuevo, el sexo entre ellos fue salvaje, Estrella sonreía plena. Dallas había demostrado, esa noche, más de lo que ella esperaba. Igual su desafío llegaba a buen puerto. Como decía su amiga Ariadna cuando intentaba animarla: «Torres más altas han caído».

—Estrella —pronunció mientras acariciaba la espalda de ella.

—¿Sí?

—La exclusividad —Estrella aguantó la respiración—, es cosa de dos. Si tú vas a acostarte con otro...

Estrella le tapó la boca, no quería escucharlo, no en ese momento.

—Ese era el trato.

Dallas asintió con la cabeza, se quedaron mirándose a los ojos. Los dos tenían tanto que decir y, a la vez, tanto que callar.

Estrella esperó, quería ser más sincera, hablar sin tapujos, que supiera que para ella no era un trato, que él lo era todo ahora mismo; odiaba tener que fingir que Dallas solo era un tío más con

el que irse a la cama.

Por parte de él, su mente también estaba acelerada, algo le estaba ocurriendo, no quería verla con otros. Hoy hubiese perdido las formas si aquel idiota se hubiese atrevido a algo más que bailar. Y eso no era propio de él. Tragó saliva, estaba a punto de cometer una locura: Iba a pedirle exclusividad total.

Y en el último segundo, volvió a tomar el control perdido. Se puso en pie, fue directo a la ducha y, al salir, se vistió y se despidió. Eso sí, con un beso cargado de lujuria.

—Ha estado bien coincidir esta noche.

—Sí, no ha estado mal —respondió

Estrella, intentando mantener el tipo. Porque una vez más, Dallas se marchaba de su apartamento sin decir una sola palabra que pudiese darle a ella esperanzas.

En la cocina del restaurante *El gran nido* reinaba el silencio, los empleados no se atrevían a rechistar. Por lo visto, Neill estaba de un humor de perros.

Llevaba toda la semana organizándolo todo para poder escaparse a París, donde Tara se encontraba. Pero ella le había dado unas cuantas excusas para que no hiciese ese viaje. Eso ya mosqueó al chef, pues parecía que ella no quisiera verlo. Para colmo, llevaba todo el día sin localizarla, consiguiendo

que su estado de ánimo se notara. Los celos habían llamado a su puerta, era una sensación rara... amarga... angustiosa... Y él, hasta el momento, no había desconfiado de Tara. Pero ver, ahora, a su hermano Malcom, que estaba tan seguro y enamorado, hecho una mierda, sin levantar cabeza, consiguió que una alarma interior se disparara.

—¡Qué coño es esto! —bramó, levantando una verdura y fijando su mirada en el responsable de la compra.

—Es un calabacín... —intentó aclarar sin éxito el empleado.

—Este restaurante no sirve cualquier vegetal —gritó sin necesidad, pues el empleado estaba a dos pasos—. ¿Vas a decirme que esto es con lo que solemos

trabajar?

Puede que en cualquier otro restaurante un calabacín solo fuese eso. En *El gran nido*, todas las verduras eran bien seleccionadas. El propio Neill había recorrido media España para encontrarlas. Y desde hacía más de seis años, sus verduras se las distribuían de un invernadero familiar de la provincia de Almería, más concretamente de El Ejido.

—Nos quedamos cortos y tuvimos que... —quiso explicarse el empleado.

—¿Me estás diciendo que nos hemos quedado faltos de existencias? —preguntó con una entonación que consiguió hacer temblar a la mitad de la plantilla.

—Nunca nos había pasado...

—¡Exacto, nunca! —berreó, porque hoy no estaba de humor. Y él no había llegado tan lejos por trabajar con cualquier producto. Si su restaurante tenía dos estrellas Michelin, desde luego no era por dormirse en los laureles y mucho menos por trabajar con frutas y verduras de baja calidad.

Respiró, cerró los ojos y antes de tomar una decisión drástica, porque en caliente era mejor no actuar, fue tajante.

—Llama a Encarni Barragán —que era la encargada del invernadero—, y aumenta el pedido de esta semana, porque *esto* —lanzó el calabacín que llevaba en la mano a la basura—, en este restaurante, no se sirve.

El empleado asintió y se dirigió a su puesto de nuevo.

—Chef, deberías relajarte, o conseguirás que, a tu edad, te dé un infarto —pronunció Tara justo detrás de Neill.

Este se dio la vuelta, la miró y al ver la sonrisa de su chica, sintió como si le quitasen kilos de encima.

Como él no reaccionaba, Tara levantó los brazos y, con una entonación risueña, dijo:

—¡Sorpresa!

Neill no necesitó más, se posicionó justo delante de ella, con un solo brazo la rodeó por la cintura y con el mínimo esfuerzo la alzó hasta que sus labios se encontraron.

—No vuelvas a hacerlo —dijo serio nada más separar sus labios.

—¿Darte una sorpresa?

—Sí, si con ello me haces creer que no te importaba verme.

Tara acarició las mejillas del chef, no fue su intención, pero para sorprenderlo, necesitaba hacerle creer que estaría demasiado liada como para poder estar con él ese fin de semana.

—Neill, llevo quince días soñando con abrazarte de nuevo. Por favor, no te enfades, disfrutemos de este momento.

Y para qué decir más. A Neill se le evaporó el malestar que llevaba sufriendo desde el día anterior. Tara tenía razón, debían aprovechar cada segundo, ya que no podían permitirse el

estar todo el tiempo que deseaban juntos.

—Tienes razón, perdóname...

—Mmm... déjame pensar —comentó risueña—, de momento, y mientras pienso si te perdono o no, vas a invitarme a cenar.

Neill sonrió, ella tenía ese poder sobre él. Y, encantado, se quitó el delantal, el gorro y pidió al *maître* que prepararan uno de los reservados para cenar ellos solos sin ser molestados.

Faltaba el postre, Tara observaba la carta con atención. Neill había ido un momento al baño.

El camarero que los atendía, al ver la expresión de Tara, preguntó.

—¿Sucedre algo?

—¿Desde cuándo está este postre en la carta? —preguntó con el corazón acelerado.

—Desde el mes de septiembre.

Tara asimiló la información; con los ojos brillantes, le pidió que le sirviesen uno.

Neill tomó asiento, pero antes de hacerlo, al pasar por detrás de ella, la besó en el cuello.

—¿Qué te ocurre? —se interesó alarmado, porque Tara daba la impresión de que iba a llorar. Y le sujetó las manos.

—¿La Flor de Tara? —preguntó en un hilo de voz.

Neill levantó una ceja, no entendía por qué... Sonrió de medio lado, ahora

lo comprendía todo.

—Sí, añadí ese postre en tu honor.

Tara acarició las manos de Neill.

—En septiembre...

—Sí, como verás, me dejaste huella

—afirmó, porque desde que cenaron juntos la primera vez, no había podido sacarla de su cabeza.

Ella lo besó con cariño, y Neill no pudo resistirse, estaban solos, le importaba poco que su camarero entrara a dejar los postres. La levantó y la sentó en su regazo justo cuando el empleado entraba para hacer su trabajo.

Se dio la vuelta dispuesto a marcharse.

—Andrés, que no nos moleste nadie

—pronunció sin apartar los ojos de la

mujer que tenía entre sus brazos.

—De acuerdo —respondió el camarero, cerrando la puerta y asegurándose de avisar al *maître*, porque, conociendo a Neill, más valía que, incluso con un incendio, no se le ocurriese a nadie entrar en ese reservado.

Neill cogió la cucharilla y la llevó directamente a la boca de Tara.

—Mmm... está buenísimo —dijo relamiéndose los labios.

—Para serte sincero, prefiero el sabor original.

Y besó a Tara con sentimiento, con afecto, con ternura.

—¿Y yo tengo sabor a vainilla? —preguntó, porque el postre *La Flor de*

Tara, llevaba esencia de vainilla. Ella, como buena crítica culinaria, sabía diferenciar muchas texturas, aunque estos no se nombrasen en la descripción del postre.

—No, tu sabor es imposible de plagiar y tampoco lo haría, no quiero que nadie te saboree excepto yo —la respuesta le hizo ganarse un beso—. Pero siempre desprendes cierto aroma a vainilla.

Tara sonrió y afirmó enérgica, que *Neill*, antes de salir con ella, justo el único día que estuvieron juntos, se hubiese percatado de ese detalle, decía más de lo que hasta ahora había pensado. Sí, él decía que se había enamorado ese mismo día, y ella, hasta

hoy, pensaba que lo decía para contentarla. Pero no, el que hubiese creado un postre con su nombre y con toque de vainilla era que sí se enamoró cuando él decía.

—Siempre uso gel con aroma a vainilla.

Neill la levantó y la sentó de nuevo sobre él, poniéndola a horcajadas.

—Pues teniendo en cuenta que se acaba de convertir en mi sabor favorito —empezó a desabrocharle la camisa—, quiero probarte entera.

Tara se carcajeó, Neill, cuando quería, era capaz de convertirse en el hombre más seductor del planeta.

—Neill, pueden vernos —dijo excitada y temerosa.

—No se atreverá a entrar nadie.

—Pero... desde fuera... —insistió Tara, porque el reservado estaba rodeado de una cristalera enorme que daba al jardín exterior del restaurante.

—Como comprenderás... —lamió un pecho— Soy el primer interesado... —se entretuvo con el seno derecho— en que nadie te vea desnuda... —Trazó un sendero con su lengua, desde el pecho hasta la barbilla—. Desde fuera no se ve nada, es espejo.

Tara sonrió, apresó la boca de Neill, ahora, solo deseaba una cosa, y ese hombre se lo iba a dar. Así que se dejó llevar por la pasión.

Capítulo 23

Es hora de ver la luz

El jueves por la tarde, los hermanos Irwin, sentados en el salón del hogar de su hermana, esperaban a Malcom. Habían estado tres días ayudando a Beca y Jaime con la mudanza. Pensaron que al vivir cerca y tenerlo todo nuevo, no sería costosa, pero se dieron cuenta la cantidad de cosas que esos dos, habían acumulado durante años.

—Malcom empieza a preocuparme de verdad —comentó Rubén.

—Ya ha pasado un mes, y apenas le vemos el pelo. Está haciendo más guardias que nunca. Se presenta voluntario... —argumentó Víctor.

—Démosle un poco de tiempo —intervino Javier.

Rebeca torció el labio, conociendo a Malcom, no lo iba a superar tan fácilmente.

Jaime permaneció callado, solo escuchando. Aunque sí sabía que tenía que hablar con Malcom. Ese hombre merecía ver la luz.

Dallas rodeó a Rebeca por detrás y apoyó la barbilla en su hombro derecho.

—Pequeñaja, ya lo tienes todo.

Rebeca sonrió satisfecha, era cierto, ahora sí lo tenía todo. Esa noche ya

dormirían allí sin tener que regresar al gran nido.

Dio un par de palmaditas a las manos de Dallas. Y se dio cuenta de un grandísimo detalle. Acababan de tener una reunión familiar. La primera en su casa. Miró a Jaime, y este, conociéndola, le guiñó un ojo, porque sabía que ella lo estaba pensando.

Malcom llegó y fue directo al sofá, estaba agotado.

—Estoy muerto —informó, aunque sus hermanos ya lo habían visto nada más verlo entrar. Esas ojeras en su rostro lo confirmaban.

—Deberías bajar el ritmo, no sé por qué tienes que hacer tantas guardias —comentó Neill.

Malcom no respondió, y Rebeca intentó cambiar de tema, puesto que su mellizo no estaba para discutir con nadie, y sabía que si continuaban por ahí, al final, ocurriría.

—Porque está ganando dinerito extra... dentro de poco es nuestro cumple, y sé que me va a hacer un mega regalo.

Malcom sonrió y le dio un toque con la cabeza, ya que estaban sentados juntos.

—¿Eso es una indirecta, Beca?
—preguntó Dallas risueño.

—No, solo os informo, porque dentro de un mes tenéis que rascaros el bolsillo.

Rieron, porque Rebeca hizo un gesto

cómico. Aunque para ser francos, nunca se les había pasado por alto el cumpleaños de su hermana. De hecho, cuando estuvo interna en el psiquiátrico, mandaron sus regalos, incluso sabiendo que no los dejarían entrar a verla.

Se despidieron todos, excepto Malcom, que quería pasar más tiempo con Jaime y su hermana. Llevaba un mes y pico casi sin verlos, porque, como dijo Víctor, se había apuntado voluntario a todas las guardias que le fueron posibles.

Estaban en la buhardilla, Jaime y Malcom, a punto de comenzar a jugar a la *Play Station*.

Jaime había escuchado atento, sonrió y dijo:

—Tengo una buena noticia para ti.

—¿Cuál? —preguntó Malcom, girando la cabeza para mirarlo.

—Miranda no era la mujer de tu vida —aseguró convencido en sus palabras.

—Ya, el que me pusiera los cuernos... —Jaime interrumpió.

—No, no me has entendido. —Malcom soltó el volante y prestó toda su atención—. La mala noticia sería que Miranda fuese la mujer de tu vida. Significaría que, por desgracia, tendrías que conformarte con encontrar otra mujer sin que llegase a ocupar ese puesto.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó, por si estaba intentando animarlo. Aunque conociendo a Jaime,

él nunca hablaba por subir la moral a nadie.

—Porque eres capaz de concentrarte...

—Soy cirujano, Jaime, la vida de mis pacientes depende de mi concentración —aclaró, porque parecía que su amigo no había entendido su profesión.

—Algo que te agradecerán eternamente. Lo que trato de decir es que si Miranda fuese la mujer de tu vida, no podrías estar aquí conmigo... y que conste que estoy encantado —comentó rápido—. Pero cuando Beca se marchó a Portree, no podía centrarme en nada. Y no me refiero al trabajo, era imposible poder escuchar a nadie, me molestaba cualquier compañía, porque ella, y solo

Beca, era cuanto necesitaba.

Malcom respiró con resignación.

—Has comentado que el sábado estuviste con una enfermera —Malcom asintió, porque se lo acababa de contar.

—No voy a guardar luto eternamente, eso no significa que no estuviese enamorado.

—Desde luego que no, pero si fuese la mujer de tu vida, te aseguro, Malcom, que estarías de luto más de lo que quisieras. Comprendo que estés dolido, ¡ya lo creo que sí! Pero ese dolor que tienes ahora, más bien es rabia. A nadie le gusta ver como la mujer a la que quieres es capaz de liarse con otro. Yo lo pensé hace años, viví convencido que tu hermana me había engañado, aun así,

fui incapaz de pasar el rato con ninguna otra durante un año. Y comprendo que pienses que Miranda era esa mujer, pero te he escuchado y te garantizo que lo que tú tienes no es dolor de corazón, y eso, amigo mío, es la buena noticia. Que ella no es la mujer de tu vida. Lo sabrás el día que la encuentres, porque con una sola mirada, tu corazón se acelerará de nuevo. Y ojalá sea la definitiva, porque te voy a ser franco; nadie me ha hecho latir el corazón como Rebeca. Puedes acostarte con las que quieras, pero solo una conseguirá que tú encuentres la felicidad plena.

Malcom intentó asimilar las palabras de Jaime. ¿Y si tenía razón? Era la primera novia que tenía. Siempre había

estado centrado en los estudios y luego su trabajo. Miranda era la primera mujer a la que había abierto su corazón. Igual, en alguna parte, estaba otra mujer esperándolo, y su corazón latiría con fuerza de nuevo.

Le dio un apretón en el hombro, se giró y volvió a tomar el mando del volante para comenzar la partida.

—Esperemos que tengas razón, aunque, ahora mismo, soy incapaz de fiarme de una mujer —aseveró mirando la pantalla.

Jaime sonrió de medio lado.

—Lo harás cuando aparezca.

Susana estaba desesperada, los gritos de Lorena y su acompañante no la

dejaban dormir.

Suspiró resignada, aunque con una idea en la cabeza. Mañana empezaría a buscar un apartamento. Ahora ya tenía trabajo, un buen sueldo y podía permitirse vivir sola.

Lo único que odiaba en ese momento era que ese hombre, que estaba haciendo gozar a su compañera de piso, era Víctor. Tres horas antes, él había pasado a recogerla.

A las siete en punto, se levantó, fue directa a la cocina, necesitaba café urgente.

—Hoy me he puesto unos calzoncillos —dijo una voz masculina desde la puerta de la cocina.

Al girarse, sintió alivio, era Ricky.

—Un detalle por tu parte.

—¿Oye, tú siempre te levantas de tan mal humor? —preguntó el rockero.

Susana pensó en Lorena, en la charla que tuvieron el otro día. A pesar que era una gran rival con Víctor, su corazón habló por ella.

—¿Alguna vez has querido a Lorena?

La pregunta dejó descolocado al hombre que tenía delante.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—La que deberías hacerte antes de seguir jugando con esa mujer.

—Lo que hay entre ella y yo creo que no te concierne...

Susana sabía que tenía razón, no debería meterse en la vida de nadie, pero la imagen de Lorena llorando...

triste... desesperada... y rota en su cabeza le dieron fuerzas para continuar.

—¡Eres un auténtico egoísta! Juegas sucio con ella, sabes de sobra que tienes poder sobre Lorena. —Ricky permaneció en silencio—. Conseguiste tu sueño dejando atrás a la única mujer que te quería cuando no eras nadie. Vives tu vida como quieres, eso sí, sin dejar que ella viva la suya. ¿No crees que tiene derecho a vivir tranquila?

—¿Y yo le prohíbo a hacerlo? —preguntó incrédulo total.

—Sí, y tú también lo sabes.

Ricky hizo amago de darse la vuelta, pero Susana lo retuvo cogiéndolo del brazo.

—Si alguna vez te ha importado algo,

deja que viva su vida. Se merece encontrar un hombre que la ame. Si tú sigues metiéndote en su vida, no podrá encontrarlo. Te importó poco dejarla sin pensar que para ella tú lo eras todo. ¡No la amaste!, fuiste un completo egoísta. Solo pensaste en ti y tu carrera. Va siendo hora que dejes que otro hombre le dé lo que tú le quitaste.

—¿Qué le quité yo?

—Sus sueños y la felicidad plena.

Ricky se zafó de su agarre, mirándola con rabia. Se dio la vuelta y se metió de nuevo en el dormitorio de Lorena.

Capítulo 24

Situaciones incómodas

Dallas estaba besando a Estrella como venía siendo habitual, con mucho ardor, en el sofá. Estaban desnudos y preparados para follar como locos, porque así era como lo hacían cada vez que quedaban.

Justo cuando él estaba a punto de introducir su pene, la puerta se abrió y se escuchó la voz de una mujer.

—¡Uiss, perdón!

Dallas, como un resorte, se puso en

pie, pero al ver a una anciana, se tapó con un cojín.

—¡Carmen! —gritó Estrella más roja que un tomate.

—Seguid, seguid como si yo no estuviera.

Dallas miraba a la mujer, luego a Estrella, era la situación más incómoda que había vivido nunca. Totalmente en bolas delante de una vieja.

—Lo siento, cariño, pero me he quedado sin azúcar y sabes que si no me tomo mi vasito de leche, no duermo.

Estrella se quedó sentada en el sofá, cubriéndose también con otro cojín.

La mujer, como si estuviese en su casa, fue directa a la cocina mientras hablaba en voz alta.

—Aunque ya tenía ganas de ver la cara... y lo que no es la cara, al joven que está haciendo tan feliz a mi Estrella.

—¡Carmen! —protestó la aludida.

Dallas no sabía qué hacer, así que, con un movimiento rápido cogió su calzoncillo y se lo puso a una velocidad récord.

La mujer, con el azucarero en la mano, salió de nuevo al salón, los miró y sonrió.

—¡Ay, juventud, divino tesoro! Disfrutad de la vida, que cuando os deis cuenta, ya seréis tan viejos como yo. — Y salió sin decir adiós.

Dallas, atónito, miraba la puerta.

Estrella se mordió el labio inferior, buscando la manera de disculparse por

su vecina.

—Es Carmen, mi vecina...

—¿Tiene tus llaves? —preguntó sin dar crédito.

—Sí, y yo, las tuyas.

—¿Por qué?

—Porque es una mujer mayor, no tiene familia. Un día me pidió que si no la veía, entrara en su casa...

—¿Y entra aquí sin avisar?

—Normalmente, cuando no estoy, si necesita algo. Supongo que pensaría que estaba ya en la cama dormida.

—Nos ha visto... —no le salían las palabras, es que era totalmente vergonzoso.

—Desnudos —terminó la frase Estrella, aguantando la risa, porque ver

a Dallas tan apurado era muy divertido.

—¡Joder, además, empalmado!

Estrella no pudo más y se carcajeó, Dallas la miró muy irritado.

—¡Yo no le veo la gracia!

—Dallas, por favor, Carmen tiene noventa años, le acabas de alegrar la vida —argumentó muerta de risa, consiguiendo que el abogado se relajase. La miró con desafío y al final sentenció.

—A ti sí voy a alegrarte la vida.

Y se acercó a ella, tumbándola de nuevo; seguidamente, se quitó el bóxer que estaba oprimiendo su erección.

—Por suerte para ti, no voy a perder tiempo colocándome otro condón.

Estrella volvió a reír, porque cuando

Dallas se puso el calzoncillo, vio su cara de dolor.

—Por un momento he llegado a pensar que Carmen quería quedarse a mirar —bromeó Estrella.

Dallas puso los ojos en blanco al pensar en la escena.

—Si no quieres que esto se me baje —señaló su erección—, más vale que no vuelvas a nombrarla.

—¿No te gustaría que te mirasen? —preguntó muy seductora.

—¿Una mujer de noventa? ¡No! —respondió tajante, consiguiendo que Estrella, de nuevo, riera.

—Vale, entonces, no la invitaré a unirse a nosotros para hacer un trío. —Dallas cerró los ojos, no quería

imaginar algo así—. Una pena, creo que le has despertado la libido que tenía muerta desde hace veinte años.

—Estrella... ¡Cállate!

Dos horas más tarde, Dallas no paraba de darle vueltas a la cabeza, tenía una proposición que hacerle a Estrella. El próximo viernes, su bufete tenía preparada una fiesta de aniversario. Todo el mundo iba a acudir acompañado.

Giró la cabeza para hablar con ella e invitarla, pero al verla dormida, sonrió. Tenía una sonrisa hipnotizadora, ¿qué estaría soñando?, se quedó un buen rato sin hacer nada, excepto mirarla. Y llegó a una conclusión, egoísta por su parte, desde luego, pero tanto le daba. No

pensaba compartir la vitalidad... chispa... encanto... alegría... y sonrisas de Estrella con los estirados de su bufete. Conociéndolos, intentarían acapararla el mayor tiempo posible, y no estaba dispuesto a compartirla con nadie. Lo volvían loco las risas y sonrisas de esa loca muchacha que tenía acostada a su lado en la cama, por lo tanto, las quería solo para él.

Le depositó un beso en la frente con dulzura, el típico beso que era incapaz de entregarle cuando estaba despierta. Se levantó, se vistió y se marchó.

Había llegado el viernes, y Estrella estaba contenta. Los lunes, miércoles y viernes, se habían convertido en los días

más esperados de la semana.

La suerte era que los viernes, Dallas no llegaba a las nueve, sino a las once, porque era el único día de la semana que se quedaba a dormir toda la noche.

Le apetecía comida china, así que bajó a la calle y se dirigió a su restaurante chino favorito. Una pena que Dallas no cenara con ella, porque así le llevarían el pedido a casa.

Recorrió cuatro calles, esperó su pedido y con la bolsa en la mano se disponía a regresar a su casa.

Al pasar por delante de la puerta del hotel *Palau de la Mar*, vio a Dallas y sonrió como una tonta. Ese hombre la ponía cardíaca y, para colmo, llevaba puesto un traje chaqueta gris perla que le

quedaba a la perfección.

—Hola —saludó contenta.

Dallas se dio la vuelta y la vio, sonrió también, pero antes de poder decir nada, una mujer llegaba hasta ellos.

—Ya está, Dallas, era una llamada sin importancia —dijo la mujer que acompañaba al abogado—. ¡Anda, Estrella, hola!

Estrella intentó aguantar la sonrisa, al igual que quería ocultar su malestar de ver a aquella mujer agarrando del brazo a Dallas, en sus narices, sin importarle que ella lo estuviese mirando.

—Hola, Beatriz, ¿qué tal?
—pronunció con educación, aunque por dentro se la llevaban los demonios.

Se conocían, puesto que era la tía de

uno de sus alumnos. Acudía en contadas ocasiones a recoger al pequeño.

—Bien, aquí, encantada de que Dallas me haya invitado a la fiesta de aniversario de su bufete —se inclinó hacia ella, intentando tener una pequeña complicidad—. Esto estará lleno de abogados importantes —susurró. Regresó a su posición y, guiñándole un ojo, remató la frase—. Claro que al más importante y seductor lo llevo yo al lado.

Estrella sintió mil puñaladas, la miró de arriba abajo. Beatriz iba muy elegante, además, era una mujer preciosa, llena de curvas y con una delantera que haría girar la cabeza a cualquier hombre.

—Pasadlo bien, estoy segura que os divertiréis mucho —atinó a decir, aguantando el tipo, delante de la brillante pareja.

—Gracias, estoy segura que así será —respondió Beatriz con una sonrisa de oreja a oreja, sin ser consciente que Estrella estaba rota por dentro.

Llevaba veinte metros, cuando las manos de Dallas la sujetaron por el hombro.

—Estrella...

—¿Qué quieres, no te están esperando? —preguntó mirándolo directamente a los ojos.

—Tan solo es una cena de empresa —reconoció, porque no era más que eso.

Estrella subió los hombros, dando a entender que le daba lo mismo. Bien idiota había sido al creer que Dallas empezaba a sentir algo por ella.

—No es asunto mío —sentenció y se zafó del agarré de las manos de Dallas—. ¡Que te diviertas!

Y se marchó sin dejar que él dijese una sola palabra.

Dallas la vio alejarse, sintiéndose un completo idiota.

En cuanto Estrella llegó a su apartamento, llamó por teléfono a su amiga Ariadna.

—*No llores, Estrella, hazme caso.*

—No puedo, Ari, es que siento tanto dolor... —dijo retorciéndose en el sofá—. La culpa es mía, sabía que esto

llegaría a pasar.

Ariadna no sabía cómo tranquilizarla, pero sí sabía qué decir para que su amiga no lo viese todo de color negro.

—*Escúchame bien. Es posible que estés equivocada, piénsalo bien, Dallas ha ido a darte una explicación.*

—¿Y?

—*En Noche Vieja, hicisteis un trato*—Ariadna era la única que lo conocía—. *Y él no tenía por qué darte hoy ninguna aclaración, ¿no?*—intentaba razonar para que Estrella lo entendiera.

—Eso no significa que no me duela.

—*Lo sé, pero dime una cosa, ¿crees que él ha roto ese acuerdo?*—preguntó con voz tranquila. Esperó la respuesta.

Estrella estaba pensándola demasiado.

—¿Quieres saber lo peor de todo? Soy tan idiota, que incluso viéndolo con otra, no desconfío de él —afirmó, porque creía conocer tanto a Dallas, que era imposible creer que ese hombre fuera a faltar a su palabra. Era, con diferencia, la persona más respetuosa y con convicciones morales tan fuertes que jamás había conocido.

—*No eres idiota, Estrella, solo una mujer enamorada.*

Hablaron durante una hora, hasta que Estrella ya se sentía más animada.

—*¿En serio os pilló Carmen?*
—preguntó muerta de risa.

—Sí, estoy segura que le subió la tensión, porque al día siguiente estaba

mala.

Rieron un rato, consiguiendo que Estrella olvidase ese encuentro de Dallas y Beatriz.

A las once, se metió en la cama, hoy no esperaba ver a Dallas, así que se fue directa a intentar dormir.

Llevaba casi un cuarto de hora, cuando el telefonillo sonó. Se sobresaltó, pero, sin pensarlo, fue a ver de quién se trataba.

Cuando escuchó la voz de Dallas, su corazón se aceleró sin medida.

Mientras él subía las escaleras, porque en su edificio no había ascensor, se miró en el espejo que tenía en la entrada; por suerte, no quedaba rastro en sus ojos de haber llorado.

Abrió la puerta, y Dallas, sin saludar siquiera, acunó su cara con fuerza, la misma que utilizó para besarla.

—Se me ha hecho la cena eterna —confesó.

Y no mentía, necesitaba verla, tocarla, sentirla. Había pasado las dos horas pensando que Estrella podía estar molesta, y al llegar, negarle la entrada.

Al escuchar el sonido de la puerta abriéndose, sintió desaparecer esa desazón que luchaba en su interior.

Estrella se aferró a él, y cuando la subió en brazos, apoyó la barbilla en su hombro.

—Pensé que hoy no vendrías.

—Estrella, hazme un favor... —paró a un paso del dormitorio, echó la cabeza

atrás para mirarla a los ojos—. No pienses tanto.

Y aunque Estrella no entendió el significado, sonrió, regalándole ese momento especial, el que deseaba ver cada día. La sonrisa de Estrella se estaba convirtiendo en una adicción.

Pero ese «no pienses tanto», implicaba mucho más, Dallas intentó, con esa frase, que ella no dudara de él. Que no había necesidad de pensar tonterías, porque ahí estaba, ¿no? Pudiendo estar de fiesta con otra mujer, había decidido estar con ella.

Una vez en la cama, mientras se desnudaban, Dallas sintió curiosidad, necesitaba una respuesta.

—¿Has desconfiado de mí?

—preguntó serio, escrutando el rostro de Estrella.

—No. Dijiste que cuando quisieras poner fin...

—Quisiéramos —corrigió el abogado.

—Cuando quisiéramos poner fin —repitió—, lo avisaríamos antes de acostarnos con otra persona.

Dallas asintió, y sin que Estrella lo supiese, acababa de conseguir que él, con esa respuesta, sintiera una conexión todavía más especial con ella.

—Bien, porque no soportaría tu desconfianza.

Y la besó con tanto ímpetu, que Estrella se sintió desfallecer.

Víctor estaba en un pub de la *zona del Carmen*, mirando a una rubia que, últimamente, lo traía por la calle de la amargura. No entendía que Susana no quisiera tener una cita con él.

Se acababan de encontrar por casualidad.

—Vaya, justo llegas cuando ya me voy —comentó Susana.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó curioso, por si había alguien esperándola.

—Porque esta semana he dormido poco y estoy agotada —respondió. También era cierto, las noches que había pasado Ricky por el apartamento, más el trabajo, que la tenía absorbida, porque tenía varios proyectos empezados, se

sentía consumida.

—Ah... si quieres puedo acompañarte...

—¡No, no! —respondió tan tajante, que Víctor levantó una ceja.

—¿A qué viene esa negativa tan rotunda?

—Es que... bueno... no... ya sabes... no... —titubeaba, nerviosa. ¿Cómo decirle que igual se encontraban con Lorena y la estrellita del rock?

Víctor, que continuaba con la ceja levantada, esperó la respuesta y en vista de que no llegaba, tomó partido.

—He dicho acompañarte, no que vaya a meterte en la cama.

Susana agrandó los ojos, ¿se estaba burlando de ella?

—¡Ya quisieras tú!, pero no, tengo quien me deja satisfecha —respondió en un acto de valentía, porque Víctor siempre tenía el poder de ponerla demasiado nerviosa como para hablar con coherencia.

—¿En serio? —preguntó algo molesto. ¿Había encontrado novio? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué le molestaba tanto?

Al ver que se sonrojaba, sintió todavía más curiosidad, y al notar que apartaba la mirada, se dio cuenta. ¡No hablaba de un hombre!

Se puso a reír con descaro, algo que molestó a Susana por sentirse pillada.

—No sé de qué te ríes.

—Estás diciendo que tienes un

aparatito sexual en casa que te deja satisfecha, cuando puedo asegurarte que yo podría hacerlo mucho más... Así que sí, me río porque no comprendo que una mujer como tú tenga que usar esas *mierdas* —confirmó entre molesto e incrédulo.

Susana, entre que llevaba alguna copita de más y que Víctor le hacía decir cosas sin pensar, respondió tajante.

—Porque no soy mujer de ir de cama en cama. Así que mientras no encuentre un hombre que me quiera como plato único —soltó como indirecta por la conversación del otro día—, ese *aparatito*, como tú lo llamas, me seguirá dejando satisfecha.

Víctor no estaba dispuesto a seguir escuchando, por lo tanto, se acercó a ella sacando todas sus armas seductoras.

—No me irás a decir —comentó, aproximándose lentamente, y ella dio un paso atrás—, que tu juguete —dio un paso más, Susana se quedó paralizada—, puede conseguir lo que yo podría darte.

Susana tragó saliva, pues él alzó la mano, la cerró y dejó el dedo índice y corazón rectos.

—¿Qué hay de las expectativas? —susurró en su oído, llevando sus dedos hasta la frente de Susana—. ¿Crees que ese aparato puede hacer esto?

Rozó con los dedos su frente, pasando

lentamente desde la sien, recorriendo la mejilla, hasta llegar a su barbilla. Mientras él con mucha lentitud se posicionaba justo detrás de ella.

Susana cerró los ojos, porque esa caricia, tan estimulante, del hombre que estaba haciéndole perder la razón, la estaba excitando.

—¿Crees que puede sentir la suavidad de tu piel? —musitó, con mucho deseo.

Y sus manos siguieron trazando un reguero de calor en la piel de Susana. Bajó por el cuello, casi sin tocarla, solo por provocar excitación y deseo. Deslizó lánguidamente los dedos hasta llegar al escote del vestido. Trazó el camino, contorneando los pechos.

Susana empezó a respirar con más intensidad, su cuerpo reaccionaba sin poderlo evitar.

—Cada centímetro de tu piel debería ser lamido... —cuchicheó, pegándose totalmente a Susana para que sintiera el calor que emanaba su cuerpo—. Cada curva de tu cuerpo debería ser tocada.

Y aprovechó tenerla delante, pegada a su cuerpo, para poner las dos manos en sus hombros, acariciando poco a poco sus brazos hasta llegar a sus manos.

Susana aguantó la respiración, porque Víctor no se conformó con parar ahí, apoyó la cabeza en su hombro, para seguir estimulándola, además de llevar las manos, que tanta excitación estaban consiguiendo en su cuerpo, a la parte

trасera de sus rodillas.

—Dudo mucho que tu juguete sea capaz de incitar todo tu ser —aseveró mientras sus manos ascendían por los muslos, introduciéndose por debajo del vestido, hasta llegar a su tanga—. ¿Crees que él podrá darte esto? —preguntó a la vez que apretaba su cuerpo al de Su para que sintiese la erección que estaba teniendo. Y sopló en su cuello, consiguiendo que Susana soltara un pequeño suspiro.

Al escucharla, la sujetó de la cintura; con mucho cuidado, consiguió darle la vuelta y cuando sus frentes se quedaron pegadas, rozando sus labios, habló:

—¿No crees que yo puedo darte mucho más?

Susana tragó con dificultad, echó un poco la cabeza atrás para mirarlo directamente a los ojos. Ambos respiraban con dificultad, porque la tensión sexual entre ellos era aplastante.

No sabía qué decir, estaba tan alterada interiormente, que solo deseaba llegar a casa, meterlo en la cama y comprobar cada palabra que él había pronunciado.

Víctor vio el deseo en su mirada, así que preguntó.

—¿Nos vamos?

Susana iba a asentir con la cabeza, pero en el último segundo, pensó que ella no iba a ser la única en gozar de ese cuerpo.

—Hay algo que mi *aparatito* me

puede dar que tú no.

—¿Qué? —preguntó, todavía sosteniéndola de la cintura.

—Fidelidad —concluyó, y se zafó del agarre de Víctor, le entregó un beso casto en la mejilla y se marchó.

Capítulo 25

Enfadados

Finales de marzo.

Dallas estaba tumbado pensando en Estrella. Llevaban tres semanas sin verse. En la semana fallera, ella se había marchado de viaje, con su amiga Ariadna, a Galicia. Y la anterior y esta, él estaba a tope de trabajo. Casi no tenía ni tiempo para respirar. Iban a elegir un nuevo socio en el bufete, y le habían pasado casos que requerían toda su atención, de ello dependía su futuro

como nuevo socio.

Con el móvil en la mano, a punto de mandarle un *whatsapp*, Estrella se le adelantó.

Hola, abogaducho. ¿Rompo las reglas por mandarte un mensaje para saber de ti?

Dallas sonrió, esa mujer, cada día, lo tenía más embobado.

No, no rompes las reglas. No habíamos acordado nada de mensajes.

Vale, en ese caso... ¿cómo estás?

Bien, ¿y tú?

Loca, ya lo sabes.

Dallas sonrió al ver la respuesta.

¿Qué estás haciendo ahora?

Estoy hablando contigo... ja, ja... nada, tumbada en la cama, me iba a dormir ya, pero quería saber cómo estabas.

A Dallas le gustó ese interés. Y desesperado por verla, sin pensarlo, pidió algo a la joven.

Pásame una foto.

¿Quieres una foto mía?

Sí, eso he dicho, ¿no?

Y al recibirla, sonrió como un tonto, y si eso no fuese suficiente, sin darse cuenta, en un acto involuntario, llevó su dedo a la pantalla y acarició su mejilla.

¿Contento?

No, has dicho en la cama, ¿por qué me mandas una de tu rostro?

Estaba más que contento, porque era esa sonrisa la que echaba de menos. Pero ya puestos... igual ella accedía a mandarle una desnuda.

¿Quieres ver mi pijama?

No, ¡quiero verte desnuda!

*Vaya... vaya... vaya... ¿el
abogaducho está cachondo?*

Dallas soltó una risotada; al ver que Rubén se movía, se levantó, no quería despertar a su hermano, puesto que le costaba mucho conciliar el sueño. Y sabiendo que ahora su hermana no estaba en casa, se dirigió a su dormitorio. Se tumbó y continuó.

No he dicho tal cosa, ¿verdad? Solo te he pedido una fotografía desnuda.

Pues lo lamento, pero eso es totalmente imposible.

¿Por qué?

Porque no tenemos eso tipo de relación... ya me entiendes.

Dallas levantó una ceja, ¿por qué las mujeres eran tan complicadas? ¿Qué quería decir?

No, no te entiendo.

Dallas, con lo listo que eres... tenemos un trato, pero una fotografía así, como comprenderás, no te la puedo mandar. Eso solo se le da a alguien con

quien tienes exclusividad total. Porque, luego, vete a saber qué haces con ella.

A Dallas le sentaron mal un par de cosas. Primera, que ella pensara que podía utilizar su foto con malas intenciones. Segunda, ¿exclusividad total? ¿Acaso ella le mandaría esa fotografía a otro en un futuro y a él no?

¿Crees qué sería capaz de utilizar tu fotografía?

No, pero eres abogado, sabes de sobra que hay muchos casos en los que han aparecido fotografías de chicas desnudas por internet. Y no me apetece tener que denunciar a nadie.

Dallas resopló.

¿Me estás tomando el pelo?

No.

*Estrella, me estás tocando la
moral...*

¿Eso se puede tocar?

*Mucho, y tú lo estás haciendo, no te
imaginas cuánto.*

*Dallas, no te enfades, pero
compréndeme.*

No, no te comprendo. Sabes que no voy a usar esa foto.

Esas chicas también lo pensaban, y, ahora, míralas, por todas las redes. No te ofendas, pero dime, ¿si un día decides tener novia, qué pasaría si ella viese mi fotografía?

Dallas no entendía nada, estaba obcecado con que ella no confiaba en él. Lo estaba acusando de poder subir su foto a internet. Y ella trataba de decirle que quería algo más de compromiso por parte de él, porque igual otra, por rabia, podría hacer algo así en caso de encontrar su retrato desnuda en su móvil.

Muy bien, aquí acaba la conversación.

Dallas, por favor, no te vayas enfadado.

Estrella, al ver que él no pensaba responder, sin pensarlo, llamó, suerte que este lo tenía puesto en silencio.

—¿Qué demonios quieres?
—preguntó enfadado.

—*Que me comprendas, confío en ti... pero, Dallas, si un día tú...*

Dallas sabía qué iba a decir y se adelantó.

—¿Piensas que le enseñaría tu fotografía a otra mujer?, ¿qué clase de hombre crees que soy?

—*La clase de hombre que no tiene pareja. La clase de hombre que puede coleccionar mil fotografías, y yo soy la clase de mujer que no quiere que la mía la vea otra por un descuido tuyo.*

Dallas, que estaba alterado, y como venía siendo habitual, cuando se trataba de Estrella, soltó sin pensar en sus palabras:

—¡Joder, Estrella! ¡Maldita sea! ¿Crees que podrías confiar en otro hombre solo porque tuvieses una relación formal?

—*Se supone que si tienes pareja estable, no habrá nadie más que pueda verla...*

—¿Y cuándo te deje? —preguntó molesto, porque odiaba la idea de que

Estrella fuese a estar con otro hombre que no fuese él.

—¿Por qué tendría que dejarme?
¿No me crees capaz de enamorar a un hombre que me quiera para estar a su lado toda la vida?

¿Qué si lo creía? Estaba convencido de ello. Sin embargo, la rabia habló por él.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Un hombre que te diga que está enamorado? ¿A ese sí le mandarías la maldita fotografía? ¡Pues mucha suerte! Porque hombres que regalan los oídos los encontrarás en todas partes. Luego, no llores cuando a esas palabras se las lleve el viento.

Y colgó la llamada, apretando los

puños. Que él no hubiese dicho que estaba enamorado, no significaba que Estrella pudiese confiar en otro más que en él. Además, algo le decía en su interior que ella estaba buscando a ese hombre, lo que significaba que mientras él no había pensado en ninguna otra mujer, Estrella estaba receptiva de compartir su vida... su cuerpo... su sonrisa... con otro en cuanto algún idiota quisiera ligar con ella.

Rebeca estaba en la galería, esperando a su hermano Javier, con la pequeña Nerea. Amanda llegaría a las siete, y Javi le había pedido a Beca que recogiese a la niña y la llevase allí.

Estaban las dos sentadas en la sala de

juntas; la niña pintando y hablando sin parar.

Rebeca atendió una llamada interna, pensaba que le avisarían de la llegada de su hermano, pero su semblante se demudó.

—Cariño, la tía tiene que salir un momento.

Se puso en pie y antes de abrir la puerta, se irguió, tomó aire y afrontó la situación, que, de por sí, iba a ser desagradable.

—Javier no está, además, mi hermano dudo mucho que tenga nada que hablar contigo, Alicia.

La ex cuñada la miró y, con una sonrisa falsa, habló:

—En ese caso, lo esperaré aquí.

Beca, que odiaba a esa mujer con todo su ser, no pensaba tolerarle ni una más. Ya había vivido unos cuantos años haciendo lo que le daba la gana, algo que ya no iba a consentir.

—No —pronunció tajante, consiguiendo una mirada furibunda por parte de Alicia—. Aquí no eres bienvenida...

—Soy la mujer de...

—¡Ex! Y no, no eres nadie en este lugar. Así que hagamos las cosas de manera civilizada; sal por dónde has entrado o yo misma te sacaré.

Alicia levantó las cejas, pero al ver que Rebeca inclinaba el cuello a la derecha, sabía que era muy capaz de cumplir la amenaza.

—Dile a Javier que me llame. Y por tu bien, Rebeca, que sea la última vez que me tratas con tanto desprecio, porque en cuanto tu hermano y yo volvamos a estar juntos —dijo con autoridad—, lamentarás tu soberbia hacia mí.

De pronto, Nerea, que había salido a buscar a Beca, le tiró del pantalón.

—Tía Beca.

—Voy, cariño, un segundo —dijo sin apartar la mirada de Alicia, y esta observó a la niña. Levantó la mirada de nuevo hasta encontrar los ojos de Rebeca, sonrió con maldad y habló de igual forma.

—Vaya, así que esta es la bastarda de Amanda.

Rebeca no pudo controlar su cuerpo, la rabia se apoderó de ella, y la palma de su mano cruzó la cara de Alicia.

Susana, que estaba cerca, cogió a la niña y la alejó, y otros dos empleados se acercaron raudos.

Alicia, con su mano en la mejilla, intentando calmar el dolor de llevar marcados los cinco dedos, la señaló.

—¿Qué clase de salvaje eres?
—preguntó incrédula, aunque consciente que Javier, cuando se enterase, pondría en vereda a su hermana—. Lo vas a lamentar.

—¿Qué clase de puta llama bastarda a una niña, cuando ella ha llevado uno en su vientre?

Alicia la fusiló con la mirada. Había

abortado, porque Alejandro, como vaticinó Javier, en cuanto se enteró, la abandonó como a un perro sarnoso. Y ese abandono le hizo ver la realidad, ella no quería a ese bebé, nunca había querido ser madre.

Ahora tenía una nueva meta, reconquistar a Javier, a las buenas o las malas.

—Cuando le cuente a Javier lo que acabas de hacer, lo pagarás caro. Y esto solo será el principio.

—Y esto es lo que recibirás si vuelves a poner un pie en esta empresa —respondió sin amilanarse.

Alicia, al ver que los empleados estaban del lado de Rebeca, prefirió salir de allí. Pobre de Javier si se

negaba a volver con ella, iba a convertir su vida en un infierno. Había pasado de ser una mujer acomodada, a tener que vivir de la caridad de sus padres. La solución era trabajar, pero no estaba dispuesta, Javier era todo cuanto necesitaba.

En cuanto Alicia desapareció, Rebeca apretó la mano, le escocía, pero ese no era el problema. Conociendo a esa mujer, intentaría sacar partido. Tenía que haberse controlado más, pero sin lugar a dudas, no se arrepentía.

La puerta se abrió de nuevo, y Amanda entró con una gran sonrisa. Caminó hasta llegar a Rebeca, la observó y preguntó.

—¿Qué te ocurre?

Rebeca sonrió con desgana.

—He hecho algo delante de Nerea que no debí hacer.

—¿Qué? —preguntó curiosa.

Y Beca, tan sincera como siempre, la puso en antecedentes, porque conociendo a la pequeña, pronto preguntaría a su madre.

Amanda cerró los ojos, abrazó a Beca y susurró.

—Gracias.

Suerte que fue Rebeca, porque de haber estado ella, era muy posible que no se hubiese llevado una bofetada. Insultar a su hija, además, delante de la niña, del arretrato, muy posiblemente, la mujer hubiese salido de allí con la nariz rota.

Rebeca se despidió, tenía que pasar por el hospital donde trabajaba Malcom, porque habían quedado allí.

Al llegar, su hermano le pidió que lo esperase en la cafetería, no tardaría mucho.

—Hola, Rebeca —pronunció Miranda, detrás de ella.

Beca se dio la vuelta, ya era mala suerte encontrarse a Alicia, pero también coincidir con la ex de Malcom era ya el colmo. Más cuando estaba tan enfadada. Intentó controlar su mal humor, porque hoy no era su día.

—Hola —respondió escueta.

—Me gustaría que lo que ha pasado con Malcom no afecte nuestra amistad.

Rebeca la miró con intensidad.

—Me estás pidiendo un imposible.

—Por favor, Beca, una cosa no quita otra...

—¿Crees que puedo brindar mi amistad a alguien que le ha hecho daño a mi hermano? —preguntó con rabia, no se podía creer lo que estaba pidiéndole la doctora—. Me parece, Miranda, que en los seis meses que estuviste con Malcom, no has llegado a conocernos a ninguno.

Miranda tragó saliva, claro que los conocía, pero necesitaba la amistad de Rebeca para poder acercarse a Malcom de nuevo.

Pedro y ella no tenían una relación especial, bueno, ni especial ni nada. A las dos semanas de acostarse juntos, él

ya estaba mirando a otras.

—Cometí un error.

—Sí, el más grande que podías haber cometido... dudo que encuentres a otro hombre más honesto y leal que mi hermano.

—Lo sé —se le empañaron los ojos—. Lo amo, Rebeca.

Escuchar esa confesión provocó que a la pequeña de los Irwin se le encendiese la sangre.

—¡Bonita forma de demostrarlo!

—No... no sé qué me pasó. Supongo que me dejé llevar por una ilusión del pasado, ¿acaso a ti no te pasó con Jaime?

Rebeca levantó la mano tajante, que metiera a *su chico* no le hizo gracia.

Comparar su relación con lo que hizo ella fue la gotita que colmó el vaso.

—No se te ocurra compararnos, Miranda —pronunció con tono amenazante—. Tú no tienes ni idea de lo que hemos vivido nosotros. Pero sí voy a dejarte algo claro... —Se acercó para que nadie las pudiese escuchar—. Te queda muy grande decir «lo amo». Cuando sepas amar de verdad, no sucumbirás ante los encantos de otro que no sea el hombre que está a tu lado. Por lo tanto, hazme un favor, olvídate de mi hermano.

Miranda iba a replicar, pero Malcom llegó hasta ella.

—Ya estoy.

Rebeca se cogió al brazo de su

hermano y, con educación, se despidió de la doctora.

—Adiós, Miranda.

Malcom ni siquiera pronunció palabra, hizo un gesto con la cabeza, y se marcharon sin mirar atrás.

Miranda respiró con fuerza. Malcom era el hombre que siempre había soñado. Había cometido un error, pero estaba dispuesta a intentarlo todo con tal de recuperarlo.

Caminó hacia su consulta, a mitad de pasillo se encontró con el ginecólogo que, una vez más, se había burlado de ella. Ya lo hizo en el pasado, no comprendía cómo había olvidado aquello. Todo lo que él le hizo pasar. Sus desplantes, sus aventuras, sus...

—¿Ya has terminado tu turno, preciosa? —preguntó con su habitual sonrisa.

—Sí, voy a colgar la bata y me marcho.

—¿Te apetece que tomemos algo antes?

—No.

Se acercó a ella, pegó su boca al oído y susurró.

—Vamos, pelirroja, te invito cenar. Te echo de menos.

—¿Me echas de menos? —preguntó enfadada—. Te he visto esta semana con una de las enfermeras.

—Lógico, porque tú, últimamente, no me haces caso.

Miranda se quedó mirándolo, esa

sonrisa de perdonavidas había sido siempre su perdición.

—Solo cenar —sentenció.

—Bien, ya veremos al final de la cena si quieres postre —respondió Pedro, dándole un beso en el cuello.

Rebeca y Malcom llegaban a la casa de ella. Jaime había llamado para pedirles que acudiesen cuanto antes.

Al ver a todos los hermanos Irwin allí, excepto Javier, se dio cuenta que iban a pedirle explicaciones por su comportamiento con Alicia.

—¿Cómo os habéis enterado?
—preguntó antes de escuchar a nadie. Javier, a no ser que Alicia ya le hubiese ido con el cuento, todavía no debía

saber nada. Porque Amanda le comentó que llegaría a las diez de la noche.

—Eso es lo de menos —comentó Víctor.

—¿Y bien, qué ha pasado?
—necesitaba saber Neill.

Rebeca volvió a contar la historia mientras sus hermanos permanecían en silencio. Eso sí, sin comentar lo del bebé, porque seguía siendo un secreto entre Javier y ella.

—¡¿Delante de la pequeña?! —bramó Neill.

—Sí, por eso no he podido contenerme —aclaró Beca.

—Esa mujer es una desquiciada —alegó Dallas.

Rebeca, al ver que sus hermanos

estaban de su parte, respiró tranquila. Comprendía que había hecho mal, pero por una vez, los presentes no le recriminaron sus actos.

David intentó relajar el ambiente. Se acercó a su hermana.

—¿Y nadie lo ha grabado?

—¡David! —protestó Beca.

—¡Joder, para una vez que haces algo bien, va y nos lo perdemos!

Rieron e intentaron cambiar de tema.

—Lo que no entiendo es que ella dé por hecho que va a volver con Javier —dijo Malcom.

—Nunca ha estado bien de la cabeza, deberías recomendarle un psiquiatra de tu hospital, porque cada día está peor —alegó David.

El timbre de la puerta sonó, Jaime fue a abrir. Javier entró y fue directo hacia donde estaban todos reunidos y se dirigió a Rebeca.

—En otras circunstancias, te iba a caer la del pulpo, Beca. —Ella asintió—. Pero vengo a agradecerte que le hayas parado los pies a Alicia.

—Volverá, Javier. Estaba muy obcecada —comunicó Beca para que su hermano estuviese en sobre aviso.

—Y yo le dejaré las cosas claras —sentenció con rotundidad.

Capítulo 26

Cumpleaños

Había una gran fiesta en la casa de Jaime y Rebeca. Estaban celebrando el cumpleaños de los mellizos.

—Madre mía, Malcom, ya te salen canas —comentó, burlona, Tamara.

—No digas tonterías, porque tú, dentro de dos meses, cumplirás los mismos que yo.

David rodeó a su novia por la cintura.

—Mi chica, con o sin canas, seguirá siendo la más bonita.

Tamara le dio un beso en la mejilla. Su relación seguía viento en popa. Dentro de poco darían el gran paso de irse a vivir juntos. La casa ya les pertenecía, y decidieron cambiarla por completo. Iba a ser su nuevo hogar, no el que fue decorado por sus padres. Y, por supuesto, la encargada de tal trabajo era Susana que en cuanto comentaron sus gustos, se puso a trabajar de pleno.

Amanda también disfrutaba de la fiesta, era la primera vez que dejaba a la pequeña con una canguro. Conocía a la chica, era una vecina, y su hija y ella se llevaban a las mil maravillas.

—¿Todo bien? —preguntó Javier a su espalda.

—De maravilla —respondió, dejando

su cuerpo caer hacia atrás para quedar apoyada en él.

Javier la rodeó por la cintura y susurró.

—No me gusta que Malcom y Beca cumplan años. Me hacen sentir muy mayor.

Amanda se rió por el comentario.

—En realidad, no es eso lo que te molesta.

—¿No?

Ella negó con la cabeza; sin cambiar de posición, levantó la mano y acarició la mejilla de Javier.

—Es el hecho de que ya no son tus niños. Beca, ahora, ya es la niña de Jaime.

Javier cambió de posición, se puso

frente a Amanda. Adoraba que ella lo conociese tanto. No hacía faltar hablar, siempre sabía lo que de verdad sentía.

—¿Cómo puedes conocerme tan bien?

—Porque te amo.

Y se fundieron en un beso que llamó la atención a todos. Y como a los Irwin les gustaba bromear, empezaron unos a silbar, otros a vitorear, y por último, Rubén, que se acercó y bramó.

—¡Deja a la chica, hombre, que la vas a ahogar!

Pero Javier, que no tenía ganas de soltar a la mujer que estaba besando, levantó una mano y les hizo una seña de que lo dejaran en paz. Y con la otra, la sujetó fuerte, la alzó un palmo y la llevó hasta el exterior, eso sí, sin separar sus

labios.

—¿Así que vas a vivir aquí una temporada? —preguntó Víctor a Tamara.

—Sí, hasta que terminen las obras.

Jaime miró a David y sonrió.

—David, que sepas que en esta casa también tenemos unas normas. Ella podrá llegar a la hora que quiera... pero sola.

David levantó una ceja.

—Estás de coña, ¿verdad?

Jaime, con una sonrisa triunfal, negó con la cabeza.

Víctor y Malcom estallaron en risas, era la venganza de Jaime por no haberle permitido dormir con Rebeca cuando vivían en el *gran nido*.

Tamara miró a David y, al final, también acabó riendo, porque se le veía angustiado.

Llegaban más invitados, unos amigos de Malcom y una persona que Dallas no esperaba, aunque debió imaginarlo, puesto que su hermana y Estrella se llevaban de maravilla.

—Hola —saludó Estrella.

—Hola —respondió Dallas, dejándola pasar, pero sin darle siquiera dos besos cordiales. Seguía enfadado con ella. Habían pasado dos semanas más. Llevaba un total de cinco sin tocarla. Y suerte que tenía una fotografía de ella, porque añoraba esa carita angelical.

Rubén, siempre tan atento, se acercó

raudo.

—Ya sabía yo que la chica más preciosa de la ciudad no podía faltar.

Y se dieron dos besos.

Dallas intentó hacerse el despistado, no mostrar ninguna alteración. Aunque le estaba resultando difícil, porque quería aclarar con ella un par de cosas, además de besarla y follarla sin piedad por tenerlo cinco semanas a pan y agua.

Llegó un nuevo invitado, más bien, una vieja amiga, muy conocida por la familia Irwin.

—¡Beatriz! —bramó, con júbilo, Neill.

Durante muchos años, había sido la mejor amiga de Dallas. Había pasado muchas horas en el *gran nido*, con ellos,

mientras estudiaban.

Iba a acercarse para darle dos besos, pero Víctor la interceptó en el camino, la levantó y le dio un par de vueltas en el aire.

—¡Qué alegría verte! Sigues tan bonita como siempre.

Estrella observaba a todos. Esa mujer era muy apreciada por todos los hermanos.

—Víctor... Víctor... Víctor... tú siempre tan adulador, pero la respuesta sigue siendo la misma.

Los dos rieron.

—¿Y cuál es la pregunta? —se interesó Tamara, que también la conocía.

—Que me olvide de Dallas y me líe

con él.

Estrella sintió una puñalada.

Rubén se percató que el semblante de Estrella había cambiado al escuchar el comentario. Tonto no era, su hermano estaba viéndose con alguien, aunque estas últimas semanas no lo hacía. Así que blanco y en botella... Estrella.

—Estoy perdiendo mi *sex appeal*, últimamente, las mujeres solo me dan calabazas —guaseó Víctor pensando en Susana justo cuando la muchacha entraba por la puerta.

Había sido invitada, ya que Rebeca y ella, en las últimas semanas que la pequeña Irwin continuó en la galería, se habían hecho amigas. En realidad, la buena relación de Rebeca con todos los

empleados siempre había sido palpable, unos cuantos también estaban invitados.

Víctor la miró intensamente.

«¡Dios, dame fuerzas!», rogó Víctor, porque Susana llevaba un vestido muy corto y provocativo.

La fiesta estaba siendo perfecta, parecía que todos disfrutaban, aunque habían cuatro personas que disimulaban, porque lo que se decía disfrutar, poco.

Dallas, porque Estrella no parecía prestarle atención.

Víctor, porque Susana seguía obstinada en no darle una oportunidad.

Estrella, porque sentía celos de Beatriz.

Susana, porque tener a Víctor tan cerca, la alteraba.

Rebeca fue a la cocina para sacar algo más de comida que tenía preparada. La fiesta en el jardín había sido una gran elección. Era dos de abril, y la noche era bastante cálida.

Víctor y Dallas fueron con ella para ayudarla.

Samuel, un amigo de Rebeca, entró corriendo y los sorprendió con su entusiasmo.

—¡Beca! ¿Se puede saber dónde tenías escondida a Estrella?

Dallas lo fulminó con la mirada. Apretó la bandeja que portaba en las manos, porque tentado estuvo de lanzársela.

—Vaya... vaya... vaya... parece que te ha calado.

—¡Es fantástica! No me puedo creer que no me la hayas presentado antes.

Dallas prefirió guardar silencio, escuchaba atento.

—Sí, es una chica increíble —comentó Rebeca, y sus ojos buscaron a su hermano.

—¿Sabes si sale con alguien? Es que me da corte preguntarle.

—¿Esto qué es, una guardería llena de chismes? —se pronunció Dallas, cansado de ver el interés que mostraba Samuel.

Víctor sonrió, porque la cara que puso el amigo de su hermana no tenía precio.

—Creo que no —respondió Rebeca sin dar importancia al comentario de

Dallas—. Pero no sé, tendrás que preguntárselo tú.

—Sí, será lo mejor. Deséame suerte.

Beca se carcajeó, su amigo siempre había sido muy enamorado, pero también muy vergonzoso.

—¿Suerte? —preguntó Víctor sin comprender.

—Sí, para que no esté saliendo con alguien. Así, con suerte, la podré invitar a salir la semana que viene... ya sabes, pedirle una cita.

Dallas estuvo tentado de gritar: «olvídate de ella, que está conmigo».

Víctor se carcajeó al ver salir al chaval.

—Menudo figura está hecho.

—Oye, es buen hombre, pero no tiene

esa personalidad arrolladora tuya. No todos pueden ligar con tanta facilidad como tú —alegó Rebeca, defendiendo a su amigo.

Víctor sonrió de medio lado.

—¿Y crees que ligará con Estrella?
—preguntó curioso.

Dallas, que había permanecido callado, fijó toda su atención en su hermana para escuchar la respuesta.

—Ojalá, porque es un gran chico, estoy segura que si Estrella no es tonta, se dará cuenta.

Dallas, con bastante mal humor, salió de la cocina. Víctor siguió sus pasos.

Rebeca negaba con la cabeza y ponía los ojos en blanco. Su hermano era tonto hasta decir basta. ¿Por qué no admitía de

una maldita vez que Estrella le gustaba? Bueno, más que eso, porque ella tonta no era, sabía de sobra que esos dos tenían algo más.

A Beatriz parecía que la bebida la había afectado bastante, estaba desinhibida total.

En un momento de la fiesta, había un corrillo donde hablaban animadamente Estrella, Susana, Tamara, Beca, Jaime, David y Víctor. Y se acoplaron a la conversación Dallas y Estrella.

—¿De qué estáis hablando tan animados? —preguntó Beatriz.

—De todo y de nada —respondió David.

Y de pronto, Beatriz fijó la mirada en las fotografías que tenían colgadas en la

pared.

—¿Dónde está la de *mi* Dallas?

A Estrella el posesivo «mi» le llegó al alma. Pero intentó disimular, no pensaba mostrar malestar delante de nadie.

—Ahh, pues no lo sé —respondió Beca—. Le he pedido a mi madre que me mande una copia.

Miraron todos a la pared para ver a qué se refería. Rebeca tenía colgadas las fotografías de todos sus hermanos, vestidos con kilt y sin camisa. Pero faltaba la que Dallas había regalado a Estrella.

Los dos se miraron cómplices, y por fin Dallas vio la sonrisa que tantos días llevaba añorando. Y aunque estaba

enfadado con ella, no pudo evitar sonreírle y guiñarle un ojo.

—Pues pídele que mande dos copias, yo quiero una —dijo Beatriz a la vez que rodeaba a Dallas con un brazo por la espalda.

—¿Quieres una fotografía de Dallas? —preguntó Tamara.

—Sí, para recordar los viejos tiempos.

Rebeca, tan observadora, vio que Estrella se mordía los labios.

—Bueno, si quieres una, sácasela ahora con tu móvil —comentó Beca.

—¡No! Quiero esa. Así, cada vez que la mire, recordaré lo bien que lo pasaba disfrutando del cuerpo de Dallas.

—Beatriz... —recriminó el abogado,

porque no era algo que debía contarse en público y mucho menos en voz alta.

—¿Te da vergüenza? —preguntó con risas, el alcohol hacía mella—. Vamos, Dallas, fue fantástico.

—Sí, muy fantástico —repitió para que dejase el tema. Pero la chica los dejó a todos sorprendidos.

—¡Y tan fantástico, perdimos la virginidad juntos! Hay que reconocer que con el tiempo mejoramos mucho los dos. De hecho, creo que no he disfrutado tanto con mi marido. Dallas deja huella.

Jaime y David se rieron. Las mujeres presentes callaron, pero Víctor, tan impulsivo, habló.

—¡Qué cabrón! Por eso no querías liarte conmigo.

—Ya basta —protestó Dallas, porque quería dejar el tema.

—Víctor, tesoro mío —extendió un brazo para acariciarle la cara—, tú siempre has sido el más seductor, pero Dallas me robó el corazón. Aunque esta vez, he venido dispuesta a ser yo quien se lo robe.

Estrella no podía seguir escuchando.

—Estoy convencida que todavía me quiere... Sí, sé que sigue enamorado de mí.

Con esa última frase, Estrella notó que le faltaba el aire. ¿La quería?, ¿la había querido en el pasado?, ¿Dallas sabía lo que era el amor?, ¿estaba enamorado de ella?, ¿por qué le había mentado? Una noche, ella le preguntó si

alguna vez había sentido algo especial por alguna mujer, y él respondió tajante «nunca».

Se disculpó y se alejó del grupillo.

Dallas respiró resignado, Beatriz había sido especial, pero no tanto como para haberse enamorado. Ella lo tuvo claro desde el principio. Sí, perdieron la virginidad juntos, al igual que siguieron acostándose durante tres meses más. Hasta que un día, Dallas puso fin, porque Beatriz quería un noviazgo, y él no estaba ni preparado, ni enamorado.

En cuanto a que ella dijese «sé que sigue enamorado de mí», era una broma entre ellos. Porque cuando Beatriz conocía a algún hombre, siempre

bromeaba diciendo «ándate con ojo, porque sé que Dallas sigue enamorado de mí». Pero claro, los que estaban ahora allí presentes no lo sabían.

Estrella llegó al cenador, se notaba que estaba reformado y pintado. El aspecto lo decía todo, además, habían puesto unos cojines forrados de plástico para resguardarlos de la lluvia.

Se sentó, dobló medio cuerpo y apoyó los brazos en la barandilla, se quedó mirando la tranquila agua del lago, intentando mantener la mente en blanco, no quería pensar más. Estaba cansada de luchar contra un imposible. Y más ahora, no es que Dallas no creyese en el amor, ni que él afirmara que no era un hombre que buscara pareja. Es que ella

no era la mujer adecuada para llegar a su corazón. Había otra ocupando ese puesto, ella solo era el entretenimiento, porque Dallas, seguramente, todavía se estaba planteando si volver a tener algo especial con Beatriz.

—¿Cansada de tanta fiesta?

Estrella se dio la vuelta, miró a Susana y respondió con el ánimo por los suelos.

—Más bien, cansada de pensar.

—Uff... *cari*, eso suena muy profundo —intentó bromear—. Pero traigo algo que nos ayudará. —Levantó una botella y dos copas.

La había observado un buen rato y pensó que no estaría de más animarla un poco.

—Gracias —respondió, haciéndole una seña con la cabeza para que se sentara a su lado.

Susana rellenó las copas con vino blanco y brindaron.

—¡Por dejar de pensar!

Bebieron y se quedaron en silencio.

—¿Y tú? —preguntó Estrella.

—Intentando evitar la tentación.

—Uff... eso suena caliente

—comentó Estrella, porque estaba claro que sabían de lo que estaban hablando.

—Demasiado, por eso no quiero quemarme.

Volvieron a beber, y de nuevo se quedaron un rato en silencio, hasta que Susana lo rompió.

—Una amiga piensa que debería

lanzarme. Otra, que acabaré siendo un juguete en sus manos.

Dio otro trago, y Estrella preguntó.

—¿Y qué piensas tú?

—Que nunca he deseado a alguien tanto —se sinceró.

—Vaya, ¿y por qué te alejas?

—Porque no sería la única. Mi compañera de piso, sin ir más lejos, es una.

Estrella asintió, comprendiendo lo que estaba diciendo.

—Por lo menos sabes que hay otra.

Y volvió a verter vino en las copas.

Esa era una doble carga, confiaba en Dallas, porque él no había dicho que se había acabado el pacto. Aunque ahora ya tanto daba, después de saber que le

había mentido, ¿por qué no iba a mentir también en eso?

—¿Por qué es tan difícil? —preguntó Susana.

—Porque somos tontas.

—Muy tontas —respondió, tajante, la interiorista.

Chocaron sus copas de nuevo, algo bueno había salido de todo eso, una conexión entre dos mujeres que, sin conocerse, habían compartido algo que con muy poca gente se atreverían a confesar.

—Te lo está poniendo muy difícil, ¿verdad? —preguntó Estrella.

—Mucho, *cari*, no te imaginas cuánto.

—Sí, sí lo imagino. He visto cómo te buscaba con la mirada, cómo intentaba

estar a tu lado toda la noche.

—Entonces, sabrás que mi miedo no es infundado.

Estrella negó, la comprendía. Víctor era el hermano más atractivo y seductor de todos los Irwin. Cualquiera mujer se derretiría en sus brazos. Y había comprobado con sus propios ojos, como unas cuantas mujeres de la fiesta habían intentado ligar con él.

—¿Y a tu compañera la mira con tanta intensidad como a ti?

Estrella no podía creer que ese hombre mirara a todas por igual. Porque en la fiesta, él solo tenía ojos para ella y, a diferencia de Dallas, no se ocultaba para demostrarlo.

—No lo sé, no me da tiempo a ver

como la mira —respondió, suspirando frustrada. Porque cuando Lorena estaba preparada, se marchaban sin perder un segundo.

—Si te sirve de consuelo, es mejor que te mire así a que seas totalmente indiferente... —Susana interrumpió, porque la tristeza en la voz de Estrella la mató por dentro.

—Yo no he visto indiferencia, de hecho, creo que le hubiese gustado matar a ese chico... ¿cómo se llamaba?

—¿Quién?

—El amigo de Rebeca, el morenito de la camisa a cuadros.

—Samuel.

—¡Ese, Samuel! Te digo que si llega a mirarlo, se hubiese cagado del miedo

—reconoció Susana, porque la mirada asesina de Dallas era para echarse a temblar.

—Creo que estás muy equivocada.

—¿En serio? Entonces, no estamos hablando de Dallas, ¿no? —preguntó con una ligera sonrisa para que Estrella se diese cuenta que sí hablaban del mismo.

—Ya —habló con derrota—, pero ya has oído a Beatriz.

—Sí, he escuchado las palabras de una mujer borracha.

—Bebida o no, me ha abierto los ojos.

Susana la miró y comprendió al momento lo que le pasaba a Estrella.

—Vaya, por eso has dicho antes «por

lo menos sabes que hay otra».

Estrella asintió, agradeciendo que Susana la comprendiera sin tener que dar muchos detalles.

—Haces bien al no querer compartirlo. —Volvieron a mirarse a los ojos—. No debí ser tan estúpida... no puedo recriminarle nada, la culpa es mía por lanzarle un desafío.

Susana y ella se entendieron a la perfección, no necesitaban dar muchos detalles para saber, en cada momento, lo que se estaban diciendo. Con esa conversación, con sus confesiones, las dos estaban al tanto de la situación que tenía Estrella con Dallas, y la de pasión no satisfecha de Susana con Víctor.

—No deberías culparte, *cari*, por

amor se hacen muchas tonterías —intentó animar Susana a Estrella—. No está mal, un desafío por amor.

—Sí, solo que el amor es por mi parte, y el desafío parece que está llegando a su fin, si es que no lo ha hecho ya.

—Lo dudo, estoy convencida de que no es así —comentó honesta la interiorista. Porque la reacción de Dallas con Samuel decía que ahí no se había acabado nada.

Rellenó las copas, vaciando todo el contenido que quedaba, y volvieron a brindar.

—¡Por los desafíos por amor!

Rebeca estaba frente a Jaime, los dos

se deseaban, en cuanto acabase la fiesta, tendrían una muy privada.

—Procura no cansarte mucho, esta noche voy a darte mi regalo —susurró Jaime, ronroneando en la nariz de Beca.

—¿Y no puedes darme un adelanto? —siseó mimosa.

Y él, que estaba deseoso de comérsela a besos, no la defraudó. La besó con intensidad, sin importarle nada, excepto la mujer que estaba besando. Y el beso empezó a tomar forma, sus respiraciones se aceleraron. Con un movimiento rápido, sujetando de la cadera a Rebeca, la alzó para sentarla en la encimera. Separó sus piernas para tenerla más cerca, y ella lo rodeó con fuerza.

—¡Más vale que pares de inmediato!
—bramó Neill, que entró a la cocina en ese mismo momento.

Ambos se sobresaltaron, porque se habían dejado llevar sin acordarse de que estaba la casa llena de gente. Treinta personas para ser más exactos.

—Neill, relájate —comentó Rebeca.

—Jaime, te tengo mucho aprecio, pero mantén las manos quietas y la lengua apartada de mi hermana... —comentó, aunque, por primera vez, no lo hacía con amenaza, más bien era un toque de atención, ya que no estaban solos.

—Neill, me pides un imposible —bromeó Jaime—, además, ya no puedes prohibirme nada.

Rebeca levantó una ceja y torció el labio, porque, por fin, sus hermanos no podían entrometerse en su vida como siempre les había dado la gana.

—Ya lo creo que puedo prohibirte, Rebeca sigue siendo mi hermana.

—Sí, pero, ahora, también es mi mujer...

—¡No, chaval! Será tu mujer cuando pases por vicaría como dice mi madre. De momento, estáis viviendo en pecado.

Y dicho esto, los tres se echaron a reír. Porque Amparo había insistido, durante las Navidades, que deberían casarse antes de convivir, recalcando que *vivirían en pecado*, para ver si así, esos dos cabezotas pasaban por el altar.

Sonó el timbre, y Rebeca, consciente

de que a esa hora solo podía tratarse de una persona, le pidió a su hermano que fuese a abrir.

—¡Sorpresa! —bramó, contenta, Tara.

Neill, sin pensarlo, la abrazó. Esta vez sí había sido una sorpresa, porque su hermana había guardado muy bien el secreto. Como él no las tenía todas consigo, miró la lista de invitados que iba a entregar en la garita de seguridad de la entrada de la urbanización. Lo que él no sabía era que, una vez entregada, Beca avisó de un invitado más.

Su pequeña estaba ahí, el corazón se le desbordó, siempre conseguía acelerarlo. La aupó para tenerla a la misma altura y se besaron.

Javier empezó a silbar, ahora le tocaba a él vengarse.

Jaime se posicionó detrás y exclamó:
—¡Más vale que pares de inmediato!

Neill, sin hacer caso a nadie, con una mano cerró la puerta, dejándolos a los dos fuera.

Beca, Jaime y Javier rieron, su hermano estaba enamorado hasta las trancas. Esa pequeña muchachita lo llevaba por la calle de la amargura. Y ellos, felices, porque Neill cada día estaba más feliz.

—Tenías que haberme avisado, para ir a recogerte al aeropuerto.

—Entonces no hubiese sido una sorpresa, ¿no crees? —comentó sonriente.

—Sí, esta vez tienes razón.

Para que iba a negar lo evidente, le encantaba verla dispuesta a sorprenderlo y, además, esta vez no le hizo creer que no podían quedar poniendo excusas.

—Te echaba de menos —confesó Tara. Se veían cada quince días, pero, últimamente, esas dos semanas se le estaban haciendo eternas. El domingo pasado se habían despedido en el aeropuerto Charles de Gaulle de París. Y ya estaba desesperada por volver a verlo. Fue una suerte que le cambiaran el destino, porque necesitaba ver a Neill y aprovechar el cumpleaños de Beca para darle una sorpresa.

—Yo también... —se quedó

mirándola como un tonto—. ¿Crees que es bueno?

Tara sonrió y asintió enérgica.

—Mucho, eso significa que nos queremos.

Neill todavía no había pronunciado esas dos palabras, «te quiero», en voz alta, aunque mentalmente las decía cada dos por tres.

Después de un buen rato de intimidad entre ellos, decidieron regresar a la fiesta.

—Malcom, cumplir años te favorece, cada día estás más atractivo e interesante.

El cirujano sonrió de oreja a oreja, porque el careto que puso Neill al escuchar a su pequeña era para

retratarlo.

—¿Estás echándole los tejos a mi hermano? —preguntó un tanto alucinado.

—No, estoy reconociendo que está más atractivo que nunca.

David empezó a reírse con ganas. Jamás hubiese imaginado que vería a su hermano celoso. Y, últimamente, lo notaban. En cuanto Tara no había llamado a la hora acordada entre ellos, a Neill se le demudaba el rostro. Y ya no querían hablar de su carácter. Eso sí, en cuanto su *pequeña*, como él solía llamarla, daba señales de vida, la fiera se transformaba en paz y tranquilidad.

—Tara, no sé cómo aguantas a este cascarrabias —bromeó Tamara.

Y Tara continuó la broma.

—¿Por qué crees que solo nos vemos cada quince días?

Rieron, y Neill entrecerró los ojos.

—Con que esas tenemos, ¿eh?
—estaba encantado de disfrutar de las bromas de sus hermanos, una de sus cuñadas y su pequeña.

Tara se encogió de hombros.

Neill se acercó a ella y siseó en su oído.

—Luego me pagarás muy caro estas palabras.

A Tara le entró calor por todo el cuerpo, ya estaba deseando pagar por su afrenta.

Víctor se acercó a saludar. David cogió a su novia, la llevó dónde la gente bailaba, y se unieron a la fiesta. Jaime y

Beca también lo hacían, el resto de hermanos los miraban encantados, cada día lo hacían mejor.

Dallas y Víctor, apoyados en una columna del jardín, observaban a dos rubias que también bailaban.

—Los amigos de Beca parecían tontos... pero míralos —dijo Víctor, porque no paraban de bailar con unas y otras.

—Ya los veo —afirmó Dallas, que tenía un botellín de cerveza en la mano, aprovechó para dar un trago. Porque ver a Samuel pegado a Estrella lo estaba matando.

—¿Qué baile es este? —preguntó, cabreado, Víctor.

«El baile de los muertos», se dijo

Dallas, porque si seguían así, Samuel iba a salir con los pies por delante de esa casa.

—A eso se le llama perrear —comentó Rubén, que se quedó mirando, junto a sus hermanos, a la gente bailar.

—¿Perrear?

—Sí, Víctor, así se llama.

Y se estaban poniendo malos, porque los movimientos provocativos de ellas no eran para menos.

Rubén sonrió al ver los semblantes de sus hermanos, les pasaba por idiotas.

—Si hubieseis ido con Beca a aquellas clases de baile, seríais vosotros los que estaríais disfrutando y restregando a esas chicas.

Dallas permaneció callado, mejor no decir nada, porque con el cabreo que llevaba, la fiesta acabaría rápido.

Víctor sí dijo, o más bien hizo, le dio un empujón a su hermano.

—¿Cómo si tú supieses bailar?

Rubén, muerto de risa, se enderezó.

—No, pero a mí me da igual que otros bailen con las mujeres que hay en la fiesta.

Y se escuchó un ruido, los tres se giraron y vieron a Beatriz dando tumbos.

Dallas se acercó rápido, le quitó de las manos la botella que llevaba, porque el vaso ya estaba en el suelo.

Rubén fue por la escoba para recoger los cristales y que no se cortase nadie.

—¿Se puede saber cuánto has

bebido? —preguntó con voz acusadora.

—Dos copitas... *hip*... —hipó—, pero estoy bien... *hip*.

Víctor le puso una mano a Dallas en el hombro.

—Hay que llevarla a su casa.

—Sí, será lo mejor —reconoció enfadado, porque viendo su estado, pronto se quedaría sin conocimiento. Se mantenía en pie a duras penas, y los ojos se le cerraban.

Estrella, que había ido al baño, al salir se encontró de frente con Dallas, que llevaba en brazos a una ebria Beatriz.

Se miraron, y Estrella, con rapidez, se hizo a un lado, bajando la mirada, no quería que Dallas se fijara en el dolor

que sentía.

Lo que Estrella no sabía era que Beatriz apenas estaba consciente; él no la portaba por gusto, más bien por obligación.

Cuando vio desaparecer a Dallas, respiró con dificultad, porque estaba aguantando las lágrimas.

Rubén, que la observaba, prefirió dejarle un minuto para que ella se repusiera. Y cuando notó que estaba más calmada, o eso parecía hacer ver, se acercó.

—Madre mía, ¡que tajá ha pillado Beatriz! Si no la sujeta al vuelo Dallas, se deja la cara estampada en el suelo.

—¿Cómo dices? —preguntó Estrella sin comprender, porque no tenía la

cabeza para analizar nada.

—Que ha bebido tanto, que por poco se desploma aquí mismo. —Señaló el suelo.

Estrella se quedó más tranquila, aunque algo en su interior avisaba que su desafío había tocado fin.

A las tres de la madrugada, Víctor se ofreció para llevar a sus casas a Estrella y Susana.

Jaime y Rebeca se quedaron a solas.

—Ha sido un gran cumpleaños —pronunció animada.

—Sí, la primera fiesta en nuestra casa.

«Nuestra», repitió, interiormente, Beca.

Jaime la asió de la mano y la llevó hasta el cenador. Una vez allí dentro, pegó su frente a la de ella, ronroneó y la besó.

—Es hora de darte mi regalo.

Rebeca sonrió encantada.

Jaime sacó una cajita del bolsillo; ella lo miró nerviosa.

—Sé que no hemos hablado de boda

—Beca asintió, era cierto—, pero me gustaría que llevásemos esto.

Al abrir la caja, había dos alianzas en oro blanco.

—Beca, ¿quieres llevar esta alianza en señal de mi amor? —preguntó casi en un hilo de voz.

—Sí, sí quiero —respondió emocionada.

Jaime le introdujo el anillo en el dedo anular.

Beca cogió el otro, idéntico al suyo, y miró a los ojos a Jaime.

—Jaime, ¿quieres llevar esta alianza en señal de mi amor?

Sonrió y le dio un beso tierno en la frente.

—Sí, sí quiero.

Y se besaron, con las alianzas en sus dedos, demostrando, una vez más, que no necesitaban una pedida de mano... una boda... testigos... Solo el uno al otro.

Capítulo 27

Esperanza

Víctor aparcaba delante del edificio de Susana.

—Dentro de poco ya no viviré aquí —comentó nerviosa, porque él la miraba con intensidad.

—¿No?

Ella negó con la cabeza, había encontrado un apartamento y en una semana haría la mudanza.

—Me voy a un ático, tiene unas vistas espectaculares de toda la ciudad.

Víctor tuvo un presentimiento, si ella se mudaba, ¿ya no la vería con tanta asiduidad? Algo que lo molestaba más de lo que Susana pensaba.

—¿Por qué te empeñas en negar lo evidente? —preguntó mientras alargaba la mano para acariciarle la mejilla.

—¿De qué hablas?

—Su, te sientes tan atraída por mí como yo por ti.

Susana no podía negarlo, ambos lo sabían. Su corazón iba a mil, la caricia de Víctor era una tortura.

—Te lo dije. La atracción no lo es todo... —Lo miró y gracias a llevar un par de copas de más, sacó valor para preguntar—. ¿Cómo iría esto, los miércoles con Lorena, los sábados

conmigo, y el resto de semana con cuántas más?

Víctor levantó una ceja. ¿Pretendía que confesara con cuántas mujeres se acostaba? Claro que su ego subió hasta el cielo. Que esa mujer pensara que pasaba la semana de cama en cama subía la moral a cualquiera.

—La cuestión no es con cuantas, sino que tú y yo podemos... —Susana lo interrumpió.

—No, Víctor, no podemos.

—¿Por qué eres tan obstinada?

—¿Por qué eres tú tan libertino?

—¿Y si resulta que tú y yo estamos hecho el uno para el otro? —preguntó acercando su cara a la de ella.

—Si eso fuese cierto, no querrías

estar con otras —aseguró y respiró para tomar fuerzas. Tener los labios de Víctor tan cerca era una gran tentación.

—Estás cometiendo un gran error...

—Estoy intentando no perder el juicio... —comentó rápida, porque lanzarse al vacío con Víctor sería perder totalmente la razón. Y conociéndose, acabaría sufriendo.

Víctor, bastante molesto porque ella no diese su brazo a torcer, se echó hacia atrás, dejando espacio, y habló rabioso.

—¡Ya entiendo lo que pretendes! Esa estupidez que muchas mujeres dan por hecho: Cuanto más lo ignores y difícil se lo pongas a un hombre, más interés sentirá por ti.

Susana agrandó los ojos, ¿pero qué

estaba diciendo?

—Yo no...

—Pues déjame decirte algo, eso es una auténtica gilipollez. A mí, una mujer que no me demuestra nada no la necesito a mi lado.

Susana se sintió estúpida, ¿por qué estaba él enfadado?, ¿qué estaba intentando decirle, que no la quería cerca por no irse a la cama con él?

—¿Y qué le demuestras tú a ellas?

—preguntó sin pensar, sus nervios, una vez más, se apoderaban de su boca. Porque ella no era así, nunca respondía alterada, nunca presentaba batalla. Pero Víctor tenía el don de que ella saltara.

Él iba a responder, pero Susana ya estaba lanzada.

—¿Acaso irme a la cama contigo sería demostrarte algo? ¡Eres un egoísta! Pretendes que me deje llevar, para luego marcharte y quedar con otra. ¿Qué me estarías tú demostrando? —espetó del tirón, casi sin tomar aire.

—Para empezar, veríamos si somos compatibles.

—Ahh, claro —objetó con cinismo—. Ahora lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

Susana negó con la cabeza, qué más daba, lo único importante era salir de ese vehículo. Y a ser posible, olvidarse de Víctor para siempre.

—Tengo que irme. —Hizo amago de moverse y coger la manilla para abrir. Pero Víctor, con rapidez, la asió de las

manos.

—He hecho una pregunta, Su.

—¿Y qué importa la respuesta?

—Mucho —sentenció.

—Está bien —pronunció derrotada—.

Eres el típico hombre que quiere probarlo todo. Porque piensas que para decidirte, tienes que estar seguro de haber elegido bien. Que no te has dejado nada por probar antes de tomar una decisión.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Nada, mientras en tus pruebas no metas a gente como yo.

—¿Y eso qué quiere decir? —No entendía su respuesta.

—Que te limites a quedar y probar a mujeres que no les importe que haya

otros platos de degustación. Pero a mí déjame fuera, porque soy un plato exclusivo. O lo tomas todo, o no tomas nada. —Lo miró con brillo en los ojos—. He sido durante mucho tiempo, la degustación de alguien. Ya he pasado por eso y no estoy dispuesta a que vuelvan a utilizarme —confesó con amargura y remató la frase con tristeza—. Lo creas o no, siento que me merezco mucho más. Esta vez no voy a conformarme con querer y esperar que me quieran. Por una vez, voy a esperar al hombre que me quiera de verdad; puedes borrarne de tu lista.

Y se zafó del agarre de sus manos, abrió la puerta y salió al exterior.

Víctor maldijo una y otra vez. ¿Por

qué lo afectaba tanto que Susana pasara de él? Ya no era el querer acostarse con ella. Había más que eso. Y cuando la puerta de la entrada de su edificio se cerró, una sensación de pánico lo abordó.

Se quedó paralizado. Era monitor de deportes de alto riesgo. La adrenalina era su gran droga. Y nunca había sentido, hasta hoy, lo que era el *miedo*.

Cerró los ojos, ¿miedo por perder a una mujer que ni siquiera había tenido nada con él?

Intentó quitarse esa pregunta de la cabeza. Inspiró con fuerza, arrancó y se dirigió al *gran nido*. Lo mejor era irse a dormir y no darle más vueltas. Porque cuanto más lo pensaba, más miedo le

daba.

Había pasado una semana desde la fiesta de cumpleaños. Estrella estaba angustiada porque Dallas no se había puesto en contacto con ella. No podía más, y así estaba haciéndoselo saber a su amiga Ariadna.

—¡No puedo más, Ari!

—*Nena, la esperanza es lo último que se pierde...*

—Menuda estupidez de frase, no sé quién la inventó.

Ariadna, al sentir a su amiga tan preocupada y derrotada, pensó en la solución.

—*Estrella, no queda más remedio que saber la verdad.*

—Lo sé, pero tengo miedo —confesó. Porque conocerla significaba acabar definitivamente con el abogado.

—*Mira, llámale, queda con él y hablad. Si sale mal, dame un toque y nos vamos a cenar juntas.*

Estrella se despidió de Ariadna, tenía razón, había llegado el momento temido, porque no podía seguir viviendo con tanta incertidumbre. Para bien o para mal, lo mejor era dejar de pensar.

Escribió el mensaje y dudó mil veces antes de mandarlo.

Dallas estaba saturado, la cabeza no le daba para más. Demasiado trabajo y, para colmo, hoy había quedado con su nuevo cliente, lo estaba esperando. Y si a eso le sumaba que a la rubia llamada

Estrella no se la podía sacar de la cabeza, pronto acabaría como su hermana hace años.

Su móvil emitió el aviso de mensaje recibido.

Hola, Dallas. Me gustaría hablar contigo, ¿podemos vernos hoy?

Yo también quiero hablar contigo, pero hoy es imposible, no tengo tiempo ni para respirar.

Bien, pues cuando estés libre, me avisas.

Dallas se quedó pensativo, ¿iba Estrella a romper el trato?, ¿había

encontrado a alguien?, ¿se había olvidado de él por completo?, ¿Por qué lo había llamado Dallas, acaso ya no era su *abogaducho*?

Se llevó las manos a la cara, se la frotó para intentar despejarse. Apretó las sienes e intentó no darle más vueltas, porque, de verdad, acabaría loco.

Estrella y Ariadna entraron en un restaurante, tomaron asiento, y el camarero se acercó a tomarles el pedido.

—¿Ya saben lo que desean pedir?
—preguntó el joven.

La respuesta quedó en el aire, porque Estrella vio a Dallas y se sorprendió, ¿había ido a buscarla?

—¡Hola! —saludó animada, porque era tal la alegría de verlo, que no pudo reprimir su entusiasmo.

Dallas sintió esperanza, la conocía. Si ella estuviese dispuesta a darle la patada, no se alegraría tanto. Y él respondió también contento, porque a pesar de estar enfadado con ella, el haber pensado que iba a perderla había borrado cualquier otro sentimiento.

—Hola, preciosa.

Y cuando Estrella se iba a incorporar para darle dos besos, porque necesitaba de cualquier forma, tocar y sentir el contacto de Dallas, Beatriz también saludó, consiguiendo que Ariadna, le pidiese al camarero que esperase un momento. Ver el semblante de Estrella,

lo decía todo, hoy no iban a cenar en ese lugar.

—¡Hola, qué casualidad! Siempre nos encontramos.

—Sí, eso parece.

—Dallas, tesoro, vamos antes de que nos quiten la mesa —comentó Beatriz, tomando del brazo a Dallas.

—Hasta luego —se despidió afable el abogado.

Estrella no tenía ni voz, así que lo hizo con un gesto de cabeza.

Ariadna miró fijamente a su amiga, y el camarero preguntó de nuevo.

—Perdona, pero tenemos que marcharnos.

Estrella, con los ojos llenos de lágrimas porque ya no podía ocultarlas

más, asintió con la cabeza.

—Gracias —agradeció a Ariadna que la sacara de allí.

Dallas, que necesitaba mirar a Estrella, giró la cabeza y al no verla, dobló todo el cuerpo. ¿Se había marchado? Y cayó en la cuenta; «hoy no tengo tiempo ni de respirar».

«¡Joder, piensa que te has liado con Beatriz!», se recriminó.

El camarero, que había traído las bebidas, las dejó en la mesa; Beatriz se llenó su copa de vino, y Dallas, de agua.

Cuando el abogado volvió a su posición normal, Beatriz sonrió.

—¿Cuándo vas a reconocer que Estrella te gusta?

Dallas no respondió, lo que hizo fue

alargar la mano y detener el movimiento de Beatriz, que iba a llevarse la copa a los labios.

—¿Desde cuándo tienes un problema con el alcohol? —preguntó serio, consiguiendo que Beatriz dejase la copa de nuevo en la mesa.

—Yo...

—Ni se te ocurra mentirme, Beatriz —amenazó.

La amistad que mantuvieron en el pasado parecía que no había desaparecido. Ambos se conocían a la perfección. Su falta de contacto fue por la distancia, no porque entre ellos hubiese habido enemistad o problema alguno.

Ella lo miró e intentó hacerse la

fuerte. Esto no lo había contado.

—Hace año y medio. —Para qué seguir mintiendo. De todas formas, antes o después, tenía que contárselo, porque había convencido a su amigo que llevase su divorcio.

Llegó el camarero con los platos, pero ninguno de los dos los tocó.

Beatriz se irguió y con la mirada perdida en el mantel blanco, se confesó.

—Un día, llegué a casa antes de lo habitual... algo extraño en mí —reconoció, porque siempre estaba volcada en el trabajo, y sus horarios parecían interminables—. Y ahí los encontré, a los dos, follando en mi casa, en mi cama —seguía sin apartar la mirada, como si el blanco del mantel

tuviese la luz que necesitaba para seguir—. ¿Te lo puedes creer? Mi marido con mi secretaria; una jovencita de veinte años... retozando delante de mis narices.

Dallas la observaba muy atento y no lo iba a negar; estaba dolido por escuchar la amargura de su voz.

—Salí de allí tan cegada por el asco y la rabia, que no sabía dónde ir... acabé en un bar, bebiendo sin parar, hasta que el alcohol borró la imagen que tenía de ellos dos. Al día siguiente, repetí, y al otro... y hasta hoy. Porque es la única manera de no sentir dolor.

Dallas asió las manos de ella y con los dedos pulgares intentó acariciarla para que entendiese que estaba ahí para

ayudarla.

—Beatriz, hay que poner fin a este problema —comentó con cariño.

—No sé si voy a poder...

—¡Claro que sí! Nunca hubo obstáculos para ti, ¿recuerdas?

—informó nostálgico, intentando que esa mujer derrotada que tenía delante encontrara una pizca de la mujer que fue.

Beatriz sonrió con amargura.

—No sé dónde fue a parar esa mujer, creo que ese mismo día la perdí.

—Entonces, tendremos que encontrarla, eres la única que puede hacerlo.

Beatriz se quedó pensativa, ¿podría recuperar a la mujer que fue un día? Siempre había sido activa, pasional,

decidida, triunfadora.

—Quiero acabar con él, Dallas —sentenció—. Que pague por convertirme en algo que no soy.

Dallas asintió con la cabeza.

Cuando ella le pidió que llevase su divorcio, no lo comprendía. Esa mujer fue la primera de su promoción. Había conseguido estar en lo más alto. Llevar su propio divorcio, para ella, era pan comido. Su marido vivía a lo grande gracias a ella. Por lo que sabía, era otro como el que un día salió con su hermana Rebeca. Un tipo sin oficio ni beneficio. ¿Por qué había acudido a él? No lo asimilaba, de hecho, se negó la primera vez que se lo propuso. Pero el sábado, en el cumpleaños de sus hermanos, lo

entendió; tenía un problema muy serio con el alcohol.

Todos habían pensado que bebió más de la cuenta, pero Dallas no. La había observado, no había bebido tanto como para estar en ese estado, esa era la diferencia entre un alcohólico y un borracho.

Una hora más tarde, con los postres en la mesa, Beatriz, que se sentía más tranquila, comentó:

—Se ha marchado de aquí pensando algo que no es verdad.

Dallas asintió, sabía de lo que hablaba. Apoyó los codos en la mesa y volvió a frotarse la cara con las manos.

—Me está volviendo loco —se sinceró por primera vez.

Beatriz sonrió encantada de escucharlo y verlo tan desesperado.

—Tiene todos mis respetos. Conseguir que tú estés tan alterado, se merece mi sumisión.

Los dos rieron, porque se conocían bien. Dallas no se alteraba por nadie. Ninguna mujer había conseguido llamar su atención lo suficiente como para llegar a sentir ninguna emoción.

Estrella, después de haber llorado, con el apoyo de Ariadna dándole ánimo, había tomado una decisión: olvidarse del abogado.

Era la una de la madrugada, sus planes eran irse a bailar o regresar a casa. Y la segunda opción fue la elegida,

porque su moral estaba por los suelos.

Al llegar a su rellano, se sobresaltó, no esperaba ver a nadie sentado en el suelo. Pero cuando la persona que la esperaba, al verla, se levantó, su corazón de nuevo se aceleró.

—Llevo tres horas esperándote —confesó Dallas.

Estrella, cansada de sentirse la estúpida de turno, fue directa al grano.

—No hacía falta esperarme, con haberme llamado para decirme que esto se ha acabado bastaba.

La luz se apagó, y Estrella fue a darle al interruptor, pero Dallas le cerró el paso. Ella se echó atrás y subió dos escalones para tenerlo a la misma altura.

—¿Has encontrado a otro?

—preguntó acercándose a ella.

—¿No eres tú el que se está viendo con otra?

—¡No! —bramó sin importarle estar en medio de la escalera, donde cualquier vecino podría escucharlos porque ya era tarde.

Estrella empezó a retorcerse las manos.

—¡Odio que me mientas!

Dallas agarró su cabeza con fuerza, pegó la frente a la de ella y siseó.

—Y yo detesto que siempre tengas tan mal concepto de mí. No estoy viéndome con Beatriz... no he cenado con ella por placer, sino por trabajo... no la he querido como tú pensaste el sábado... no te mentí, nunca me he enamorado...

llevo seis semanas añorando tu cuerpo... dos semanas desesperado porque tú no confías en mí... y no he pasado tres horas con el culo congelado para que sigamos enfadados.

Y la besó con desesperación, la misma que ella entregaba en ese momento.

Había llorado al pensar que se había acabado todo con el abogado. Pero esas palabras eran un bálsamo para su alma. Estaba ahí, con ella, dando explicaciones, algo que no entraba en su trato. Así que se aferró a la esperanza de nuevo; Dallas podía estar sintiendo por ella más de lo que pensaba.

Las manos de Dallas parecían tener vida propia. No podían estar quietas,

necesitaba tocarla por todas partes.

Estrella sintió la erección de Dallas, y tampoco pudo contener sus ganas, desabrochó el pantalón con celeridad, necesitaba tocarlo, saber que no era un espejismo, que él estaba ahí, bajándole las bragas en el rellano de su edificio.

—*Abogaducho* —Dallas por fin respiró tranquilo, ahora sí estaba seguro que Estrella le había creído—, puede llegar algún vecino —pronunció temerosa y jadeante.

—Por mí, como si sale Carmen a mirarnos. No pienso parar —afirmó convencido. Porque estaba tan desesperado por esa mujer, que no tenía intención de parar por nada ni nadie.

Estrella sonrió, y Dallas pudo

reconocer esa sonrisa que tanto necesitaba incluso sin apenas luz.

Sacó un preservativo antes de dejar caer los pantalones. Las manos de Estrella lo estaban volviendo loco de placer. Masajeaba su polla, de arriba abajo, con movimiento rítmico y sin parar.

—Más vale que pares o esto será muy rápido —reconoció, porque llevaba tanto tiempo sin follar que si seguía así, se correría antes de penetrarla.

Estrella, al escuchar la premura en su voz, sintió la necesidad de ser malota. Y a pesar de que lo necesitaba dentro de ella, quiso disfrutar del miembro que tanto placer le proporcionaba.

—Lo siento, abogado, pero por tu

culpa, me he quedado sin cenar.

Y empujó a Dallas a la pared, se arrodilló y dio un lengüetazo, largo y lento, para provocar más al letrado.

—Estrella... —pronunció en un hilo de voz—. Me estás matando.

No mentía, pero de placer. La lengua de Estrella, al entrar en contacto con su sensibilizado pene, le provocó un placer extremo. Y se dio cuenta de un detalle, en todo este tiempo, Estrella no lo había hecho. Era la primera vez que ella bajaba al pilón. Y eso lo hechizó por completo.

A pesar de que estaba siendo la mejor felación de su vida, necesitaba penetrar a esa *loca* más que respirar. La asió de las axilas, la levantó, y ella enroscó las

piernas a sus caderas. Como no estaba seguro de poder mantenerse en pie por culpa de lo que Estrella había hecho, la llevó hasta las escaleras de nuevo, y allí la embistió.

—Dallas... Dallas... —repetía ella, intentando no gritar.

—Mírame —ordenó, porque la poca luz que entraba por una pequeña ventana era suficiente—. Nunca vuelvas a desconfiar de mí —suplicó, porque no soportaba su desconfianza.

—Nunca... —gimió y mordió el labio inferior de Dallas—. Te prometo que no lo haré.

Y Dallas, con la promesa en la cabeza, feliz por escucharla, llevó su mano a la zona más delicada, para

masajearla y que ella se corriera, porque él no podía aguantar más. Y como si estuviesen compenetrados, los dos estallaron al mismo tiempo.

Capítulo 28

Mudanza

Dallas continuaba apurado de trabajo, pero por fin parecía que todo volvía a la normalidad.

Era miércoles, y habían pasado diez días desde la última vez que vio a Estrella. Aunque todos los días se mandaban mensajes, algo que sin parecer era especial, para Dallas, se estaba convirtiendo en una adicción. Necesitaba cada día más a esa alocada.

Estaba a punto de meterse en la cama

cuando tuvo una idea.

¿Tienes planes para este fin de semana?

No tardó ni un minuto en recibir respuesta.

No. ¿Por qué?

En ese caso, ten preparada la maleta el viernes. A las siete paso a recogerte.

¿La maleta?

Sí, eso he dicho.

¿Y dónde vamos a ir?

Dallas sonrió, era una sorpresa, solo por ver la cara de felicidad que pondría Estrella al llegar, merecía la pena guardar el secreto.

No puedo decírtelo, pero sí puedes meter en la maleta un biquini, estoy seguro que vas a usarlo.

¿Has bebido?

Dallas se carcajeó. Estrella preguntaba muy preocupada, porque, hasta la fecha, no habían ido ni a cenar juntos, y ahora la invitaba a pasar el fin de semana con él, ¿fuera?

*No, no he bebido. Buenas noches,
preciosa. El viernes a las siete te
quiero preparada.*

Estrella se quedó pensativa durante casi media hora, tenía sueño, pero estaba tan emocionada que no se podía dormir. Se levantó y fue corriendo al armario, ¿dónde tenía guardado el biquini? Al encontrarlo, sonrió; con este en las manos, se acostó de nuevo y se durmió con una gran sonrisa en la cara.

Susana estaba cerrando la última caja, al día siguiente se trasladaba. Había pedido en el trabajo dos días de asuntos propios para la mudanza, Javier le

ofreció la furgoneta de la empresa para el traslado.

—Es una pena que te marches —comentó Lorena a su espalda.

—Ha llegado el momento de tener mi intimidad —dijo Susana, y Lorena asintió con la cabeza.

Susana vio cómo Lorena se sentaba en el sofá; había observado que llevaba varios días bastante decaída.

—¿Qué te pasa, Lorena?

—Ricky sigue en la ciudad y no me llama. Ayer fui a verlo, pero se hizo el despistado, como si ya no quisiera nada de mí.

Susana se sentó a su lado.

—¿No es eso lo que querías?

—Sí, pero estos días que nos hemos

estado viendo otra vez... ¡Lo necesito, Susana! No puedo estar sin él —reconoció y se echó a llorar.

Susana la acunó frotándole la espalda.

—Sabías que esto pasaría, que cuando retomase la gira...

—Sí, sí, lo sé. Y pensé que ya lo tenía superado... pero no. ¿Por qué no puedo olvidarlo?

Susana hizo una mueca, la respuesta era sencilla: porque estás enamorada.

—Este sábado se marcha, y otra vez estaré sin saber de él —informó con pena—. Lo extraño es que, hasta hoy, siempre que estaba en la ciudad nos veíamos casi a diario... incluso la noche antes de marcharse me invitaba a cenar siempre en el mismo restaurante, donde

me pidió que me casara con él. ¿Es que ha encontrado a otra mujer más especial?

—Lorena...

—Sí, lo sé —interrumpió—. Ya no soy especial para él. Pero, Susana, te juro que a pesar de todo, cuando venía a verme, me hacía sentir la mujer más especial del planeta. ¿Qué ha cambiado?

Susana cerró los ojos. ¿Y si habían sido sus palabras? La última vez que lo vio quiso abrirle los ojos. Que estaba lastimando a Lorena.

El timbre sonó, Lorena fue directa al baño, se había olvidado que había quedado con Víctor.

Susana respiró fuerte, no lo había visto desde que se despidieron en el

coche de él.

—Hola —saludó con una sonrisa.

—Hola —respondió Víctor, entró y se dirigió al salón.

Susana terminó de precintar la caja que había dejado a medias.

—Se acabó, ya está todo.

Víctor ojeó rápido y volvió a sentir ese sentimiento desconocido.

—¿Ya lo tienes todo preparado?

—Sí, mañana abandono este lugar —comentó mirando la estancia.

—Mañana libro, si quieres, puedo ayudarte con la mudanza —se apresuró a decir con la esperanza de que Susana no rechazara su ofrecimiento.

Ella sabía que era un peligro aceptarlo, pero a pesar de que había

dejado claro que entre ellos no habría nada, su corazón se agitaba cuando lo tenía al lado.

—Me vendría muy bien.

Víctor sonrió, aunque se intranquilizó, porque mientras ella pensaba la respuesta, él se había puesto nervioso.

«¿Qué demonios me pasa con esta mujer?», se preguntaba una y otra vez.

—¿A qué hora quieres que venga?

—Había pensado en ir a la galería a las nueve y media.

—¿A la galería? —preguntó sin comprender.

—Sí, Javier me ha ofrecido la furgoneta.

Víctor asintió, desde luego, su hermano siempre pensando en todo.

—Vale, en ese caso, no hace falta que te molestes, yo puedo pasar a por ella y venir directo.

—De acuerdo.

Lorena salió y se marcharon.

No había pasado ni media hora, cuando volvieron a llamar a la puerta. Al abrir, se quedó parada.

—Lorena no está —informó Susana a Ricky.

—Lo sé, la he llamado y me ha dicho que no tardará en regresar.

Susana se puso nerviosa, el semblante de Ricky no era el que había visto los días que coincidieron. Estaba demasiado serio y parecía algo alterado. ¿Y si subía Víctor con Lorena al apartamento?

Mientras ella disimulaba poniendo las cajas apiladas, él no paraba de dar vueltas por la estancia.

Lorena llegó sola, Susana levantó las cejas al verla.

—Le he dicho a Víctor que tenía algo urgente que hacer y no me acordaba.

Susana asintió y se dirigió a la cocina para prepararse la cena.

Ricky, al ver a Lorena se puso frente a ella.

—Tenemos que hablar —sentenció.

—Tú dirás.

—¿Quién era el tipo que te acompañaba? —preguntó bastante molesto.

—Un amigo...

—¡Pues se acabaron los amigos!

—exclamó, dejando a Lorena descolocada.

—¿Quién te crees que eres?

—preguntó enfadada, ya que él hacía lo que le daba la gana.

—¡Ricardo! Ese soy —espetó a un palmo de su cara.

Lorena tragó saliva, ¿cuánto hacía que no lo llamaban así? Y su corazón palpitó, recordando que minutos antes de pedirle matrimonio, él comentó: «Para ti siempre seré Ricardo. Los demás conocerán a Ricky, pero tú, y solo tú, sabrás siempre que soy Ricardo para ti».

—Ricardo desapareció —comentó aguantando las lágrimas.

—Pues ha regresado, Lorena

—susurró emocionado, alargó la mano y acarició la cara de ella.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Una hora, dos? —preguntó con una lágrima en la mejilla que no pudo retener.

—Tantas como tú permanezcas a mi lado.

—¿Qué quieres decir?

Sujetó a Lorena con las dos manos por la cadera.

—Que estoy cansado de alejarme de ti. Que te quiero a mi lado.

Lorena tragó saliva.

—Tú no puedes dejar los escenarios...

—Pero sí puedo llevarte a ti.

Susana, que estaba escuchando, se emocionó, ¿ese tipo realmente era el

mismo que había conocido? Porque su tono de voz, su delicadeza al hablarle a Lorena, no cuadraba con el Ricky de siempre. Ahora entendía a su compañera de piso cuando decía que en el pasado, él había sido muy distinto.

—¿Llevarme? —preguntó totalmente nerviosa.

Ricardo sacó de su bolsillo el anillo que hace años le regaló, y ella le devolvió.

—Una vez te lo regalé y dijiste que sí. Fui un estúpido al dejarte aquí sola. —Lo introdujo en su dedo anular—. Esta vez, vamos a seguir juntos, Lorena. Ya no puede pedirme nadie que renuncie a ti.

Lorena se quedó inmóvil.

—Por favor, di algo —suplicó nervioso.

—Ricky...

—Ricardo, cariño, sólo para ti.

—Te quiero —confesó y se echó a llorar.

Ricky la abrazó, cerró los ojos y dio gracias al cielo por escuchar esas palabras.

El día que Susana le recriminó su comportamiento, intentó alejarse de Lorena. Pero pensar que otro hombre llegaría a ocupar el corazón y la vida de ella lo mató. Ella había estado con él cuando no era nadie. Cuando era Ricardo, un hombre que intentaba labrarse un futuro en el mundo del rock. Un hombre enamorado que tuvo que

renunciar a la única mujer que había amado, porque así se lo pidieron. Pero también era un hombre que no la había olvidado.

Se besaron con amor auténtico y se fueron al dormitorio para hacer el amor.

Susana estaba con lágrimas en los ojos por la emoción y la felicidad de ver a Lorena. Pues, aunque no eran del todo amigas, siempre se habían llevado bien, y estas últimas semanas, mucho más.

A las dos de la tarde, estaban colocando las cosas en su sitio, cuando las tripas de Víctor rugieron. Susana soltó una carcajada.

—Vamos, te invito a comer.

Bajaron a un restaurante cercano.

—La verdad, cuando dijiste que te mudabas a un ático, no pensé que fuese tan...

—¡Espectacular! —exclamó, contenta, Susana, interrumpiendo a Víctor.

—Sí, esa es la definición.

Y no mentía. Estaba ubicado justo en frente de *La ciudad de las artes y las ciencias*. Tenía trescientos metros cuadrados y una amplia terraza. Y Susana no mintió, la panorámica desde allí era maravillosa, se divisaba toda la ciudad.

—¡No lo podía creer cuando vine a verlo! —expresó con tanta alegría, que contagió a Víctor—. Una cliente de la

galería nos contrató para reformarlo. Pregunté qué idea tenía, si lo quería moderno, clásico... total. Me dijo que confiaba en mí y que lo dejaba a mi elección, porque ella no tenía intención de vivir aquí. Que quería ponerlo en alquiler con derecho a compra. Estuve haciendo cálculos y... ¡si todo va bien, el año que viene, seré la propietaria! ¡Ay, Víctor, y todo gracias a ti! —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

Víctor se carcajeó, verla tan contenta era fantástico, y tuvo que sujetarse a la silla para no cogerla de la nuca y besarla como estaba deseando.

—Yo no tengo nada que ver...

—¡Claro que sí! De no ser por ti, no tendría este trabajo.

—No, lo tienes porque has demostrado tu profesionalidad. Javier no contrata a cualquiera, creo que ya lo conoces lo suficiente para saber que es muy perfeccionista en todo.

Susana asintió, era cierto, Javier revisaba cada trabajo; hasta que no estaba perfecto, no se entregaba. Si había que cambiar las cosas mil veces, se hacía.

—Aun así, gracias —agradeció honesta—. Por cierto, ¿sabes si tiene pensado tu hermano hacer algo con el local que tenéis vacío?

Hablaban de un local que adquirieron hace poco, él único que les faltaba para que toda la manzana de la Galería Irwin les perteneciera.

—No, Rebeca sugirió algo, pero Javier dice que de momento lo tendremos vacío. Igual en un futuro lo quiere usar para exposición. No tengo ni idea, la verdad es que no suelo implicarme mucho.

Les sirvieron el segundo plato, y Víctor comentó burlón.

—Ya era hora verte comer, porque me ha comentado un pajarillo que hay días que te olvidas de meterle comida al estómago.

Susana se puso colorada, Beca le había reñido un par de veces. Cuando se metía de pleno en un proyecto, se olvidaba incluso de comer.

—Por cierto, ¿qué tal se te dan las aventuras? —preguntó aguantando la

risa, porque cuando le notificara la noticia que traía, sabía que su cara iba a demudarse como la primera vez que se vieron.

—¿Aventuras?

—El sábado de la semana que viene es el setenta y cinco aniversario de la galería. Y este año, Javier decidió que pasaréis el día en *Aventura Máxima*, la empresa de la que, por cierto, desde hace seis meses, soy el propietario.

Cierto, los antiguos propietarios se jubilaban. Los Irwin se reunieron como siempre que había algo especial que tratar. Y convencieron a Víctor para que tomase el mando de la empresa. Llevaba trabajando en ella desde los dieciocho años. Nadie mejor que él conocía cómo

se debía dirigir una empresa dedicada a los deportes de alto riesgo. Y aunque en un principio, Víctor no estaba convencido de dar el paso, Javier le hizo entender que los años no pasaban en balde. Acababa de cumplir treinta y siete años, y llegaría un día en que lo que ahora podía ser tan divertido y excitante, no podría realizarlo. Y eso lo acabó por convencer. Y por eso hoy estaba ahí, ayudando a Susana, porque él era el dueño, no necesitaba si quiera ir a trabajar. Si lo hacía, era por su necesidad de quemar adrenalina constantemente.

Susana se carcajeó, debía estar de broma. Al ver que él levantaba la ceja, paró de reír.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¡Ay, Dios mío! ¿Rafting?

—expresó con los ojos como platos.

Víctor, al verla, por fin se carcajeó a gusto.

—Tranquila, estarás en buenas manos...

—¡No, no, ni hablar! ¿Cómo se le ocurre algo así? Pensé que Javier era un hombre inteligente —hablaba rápido, sin poder dar crédito—. Por favor... por favor... dime qué puedo hacer para no ir ese día.

Víctor no podía parar de reír, estaba encantado con la reacción de Susana.

—¿Quieres saber una cosa? La primera vez que te vi, te imaginé

realizando un salto en parapente conmigo.

—¿Yo?! ¡Ni loca!, no, no, yo en vida haría algo así...

—Nunca digas nunca...

—¡Nunca, créeme! —sentenció asustada solo de imaginarlo.

Víctor de nuevo se carcajeó, es que era todo un poema el rostro de Susana.

Le llegó un mensaje al móvil a Víctor y mientras reía, lo leyó.

Víctor, hoy no voy a poder quedar... bueno, ya no vamos a quedar de nuevo. Me marcho a vivir fuera. Besos.

—¿Tú sabías que Lorena se marcha a

vivir fuera? —preguntó escrutándola con la mirada.

Susana tragó saliva, no quería mentirle, pero tampoco podía contar la vida de Lorena.

—No.

—Pues parece que se va —comentó él sin dar importancia.

—¿Y no te molesta? —se interesó Susana.

—Hombre, me sabe mal, pero tampoco me supone un drama. No teníamos una relación muy estrecha.

—Ahh... —atinó a decir sin saber qué opinar de esa respuesta.

—Su, Lorena y yo solo nos hemos acostado ocho veces...

—¿Ocho? —preguntó rápida. Eso no

podía ser, habían salido todos los miércoles desde que ella lo conocía.

Víctor sonrió de medio lado, Susana era auténtica, no sabía disimular nada.

—Sí, solo ocho, tener citas con alguien no significa follar siempre.

Susana volvió a sonrojarse, Víctor siempre tan directo a la vez que encantador. Pero la pregunta era: ¿cuántas más estaban teniendo citas con él?

—Y dime, ¿ahora me aceptarías una cita?

—Si dices que no siempre se acaba...

—Follando —pronunció en vista que Susana parecía no encontrar la palabra.

—Vale, pues eso... entonces, podrías considerar esta comida como una cita,

¿no? —argumentó mirándolo directamente a los ojos.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó curiosa.

—Porque en una cita, aunque no haya sexo, las dos personas están receptivas de intentar gustar al otro. Y tú, está claro, que te has negado a darme esa oportunidad.

Susana se sintió estúpida, ya que fue ella quien dijo que la dejara fuera de su lista de conquistas. Ojalá pudiera sincerarse y decirle que no necesitaba estar receptiva, porque él le gustaba más de lo que imaginaba.

A las nueve de la noche, casi lo tenían todo listo. La ayuda de Víctor había sido

un milagro.

Con la última caja, Víctor se encontró el objeto que Susana hubiese deseado esconder de haber sabido que él le prestaría ayuda.

Negó con la cabeza, ¿cómo podía esa mujer jugar con esa mierda de vibrador, cuando él estaba dispuesto a hacerla gozar?

—Su, ¿puedes venir un momento?
—preguntó desde el salón.

Susana dejó el último vaso en la estantería de la cocina y fue a su encuentro.

—Dime.

—¿Esta porquería de verdad te hace gozar? —comentó mientras levantaba el vibrador.

Susana agrandó los ojos, las mejillas le ardieron y se quedó sin voz por la vergüenza.

—¡No me jodas, Su! ¡Esto es una mierda! —se expresó alucinado, porque el aparato en cuestión no era muy grande.

Por fin pudo reaccionar.

—Vale, dámelo —ordenó, extendiendo la mano.

—No, ni hablar.

—¿Cómo qué no? ¡Dámelo!

Víctor negaba con la cabeza, se lo estaba pasando bomba en esos momentos.

—No, hasta que reconozcas que esto es... es... —no encontraba las palabras—. ¡Joder, es que es la polla de

un pitufo!

Susana agrandó los ojos, ¿pero qué decía?, ¿acaso estaba afirmando que la suya era más grande?

—Dámelo —suplicó.

—No pienso dártelo, este objeto debería estar prohibido, es un atentado a la vista, y más al goce de una mujer.

Susana intentó arrebatárselo de las manos, pero él fue más rápido.

Durante un buen rato parecían críos jugando. Hasta que Su se lanzó y acabó atrapándolo. Cayeron encima de la cama; Susana quedó encima de él.

Los dos tenían la respiración agitada por haber estado corriendo por todo el ático. Se miraron a los ojos.

El miembro de Víctor tomó vida

propia, consiguiendo que Susana lo notase.

—¿Ves lo que me provocas? Podría entregarte todo el placer que esta mierda de mini pene no hace —susurró.

Susana sonrió entre avergonzada y alterada. Una combinación que hechizó por completo a Víctor.

Era mala suerte que él hubiese encontrado el vibrador. Aún más, tenerlo en su cama y empalmado, porque lo deseaba con toda su alma, pero fue honesta a sí misma.

—Estoy segura de ello... pero también estoy segura que acabarás haciéndome daño.

Víctor soltó el maldito aparato para sujetar la cabeza de Susana.

—¿Me crees capaz...? —siseó preocupado, Susana se dio cuenta y quiso aclararlo.

—Víctor, si me dejas llevar, cuando salgas por esa puerta, me pasaré la noche llorando. No puedo pedirte que dejes de ver a otras, pero yo no puedo pedirme a mí misma que no sufra al pensarlo.

Víctor comprendió y agradeció la honestidad de sus palabras. Por un lado, ella estaba afirmando que él era más especial de lo que imaginaba. Por otro, que por serlo, si se acostaban, sufriría y eso a él tampoco le gustaba.

La deseaba, y se estaba convirtiendo en una mujer demasiado especial, pero ¿tanto como para no ver a ninguna otra?

La besó suavemente en los labios.

—De acuerdo, creo que el *pene pitufo* seguirá siendo el afortunado —comentó, consiguiendo que Susana se riera por el comentario, y las cosas entre ellos, una vez más, continuasen como siempre.

Capítulo 29

Mala suerte

A las siete en punto de la tarde, Dallas llegaba al apartamento de Estrella.

—¿Todo listo? —preguntó después de besarla con pasión al verla.

—Sí, eso creo.

—¿Se puede saber qué hay en esta maleta? —preguntó, porque pesaba un quintal.

—Lo necesario para un fin de semana —comentó con lógica.

—Estrella, aquí llevas por lo menos ropa para todo un mes.

Desde luego, las mujeres y las maletas era un tema a tratar. Su hermana Rebeca era igual, parecía que se iba a la guerra cuando solo iba a pasar diez días a Portree.

—La culpa es tuya, no me has dicho dónde vamos.

Dallas se dio la vuelta, volvió a besarla y dijo:

—Al paraíso, ya lo verás.

Estrella agrandó los ojos. ¿Paraíso? No entendía nada, pero, para ser franca consigo misma, ya estaba en el paraíso desde que él la invitó el miércoles a pasar el fin de semana juntos.

Cuando llegaron al aeropuerto, se

sorprendió.

—¿Vamos a coger un avión?

—Sí, no suelo hacer visitas turísticas a los aeropuertos —comentó burlón y, a la vez, encantado de ver la reacción de Estrella.

Al facturar la maleta, bueno, la de ella, porque él llevaba una bolsa de mano únicamente, la joven sobresaltó a Dallas.

—¡¿Nos vamos a Ibiza?! —bramó Estrella, llamando la atención de medio aeropuerto.

—Sí, preciosa —se acercó y la levantó para tenerla a su altura—. Ya verás el paraíso que nos espera. —Y la besó de nuevo.

Estrella no cabía en sí de felicidad.

Cuando llegaron a su destino, tenía razón Dallas. Aquello era el paraíso. La había llevado a una casa espectacular. Pegada a una cala privada.

Si ella estaba encantada, Dallas se sentía el hombre más feliz del mundo. Memorizó cada expresión de Estrella, nunca olvidaría ese momento.

Decidieron investigar la casa, y cuando llegaron a la primera planta, se quedaron atónitos.

—¿Qué te parece? —preguntó, rodeándola con sus manos, por detrás, cuando habían llegado a un cuarto de baño que tenía un jacuzzi gigante. La estancia era de cristal con vistas al inmenso mar.

—El paraíso.

Dallas la volteó y dio al botón que ponía en marcha las burbujas.

—Entonces, disfrutemos —pronunció antes de besarla con pasión desmedida.

Estrenaron el jacuzzi, aunque el abogado tenía intención de probar unas cuantas habitaciones más de la casa.

A las seis de la mañana, Estrella se despertó, necesitaba ir al baño y beber agua.

—¡Agg, qué mal sabe! —se expresó en voz alta.

Pero tenía mucha sed y volvió a beber.

Regresó al dormitorio y, antes de meterse en la cama, disfrutó de las vistas que le proporcionaba el cuerpo desnudo de Dallas.

No se cansaba de mirarlo, y eso que tenía grabado en su retina los pectorales del abogado, porque en su casa, antes de dormir, se quedaba fijamente observando la fotografía que él le regaló y, aun así, podría pasarse horas con la vista fija en ella.

Dallas se despertó, al ver que Estrella estaba despierta, aprovechó para tener el primer polvo matutino del día.

Mientras desayunaban, Estrella observaba la expresión relajada del abogado. Hasta la fecha, no lo había visto así antes.

—El día está soleado, ponte el bikini —comentó Dallas, porque venía la segunda parte de su sorpresa.

Y lo fue, pues había un yate

esperándolos para ir a alta mar.

—¡Ay, madre! —se expresó Estrella mientras el abogado disfrutaba de su reacción—. ¿Sabes manejarlo?

—Sí, no es la primera vez. —Estrella asintió despacio, y él observó un cambio en ella—. Mi hermano Víctor nos ha llevado muchas veces y nos enseñó a manejarlo. Aunque es la primera vez que lo hago a solas y con una mujer al lado —aclaró para que Estrella no pensara que había llevado a otra.

La joven se sintió especial, regalándole un beso apasionado.

—Estoy segura que no me vas a defraudar.

Llevaban una hora en alta mar cuando Estrella notó un retortijón en el

estómago. Salió disparada a popa y devolvió.

Dallas paró el motor y se acercó a ella.

—¿Estás mareada? —preguntó preocupado.

—No, mareada no, esto... —no pudo terminar, porque de nuevo le vino una arcada.

Dallas decidió regresar, el rostro de Estrella estaba muy pálido.

Al llegar a la casa, ella salió corriendo al primer baño y, en esta ocasión, no devolvió, más bien evacuó. Se iba por las patas abajo.

Dallas llamó a la puerta, y ella gritó.

—¡No entres!

El abogado estaba preocupado,

llevaba mucho rato ahí dentro.

Y escuchó el sonido inconfundible de una persona que está de diarrea.

Estrella quería morirse.

«¡Por qué tengo tan mala suerte!», bramaba en su interior.

Quería llorar de la rabia. Dallas había organizado un fin de semana maravilloso... más que eso. Y ella, ¡¿cagando sin parar?! No sabía qué le dolía más, si el estómago o el alma por la vergüenza.

Así estuvo durante tres horas, salía del baño y le tocaba regresar, incluso, en una de las veces, se cagó encima antes de llegar.

Dallas, totalmente preocupado, cogió su móvil y llamó a su hermano Malcom.

—¿Ha bebido agua?

—No lo sé, espera —le preguntó a Estrella, y ella afirmó —Sí.

—*Entonces, es gastroenteritis.*

Le recetó unas pastillas y que bebiese mucho líquido, suero a ser posible.

Estrella salía del baño, avergonzada de nuevo.

Dallas no le quitaba ojo.

—Tengo que ir a buscar lo que me ha recetado Malcom.

—Vale...

—¿Cuándo bebiste agua? —preguntó, porque por la noche tomaron vino. Y por la mañana desayunaron con zumo y café.

—Esta noche, tenía sed...

—¿Y cómo se te ocurre beber del grifo?

—Porque siempre bebo del grifo.

Dallas se llevó las manos a la cara. Por algo pensaba que era una loca, ¿acaso no sabía que beber del grifo no era sano?

—¿Sin tener depuradora?

—Dallas, que tú vivas en un lugar de ensueño, con todo tipo de modernidades, no quiere decir que los demás lo hagamos. Sí, bebo del grifo sin depurar.

Prefirió callar, porque ella salió nuevamente rauda al baño.

Se suponía que en un lugar de lujo los filtros del agua tenían que estar instalados. Pero como no estaban, había un dispensador de agua que Estrella no había visto.

Buscó en internet la información que

necesitaba, para introducir los datos en el GPS del vehículo que había alquilado. La farmacia más cercana estaba a media hora, consecuencia de hacer una escapada a un lugar que estaba apartado de todo.

—Preciosa, intentaré tardar lo menos posible, ¿de acuerdo?

Estrella sonrió sin ganas. Cada vez se encontraba peor.

Mientras Dallas estaba fuera, Estrella lloraba de rabia.

—¡Qué vergüenza, quiero morirme!
—bramó, y su amiga Ariadna se alejó el móvil de la oreja.

—*No pasa nada, Estrella...*

—¡Claro que pasa! ¿Cuánto tardaste tú en tirarte un pedo delante de tu ex?

¡Joder, Ari, yo me he cagado encima!
—Ariadna no sabía qué decir, porque Estrella no paraba de bramar—. ¡Y encima no encuentro un puto ambientador! ¡Ay, Ari, quiero morirme de la vergüenza! Dallas ha entrado al baño dos veces, y mira que le he obligado a no hacerlo.

—*¿Cuándo estabas cagando?*

—preguntó alarmada.

—¡Nooo, no! ¡Solo me faltaba eso!

—*Ufff... menos mal.*

—No, no, menos mal, no. ¿Tienes idea del olor que he dejado? ¿Cómo se le ocurre entrar cuando estaba vomitando?

—*Nena, no te agobies más.*

—¿Qué no me agobie? ¡No va a

querer verme nunca más! Te lo digo yo.

—*No seas exagerada, él también habrá pasado por algo así alguna vez...*

—¿Pero es a mí a la que le está pasando? Soy yo la que está cagando sin parar, dejando un aroma a putrefacto que está contaminando toda la casa. ¿Crees que recordará después de esto mi perfume? ¡Ay, Ari, te dejo que me cago otra vez!

Y, mientras, Estrella divagaba mentalmente en que Dallas no querría verla de nuevo por haberse tirado cien pedos, que él había escuchado a la perfección, por no poder retenerlos. Que el olor de sus incontables visitas al escusado harían mella en él.

El abogado regresaba angustiado. No soportaba ver a Estrella con el rostro pálido por el dolor de vientre.

A las siete de la tarde, parecía que por fin el organismo de Estrella se estabilizaba. Aprovechó para ducharse y relajarse.

Dallas, a pesar de verla mejor, todavía estaba nervioso, porque su rostro continuaba pálido y carente de su típica alegría.

—¿De verdad tengo que comer esto?
—se quejó por lo que le había preparado Dallas.

—Sí. Es lo que ha recetado Malcom, y lo que él dice va a misa.

Con desgana, comió el puré y miró la cena que tenía Dallas preparada. Todo

un manjar.

—¿Has cocinado tú?

Dallas sonrió, el que ella pensara que era tan experto como su hermano Neill tenía gracia, porque no sabía ni freír un huevo.

—No, esto estaba preparado. Bastante me ha costado preparar lo tuyo —afirmó, porque pelar dos patatas y rascar las zanahorias, para luego hervirlas, había sido toda una odisea. A partir de hoy, admiraría más a su hermano.

Terminaron de cenar, y Dallas propuso ver alguna película. Había una gran selección de títulos, en *blue ray*, en la estantería.

—Elige tú, pero que no sea

romántica —propuso el abogado.

—¿No te gustan las comedias románticas?

—No.

Estrella negó con la cabeza, ese hombre podía con ella.

—¡Anda, *Magic Mike*!

—Ni hablar, busca otra —se negó rotundamente a ver tíos bailando mientras ella babeaba al mirarlos.

—Pues que sepas que el protagonista me recuerda mucho a Malcom.

Dallas levantó la ceja, ¿estaba diciendo que le gustaba su hermano pequeño?

—¿*Gravity*? —preguntó mientras la sacaba de la caja.

—Vale, no la he visto.

—Yo tampoco.

Se sentó en el sofá al lado de Dallas y, nada más darle al *play*, se levantó como un resorte y fue al baño, pero regresó muy rápido.

Dallas la miró, pero no dijo nada. A los dos minutos, lo volvió a hacer, y el abogado sospechó qué le pasaba.

A la tercera vez, ella hizo el amago de levantarse, pero Dallas, con un movimiento rápido, la sujetó y la sentó encima de él.

—Tíratelo —ordenó.

Estrella se puso roja como un tomate.

Dallas la observaba impasible, no estaba dispuesto a que ella se pasase toda la película yendo y viniendo del baño por un maldito pedo.

—Por favor, ya es bastante humillante, vas a recordarme como la pedorrera oficial del reino.

—No digas tonterías, prefiero oírte pedorrear, que verte perrear.

Estrella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Cuándo he perreado yo?

—En la discoteca y en el cumpleaños, con el amigo de Beca.

Estrella no se lo podía creer, él estaba hablando en serio.

«¡Está celoso, sí, sí, está celoso!».

Y de pronto se puso a reír, y Dallas, por fin, sintió como si le quitasen una carga de encima. Ver a esa muchachita, que tenía en sus brazos, reír, era lo mejor del día.

Pero la risa de ella paró en seco,

porque se le escapó una ventosidad.

Estrella se tapó la cara con las dos manos para esconderse, la vergüenza podía con ella. Y se reclinó en el pecho de él. Porque así no podría mirarla a la cara.

Dallas, consciente del tormento —estúpido a su entender, porque no había nada por lo que avergonzarse—, de Estrella, intentó tranquilizarla.

—Cuantos más te tires, mejor. Malcom ha dicho que en tres días estarás totalmente repuesta.

Estrella, sin cambiar de posición y sin intención de soltar más aires, a no ser que se le escapasen, habló:

—Adoras a Malcom.

—Por supuesto, es mi *pequeñajo*

—sentenció.

Estrella sonrió, pero él no podía verla.

—Parece un buen chico.

—Es el mejor —aseguró

—¿Es con el que mejor te llevas?

—Me llevo bien con todos, pero con quien tengo mayor afinidad es con Rubén. A él le consiento cosas que no permitiría a nadie más.

—El día que me invitó a cenar

—Dallas no se movió, quería escucharla con atención y continuaba sujetándola con fuerza—, pobrecillo, algo debió sentarle mal. Aunque no fue al baño tantas veces como yo —comentó avergonzada—. Es un buen hombre.

—No te dejes engañar, es el peor de

todos.

Estrella levantó la cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

—¿Rubén?

—Sí, Rubén, siempre tocando la moral.

Y Estrella volvió a reírse.

Dallas no pudo evitarlo y la besó. El beso parecía que bajaba de intensidad para transformarse en algo más íntimo. Y Dallas puso fin rápido.

—Veamos la película.

Estrella se quedó dormida, y Dallas la llevó en brazos hasta la cama. La tumbó con sumo cuidado, pero ella abrió los ojos. Se quedaron mirándose sin hablar.

—Lo siento —pronunció en un hilo de

voz y bastante adormilada.

—¿Qué?

—Haber estropeado el fin de semana.

Dallas volvió a sentir esa extraña sensación que le producía Estrella siempre que parecía tan vulnerable.

—No has estropeado nada —afirmó sincero. Porque a pesar de todo, él se sentía en el paraíso junto a ella.

Estrella sonrió de medio lado y cerró los ojos, diez minutos después ya estaba dormida de nuevo.

Dallas seguía mirándola y al escuchar una ventosidad, sonrió. De estar despierta, se habría ruborizado como había hecho todo el día.

Alargó el brazo y con dos dedos acarició todo su rostro.

—¿Qué me estás haciendo, Estrella?
—preguntó en un susurro, porque nunca
había sentido nada igual antes junto a
una mujer.

La besó con ternura y cerró los ojos.

Capítulo 30

Malas noticias

Dallas estaba en su despacho cuando recibió una llamada de su hermano Malcom.

—*Dallas, tienes que venir al hospital* —informó serio.

—Voy.

Salió raudo, se temía lo peor. La voz de su hermano no presagiaba nada bueno.

Al llegar, Malcom estaba esperándolo en la entrada.

—¿Qué ocurre?

—El doctor Miralles te pondrá en antecedentes, pero Dallas... —advirtió dándole un apretón en el hombro—. Creo que está llegando su hora.

El abogado apretó los labios. Sabía que antes o después llegaría el momento temido. Aun así, no estaba preparado para decir adiós.

Subieron a la tercera planta, el doctor Miralles los esperaba.

—Me temo que no tengo buenas noticias —informó después del apretón de manos—. Ya no podemos hacer nada.

Dallas asintió y preguntó:

—¿Cuánto le queda?

—Lo que su cuerpo aguante, pero máximo dos meses.

Dallas respiró con profundidad, agradeció al doctor y a Malcom que le avisaran. Se puso frente a la puerta de la habitación y entró a ver a la persona que pronto dejaría de respirar.

—Hola, buenas tardes —saludó la mujer que Dallas había contratado para cuidar al enfermo.

—Mercedes, puede ir a tomarse algo, voy a estar un buen rato.

La mujer asintió y agradeció poder salir a tomar un poco el aire, se pasaba las horas allí dentro.

El anciano miró a Dallas y comentó.

—No deberías perder el tiempo visitando a este viejo.

El hombre, de ochenta y nueve años de edad, era para Dallas lo más

parecido a un abuelo. Como no había conocido a los suyos, la unión con Rodrigo Aguirre era así de familiar.

Era un vecino de la urbanización, tenía su casa justo al lado de la de su hermana Rebeca. Un hombre que desde que Dallas era pequeño, siempre lo había tratado como a un nieto.

Cuando enfermó, Dallas se encargó de tenerlo bien atendido, el hombre podía costearse cualquier gasto, porque había amasado una gran fortuna. Pero, por desgracia, no tenía familiares que se ocupasen de él. Por ello, el abogado se sentía más unido. Incluso negándole al anciano a pagar nada.

—No tenía nada mejor que hacer.

El hombre tosió, y Dallas le acercó un

vaso con agua.

—¿Le gustó a Estrella Villa Paraíso?
—preguntó escrutando con la mirada al abogado.

Era el único que estaba al corriente de las andanzas de Dallas. Con los años, se había convertido en su confesor.

Sonrió como un tonto, y el anciano se alegró por el muchacho.

—Sí, le fascinó.

—Te lo dije, fue mi mejor adquisición —aseguró orgulloso.

Villa Paraíso le pertenecía desde hacía ocho años. Buscaba tranquilidad y lejanía del mundo que lo rodeaba, cansado de haber llevado una vida llena de estrés.

—Salisteis a alta mar con en el yate,

imagino.

Dallas acercó la butaca que había en la habitación y se sentó cerca.

—Sí, pero se torció un poco el plan.

El abogado le narró las pericias, y el anciano no paraba de reír.

—Pobre muchacha, con lo miradas que son las mujeres para esas cosas.

—Sí, pensé que me tocaba regresar a la farmacia y comprar una crema especial para quemaduras porque le ardían las mejillas.

El anciano de nuevo se carcajeó, y Dallas agradeció poder escuchar esas risas, pronto dejarían de sonar.

—Dally... —posó su mano sobre la del abogado—, ojalá tu cabezonería no te deje escapar a esa mujer tan especial.

—No...

—Escúchame, muchacho —dijo apretándole la mano—. Yo lo he tenido todo. He vivido la vida que quise vivir. Trabajo, fiestas a lo grande, más trabajo... y no me arrepiento de nada; excepto de haber dejado escapar a la mujer de mi vida.

—¿Aurora?

Rodrigo asintió lentamente, con nostalgia al recordar a aquella mujer.

—Tenía algo especial. Ninguna mujer me sacaba de mis casillas como lo hacía ella. —Dallas sonrió, entendía lo que quería decir, pues Estrella a él también conseguía desquiciarlo—. Pero fue la única que consiguió estar en mi mente días y noches... incluso años... Pero

llegó alguien más listo que yo. Mientras yo ofrecía diversión y lujos, él le ofreció amor y matrimonio.

—Tú la querías, ella debía saberlo...

—El anciano asintió y lo interrumpió.

—Muchacho, aunque ella lo sabía, se cansó de esperar que yo me decidiera. No lo hice por estupidez. Quería probar que no hacía falta pedirle matrimonio. Que eso no importaba. Y él sí lo hizo, demostrando, delante de todos, que la quería a su lado, sin esconderse, sin negar su amor.

Dallas se sintió un poco identificado.

—¿Y si hubiese salido mal?

—preguntó serio. Los consejos de ese hombre eran muy importantes para él.

—Imagino que nos hubiésemos

separado. Pero sin atreverme a dar ese paso, también la perdí. Un gran error, porque sufrí de igual manera, con la desventaja de no haber vivido con ella más tiempo.

Dallas entendió perfectamente lo que estaba diciendo.

El viejo lo miró, le dio un par de palmaditas en la mano.

—No permitas que otro más listo llegue antes y te robe ese tiempo, porque tarde o temprano, lo lamentarás.

—El amor es cruel —aseveró Dallas, convencido en sus palabras.

—No para todo el mundo, muchacho. Tienes el ejemplo de que el amor puede ser hermoso en tus padres.

—Ellos son distintos.

—¿Por qué? Solo son dos personas que supieron elegir. Ahí radica el triunfo del amor. En saber elegir a la persona que está a tu lado.

—Javier creyó encontrar a esa persona, y lo único que consiguió fue convertirse en prácticamente un hombre amargado. Malcom también parecía tenerlo claro, y por poco pierde esa inocencia que lo caracteriza. Mi hermana llegó a la locura...

—Lo de Javier y Malcom es porque no supieron elegir, Dallas. Hoy, tu hermano mayor está con esa mujer que no debió dejar escapar. Malcom ha tenido mala suerte, nadie dijo que fuese fácil. Rebeca sí supo elegir. Ella sí ha vivido el amor en estado puro. ¿Qué

importa que en el pasado enloqueciera?
Hoy es la mujer más feliz del mundo.

Dallas sonrió, era cierto, su *pequeñaja* era feliz... muy feliz.

—No sé si hay alguien para mí.

—Sí, sí lo sabes, pero no quieres aceptarlo.

Dallas prefirió cambiar de tema, porque no quería ahondar en su interior y sorprenderse al tener que admitir que era muy posible que había encontrado a una mujer que parecía estar hecha para él. Pasó un buen rato más con Rodrigo, charlando animadamente, y a las nueve de la noche, Dallas se despedía. Mañana sacaría tiempo de dónde fuera para ir a visitarlo. No quería lamentar en el futuro no haber pasado tiempo a su lado.

Se dirigió al *gran nido*. Metió el coche en el garaje y vio que su hermana le hacía señas desde la entrada de su casa.

—¡Dallas, ven!

Se acercó, y ella le dio un abrazo fuerte. Se había enterado por Malcom.

—¿Tú, cómo estás?

—¿La verdad? No estoy preparado.

Rebeca lo apretó más fuerte. Sabía que para Dallas no era fácil. Quería con locura a Rodrigo.

Intentó animarlo un poco.

—Hoy cenas en mi casa.

—¿Por qué?

—Nuestro Neill se ha marchado a dar una sorpresa a Tara. Y el muy... —lo dejó en el aire por no soltar un

insulto—. Ha dicho que iba siendo hora que empecemos a cocinar. Así que... yo cocino, y vosotros os lo coméis todo sin rechistar.

Dallas agrandó los ojos.

—¿Qué tú has cocinado?

—Sí, ¿increíble verdad? —comentó orgullosa de su hazaña.

Dallas se carcajeó, aunque miedo le daba ver qué les esperaba. Igual esa noche, tenía que tomar las pastillas que Malcom había recetado a Estrella.

Entraron en la casa, y todos sus hermanos, junto a Tamara, estaban preparando la mesa.

Dallas fue a la cocina y agrandó los ojos.

—¿Qué ha pasado aquí dentro?

—preguntó al ver aquello, todo mangas por hombro.

—Que Rebeca ha cocinado —sentenció Javier. Y rieron, consiguiendo que Beca le diese una colleja a su hermano mayor al pasar por su lado.

—Oye, yo lo he intentado, la próxima lo haces tú —comentó ofendida por las burlas de sus hermanos.

Estaban acostumbrados a la limpieza de Neill. Siempre tan ordenado y perfecto.

—He hecho tortillas de patatas —miró a Jaime y sonrió, porque era su tortilla favorita—, y alitas a la barbacoa.

—Mmmm... muy bien, pequeña,

suenan muy bien —comentó Dallas.

Rebeca y Tamara regresaron a la cocina para sacar la cena. Los hombres permanecieron mirándose unos a otros.

—Lleva toda la tarde ahí metida —informó Jaime.

Víctor se acercó a Malcom.

—Nadie muere por una comida pasada de sal, ¿verdad?

Se rieron, pero al ver la cara de orgullo de su hermana, trataron de disimular.

—¿Eso es una tortilla? —preguntó Rubén sin dar crédito.

—Vale, no ha quedado muy bonita de apariencia, pero tampoco importa mucho, ¿no? —se defendió Rebeca.

Sirvió a todos y esperó a ver sus

reacciones.

Jaime fue el primero en probar, su mujer había cocinado con todo su cariño, así que...

«¡Madre mía, no hay quien se coma esto!», bramó por dentro. Pero al mirar la carita de ilusión de Rebeca, y sabiendo que había elegido la tortilla española porque era la que más le gustaba a él, no tuvo valor de decir la verdad.

—No está mal, pensé que estaría peor.

Rebeca se hinchó satisfecha y le dio un beso fuerte en la mejilla.

Víctor fue el siguiente en probar.

«Lo sabía, Rebeca no sabe controlar la sal».

Rubén, nada más pegar bocado, se bebió un vaso de agua de golpe.

—Beca, la sal... —al ver a su hermana mirarlo con temor a su crítica, prefirió no ser muy duro—. A la próxima, échale un poquito menos. Pero para ser la primera vez...

Rebeca asintió, eso sí, encantada de ver a todos sus hermanos cenando en su casa y su comida.

—¿Pero esta patata es congelada? —preguntó, incrédulo, Javier.

—Sí, no tenía patatas a mano. No sabía que tendría que cocinar.

Tamara aguantó la risa. Era su amiga, y aunque ella sabía cocinar, Rebeca había insistido en hacerlo sola.

—Vale, pues a la próxima haz una

lista de la compra antes; si es preciso, yo iré a comprarlas.

Rebeca probó la tortilla, y todos callaron.

—¡Está asquerosa! Esto no se puede comer.

Estallaron las risas, Rebeca era única.

—Lo importante es que le has puesto intención, Beca —la animó Malcom.

—Sí, pero la intención no era que supiese a agua de mar.

Tamara, que imaginaba que esto podría ocurrir, fue al garaje y sacó de su coche dos tortillas que ella había cocinado.

Todos la felicitaron, eso sí era comida de calidad.

Rebeca también la felicitó, aunque se sintió algo estúpida por no saber cocinar.

Dallas observó a su hermana, se inclinó para susurrarle al oído, porque la tenía al lado.

—Lleva muchos años viviendo sola, es normal que sepa cocinar.

Rebeca agradeció las palabras.

Y la sorpresa fue que las alitas a la barbacoa estaban deliciosas.

—Beca, en cuanto pilles el truco a las tortillas, Neill va a tener que echarse a temblar —reconoció Víctor.

Rieron por el comentario, porque cuando se lo contasen a Neill, no se lo iba a creer.

Capítulo 31

Septuagésimo quinto aniversario

Víctor se despertó y miró a su alrededor. Era la hora de la retirada, miró a la mujer castaña que pernoctaba a su lado y se quedó pensativo.

Le había propuesto hacer un trío en otra ocasión, y él, encantado, aceptó. Claro que, al llegar a la cama, su mente pensó en otra mujer. Una rubia de ojos azules grisáceos que no se la podía apartar del pensamiento. Una imagen le

vino a la mente y se cabreó. Compartir a Susana con otra mujer era impensable. Ya ni hablar de que el trío fuese con otro hombre.

«¿Otro hombre? ¿Vas a dejar que otro hombre esté con ella?».

Se le aceleró el pulso. Cerró los ojos y siseó incrédulo.

—Me he enamorado.

Resopló un par de veces, negar lo evidente era perder el tiempo. Se dirigió a l *gran nido*, tenía que cambiarse de ropa, para ir a recoger a sus padres al aeropuerto.

Mañana sería el septuagésimo quinto aniversario de la Galería Irwin. Y el matrimonio Irwin no podía faltar. Hacía

una hora que habían aterrizado en Valencia.

—Os ha quedado preciosa —señaló Amparo al ver la casa.

—Sí, estamos muy contentos —informó Beca, mirando a Jaime.

Corey seguía fascinado con la buhardilla. Estaba contento y orgulloso de que sus hijos hubiesen contratado a un buen profesional para incorporarlo a la empresa.

—Ahora entiendo cuando Javier dice que está siendo un éxito el haber ampliado el negocio.

—Sí, Susana está muy volcada en su trabajo y se desbordan los pedidos. Javier ha comentado de ir pensando en incorporar más gente.

Los padres asintieron, el hijo mayor los tenía informados de todos los avances siempre.

Jaime sacó bebidas, por una vez, él era el anfitrión para el matrimonio.

—¿Vais a ir al hospital? —preguntó Rebeca.

—Sí, nos ha comentado Malcom que Rodrigo está muy grave.

Era cierto, todo apuntaba a que la enfermedad, en dos días, había avanzado más de lo que se esperaba. Ahora, dos meses era una quimera.

—¿Cómo está Dallas? —preguntó el padre a su hija.

—Ya lo conoces, intenta hacerse el fuerte, pero está muy afectado.

Y tanto que lo conocían, siempre

había sido el más reservado de todos sus hijos, ocultando sus sentimientos para que todos pensaran que nunca le afectaba nada.

—Aunque ha reconocido que no está preparado. Eso ya es mucho viniendo de él.

—Sí, es un gran paso —comentó Amparo y se quedó pensativa—. ¿Sale con alguien?

Jaime y Rebeca se miraron, ¿su madre pretendía hacer de casamentera como hizo con ella en Portree?

—Que sepamos, no —respondió Rebeca estudiando a su madre.

—Mmmm... algo me dice que está con alguien.

—Mamá, no divagues —reprochó

Rebeca, porque para su madre cuando se trataba de liar a sus hijos, su mente siempre estaba activa.

La compañera de Dallas entró en su despacho sin llamar.

—Se rumorea que van a hacerte socio.

—Se dicen muchas cosas —alegó, porque no estaba de humor para rumores.

—Pues mis fuentes me han dicho que van a hablar contigo esta misma tarde.

Dallas levantó la cabeza y dejó de escribir.

—¿No tienes nada mejor que hacer que estar de cotilla?

La colega lo ignoró.

—Además, suena muy bien...
Sánchez, Millán e Irwin.

Justo antes de replicar, recibió un mensaje de Estrella, y su paciencia con su colega tocó su fin.

Hola abogaducho, ¿qué tal?

—Cuando salgas, cierra la puerta, tengo que atender un asunto importante.

Carmen lo miró con el ceño fruncido. Dallas llevaba días con un humor de perros, eso no era habitual en él.

—Qué poco agradable estás, encima que te traigo buenas noticias —le recriminó.

—Gracias, pero márchate, estoy ocupado.

Hola, cagona, ¿cómo estás tú?

Grrr... ¿Ya no soy preciosa? En fin... bien, gracias.

Me alegra saberlo.

¿Sabes? Estoy súper contenta. Me han concedido la plaza que solicité hace un año en el colegio que tú estudiaste. Ahora mismo estás hablando con la futura profesora de preescolar.

Dallas se alegró, ella se lo había comentado, que trabajaba en la guardería en espera de encontrar una

plaza vacante. Y cuando le dijo que por su nivel alto de inglés tenía posibilidades de entrar ahí, él comentó que había sido su colegio. Todos los Irwin habían estudiado ahí.

Enhorabuena. Me alegro mucho por ti.

Gracias, la verdad es que necesitaba un cambio. No estoy mal en la guardería, pero no estoy fija, solo cubriendo una baja de maternidad. Y, además, estudié para esto.

Dallas comprendía su alegría. Y pensó en Rodrigo.

¿Tienes algo planeado para esta tarde?

No.

Me gustaría que me acompañases a conocer a alguien.

Claro. ¿Cómo quedamos?

A las siete paso a buscarte.

Muy bien, muakss... nos vemos esta tarde.

Seguro que Rodrigo se alegraría, porque no paraba de decirle que le encantaría conocer a esa muchachita

alocada.

A las cinco de la tarde los socios pidieron a Dallas que acudiese al despacho. Los rumores eran ciertos, aunque había una condición. Dentro de dos semanas le entregarían el caso más importante del bufete. Dependiendo del resultado, el puesto sería suyo. No quisieron aventurarle nada más.

A las siete en punto, Estrella montaba en el coche de Dallas.

El abogado la besó con ansia, él también tenía mucho que celebrar, aunque no estaba con los ánimos muy altos.

—Y bien, abogaducho, ¿dónde vamos?

Dallas se puso más serio de lo normal. Estrella se inquietó.

—¿Qué ocurre, Dallas? —preguntó preocupada.

—Esto... Estrella... vamos al hospital.

—¿Ha ocurrido algo?

—No... sí... bueno, no...

Estrella, al verlo tan descuadrado, algo nada habitual en Dallas, llevó su mano a la barbilla de él.

—Cuéntamelo.

Dallas se sinceró, necesitaba que comprendiera que Rodrigo, a quien ella iba a conocer, era una persona muy especial para él.

Estrella, a pesar de sentir pena, porque el hombre que Dallas

consideraba su abuelo estaba muy enfermo, sintió un ramalazo de esperanza. Si quería que lo conociese, era porque ella también era alguien especial para Dallas, aunque él no lo quisiese admitir en voz alta.

—Entonces, no perdamos más tiempo —comentó Estrella.

Y se dirigieron al hospital. Aparcaron, y al bajar del vehículo, Dallas asió la mano de Estrella con posesión.

Estrella estuvo a punto de gritar de alegría.

Un par de ojos también estuvieron a punto de hacer lo mismo. Amparo y Corey estaban en el otro extremo del aparcamiento.

—Te lo dije, nuestro hijo estaba viéndose con alguien.

—Amparo, Dallas es Dallas, no lo presiones o no volverás a verlo con esa muchachita.

La madre sonrió, bien conocía a su hijo como para saber que con él no valía intentar sacar información ni presionar para averiguar quién era la mujer que estaba con él. Cuando estuviese preparado, él mismo lo diría.

Una hora más tarde, Rodrigo reía. Dallas y Estrella habían tenido una de sus típicas discusiones por tonterías.

—Jovencita, no cambies nunca —señaló el anciano.

—¿Ves? Rodrigo sí es un hombre

inteligente —bromeó Estrella.

—Rodrigo es un traidor, debería apoyarme, pero siempre ha sentido debilidad por las rubias bajitas —respondió Dallas, contento de ver a Estrella y Rodrigo reír.

—Y bonitas, muchacho, no te olvides de ese gran detalle —reconoció Rodrigo, piropeando de paso a Estrella.

A las diez de la mañana, todos los empleados de la Galería Irwin, más la familia, excepto los padres, estaban con los trajes de neopreno, los chalecos salvavidas y los cascos puestos.

—No me puedo creer que esté aquí. Me tiembla todo —titubeó Susana porque estaba muerta de miedo.

—No te preocupes, creo que en todos los años que lleva mi hermano aquí solo ha habido dos muertos —guaseó Rubén.

—¡Rubén! —protestó Rebeca—. No le hagas caso, miente más que habla.

Pero a Susana le daba igual, ella iba a ser la primera muerta de la historia en ese lugar.

Los botes eran de diez personas, más dos monitores que se posicionaban delante y detrás.

Víctor, junto a su amigo y empleado Áxel, estaba dando instrucciones al suyo.

Javier, Neill, Dallas, Rubén, David, Malcom, Jaime, Rebeca, Tamara y Susana prestaban atención.

—Primera regla y la más importante:

no soltar el remo.

Susana lo aferró a sus manos con tanta fuerza, que casi acaba formando parte de su piel. La joven intentaba memorizar cada regla que iban nombrando, pero estaba tan nerviosa que apenas podía concentrarse.

—¡Vamos allá! —anunció Víctor, que no apartaba la mirada de Susana.

Metieron el bote en el agua, y a Susana tuvo que ayudarla a montar Áxel.

Víctor, que seguía sin perder ojo a la muchacha, al ver que su amigo, para auparla al bote, la empujaba del trasero, apretó el remo con fuerza.

El primer tramo parecía sencillo y se divertían, incluso Susana empezaba a relajarse, hasta que Víctor anunció:

—¡Agarraos bien, que llegan los rápidos!

La interiorista sintió que el ritmo de su corazón iba a una velocidad peligrosa; si seguía así, iba a caer fulminada por un ataque al corazón.

Se escuchaban los gritos de las mujeres, aunque algunos de ellos también lo hacían para dar más emoción.

Susana perdió el equilibrio, cayó hacia atrás, el agua le daba en la cara y no podía ver.

Neill, que estaba detrás de ella, la ayudó a incorporarse, pero al hacerlo, con los nervios, Susana soltó el pie del agarre, porque empezó a toser.

—¡A la derecha!

Todos remaron con brío, y al hacer el

cambio brusco, Susana salió disparada al agua.

Víctor le hizo una seña a Áxel y se lanzó al agua a por ella.

Susana iba dando tumbos, suerte que llevaba el casco.

—¡Ahhh... socorroooo! —bramaba en cuanto podía sacar la cabeza del agua.

—¡Agárrate a la rama! —berreó Víctor para que ella se sujetara y él acercarse a por ella. Ya que estaba colgado de otra esperando que Su llegará hasta allí.

La corriente era muy fuerte, y Susana no podía controlar su cuerpo ni ver las ramas y ni escuchar a Víctor.

—¡Su, maldita sea, agárrate a algo!

—explotó, porque ella daba tumbos.

Y por fin se aferró a una rama muy cerca de Víctor.

Este, con el remo y su habilidad, llegó hasta ella.

La asió de la cintura con una mano, con la otra puso el remo delante para que ella se aferrase con fuerza.

Con su pericia, la llevó hasta la orilla y, una vez allí, cuando Susana ya estaba más segura, porque podía tocar tierra firme, empezó a despotricar.

—La primera regla era no soltar el remo —la reprendió Víctor, por haberlo soltado.

—¿En serio? ¿Acaso crees que lo he perdido a posta? ¡A quién se le ocurre semejante majadería! ¡Casi me mato!

¡Esto es para locos!...

Víctor aguantó su retahíla de reproches... insultos... vamos, que la pobre chica estaba histérica.

Cinco minutos llevaba sin interrumpir, ¿es que no pensaba callar nunca?

Así que no tuvo más paciencia, la besó. Y Susana respondió al beso. Sus lenguas estaban conectadas, hasta que la rubia, de un empujón, lo apartó.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?!

—Tranquilizarte, estabas histérica.

—¡Casi me ahogo, es normal...!

Víctor no tenía aguante para verla otra vez despotricar. Por lo tanto, la sujetó del cuello con fuerza y la atrajo hasta él

para besarla de nuevo.

En esta ocasión, Susana parecía mucho más receptiva, porque el beso estaba durando bastante. Pero una vez más, ella separó los labios.

—Víctor... —pronunció casi sin voz, y ahora no temblaba por la fría agua, sino por lo que ese hombre le hacía sentir en su interior.

—Su, cállate y bésame.

Dicho y hecho, algo en la voz de él consiguió que ella perdiera totalmente la razón. No había sido una orden, no sonaba a prepotencia, más bien había pronunciado esas palabras con súplica.

Sin darse cuenta, Víctor estaba tumbado en la hierba salvaje que crecía en esas tierras, y Susana encima de él.

Escucharon una voz, y la interiorista se sobresaltó.

Víctor cogió el *walkie*, estaban preguntando por su ubicación para ir a recogerlos.

Mientras él daba las coordenadas, Susana se quedó sentada, mirando el agua.

—Su, deja de pensar.

Ella negó con la cabeza, se mordió los labios, nerviosa. Se puso en pie y empezó a caminar sin saber dónde ir.

Víctor la asió de la mano.

—¡Esto es lo que no quería que pasara! —explotó—. Porque ahora será más difícil dejar de pensar en ti.

Víctor sonrió.

—No tiene ninguna gracia.

—Su, si todavía no te has dado cuenta que estoy colado por tus huesos, es que estás ciega.

—Sí, ¿y de cuántos huesos más?
—acusó mirándolo fijamente.

—De ninguno más. Y la culpa es tuya, ya no puedo seguir teniendo citas, porque te apareces en mi mente obligándome a no ver a la mujer que pueda tener delante.

Susana se quedó paralizada.

—¿En serio? —indagó incrédula.

—Sí. Por lo tanto, más vale que a partir de ahora tengas tiempo en tu agenda para mí, porque voy a tener mucho tiempo libre.

Susana sonrió encantada.

—Cuando llegue a la galería, te

anotaré —bromeó.

—No te preocupes por eso. Yo mismo iré a regalarte una nueva en la que estaré anotado todos los días.

Y se besaron como si no hubiese un mañana.

—Ejem... ejem... —Tosió Áxel para avisar de su presencia.

Susana se avergonzó, porque cuando los interrumpió, ella estaba colgada de él, con las piernas enroscadas a su cadera y apoyados en un árbol.

Terminadas las actividades lúdicas, el autobús que habían alquilado para transportar a los empleados los llevó de vuelta a la galería. Tenían el día libre, porque a la noche se celebraba una cena

de gala junto a los empleados, los mejores clientes y proveedores. Setenta y cinco años era para celebrarlo por todo lo alto.

Rebeca bajó las escaleras, y Jaime se quedó embobado mirándola. Su mujer sabía muy bien cómo acelerarle el corazón.

—Estás preciosa.

—Gracias, tú también vas muy elegante.

Jaime se acercó a ella, pegó su frente y ronroneó.

—Podemos decir que nos hemos puesto enfermos.

Rebeca se carcajeó.

—Sabes de sobra que mi madre es capaz de venir y sacarnos de la cama si

faltamos en un día tan importante.

Jaime asintió y la besó.

Neill estaba en el aeropuerto esperando a su novia. Últimamente parecía que sus jefes no quisieran concederle una tregua, todavía no entendía ese cambio radical. Hasta hacía poco, sus horarios podían compaginarlos, pero de un mes a la fecha, siempre intentaban mandarla a los lugares más lejanos.

Al verla aparecer, por fin se sintió tranquilo.

—Qué ganas tenía de verte —confesó el chef.

—Yo también. Pensé que no me darían el día...

—¡Te deben veinte días, Tara! —le

reprochó, porque parecía que ese detalle, sus jefes no lo tenían en consideración.

—Ya, pero le da igual —respondió.

Neill estaba molesto, y algo le decía que Tara estaba ocultando algo.

Prefirió no indagar en ese momento, estaban en el *gran nido* esperándolos.

Aunque una cosa sí le gustaba, su chica había engordado unos cuantos kilitos, volvía a ser la pequeña que lo enamoró. Y no porque él lo hubiese pedido, sino porque ella estaba cansada del régimen y lo abandonó por su propia voluntad.

El matrimonio Irwin estaba feliz. El padre de Corey fue el primero en abrir

la tienda de antigüedades. Una en Valencia y otra en Edimburgo, que regentaba el hermano del patriarca de la familia Irwin. Corey se hizo cargo de la de Valencia y continuó ampliando el negocio con la galería. Y su hijo Javier, junto a Rebeca, lo habían hecho una vez más, adaptándose a las nuevas generaciones, aportando su granito de arena.

Niall Irwin, hermano mayor de Corey, estaba sentado junto a su esposa en la mesa familiar.

—Has llegado muy lejos, Corey, debes estar orgulloso —pronunció Niall.

—El mérito no es solo mío —reconoció Corey, porque sus hijos

también habían colaborado.

Niall adoraba a su hermano pequeño.

—No es solo la galería. Mira a tu familia —Corey los observó—. Siguen tan unidos como siempre.

—Sí, eso es gracias a Amparo —sonrió al confesarlo. Su mujer se había empeñado en que fuesen una familia unida y desde luego lo había conseguido.

—Te envidio por ello —afirmó, sonando triste.

—Vamos, Niall, tú también tienes una gran familia.

—Sí, no son malos chicos —comentó sincero—. Pero dos de ellos no se hablan desde hace cuatro años. Y los otros tres no tienen apenas contacto y

viven en la misma ciudad.

Corey sintió lástima por su hermano mayor. Ellos dos siempre habían tenido una gran relación.

Ojeó rápido a sus hijos, agradeciendo en silencio a Dios que su familia fuese tan especial.

—En algo he fallado.

—No, hermano, tú no eres el responsable —afirmó contundente—. Los has criado inculcándoles unos valores morales. Ese era nuestro trabajo. El que ellos hayan decidido seguir sus caminos sin tener contacto no significa que no se amen. Simplemente, dejadez o falta de tiempo. Pero tú has hecho un gran trabajo; como has dicho: «son buenos chicos».

Niall agradeció las palabras de su hermano pequeño. Lástima que sus hijos no tuviesen ese trato especial que ellos dos se tenían, o el que los hijos de este demostraban.

Al terminar la cena, la gente esperaba que Corey Irwin dijese unas palabras, pero la sorpresa fue que el patriarca cedió el honor a su hijo mayor.

Todos los hermanos miraban orgullosos a Javier, hizo un discurso corto pero emotivo. Y para finalizar, el toque de humor consiguió arrancar unas cuantas carcajadas al personal presente.

Llegó la hora de la fiesta, la gente tenía ganas de divertirse.

—Si no lo veo, no lo creo —comentó Corey al ver a su hijo David bailar con

Tamara.

La madre también miraba a la pareja.

—Ha heredado mis genes —bromeó

Amparo.

—Mamá, más bien han sido sus clases de baile, tú también eres patosa —guaseó Rubén al escuchar a sus padres.

La madre lo acribilló con la mirada.

—¿Estás insinuando que no sé bailar?

—preguntó haciéndose la ofendida.

Corey aguantó la risa.

—No, no... no lo insinúo, lo estoy afirmando.

Padre e hijo se echaron a reír.

—Muy bien, gracias, por reiros, vais a tener que bailar conmigo —sentenció, consiguiendo que las risas

parasen en el acto.

Era un hecho que los Irwin no eran muy dados al baile. Comenzando por el cabeza de familia.

Rubén se hizo el despistado.

—Creo que me están llamando —comentó mirando al otro extremo de la sala.

—Pues tendrán que esperar —aseveró la madre. Lo asió del brazo y lo arrastró a la pista, donde el resto de personal bailaba y se divertía.

Patoso no... lo siguiente. Malcom se reía, porque lo de su hermano no tenía nombre.

—Yo que tú no me reiría tanto, tu madre se está vengando por insinuar que no se le daba bien el baile.

A Malcom le dio más risa. Conociendo a su madre, esa noche, su padre y Rubén iban a lamentar haberse burlado.

Pensó en su hermana, porque tenía el mismo carácter que su madre. Beca hubiese hecho lo mismo, de eso no le cabía duda.

La buscó y sonrió, estaba acercándose a él, con el rostro plasmado de felicidad. Desde que vivía con Jaime, se la veía más feliz que nunca. Y eso, por dentro, a Malcom lo llenó de dicha.

Se apoyó en él, y muerta de risa, cuchicheó.

—Menudo numerito está montando Rubén.

Rieron sin poder parar, porque cada

vez que lo miraban, más risas les daba.

—Cuidado, cuidado, que viene por su próxima víctima.

Fingieron que mantenían una conversación y vieron como su madre se alejaba de nuevo a la pista, eso sí, en esta ocasión, con su padre.

—Nuestra madre es muy retorcida —se quejó Rubén por haberle obligado a bailar.

Malcom y Rebeca estallaron en risas de nuevo.

Javier mantenía una charla animada con Amanda y Susana cuando su hermano Víctor rodeó por detrás a la interiorista, sin ningún tapujo, por la cintura.

Susana no esperaba que Víctor

mostrara públicamente, o por lo menos esa noche, delante de todos, que entre ellos había algo especial.

Javier, observador, sonrió de medio lado.

—Ya era hora, pensé que se te iba a quedar cara de tonto.

Amanda le dio un toque con el codo, porque veía que Susana estaba algo avergonzada.

—¿A mí? —preguntó Víctor, encantado de que su hermano mayor siempre estuviese tan pendiente de todos ellos.

—Sí, a ti —respondió—. No pisabas la galería a no ser que hubiese una exposición. Y desde que llegó Susana, te hemos visto casi a diario —argumentó,

consiguiendo que Víctor sonriera.

—Es que no había nada interesante para mí, pero ahora que tenéis la obra de arte más bonita, es muy difícil negarse a acudir para contemplarla.

Susana se sonrojó, el halago era precioso, pero decirlo en voz alta, y delante de su jefe, era algo incómodo.

Amanda interrumpió.

—Como verás, has elegido al Irwin más romántico —pronunció con camaradería para que Susana no se sintiera cohibida.

—Querrás decir que es el más adulator, porque es una verdad universal que el más romántico de esta familia soy yo —se quejó Javier, haciéndose el ofendido.

Víctor se carcajeó. Su hermano estaba de chanza.

—Sí, sí, es verdad, perdonadme, no sé en qué estaría pensando —respondió, burlona, Amanda.

Rieron, y Susana por fin se relajó. Además, estaba contenta, porque para ser sincera, el que Víctor mostrara abiertamente que habían empezado una relación significaba que podía fiarse. Iba siendo hora de dejar atrás sus inseguridades.

Dallas estaba un poco apartado, se maldecía una y otra vez por no haber invitado a Estrella. Últimamente, la compañía de esa muchacha alocada era lo único que le hacía sentirse vivo y tranquilo. Sonrió al recordar, la

discusión que habían tenido en el hospital. Una vez más, lo habían hecho por algo sin sentido. Negó con la cabeza, tenía que dejar de pensar en ella constantemente, porque estaba escapándose de su control lo que sentía por ella. Y eso lo asustó, porque se dio cuenta que ya era una dependencia.

Capítulo 32

Todo tiene un final

El lunes a medio día, los socios le hicieron entrega a Dallas de toda la documentación que estaba en su poder para que el abogado se hiciese cargo del caso que lo convertiría en socio.

Era hora de regresar a casa, pero la curiosidad pudo con él. Abrió la primera carpeta y empezó a leer con atención. Hora y media más tarde, la cerró con desgana. Las metió en su maletín y se dirigió a su casa.

Pasó toda la tarde, metido en su despacho. Cada dos por tres se frotaba la cara con las manos. Sin duda, un desasosiego crecía en su interior; rabia, asco, frustración.

A las nueve y media de la noche, hastiado de todo, salió con un rumbo.

Cuando Estrella abrió la puerta y lo recibió con una gran sonrisa, ¡por fin!, sintió calma en su interior. La desazón que lo estaba consumiendo desapareció en el acto.

Estrella se sorprendió, porque Dallas parecía inmóvil delante de su puerta.

El abogado reaccionó. Solo que su reacción no era la esperada por ninguno de los dos. Por primera vez desde que empezaron a verse, no la arrolló nada

más entrar. Más bien, todo lo contrario, la abrazó, como si necesitase sentirse protegido entre los brazos de ella.

Estrella cerró los ojos, agradecida porque él la hubiese elegido para apoyarlo... fuera lo que fuese lo que lo estaba torturando. Y pensó, equívocamente, que se trataría de algo relacionado con Rodrigo.

Sin hablar, porque hay veces que las palabras no son necesarias, se entendieron.

La besó con sentimiento... con ternura... con amor.

Estrella respondió del mismo modo, acariciándolo con mimo... con adoración... con amor.

Al llegar a la cama, Dallas demostró

que allí no había sitio hoy para la pasión desenfrenada, todo lo contrario, lo único que estaba permitido era el amor auténtico.

Estrella se sentía tan especial, tan enamorada, que incluso le salió una lágrima. Después de tanto tiempo, por fin Dallas le hacía por primera vez el amor.

Al penetrarla, sintió una humedad especial, más caliente, más perfecta.

—Dallas... el condón —susurró jadeante para informarle.

—Por favor... no me hagas parar ahora... —suplicó, desesperado por seguir sintiendo ese calor—. Te prometo que me controlaré.

Estrella asintió, ella tampoco quería parar por miedo que al hacerlo, algo

cambiara. Hoy era muy especial.

En cada embiste, lento y con seguridad, besaba a Estrella con ternura, demostrando que había mucho amor dentro de él por ella.

Al acabar, la sujetó con fuerza, entre sus brazos, apretándola, como si tuviese miedo de que desapareciera.

Durante media hora permanecieron en esa postura, ella encima de él, mientras la abrazaba y acariciaba.

—¿Me lo vas a contar? —preguntó Estrella para que Dallas se desahogara. Necesitaba saber qué lo torturaba por dentro.

Dallas cerró los ojos, ni podía, ni quería. De hacerlo, la mujer que estaba ahora entre sus brazos lo despreciaría.

Y eso era algo que no estaba dispuesto a permitir.

—No hay nada que contar.

Estrella levantó la cabeza para mirarlo a los ojos, aunque él era incapaz de soltarla.

—Dally —pronunció con ternura—, por favor, dímelo. Igual puedo ayudarte.

—Estrella, no es nada, un mal día, solo eso —respondió para quitar importancia. No quería que ella supiera la verdad, porque si él se daba asco ahora mismo, ella lo haría todavía más.

Estrella suspiró con fuerza, no podía más. La forma en que Dallas la había hecho sentir, sacaron a la luz a una mujer que llevaba guardando dentro; unos sentimientos ocultos que ya no

podía volver a esconder.

—Sea lo que sea, sabes que estoy para ayudarte, ¿es que no te das cuenta que por ti haría cualquier cosa?

La entonación utilizada alarmó al abogado.

Se quedaron mirándose a los ojos, casi sin pestañear, ambos diciendo muchas cosas en su interior.

Estrella seguía esperando una respuesta que no llegaba, y los nervios hablaron por ella. Ya no había vuelta atrás.

—Te quiero —siseó.

A Dallas, el corazón se le aceleró sin poder remediarlo. Esas palabras no las esperaba, y aunque lo llenaban de dicha, no podía permitir que Estrella

continuará.

—Para, no sigas... —comentó, moviéndose inquieto.

Estrella se incorporó, se quedó de rodillas mirándolo a los ojos.

—¿Por qué? No puedo seguir ocultando que me he enamorado de ti.

—Estrella, no digas una palabra más —suplicó nervioso.

—Lo siento, Dallas, ya no puedo permanecer callada. ¡Sí, me he enamorado! Y no sé por qué tú te empeñas en no admitir que a ti te pasa lo mismo.

Dallas se puso en pie. Esto no podía continuar por esos derroteros.

—Teníamos un trato —alegó mientras se ponía la ropa—. ¡Solo sexo!

Estrella también se puso en pie, colocándose una camiseta con celeridad.

—Lo sé...

—Entonces, no sé a qué viene...

—ninguno de los dos dejaba hablar al otro.

—¡Soy humana! Tengo sentimientos, y contra eso no puedo luchar...

—¡Maldita sea, Estrella! ¡Para!
—bramó.

Ambos se quedaron en silencio, uno frente al otro, con la cama de por medio.

—Teníamos un trato, sabías de ante mano que el amor no entraba en él.

Estrella tragó saliva.

—No me puedo creer que vengas a mi casa... me hagas el amor como lo has hecho... y ahora tengas el valor de

echarme en cara que yo estoy rompiendo el acuerdo que teníamos, cuando hace un rato, tú te lo has saltado —reprochó dolida.

Dallas se llevó las manos a la cara, qué rebatir a esas palabras. Tenía razón.

—¿Cuál es el problema? ¿Por qué niegas lo que es evidente? —preguntó, angustiada, Estrella—. ¿No quieres reconocer que tú sientes lo mismo que yo?, ¿acaso es imposible que te enamores?

Dallas permaneció en silencio mientras Estrella se desesperaba por una respuesta.

La joven pareció tenerlo claro en ese mismo instante, ¿cómo había sido tan estúpida?

—Ya entiendo... no es que no puedas enamorarte, es que no es a mí a quien quieres amar.

Dallas resopló, que ella hiciese tal acusación era que no lo conocía en absoluto.

—Márchate... —ordenó aguantando las lágrimas—. Voy a cumplir la única parte del trato que no me he saltado; nada de escenas ni reproches. Todo tiene un final; aquí acaba lo nuestro... bueno, lo que sea que hayamos tenido.

Dallas, sin intentar un acercamiento, acató su orden, se marchó sin mirar atrás.

Estrella, al escuchar que la puerta se cerraba, se dejó caer en la cama y lloró sin consuelo.

El abogado, nada más salir, se quedó de espaldas apoyado en la puerta. «¿Por qué has permitido que esto llegara tan lejos?», se reprochó. Con el corazón agitado, los ánimos por el suelo y una rabia en su interior incapaz de controlar, se dirigió al hospital.

Hizo una seña, con los dedos en la boca, a la mujer que tenía contratada, para que cuidase a Rodrigo por las noches, de que guardase silencio. No quería que se despertara. Tan solo necesitaba estar allí a su lado.

A las seis de la mañana, Rodrigo se despertó; el dolor hacía mella en su cuerpo. Le costó identificar a la persona que estaba sentada en una silla, con la cabeza recostada en su cama,

sujetándole la mano.

Apretó la del abogado, y este se despertó.

—¿Qué sucede, muchacho?

—preguntó inquieto.

—Nada, necesitaba tranquilidad

—respondió mientras notaba que Rodrigo le apretaba la mano con fuerza.

Siempre que Dallas se sentía angustiado por algo, acababa visitando a Rodrigo. Sus consejos, su forma de ver la vida, siempre tan distinta a la suya, le aportaban tranquilidad.

—¿Llamo a la enfermera? —preguntó rápido.

—Todo tiene un final, muchacho, el mío está cerca —comentó sin temor—. Poco podrá a hacer la enfermera.

—De momento, quitarte el dolor —sentenció Dallas, porque no le gustaba escuchar que todo tenía un final. Además, esas habían sido las últimas palabras de Estrella antes de que él saliera de su casa.

Presionó el botón, y la enfermera acudió con un gotero de morfina.

Momento que aprovechó la mujer que lo cuidaba para ir tomar un café. Cuando la enfermera los dejó a solas, el anciano habló.

—No le temo a la muerte, Dallas. Nacemos para morir.

—No digas...

—Atiende, muchacho, ya hice en este mundo todo lo que tenía que hacer.

—Dallas sintió una punzada, sonaba a

despedida—. Sea lo que sea lo que te ha traído esta noche aquí, tú sabrás hacerle frente. No existe un hombre más justo y sensato que tú... Siempre te lo he dicho, muchacho, te quedaste corto en abogado. Tú naciste para ser juez.

Dallas sonrió con amargura. Aunque sí eran ciertas esas palabras, Rodrigo llevaba muchos años pensándolo.

El gotero hizo efecto, y el anciano se quedó dormido.

Dallas se puso en pie, besó su frente y se marchó *al gran nido*. Necesitaba ducharse y cambiarse de ropa.

El anciano se despertó media hora más tarde. Miró a la mujer que estaba cuidándolo y ordenó:

—Necesito papel y bolígrafo.

Capítulo 33

Los hombres también lloran

Llevaban un mes observando a Dallas, no parecía el hombre de siempre. No prestaba atención a nada. Carecía de alegría y apenas hablaba.

Rubén estaba muy preocupado, porque cada vez que se acercaba a tratar de averiguar, se mostraba esquivo, a la defensiva, como si fuesen extraños en vez de hermanos.

Rebeca, que se encontraba en *el gran nido* con su hermano Neill porque

estaba enseñándole a cocinar, vio pasar a Dallas.

—Ni siquiera nos ha visto —comentó preocupada.

—Va siendo hora de hacer una reunión —informó Neill, que seguía mirando desde lejos a Dallas—. Manda un *whatsapp* a Javier. Yo me encargo de avisar al resto.

Rebeca no tardó ni un minuto en enviarlo.

Mañana, en mi casa, a las nueve de la mañana. Dallas sigue igual.

Javier respondió a los dos segundos de haberlo leído.

A las once de la noche, Dallas miró el reloj. Las horas, últimamente, parecían siglos.

Pensó en Estrella, echaba de menos a esa mujer. Pero ya no podía hacer nada; solo olvidarla. Eso era lo único acertado.

—Tengo un mal presentimiento —comentó Malcom—. ¿Y si lo están amenazando?

Todos los Irwin, sentados alrededor de la mesa, se miraron unos a otros. No era descabellado, podía ser, al fin y al cabo, Dallas era abogado. ¿Y si se había metido en un lío por defender a un cliente? ¿Y si ese cliente era un capo de la droga... de armas... de trata de

blanca?

—Sea lo que sea, tendrá que decírnoslo. Estamos aquí para ayudarlo.

—Igual tiene miedo de implicarnos —sospesó Rubén.

—¡Eso es una majadería! Si a Dallas lo están amenazando, ya estamos implicados. Nadie hace algo a un Irwin sin que los demás no estemos implicados —espetó Neill.

Y una vez más, quedó constancia en esa reunión que los Irwin eran prácticamente uno. Lo que le pasaba a uno, era un problema de todos.

—Bien, pues vamos a ver con qué nos va a tocar lidiar —informó Javier.

Se levantaron y se cruzaron *al gran nido*.

Rubén fue al despacho de Dallas, llevaba allí encerrado desde las siete de la mañana.

—Dallas, hay reunión de urgencia.

—¿Cuándo? —preguntó, totalmente ajeno a que fuese por él.

—Ahora, en el jardín.

Dejó el bolígrafo en la mesa, se levantó y siguió a su hermano.

Al verlos a todos allí, nada más tomar asiento, pensando que sería por algo que habría hecho Rebeca, preguntó:

—¿Cuál es el tema?

—Tú —respondió, tajante, Javier—. Antes de que digas nada, sea lo que sea... Si te has metido en un lío, estate tranquilo. Estamos aquí para ayudarte.

Dallas negaba con la cabeza.

—Apenas comes, por no hablar de que dormir tampoco. Estás esquivo... Sabes perfectamente que en esta casa no hay secretos, Dallas, es una norma sagrada —comentó Neill.

El abogado lo sabía, entre hermanos, ni mentiras ni secretos. Pero esto era muy duro de contar. Era indignante y vergonzoso. ¿Cómo iban a mirarlo a los ojos luego?

Empezó a sentirse angustiado, llevaba esa carga dentro desde hacía un mes. El mismo día que le entregaron el caso. El mismo día que perdió a Estrella. El mismo día que se dio asco al mirarse al espejo.

—Preferiría no hablar de esto —imploró.

Pero allí no había cabida para su petición. Nunca se había permitido que en una reunión familiar, el afectado se levantara y se marchase sin haber aclarado las cosas. Y hoy mucho menos, porque Dallas siempre había sido, de todos ellos, el más reservado. Lo que quería decir que lo que le estaba torturando debía ser demasiado serio.

—Dallas, no vas a salir de aquí sin contárnoslo —amenazó Rubén.

Tardó casi diez minutos en hablar. Los mismos que sus hermanos permanecieron pacientes, en silencio.

—Soy un fracaso como abogado —declaró.

—¿Por qué, por perder un juicio? —preguntó Víctor.

—No. Porque... yo... —titubeaba, se llevó las manos a la cara y continuó—: Yo... no quiero ganar este juicio.

—Pues no lo ganes —dijo Beca como si fuese tan sencillo.

—Es mi trabajo... yo debo ganar ese juicio. Por eso soy un completo fracasado. Porque cuanto más intento preparar la defensa, más ganas tengo de perder en el estrado. ¿Qué clase de profesional soy? Cuando lo único que desearía es perder y...

Se quedó callado. No podía decir a sus hermanos lo que realmente deseaba. Él era un hombre de principios, abogaba por juicios justos, y estaba deseando, en este caso, matar a su cliente y que la pena de muerte siguiera vigente.

Los presentes se estaban asustando. Ver a Dallas tan apenado, tan angustiado y tan alterado no presagiaba nada bueno.

—¿Por qué? —preguntó con tranquilidad Javier.

Dallas explotó, llevaba mucho tiempo guardando esa carga.

—¡Porque mi cliente es un desgraciado! ¡Una bestia salvaje! ¡Un desecho de la humanidad! ¡Un maldito ser sin alma! —exclamó totalmente fuera de sí—. No sabéis lo que ha sido capaz de hacer. No podéis imaginar las fotografías que yo he visto... —hablaba con la mirada perdida—. Y tengo que defender al mismísimo satanás.

Volvió a quedarse en silencio, su conciencia lo estaba matando,

memorizando las fotografías que había tenido que examinar.

Sus hermanos permanecieron callados, Dallas, estaba claro, no había terminado. Su mirada perdida confirmaba que estaba en un letargo pasajero que pronto saldría a la luz. Y así fue.

—¿Cómo voy a mirar a esa mujer?, ¿en qué clase de hombre me convertiré cuando tenga que mirar a esos niños y tratar de convencerlos de que están mintiendo?... Los golpeó, los humilló, los destrozó sin ningún miramiento... a todos... a su mujer, a sus dos hijos... ¿y yo debo exculparlo de todos sus cargos? —Estaba destrozado, apenas podía seguir hablando y, en un hilo de voz,

antes de echarse a llorar delante de todos sus hermanos, terminó diciendo—: ¿Acaso no me convertiré en un ser tan despreciable como él por defenderlo?

Rubén lo abrazó mientras el resto se quedaba casi sin respiración.

—¿Por qué has tardado tanto en contarlo? —le susurró al oído.

—Porque me doy mucho asco. Y no quería defraudaros.

No mentía, se sentía despreciable... asqueado... rabioso... miserable...

Rebeca se limpió una lágrima que le resbaló por la mejilla.

Mientras Dallas permanecía abrazado a su hermano Rubén, Javier y Neill hablaron entre ellos, para tratar de llegar a una solución que fuese

favorable a su hermano.

Cuando el abogado se tranquilizó, Javier tomó los mandos; una vez más, uno de los hermanos hablaba por boca de todos.

—Eres un gran hombre, Dallas. Siempre has sido un abogado con la moralidad intachable. Tu deber como abogado es defender; nadie te obliga a tener que hacerlo con alguien que tú sabes que es culpable....

—Ese es mi trabajo, Javier —interrumpió.

Por eso se sentía tan asqueado. Porque siempre había luchado por defender la justicia.

—No, Dallas, un trabajo que te hace cuestionarte tus principios morales no es

un trabajo.

Sabían por la lucha interna que estaba pasando Dallas, ahora comprendían su estado de ánimo de todos esos días atrás. Renunciar a ese caso podría considerarse, en su profesión, indigno llamarse abogado.

Pero, una vez más, a los hermanos Irwin les daba igual lo que los demás pudiesen decir o pensar. El único que importaba era Dallas, y harían lo que fuese necesario para que volviese a ser un hombre tranquilo, justo, decente y fuerte. No estaban dispuestos a permitir que le arrebatasen lo más valioso de su ser: su moral intachable.

—No serás ni el primero ni el último abogado que renuncie a llevar un caso

—dijo Neill.

—Mi ascenso depende de él.

—No necesitas ser el socio de nadie, Dallas —recalcó Neill—. No vamos a dejar que ese bufete destruya la integridad de nuestro hermano —sentenció.

Dallas sonrió con tristeza. Que sus hermanos lo estuviesen apoyando, ahora que ya estaban al corriente de todo, era alentador y satisfactorio. Y escuchar a su hermano Neill hablar en plan mafioso, como si estuviese amenazando al bufete donde trabajaba, era para sentirse muy orgulloso de todos sus hermanos. Estaba convencido que sería capaz de arrancarles el cuello por él. Neill, al igual que el resto de hermanos,

se saltaría la ley por defender a cualquiera de ellos.

—El lunes renunciarás a tu trabajo —decretó Javier—. Y el martes empezaremos a montar tu propio despacho.

Rebeca aplaudió encantada, sabía que Neill y Javier estaban buscando la solución mientras Dallas lloraba.

—¿Qué estás diciendo?

—Eres un gran abogado, Dallas, clientes no te van a faltar, nunca te han faltado. No necesitas un bufete de otros, puedes montar el tuyo propio —informó Javier—. Tenemos un local vacío, es muy amplio y puedes meter a unos cuantos abogados.

Dallas se quedó pensativo.

—No puedo dejarlos colgados —explicó Dallas.

—Y no lo vas a hacer. Les entregas todo cuánto has preparado para la defensa; eso es no dejarlos tirados —pronunció Neill—. Ellos no tuvieron ningún miramiento por ti; por el contrario, tú vas a mirar más por ellos, entregando tu trabajo.

Dallas permaneció pensativo, en parte tenía razón. Él pidió rechazar ese caso, imploró que lo dejaran al margen incluso sabiendo que no llegaría a ser socio. Le importaba bien poco si con eso conseguía sentirse un hombre que pudiese mirarse al espejo.

—Incluso podrías tomarte un tiempo, creo que lo necesitas —dijo Rubén.

Dallas agradeció a sus hermanos el apoyo y haber organizado la reunión. Sin lugar a dudas, habían conseguido quitarle de encima una carga que lo estaba matando por dentro.

Rebeca regresó a su casa, Jaime la estaba esperando. Nada más entrar, se miraron, y este la abrazó fuerte.

—Seguro que Dallas hoy empezará a dormir —comentó Jaime, porque conociendo a los Irwin, nadie salía de una reunión sin haber solucionado el problema.

—Sí, no debimos permitir que esto llegase tan lejos.

—Ya está solucionado, no importa que hayáis tardado.

Rebeca sonrió, Jaime los conocía a la

perfección.

A las seis de la tarde, el timbre del gran nido sonó. Neill se sorprendió, no esperaban a nadie.

—Hola, ¿qué tal? —saludó afable.

—Bien, venía a despedirme —respondió el que, hasta hoy, había sido su vecino.

—¿Despedirte? —preguntó, haciendo un gesto para que entrase en la casa.

Era un hombre de sesenta y cinco años, viudo desde hacía más de cuatro. Sus hijos vivían lejos, y quería estar cerca de ellos.

—Me han hecho abuelo y no quiero perderme los mejores años de mis nietos.

Neill asintió, habían tenido siempre muy buena relación. De hecho, en la urbanización, el trato con los vecinos había formado parte de su infancia. A pesar de tener en las casas jardines espaciosos, existía una zona lúdica para niños, donde habían pasado muchas horas todos ellos, al igual que el resto de vecinos. Incluso se celebraba, el primer sábado de marzo, una fiesta para reunir a todos los propietarios.

—¿Y qué vas a hacer con la casa?
—preguntó curioso.

—Venderla.

Neill asintió, comprendía que si ya no iba a regresar, era una estupidez tenerla cerrada.

Y cuando estaban despidiéndose,

Neill tuvo una revelación.

—Espera, pasa a tomar algo, tengo que tratar un asunto contigo.

El vecino estaba encantado, las tartas de Neill eran famosas; la de veces que había comido alguna cuando sus padres estaban allí, porque Amparo y su difunta esposa siempre habían tenido buen trato.

Capítulo 34

Sueños de futuro

El jueves, Dallas estaba en la Galería Irwin esperando a su hermano Javier.

El lunes pasado, se había presentado en el bufete con la idea muy clara: abandonar el caso.

Los socios se negaron en rotundo, ese caso iba a traer mucha publicidad al bufete, llegaría a ser mediático, porque el cliente era un hombre bastante conocido por la prensa. Habían

conseguido mantener a raya a los periodistas, pero pronto saltaría la voz de alarma.

A Dallas se le revolvió el estómago solo de escucharlos. Parecían encantados, porque iba a tener una gran repercusión en los medios de comunicación, sin importarles la parte contraria, las verdaderas víctimas de su cliente. Y justo en ese mismo momento, lo vio todo claro; no podía permanecer en ese bufete un segundo más.

Llegó a casa, y Rubén se interesó.

—¿Qué ha pasado?

—He dimitido.

—Bien —afirmó y quiso dejarle las cosas claras para que supiese que no tenía nada de lo que avergonzarse—.

Dallas, estamos muy orgullosos de ti. Nos hubieses decepcionado si hubieses vendido tu alma.

Dallas agradeció las palabras.

—He estado pensando mucho este fin de semana, y puede que Rodrigo tenga razón.

—¿Sobre qué?

—Tengo que meditarlo un poco más... pero voy a tomarme un tiempo, es posible que me prepare unas oposiciones.

—¿Vas a opositar para qué?

—Para ser juez —confesó, porque había pensado bastante en esa posibilidad.

Rubén se enorgulleció de Dallas. Dudaba que hubiese muchos hombres

que tuviesen unas convicciones morales y sentido de la justicia como su hermano.

—¡Eso es fantástico! —expresó contento.

—Todavía no es definitivo...

—Dallas, eres un hombre justo. La misión de un juez es impartir justicia, no tienes nada que pensar; naciste para juez.

El abogado sonrió, Rodrigo decía lo mismo.

Y por eso ahora estaba esperando a su hermano Javier en su despacho.

—Perdona, Dallas, me han entretenido —se disculpó Javier, porque llegaba un cuarto de hora tarde.

—No pasa nada.

Javier tomó asiento y miró a su hermano pequeño.

—Y bien, ¿qué es eso tan importante de lo que me tienes que hablar?

—De momento, no prepares el bajo, he tomado una decisión.

—¿Cuál?

—Voy a tomarme un tiempo de descanso, quiero opositar a judicatura.

Javier agrandó los ojos.

—Es la mejor decisión de tu vida —dijo satisfecho.

—Gracias.

—Dallas, estamos muy orgullosos de ti.

Sonó el móvil de Dallas, al ver que la persona que llamaba era la mujer que cuidaba a Rodrigo, se temió lo peor.

Javier, al observar que a su hermano se le demudaba el semblante, también imaginó que llamaban del hospital. Este mes, su hermano se había pasado la mitad de las noches allí.

—Dime.

—Señor Irwin, debería venir...

—Voy —se inquietó—. Javi, tengo que irme.

—¿Quieres que te acerque al hospital?

—No, no te preocupes, tengo el coche en la puerta.

Se levantó, y Javier le dio un fuerte abrazo.

—Te has portado como un verdadero nieto.

Dallas asintió y salió raudo.

Al llegar al hospital, Malcom y Miralles estaban en la puerta de la habitación.

—Despídete, Dallas —fue lo único que atinó a decir Malcom para que supiese que ahora sí había llegado su hora.

Entró sin vacilar, le pidió a Mercedes que los dejase a solas.

Se sentó en el borde de la cama y asió una mano del anciano.

—Muchacho, ahora sí ha llegado mi final —siseó, porque ya apenas tenía aliento.

—Es solo un bajón, el gotero que te acaban de poner te animará dentro de poco.

—No, uno sabe cuándo le toca —le

dio una palmadita a la mano de Dallas—. Me voy contento, he podido despedirme de ti. Mi fiel muchacho, nunca podré agradecer todo lo que has hecho por mí

El abogado negaba con la cabeza.

—Sí, muchacho, sí. Mucha gente tiene familia y acaba muriendo sola, pero tú no me has abandonado.

Se puso a toser y se escuchaba un grito en cada respiración al hablar.

—No hables...

El anciano hizo caso omiso a la sugerencia.

—Bendito el día... que te colaste... en mi jardín —le costaba respirar, las frases se quedaban casi en el aire.

Dallas sonrió nostálgico.

A la edad de seis años, escondiéndose de sus hermanos, se coló en el jardín de Rodrigo; fue a parar a los rosales y, temeroso al ver al jardinero trabajar por si lo descubría, acabó en el centro, lleno de cortes y pinchazos producidos por las espinas del rosal.

—Donde destrocé tus rosas favoritas —aseguró, recordando aquel día.

—Hubiese destrozado el jardín entero... si con ello me aseguraba... que entrarías de nuevo en mi vida.

Cuando el jardinero lo encontró, Rodrigo, que estaba en la casa, los vio desde la ventana. Salió a investigar y conoció al pequeño Dallas, Dally, como muchas veces lo había llamado.

Al ver que estaba tan enganchado, le

arrebató las tijeras de podar al hombre y cortó los rosales para sacar al mocoso que se había colado en su jardín.

Al ver la cantidad de cortes, por suerte sin importancia, lo metió en la casa para curarlo. Y allí, la sonrisa, las preguntas y la honestidad del niño lo enamoraron.

Ya de pequeño mostraba que sería un gran hombre. Sabía que había hecho mal y quería ayudar en cuidar el jardín para que volviesen a crecer las rosas, porque era lo justo.

Y así lo hizo, los sábados por la mañana acudía a la casa de Rodrigo para trabajar con él.

—Solo me queda un consejo por darte... —Los silbidos de sus pulmones,

y lo que le costaba poder hablar, anunciaban el final—. Deja de tener miedo al amor... todavía no es tarde, muchacho... esa jovencita alocada y tú no deberíais estar separados... os vi juntos y dudo que encuentres a alguien mejor... esa mujer llegó a este mundo para encontrarte... y tú naciste para esperarla... lo sabes, Dally, sabes que es la única elección... porque no sentirás por nadie lo que sientes por Estrella...

Dejó de hablar y de respirar.

Dallas se inclinó y lloró, abrazándolo. Sabía que tenía que salir a buscar al médico para que certificase la defunción. Pero necesitaba su despedida a solas. Así que, con el anciano

fallecido entre sus brazos, lloró su muerte durante cinco minutos.

Se puso en pie, se limpió las lágrimas y salió a buscar a Miralles.

Mercedes llamó por teléfono a su cuñada, porque era la mujer que se quedaba por las noches.

—Señor Irwin, mi más sentido pésame —dijo Mercedes—. Tenga, esto es para usted.

Dallas alargó la mano para recibir un sobre que llevaba su nombre. La letra la reconoció al momento.

—Me pidió que se la entregara cuando hubiese muerto.

—Gracias —agradeció y se la metió en el bolsillo.

Neill estaba que se lo llevaban los demonios. Tara acababa de comunicarle que en la revista donde trabajaba habían decidido trasladarla a ella a una sucursal que tenían en Australia.

—¡No puedes hablar en serio!
—bramó.

—Neill, a mí tampoco me gusta la idea, pero no me queda otra.

El chef llevaba tiempo pensando en algo, y Tara iba a tener que responder.

—¿Qué ocurrió hace dos meses para que te estén puteando tanto? Antes, solo trabajabas por Europa. Algo ha sucedido y quiero la verdad —vociferó, porque no estaba dispuesto a colgar sin una aclaración.

Tara tardó en responder, lo que significaba que no iba a gustarle la respuesta.

—Baker se enteró que tenía novio.

Neill apretó los puños. Estaba hablando del jefe, algo se barruntaba desde hacía tiempo, pero no lo tenía claro. Esa confirmación fue la gotita que colmó el vaso.

—Una vez te pregunté si tú y él habíais tenido algo... —comentó con tono acusador. Y Tara lo interrumpió.

—Te dije que no. No he tenido nada con él.

—¿Y por qué coño te quiere joder ahora la vida? —bramó fuera de sí, porque no entendía nada.

Tara explotó, porque ella también

estaba enfadada.

—¡Porque quería liarse conmigo! Se me ha insinuado cientos de veces desde que cambié de imagen. ¡Pero siempre lo he rechazado!

—No me puedo creer que me hayas ocultado algo así —le increpó.

—Neill, ¿qué iba a decirte? Te pones como un loco. Sería imposible tratar de razonar contigo...

—¿Eso piensas?! —tronó por la desconfianza de Tara—. Muy bien, que tengas un buen viaje a Australia.

—Neill, te estás pasando...

—Tu jefe se te insinúa, se entera que estás conmigo y te manda a Australia. Y yo, el gilipollas de turno, sin enterarme de nada hasta que te he preguntado

—comentó con cinismo—. Porque claro, Neill es un soberbio que puede montar en cólera y avergonzarte delante de tu jefe.

—No sigas por ahí...

—No, tranquila, no voy a seguir por ninguna parte.

Colgó la llamada con la rabia instalada en un ser.

Rebeca, que estaba sentada en un taburete de la cocina, puso los ojos en blanco.

—¿Sabes, Neill? Ahora sí eres un gilipollas.

—Beca, cállate, porque pagarás tú los platos rotos.

—Muy bien, pues los pagaré encantada, pero antes tendrás que

escucharme —replicó autoritaria y continuó—: Tu novia está jodida porque se tiene que ir a vivir a la otra punta del mundo. Su jefe, un tirano que abusa de su poder, porque ella le da calabazas, la putea. Y tú, vas y la rematas por un ataque de celos... Muy bien, hermanito, muy bien, deja que ella se marche a Australia pensando que pasas de ella y verás que pronto te busca sustituto.

Se levantó y se marchó, porque conociendo a Neill, era mejor dejarlo asimilando la información.

Diez minutos más tarde, Neill hizo una reserva de vuelo.

Tenía sueños de futuro, y en ellos estaba Tara. No iba a perderla por nadie. Ya podía su jefe mandarla a la

Australia, a la China o al infierno,
porque él no iba a consentirlo.

Capítulo 35

Distancia

Estrella caminaba por la calle, se dirigía a la parada de taxi más cercana.

—¡Ehh, *cari*! —exclamó Susana al verla.

—Holaaaaa —saludó Estrella.

—¿Dónde vas?

—A casa de Rebeca, tengo que recoger un vestido que tengo encargado.

—¡Ahh, estupendo, te llevo!

—No, no, de verdad no hace falta...

—*Cari*, no es molestia para mí,

además, también me dirijo allí. He quedado con Víctor en su casa.

Estrella agrando los ojos.

—¿En serio? —preguntó muy contenta al ver que Susana asentía enérgica.

—*Ainsss*, ni me lo creo todavía —reconoció la interiorista.

—Me alegro por ti, de veras que sí —comentó sincera.

Susana, al ver la tristeza de su mirada, se sintió apenada por ella.

—No salió bien, ¿verdad?

Estrella hizo una mueca.

—Salió como tenía que salir, yo destrozada, y él alejándose de mí. Es lo que tocaba, fui una tonta por pensar que se enamoraría de mí.

Montaron en el coche de Susana y se

dirigieron a sus destinos. Al llegar, Estrella se despidió con un fuerte abrazo.

—Ojalá todo te vaya bien.

—Y a ti —deseó Susana, porque Estrella le había contado sus planes—. Ahora ya tienes mi número, llámame cuando necesites hablar.

Estrella asintió y lanzó un beso al aire.

Se dirigió a casa de Beca, además de recoger su encargo, quería disfrutar de su compañía, porque había tomado una decisión y pronto dejarían de verse. Sinceramente, la iba a echar de menos.

Después de dos horas de charla animada, inspiró fuerte para dar la noticia.

—Beca, la semana que viene me marcho.

—¿Qué? ¿Por qué?

—La profesora que estoy sustituyendo ya se incorpora. Y hasta septiembre no puedo incorporarme en mi nuevo trabajo —confesó triste—. Pero no sé si regresaré.

—¿Cómo qué no? Ahora que has conseguido la plaza que deseabas no puedes renunciar a ella.

—Necesito distanciarme de Valencia... —reconoció. Porque nada la retenía, excepto los recuerdos de un hombre que ya no volvería a ver.

—¿Y Dallas lo sabe? —preguntó Rebeca.

—No, pero tampoco le importa...

—Estrella, ha pasado por un mal momento... —intentaba razonar Rebeca para que Estrella comprendiera a su hermano.

—Lo imaginaba, pero... —se quedó callada—. Creo que será imposible olvidarme de él. Y le voy a estar agradecida toda la vida.

Rebeca no entendía nada. Pero la tristeza que emanaba Estrella no presagiaba nada bueno.

—¿Agradecida por qué?

—Porque gracias a él, entendí, la última vez que nos vimos, que en la vida hay tres clases de personas —se lamentó—. Unos nacen para amar; otros, para ser queridos, y por último, los que, como yo, nacemos para soñar.

—No digas eso.

—¿Por qué no? Es la verdad. Nos pasamos la vida soñando, porque nadie nos va a querer —comentó convencida en lo que decía—. Y Dallas consiguió que yo lo entendiera. Solo soy una tonta soñadora esperando que un hombre como él se enamore de mí. ¿Y quieres saber lo más patético? Sé que no podré soñar con otro que no sea Dallas. Y ya ves, sabiendo que no podré estar con él, seguiré mi camino, poniendo distancia, porque a pesar de que es mi sueño, no soportaría verlo de nuevo.

—Estrella, por favor, no puedes pensar así —suplicó Rebeca.

—¿Y cómo quieres que piense, Beca? Me he pasado la vida intentando que mis

padres me quisieran. Que mis hermanos se preocuparan de mí... conformándome con cualquier migaja de cariño... ¿Por qué iba Dallas a enamorarse de mí?

Rebeca no sabía qué decir, Estrella estaba llorando.

—No importa, igual en un futuro alguien quiere compartir su vida, aunque no haya amor... Hay gente tan necesitada de cariño como yo. Puede que el destino me ponga a esa persona en el camino, ¿no crees?

—¿Conformarte con alguien que no te quiere?

—Nunca me van a querer, por lo menos no estaría sola.

Jaime entró y las interrumpió, al ver a Estrella secándose las lágrimas, lamentó

haber entrado, pero era necesario.

Rebeca lo fulminó con la mirada, ese era su estudio y sabía que estaba trabajando con una clienta. ¿Cómo se atrevía a entrar sin llamar?

—Lamento la interrupción —se disculpó—. Ha llamado Malcom, Rodrigo ha muerto.

Rebeca se sentó de golpe, sabía que llegaría la hora, pero tampoco esperaba una noticia así.

Estrella también sintió lástima, solo lo había visto una vez, pero sabía que para Dallas era una persona muy importante, con eso le bastaba a ella.

A las ocho de la mañana, el

matrimonio Irwin entraba en el tanatorio, donde todos sus hijos estaban.

La madre abrazó a Dallas que aunque mantenía el tipo delante de todos, por dentro estaba roto.

A las diez se oficiaba la misa, y la capilla se llenó de gente. Al llegar al cementerio, todavía había más asistentes. Dallas observaba en silencio, y su interior habló.

«¿Dónde estabais todos cuando Rodrigo os necesitaba?».

Conocía a la mayoría de los que habían ido a dar su último adiós. Gente que se hacía llamar amigos, porque cuando enfermó, nadie se interesó más por Rodrigo. Aunque sí habían estado a su lado cuando el anciano vivía a lo

grande... cuando las fiestas que preparaba eran interminables... cuando querían sacarle dinero...

Rubén, que conocía a su hermano mejor que nadie, posó su mano en el hombro de este para darle a entender que todos pensaban lo mismo que él.

Una vez enterrado, todos se marcharon rápido, excepto la familia Irwin.

Al llegar fuera, Dallas pidió que lo esperasen un segundo, tenía que hacer algo. Compró una rosa blanca en un puesto de flores, que había enfrente del cementerio, y entró de nuevo.

Se quedó paralizado, alguien había puesto una rosa igual encima de la lápida.

Miró alrededor, no podía estar muy lejos la persona que la había dejado, y justo, un segundo antes de desaparecer por una de las salidas del cementerio, la vio.

«¡Estrella, ha sido ella!».

Y así era, fue la joven, que guardó durante el entierro, a unos cuantos metros, para que no la viesen. Al quedarse a solas, se acercó y depositó la rosa blanca, porque Rodrigo cuando se conocieron, le habló de que su gran pasión eran esas flores en concreto.

Neill, a las siete de la tarde, estaba en Londres, en la puerta del apartamento que tenía alquilado Tara.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella escrutándolo con la mirada.

—He venido a disculparme —se sinceró—. Aunque tengo muchos más motivos para estar aquí.

Tara se alegró, pero tampoco se lo iba a poner tan fácil.

—Siempre acabas disculpándote...

—Tara —suplicó—, por favor.

La chica hizo un gesto para que entrase, cerró la puerta y se sentaron a conversar.

—No debí pagar mi frustración contigo —reconoció—. Pero comprende, acababas de informarme que te iban a destinar a Australia. Me sentía rabioso perdido.

Tara asintió, ella también odiaba ese

destino. Para colmo, ya no la dejarían viajar, su nueva ubicación en la empresa era como redactora de la revista.

Tara se levantó del asiento y se volvió a sentar, pero en el regazo de Neill, donde se sentía protegida y querida.

El chef agradeció interiormente esa cercanía. La asió con fuerza para impedir que se alejase. Ya no soportaba la distancia, y se empeñaban a alejarla de su lado.

—Tengo una propuesta que hacerte.

—¿Cuál?

—Que trabajes para *El Gran Nido*.

Tara agrandó los ojos, ¿estaba pidiéndole que trabajase en su restaurante?

—¿Yo?

—Sí, tú —Neill estaba nervioso, no iba a pedirle matrimonio (de momento), pero en ese instante estaba ofreciendo algo parecido—. Me gustaría que llevases conmigo el restaurante.

—Neill...

—Pequeña, sé que el trabajo que te ofrezco no es tan importante como el que tienes ahora, pero es el que nos puede permitir estar juntos.

—Yo... Neill... yo... —titubeaba.

—Y tengo algo más que proponerte. —Tara no daba crédito—. Me gustaría que si aceptases el trabajo, viviésemos juntos.

—No sé qué decir —se sinceró, porque estaba anonadada.

—Di que sí, porque he comprado una casa para empezar un futuro juntos.

Tara tragó saliva, ¿Neill había sido capaz de hacer algo tan grande? ¿De verdad el hombre que amaba estaba temblando por miedo a su respuesta?

—Una casa... —repitió incrédula.

—Sí, la de los vecinos del *gran nido*.

Tara se tapó la boca con las manos para no gritar. Cuando acudió al cumpleaños de Beca y Malcom, le comentó a Neill que su sueño sería vivir en un lugar parecido y poder criar a sus hijos.

Estaba cansada de tanto viajar. Adoraba su profesión, pero últimamente ya no tenía esa pasión del principio. Y no mentía, había soñado durante muchos

años poder fijar su residencia en un algún lugar donde estuviese rodeada de naturaleza y tener una familia con un buen hombre.

Y aunque en Portree tenía una casa, que compró con el esfuerzo de muchos años de trabajo, no era la que realmente deseaba.

—Pequeña, di algo. Me va a dar un infarto —se sinceró, porque tenía el corazón a mil.

—Sí... —exclamó emocionada—. Si, Neill, quiero trabajar y vivir contigo.

Y se besaron con devoción.

—Llama a ese gilipollas y dile que se meta el puesto de Australia por...

Tara lo interrumpió lanzándose a por sus labios, feliz y dispuesta a emprender

un futuro junto a Neill. Se acabaron las distancias.

Capítulo 36

Original hasta la muerte

Dallas estaba apoyado en el quicio de la puerta que daba al jardín, con los brazos cruzados y la mirada perdida viendo llover.

Rebeca lo miró antes de hablar, su hermano estaba demasiado decaído, y no era solo por la muerte de Rodrigo.

—Dallas, he recibido una notificación de la notaria para que me persone mañana a las diez a la lectura del testamento de Rodrigo.

Dallas, sin cambiar de posición, respondió a su hermana.

—Sí, yo también la he recibido.

—Vale, entonces iremos juntos.

Se iba a marchar, pero su hermano merecía una lección. Puede que no consiguiese nada, pero por intentarlo tampoco se perdía nada.

—¿Quieres saber lo que es triste? Que mucha gente se pase la vida buscando el amor. Que algunos venderían su alma al diablo por ser queridos aunque solo fuese un minuto...

—Dallas permaneció impasible—. Y tú, que has sido el afortunado de ser tocado por ese milagro, te hayas dedicado a perderla.

Dallas tragó saliva, ¿por qué tenía

que nombrarle a Estrella? No era necesario que se la recordaran. La tenía en la mente las veinticuatro horas del día.

—Qué triste Dallas... qué triste que Estrella esté convencida que nunca la querrá nadie... qué triste que se vaya a conformar con compartir su vida con un hombre que no la ama... qué triste que tú permitas que viva engañada por no reconocer que sí la amas.

Rebeca esperó un momento por si su hermano reaccionaba, al ver que no conseguía nada, decidió marcharse, pero, antes, dijo una última frase:

—Espero que, a su manera, incluso sabiendo que no van a quererla, encuentre la felicidad al lado de un

hombre que tan solo busca compañía.

Dallas cerró los ojos al ver a su hermana desaparecer. Se dio la vuelta y se dirigió a su despacho.

Encima de la mesa tenía la carta de Rodrigo que todavía no había leído.

Se sentó y la abrió.

Querido muchacho:

Si estás leyendo esto, es que ya he abandonado este mundo. No sufras, me voy con la conciencia tranquila y sin deudas pendientes con nadie.

Pero no podía marcharme sin darte las gracias. Fuiste el único que me ha querido por como soy, sin pedirme nada a cambio. Y el único que me regaló lo que el dinero no puede

comprar: una familia, felicidad y amor.

No pude ser padre, pero tú me ayudaste a disfrutar de ser abuelo. Ojalá tú puedas llegar a ser ambas cosas, porque la vida es corta, muchacho, y ninguna fortuna puede reemplazar el amor de una verdadera familia.

Por favor, Dally, vive la vida, no permitas que otros la vivan por ti. Eres el más listo, aférrate a la chica y no la dejes escapar.

No cambies nunca, porque así es como te amamos los que te conocemos.

Tu abuelo que te quiere:

Rodrigo.

Rebeca pegó un gritito, y Dallas ni se inmutó, porque seguía perplejo.

Hasta ahora no había pensado en la herencia. Pero cuando el notario leyó el testamento, concediendo a Dallas, como su heredero legítimo, de todos sus bienes, se quedó sin habla. Todas sus posesiones eran por ley, a partir de ese momento, de él, excepto las joyas que guardaba, porque se las dejaba a Rebeca.

Cuando llegaron al *gran nido*, el resto de Irwin también se quedó conmocionado.

—Pensé que te dejaría algunas acciones de su empresa. Pero que te la dejase entera no —reconoció Rubén.

—¡Joder, yo quiero un abuelo así!

—bromeó Víctor para intentar animar a Dallas.

—Disculpadme, necesito asimilar todo esto —reconoció.

Y no era para menos, porque heredar una empresa farmacéutica, la casa donde vivía en la urbanización, Villa Paraíso, una casa en la Toscana y un apartamento en Nueva York era para echarse a temblar. Sin contar con el dinero que transferirían a su cuenta corriente, que no se atrevía ni a mirar.

Se apretó las sienes, y una pregunta le surgió.

«¿Para qué quiero todo esto si no tengo a Estrella para compartirlo?».

Unos golpecitos débiles lo sacaron de su ensoñación.

—Adelante.

Nerea entró como un vendaval, quería ver a su tío Dallas.

Este la cogió en brazos y la sentó en su regazo.

—Voy a dibujar mucho... —aseguró la niña. Porque cuando estaba con Dallas, se sentaba al otro lado de su escritorio y se ponía a pintar.

—Muy bien, ¿qué vas a dibujar hoy?

—Una muñeca, para regalársela al bebé de mi *seño* Estrella.

A Dallas, el corazón le dio un vuelco. ¿Qué decía esa mocosa?

—¿Quién te ha dicho que va a tener un bebé?

La niña se encogió de hombros.

—Es que está malita ¿sabes?

—Dallas prestaba mucha atención—. Devolvía sin parar. —Puso cara de asco, y Dallas sonrió.

A pesar que su corazón latía, la respuesta de la cría lo dejó más tranquilo. Hasta que continuó.

—Lloraba mucho y decía: «¿Y ahora un bebé?».

—¿Cuándo?

—Hace unos días, y se frotaba la barriguita... —anunció—. Le pregunté si iba a tener un bebé y dijo que sí.

Dallas se puso en pie.

«¡Vamos a ser padres!».

Podría ser, la última vez, no usaron condón, y aunque a él le dio tiempo a salir para correrse fuera, el riesgo lo habían corrido.

Y por extraño que pudiese parecer, era la mayor alegría de su vida. Rodrigo tenía razón; aférrate a la chica.

Salió raudo al comedor con Nerea en sus brazos.

—Rubén, tengo que salir —informó y le pasó a la pequeña.

Al llegar al edificio de Estrella, un vecino salía, y él entró corriendo, subió las escaleras de tres en tres, tenía prisa por llegar.

Llamó al timbre y la vecina en ese momento salió.

—Vaya, el niño culo bonito ha vuelto.

—Hola, Carmen, estoy buscando a Estrella.

—Pues no la vas a encontrar, ya no vive aquí.

—¿Cómo dice? —preguntó por si no había escuchado bien.

—Que ayer abandonó el apartamento. Creo que se ha marchado a vivir a Madrid.

Dallas sintió pánico, ¿su hermana no había dicho «espero que, incluso sabiendo que no van a quererla, encuentre la felicidad al lado de un hombre que tan solo busca compañía?».

Se fue directo a por su hermana, seguro que estaba al corriente de dónde se había marchado a vivir Estrella.

Y sí, lo sabía, y contenta de ver que por fin Dallas reaccionaba, le dio la información.

Cogió un *ave*, y a las seis de la tarde, llamaba a la puerta donde la futura

madre de su hijo debía estar.

Al abrir, Estrella se quedó paralizada, con la sonrisa instalada en la cara.

Dallas por fin notó paz en su interior. Necesitaba a esa mujer en su vida. Era la única que, con su sonrisa, conseguía que se olvidase del resto del mundo.

—¿Qué... qué haces aquí?

—He venido a buscarte. No voy a permitir que mi futuro hijo y tú viváis a kilómetros de mí.

Estrella frunció el ceño.

—Nerea me lo ha contado —comentó como si la palabra de una niña de cuatro años fuese ley.

Estrella sonrió con tristeza, y Dallas se sintió morir. No podía soportar verla

triste... no podía soportar que perdiera la sonrisa... no podía vivir sin ella.

—No estoy embarazada —pronunció con pesar. Porque él no había ido a por ella. Lo había hecho porque era un hombre de honor creyendo que había un hijo en camino.

Un hombre hizo acto de presencia justo detrás de ella.

—¿Estrella, pasa algo? —preguntó.

—No.

Dallas lo atravesó con la mirada, ¿ese tipo estaba viviendo con la mujer que amaba?

Otros dos hombres se acercaron.

—Estrella, el papá quiere que le planches la camisa de cuadros.

—Vale, ahora voy.

Dallas respiró tranquilo, eran sus hermanos. Y la rabio volvió a su ser.

Cuando escuchó a Estrella hablar con su hermana en la buhardilla, a escondidas, ella lloró porque esos tres estúpidos solo la llamaban para aprovecharse de su buen corazón.

—Te he dicho que he venido a por ti —sentenció, clavando la mirada en ella.

—¿Quién este tipo? —preguntó uno de los hermanos. Y la respuesta de Dallas los sorprendió.

—¡El que va a casarse con vuestra hermana!

Estrella levantó las cejas y, con la sonrisa lánguida, repitió, para que Dallas no se sintiera en deuda.

—No estoy embarazada —siseó para

que sus hermanos no la escucharan.

Dallas alargó una mano para apoyarla en su vientre.

—Pero algún día crecerá un Irwin en tu interior.

Se miraron a los ojos, y ella lo vio; la amaba.

Esa mirada llena de amor, la misma que encontró en sus ojos, cuando le hacía el amor.

No sabía si reír o llorar. Acababa de hacerle una propuesta de matrimonio. Así, de esas maneras, sin utilizar palabras de amor. Sin un anillo, sin decir te quiero... Como pedida de mano, se llevaba la palma. Pero así era Dallas, así se enamoró de él, y así era como lo amaba. Original hasta la muerte.

Dallas era incapaz de pestañear, necesitaba una respuesta.

—¿Estrella, qué significa esto?
—preguntó enfadado uno de los hermanos.

—Que me voy a casar —sentenció.

Dallas respiró tranquilo, la abrazó, y cuando ella se aferró a ese abrazo, cerró la puerta, dejando a sus hermanos, cabreados.

—Por un momento pensé que te había perdido —reconoció Dallas.

—*Abogaducho*, fui yo la que te encontré —aludió al día en que se conocieron, porque Estrella fue a estrellarse contra el coche de Dallas.

—*Preciosa*, me he pasado la vida esperándote.

Capítulos 37

Desafíos por amor

Faltaban dos meses para la boda. En el *gran nido*, pensaron que Dallas se había trastornado. Pero al ver la felicidad plasmada en su rostro, lo celebraron por todo lo alto.

El matrimonio Irwin había decidido pasar esos meses en Valencia. Tenían mucho que hacer. Y por primera vez, Dallas tenía la entrada prohibida en casa de su hermana pequeña. Estrella le había encargado el traje de novia y no quería

arriesgarse que, por un descuido, el futuro novio lo viese.

Hoy estaban todos reunidos en la casa familiar, tenían unos cuantos asuntos que tratar.

—No comprendo esas prisas por casaros —se quejó Rubén.

—Porque Estrella, en septiembre, se incorpora a su nuevo trabajo.

Corey sonrió. Su hijo ahora era un hombre, podría decirse, millonario, y tanto él como su futura esposa no tenían intención de cambiar su vida. Habían hablado de ello seriamente. Y los dos llegaron a la misma conclusión. Eso sí, lo harían en la casa que estaba justo enfrente de la de su hermano Neill y al lado de su hermana Rebeca.

—Bueno, tenemos algo muy importante que tratar —interrumpió Beca, porque ella y su madre tenían un plan.

—¿Qué?

—Los novios bailan en su boda, Dallas —informó por si no estaba al corriente de ese detalle—. Estrella ha dicho que tú te has negado.

—Sí, puede bailar con Rubén, que es el padrino.

—¡A mí ni me nombres! Eso es obligación del novio.

Víctor y Neill se rieron.

—No os riais tanto, jovencitos —amenazó la madre—. Vuestra hermana y yo hemos pensado algo.

—Miedo me da —bromeó Javier,

consiguiendo que las dos mujeres de la familia lo acribillaran con la mirada.

—Bien, para que entendáis de lo que estamos hablando —comentó Rebeca mientras abría su ordenador portátil—. Ahora, en las bodas, los novios, junto a sus amigos y familiares, hacen bailes especiales para poder sorprender a las novias.

Y mostró varios vídeos que habían en *youtube*.

Todos los hombres de la familia, incluido el progenitor, estallaron en risas.

—No sé de qué os reís. Porque vosotros vais a tener que hacer algo especial.

Todavía más risas.

—¡Bueno, se acabó! —ordenó Amparo—. Os vamos a decir lo que vamos a hacer.

—¿Vamos? —preguntó Víctor.

—Sí, cariño, aquí vamos a pringar todos. Pero, especialmente, Dallas, Neill y tú.

—¿¿Cómo?! —exclamaron al unísono.

—Prestad atención.

Rebeca explicó al dedillo lo que habían estado estudiando para poder sorprender a la novia, y como necesitaban a dos personas más, aparte del novio, iban a aprovechar que Neill y Víctor también parecían ir por buen camino, para llevar a cabo el plan trazado por madre e hija, y así ellos ofrecer un poco de felicidad a sus

chicas.

En cuanto Rebeca terminó de dar la explicación, todos estallaron en risas.

—Lo que estás pidiendo, Rebeca, es un imposible —bromeó muerto de risa Malcom.

—Reíd, reíd, pero mañana empezamos los ensayos —aventuró la madre—. Tenemos dos meses para que salga perfecto.

—Papá, por favor, pon orden —comentó Neill, porque su madre estaba empeñada. Seguro que su padre le quitaba de la cabeza esas tonterías, tanto a su madre como a su hermana.

Amparo se cruzó de brazos, muy erguida, y levantó una ceja.

Corey dejó de reír. Buena era su

mujer para llevarle la contraria.

Se puso serio y sentenció.

—Bueno, la futura esposa lo merece, y las otras dos, me parece que también.

Las risas empezaron a desaparecer. Su padre hablaba en serio.

—Mañana, esta familia empezará los ensayos.

—¡Pero qué dices! —protestó Javier.

—Los Irwin somos *una familia unida*, y como tal, estaremos todos, y cuando digo todos: es todos —amenazó la madre.

—A ver... por favor... hablemos en serio —intentó razonar el futuro novio.

—Dallas, parece mentira que no me conozcas, yo nunca bromeo —se quejó Amparo porque su hijo pensara que ella

estaba de chanza.

—Mamá, piénsalo bien, lo que estás pidiendo es... es... —no encontraba las palabras.

—Un desafío —aclaró Rebeca.

—¡Un imposible, Beca! —exclamó Neill.

—No, vuestra hermana tiene razón, esto es un desafío por amor —reconoció la madre.

Al ver que sus hijos no parecían entrar en razón, Corey tomó el mando.

—Mañana a las nueve, en el restaurante de Neill. Voy a llamar a Paredes —comentó, para que supiesen que iba en serio la cosa—. Él es experto y un gran profesional. Si lo hacemos, lo hacemos bien.

Amparo se sintió orgullosa de su esposo.

—Papá... —protestó Dallas.

—No, hijo, vas a casarte, y ese es el mayor desafío de la vida. Y tú vas a conseguir que ese día, tu esposa sea la mujer más feliz del planeta. Y todo gracias a otro desafío, porque será por amor.

Y la familia Irwin, en ese mismo momento, entendió que dentro de dos meses, darían la gran sorpresa a tres mujeres muy especiales.

Dallas, con traje negro, diseñado por su hermana Rebeca, estaba elegante. Todos los hombres de la familia Irwin vestían de color oscuro. Y la madre con

un vestido precioso de color granate, a juego con la corbata de su esposo. Rebeca optó por llevar un vestido color gris perla, como siempre, de un gusto exquisito cuando se lo proponía, según pensaban sus hermanos.

Pero la elegancia, la sensualidad y la feminidad de la novia dejaron a todos atónitos. Estrella llevaba un vestido estilo sirena, que Rebeca muy acertadamente lo acentuó aún más, utilizando paillete velado combinado con encaje chantilly, creando un sofisticado juego de transparencias. El cuerpo iba ceñido hasta las rodillas donde a partir de ahí se deslizaba una vaporosa cola. El escote barco acabado en onda dejaba su suave espalda al descubierto y como

toque final lo decoró con unas sutiles aplicaciones de encaje rebrodé.

El novio se quedó paralizado por unos segundos, jamás podría olvidar esa maravillosa imagen... la de su futura esposa entrando en la iglesia.

La ceremonia la ofició el padre Conrad en la iglesia de Los Santos Juanes de Valencia, gracias al generoso donativo que el recién estrenado esposo había donado para que su sacerdote pudiese casarlos.

El banquete en el restaurante El Gran Nido había sido colosal. Las cien personas que allí se encontraban comprendieron por qué ese restaurante había sido premiado con dos *Estrellas Michelin*. Estaban en un salón especial

para esos eventos, que daba al jardín, totalmente apartados de la zona donde otros clientes, disfrutaban de los manjares que allí se servían. No faltaba ni un detalle, la comida era sublime; el personal, muy profesional, y se notaba que hoy habían pensado en la novia, decorando la estancia con calas blancas, por tratarse de su flor favorita. Y las invitadas fueron obsequiadas con una rosa roja de tallo largo al tomar asiento, un detalle que Neill ordenó en su restaurante hace años, para que toda mujer se llevase un grato recuerdo.

Tocaba la hora del vals, pero el novio había desaparecido.

Dallas, Víctor y Neill estaban preparándose, ya no había vuelta a atrás.

Habían estado ensayando hasta el día anterior. Paredes se sentía satisfecho con el trabajo de los tres hombres. Habían puesto todo su empeño.

A pesar de que solo ellos tres iban a actuar, el resto de la familia había acudido a los ensayos para apoyarlos. Porque así era como se comportaba un Irwin.

Amparo le hizo una seña a Rebeca, y está asintió con la cabeza. Se levantó de su asiento y fue a buscar a la novia dichosa y las de sus otros dos hermanos.

David y Jaime, mientras Beca cumplía su misión, preparaban tres sillas, encaradas al escenario, que habían montado.

Rubén y Malcom se colocaron juntos

al final del salón, para que sus hermanos, en caso de perderse por los nervios, pudiesen mirarlos y así avisarles de qué posición tocaba.

Javier, con la pequeña Nerea en un brazo y rodeando por el hombro a Amanda con el otro, se colocó justo detrás de las sillas, para que nadie pudiese tapar a la pequeña la gran exhibición que iban a hacer sus hermanos.

Corey y Amparo se miraron, satisfechos y felices.

Rebeca llevó a las tres mujeres y les pidió que tomaran asiento, no entendían nada, pero se inquietaron.

Los hermanos de Estrella, que en un principio no pensaban acudir a la boda,

permanecían sentados en una mesa cercana al escenario. Y si hoy estaban ahí, fue porque Amparo se presentó en Madrid y, hablando como madre, consiguió convencerlos.

David rodeó al completo a Tamara por detrás, apoyó la barbilla en su hombro y susurró:

—Suerte que nosotros podemos bailar el vals. Eso les pasa a mis hermanos por patosos.

Tamy se carcajeó, había acudido también a todos los ensayos.

—Pero hoy van a hacer felices a esas tres mujeres —informó Tamara—, creo que merece la pena el esfuerzo que han hecho.

Y llegó el momento.

Dallas, Víctor y Neill se miraron.

—Solo falta que me caiga por las escaleras, en mi propio restaurante, delante de mis empleados —se quejó Neill.

—No te caerás, no te has caído en ningún ensayo —recriminó Víctor su negatividad.

Dallas, que estaba mirando a escondidas a la que ya era su mujer, sonrió.

—Bueno, como dice papá: «si lo hacemos, que sea a lo grande».

Los tres se miraron y sonrieron.

—A por todas, que no se diga que un Irwin no sabe dar el cante —comentó, risueño, Víctor.

—¡Por los desafíos! —expresó Neill.

—¡Por los desafíos por amor!
—terminaron gritando los tres al mismo tiempo.

Bajó la luz del salón, solo las tres novias permanecieron iluminadas. Y el silencio se apoderó del lugar.

Las cortinas se descorrieron, dejando un escenario iluminado con una luz tenue al mismo tiempo que los acordes de una canción empezaron a sonar.

Apareció Neill, erguido, elegante, concentrado, mirando a su *pequeña*, con un micrófono en la mano, sorprendiendo a todos los invitados al cantar la canción *Grande amore*, del grupo Il Volo.

*Cada vez que pienso en ti,
en el perfume dulce de tu piel tan*

*pura,
es una fuerza inmensa que pinta mi
cielo de dos mil colores.*

Mientras cantaba sin apartar la mirada de la mujer que le había robado el corazón, fue situándose a la derecha, recorriendo el escenario, porque salió por el otro extremo.

Tara se tapó las mejillas, estaba ardiendo, pero no por vergüenza, sino porque escuchar la voz tan varonil de Neill le provocó un sofoco inesperado.

Le llegó el turno a Víctor, que apareció en el escenario, justo al lado de su hermano, y se dirigió cantando, al igual que había hecho Neill, sin apartar la mirada de Susana, hasta el lado

izquierdo.

No me salen las palabras, pero aquí he venido para confesarte, ya sin más temores, yo quiero gritarte este grande amore... Amore solo amore

Susana se llevó las manos a la boca para no gritar. Víctor, con esa personalidad arrolladora, una vez más, conseguía llevarse a todos por delante. Lo había escuchado en la ducha, ¿cómo era posible que desafinara tanto y ahora estaba cantando como un profesional?

—¡Halaaaa! —se expresó atónita, la pequeña Nerea.

Javier miró a Amanda, y los dos sonrieron, la niña estaba feliz de ver a

sus tíos en el escenario.

Rebeca apretaba la mano de Jaime. Estaba nerviosa, sabía que lo iban a hacer bien, pero los nervios podían pasarles una mala jugada.

Y apareció el flamante novio justo en medio del escenario. Con una mirada penetrante, con la seguridad de un hombre que es capaz de bajar la luna a su esposa, con el micrófono en la mano, preparado para caminar cantando hasta situarse en medio de sus dos hermanos.

*Dime por qué cuando pienso, pienso
solo en ti.*

La orgullosa novia se llevó las manos al corazón.

*Dime por qué cuando hablo, solo
hablo de ti.*

Cantó esta estrofa subiendo el tono,
consiguiendo que la gente se
sorprendiera todavía más.

*Dime por qué cuando creo, creo solo
en ti...*

Y ahora, los tres hermanos, cantaron
al mismo tiempo.

Grandeeee amoreeee

Y la gente no pudo evitar aplaudir.
Ellos continuaron la canción bajando

los cinco peldaños como profesionales, juntos, arrolladores, sincronizados, para ir cambiando de posiciones mientras caminaban hasta sus chicas, sin apartar la mirada de ellas en ningún momento.

Estaban demostrando que con elegancia, con un simple vaivén de sus cuerpos y unos pasos bien coordinados se podía tener mucha clase.

Y entonces, alternaron sus voces, señalando con un dedo a cada una de sus mujeres. Y la primera fue Susana, que Víctor le dedicó especialmente esa estrofa de la canción.

*Dime por qué cuando pienso, pienso
solo en ti.*

Ahora, el dedo de Neill estaba señalando a su *pequeña* para decirle:

Dime por qué cuando hablo, solo hablo de ti.

Y Dallas remató, llevándose primero la mano al corazón, para luego señalar a su esposa.

Dime por qué cuando creo, creo solo en ti...

—Me parece que no les vamos a hacer falta —reconoció, orgulloso, Rubén, porque sus hermanos estaban haciendo algo que jamás un Irwin hubiese imaginado.

Paredes era profesor de canto, amigo de Corey. Había trabajado con ellos desde el primer día y, desde luego, había hecho un gran trabajo. Porque en el primer ensayo los gorgoritos dieron pánico.

—Cuando empezaron a cantar, pensé que sería más fácil que aprendiesen en dos meses a bailar —comentó, sincero, Malcom.

—Está clara una cosa, hermanito... se puede hacer de todo por amor —sentenció Rubén.

Y por amor, esos tres hombres, estaban ahí, llegando al final de la canción.

Las novias estaban sentadas en sus sillas casi sin respirar, porque era la

cosa más bonita que habían hecho por ellas.

Los tres Irwin, ya posicionados cada uno delante de la mujer que amaba, cantaban el último estribillo.

Dime que estás, que mía por siempre serás.

Dime esta vez que no te voy a perder, amore.

Dime que no, que no te vas a marchar.

Yo te diré: Tú eres mi único grande amore

Tú eres mi único grande amoreeee...

Y los tres, hincando la rodilla en el suelo al mismo tiempo, a un palmo de

ellas, terminaron la canción.

Tara lo abrazó con fuerza.

Susana lo besó con amor.

Estrella se colgó al cuello mientras su brillante y recién marido se ponía en pie, sujetándola por la cintura.

—Preciosa, eres *mi grande amore*.

—*Abogaducho*, para tu desgracia, voy a serlo toda la vida —replicó emocionada y con lágrimas en los ojos antes de besar al hombre que había conseguido que ella dejase de sentirse vacía... inútil... sola... e indiferente.

Avance de la tercera y última entrega de la saga

La luna de miel había tocado a su fin. Felices y radiantes, Dallas y Estrella regresarían en dos días a su monotonía.

Él, para seguir estudiando, y ella, para reincorporarse a su nuevo puesto de trabajo, que, por cierto, iba a tener una alumna que ahora ya no la llamaba *seño*, sino *tía*.

Aunque todavía les quedaban dos días para disfrutar, y lo hacían en su lugar favorito: en Villa Paraíso, dentro del jacuzzi.

—Igual se le escapa, porque tendrá

que acostumbrase ahora, otra vez, a llamarte *seño* —comentó Dallas, sonriente.

—No pasaría nada, son pequeños —reconoció Estrella.

—Por cierto, hablando de Nerea, mi hermano estaba algo nervioso.

—¿Por qué? —preguntó Estrella mientras se acercaba a su marido con coquetería.

—Porque... —se había olvidado por completo del motivo. Los pechos de su mujer delante de su boca tenían el don de hacerle perder la razón.

—Rebeca, por favor, ayúdame —suplicó Javier, porque quería hacer algo especial con Nerea.

Amanda tenía una conferencia en Dublín. Seguramente, la última, porque había llegado a un acuerdo, daría conferencias en la universidad siempre y cuando se lo pidieran, pero ya no saldría de Valencia. Era una de las mejores historiadoras de arte, por eso la había contratado el museo. Pero no estaba dispuesta a renunciar a su tiempo libre con su familia por estar cada dos por tres fuera.

—*Vale, ya sabía que acabarías pidiéndome ayuda* —bromeó, aunque sí lo había pensado y por ello tenía algo preparado.

—Eres muy lista —ironizó Javier.

—*No te pases de gracioso, o no te ayudo* —amenazó.

—Vale, vale.

—*Bien, así me gusta. Esta noche a las nueve, ve al Oceanogràfic, hay dos boletos a tu nombre en la entrada.*

—¿Por la noche? —preguntó por si su hermana se había confundido.

—*Sí, eso he dicho, esta noche. Por si no lo sabes, en verano dejan dormir a los niños allí.*

Javier sonrió, Nerea adoraba los animales, y en su casa tenía un acuario, que compró expresamente porque la niña, al verlo en la tienda de animales, se maravilló.

—¡Eres la mejor, Beca!

—*Dime algo que no sepa* —guaseó y le lanzó un beso antes de colgar.

Y esa misma noche, mientras la pequeña, con su felicidad, conseguía hechizar todavía más a Javier, ocurrió lo que antes o después tenía que pasar.

Tumbados en los sacos de dormir, mirando como pasaban dos tiburones por encima, Nerea estiró su brazo para acariciar la barbita de Javier, porque se había convertido en su monotonía antes de dormir.

—Si eres el novio de mi mami, ¿también eres mi papá?

Javier sonrió.

—¿Tú quieres que lo sea? —preguntó susurrando.

—Sí —respondió con fuerza—. Quiero que seas mi papá.

—En ese caso, princesa, hablaremos

con tu mamá y se lo diremos.

La niña lo abrazó y acabó dormida en esa posición.

Javier tenía el corazón acelerado. Adoraba a esa pequeña, daría la vida por ella. Entonces, ¿podía ser su padre, no?

Cuando Amanda llegó el domingo por la noche a casa, Javier quería hablar con ella, pero Nerea, que salió corriendo a recibir a su madre, informó.

—¡Mami, mami! —bramó y se lanzó a sus brazos—. ¡Javier va a ser mi papá!

—Cariño... —iba a recriminarla.

—¿A que sí Javier? —preguntó mirándolo tan intensamente como lo estaba haciendo Amanda.

Javier se acercó y, acariciando la

mejilla del amor de su vida, respondió:

—Sería un honor ser el padre de mi princesa.

A Amanda se le resbaló una lágrima.

—¡Ves, voy a ser una Irwin como la tía Beca! —sentenció Nerea, eufórica.

Cuando acostaron a la pequeña, hablaron con tranquilidad. Javier estaba deseoso de que ella fuese su esposa y que la niña pudiese llamarlo papá.

Amanda lloró, por fin su vida iba a ser como siempre había soñado. Junto a Javier y con su hija.

Una semana había pasado desde que dieron la gran noticia. Hoy estaban celebrando el cumpleaños de Amanda.

Sonó el timbre de la puerta, y Javier

fue a abrir.

—Hola, ¿está Amanda? —preguntó un hombre moreno, alto y con los ojos marrones.

—Sí, ¿de parte de quién? —se interesó, porque no lo conocía.

—Del padre de su hija...

BIBLIOGRAFÍA

Noa Pascual nació en Valencia en 1973 y es Mirandesa por amor, donde vive en la actualidad, aunque sigue enamorada de su tierra natal y sus fiestas.

Desde su adolescencia ya le gustaba inventar historias divertidas y que estas transmitieran algunos valores humanos que la sociedad actual deja al margen.

Su alegría y ganas de vivir son contagiosas, por eso es que le encanta leer *Chick Lit* y romántica, género que escribe de manera divertida y jovial.

En 2.012 ve publicada su primera novela, *Desconocidos en un andén*, y con ello comprueba que los sueños pueden cumplirse con tesón y esfuerzo. Le sigue *Amigos enredados* (2.013), una divertida ficción que pone en la palestra el verdadero sentido de la amistad. *Una chica sin igual* (2.014) ha conseguido unir a infinidad de personas que forman parte de su grupo P@nter@s Incomprendid@s en Facebook. Y colaboradora con un relato, en la antología, *El trabajo de cupido* (2.014), más un relato en la antología benéfica *La vida es bella* (2015).

Su pasión por la escritura va más allá, y su mente es una continua máquina de

concebir historias maravillosas que llegan a todo tipo de público.

Los Irving (2.015) abre otra fase de la creativa autora que no dejará de sorprender a sus seguidor@s.